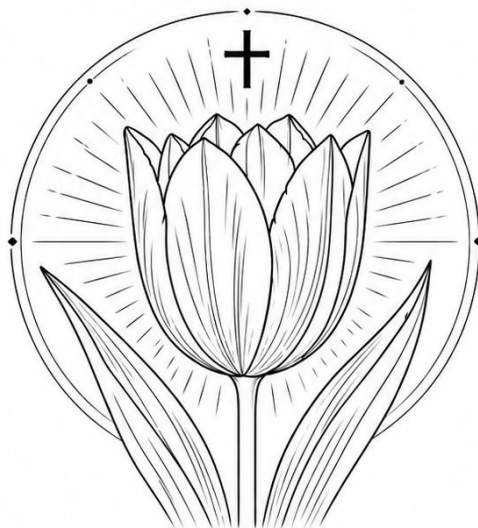


— — — — —
— — — — —
Descubriendo las
doctrinas
de la
gracia
— — — — —

*Descubremos juntos la
maravillosa gracia soberana*



J . A . M E N D E Z

Descubriendo las doctrinas de la gracia
Un camino para contemplar la soberanía de Dios en la salvación.

Autor: J. A. Méndez.

Derechos de autor:

© 2026 José Avendaño.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro— sin el permiso previo por escrito del autor, excepto breves citas con fines de reseña o comentario.

Primera edición, 2026.

Concepción, Chile.

Diseño editorial y maquetación: José Avendaño Méndez

ISBN: 9798195061333

“Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas.

A Él sea la gloria por los siglos. Amén.”

(Romanos 11:36)

Dedicatoria

A mi amigo Héctor, a quien conocí en la universidad mientras estudiábamos de noche. En aquellos viajes de regreso, Dios lo usó como instrumento para acercarme a estas verdades evidentes en las Escrituras. Espero que, en algún tiempo, podamos servir juntos al Señor; oro a Dios por ello.

A todos aquellos que se encuentran en un sistema teológico que les causa inquietud: no están solos. No se trata de dividir entre buenos y malos, sino de reconocer que a veces el Señor nos conduce a examinar con mayor cuidado lo que creemos a la luz de su Palabra. No estás solo.

A mis pequeñas hijas. Espero que, cuando crezcan y quizá atraviesen sus propias preguntas, estas líneas puedan edificarlas en la gracia de Dios; y, si el Señor lo permite, también a mis futuros nietos.

Agradecimientos

Agradezco a Dios por los lugares donde Él me fue formando. En una iglesia pentecostal di mis primeros pasos en la fe, aprendí verdades elementales del evangelio y fui enseñado en el orden, el amor y el temor del Señor. Cada hermano y hermana contribuyó a mi caminar. Agradezco también a Samuel, pastor de aquella iglesia local, quien aún sirve allí y con quien, hasta hoy, mantengo una amistad que trasciende nuestras diferencias teológicas.

Prefacio

No llegué al evangelio buscando a Dios.

Esa es una de las primeras cosas que debo decir con honestidad. Antes de conocer la fe cristiana, yo venía desde el ateísmo. No era simplemente una persona confundida religiosamente, ni alguien que estaba explorando distintas opciones espirituales hasta encontrar una que le pareciera más convincente. Mi punto de partida era mucho más duro: vivía lejos de Dios, sin reconocer su autoridad, sin buscar su gloria y sin entender mi necesidad de Cristo.

Mirando hacia atrás, no me cuesta decirlo con claridad: yo podía considerarme literalmente como un enemigo de Dios.

No lo digo como una frase exagerada ni como un recurso dramático. Lo digo porque eso es lo que la Escritura enseña acerca del hombre natural. El ser humano no nace neutral frente a Dios. No viene al mundo con una disposición limpia, abierta y dócil ante su Creador. Nace en pecado, ama su autonomía, resiste la verdad y desea vivir como si Dios no tuviera derecho sobre él. Eso era yo. Un hombre que no buscaba a Dios, pero que fue buscado por Dios.

Por eso, desde el comienzo, mi historia con el evangelio ya tenía una marca de gracia soberana, aunque yo todavía no supiera explicarla así. Si hoy creo en la gracia de Dios, no es porque primero haya elaborado un sistema teológico y luego haya acomodado mi vida a ese sistema. Es al revés. Primero fui alcanzado por una gracia que no merecía. Primero Dios tuvo misericordia de alguien que no lo estaba buscando. Primero fui llevado a Cristo, aun cuando mi corazón no tenía en sí mismo el deseo natural de venir a Él.

Mi primer impacto con el evangelio fue dentro de un contexto pentecostal. Ese fue el ambiente donde comencé a conocer el lenguaje de la fe, la oración, la consagración, la búsqueda de Dios, la vida espiritual y la seriedad de las cosas eternas. Y doy gracias a Dios por muchas cosas que recibí en ese tiempo. No escribo estas páginas para burlarme de ese pasado, ni para despreciar a hermanos sinceros que aman al Señor y desean servirle. Al contrario, escribo con gratitud, pero también con honestidad. En el ambiente donde crecí espiritualmente, las doctrinas de la gracia no eran enseñadas, no eran abrazadas y, muchas veces, ni siquiera eran consideradas como una posibilidad bíblica seria.

Sin embargo, había algo en la Escritura que no me dejaba tranquilo.

Especialmente el libro de Efesios.

Cada vez que me encontraba con sus palabras, algo dentro de mí se detenía. Allí estaba la gracia, no como una simple ayuda divina para que el hombre completara el resto, sino como una obra soberana de Dios. Allí estaba la elección. Allí estaba la predestinación. Allí estaba la voluntad eterna de Dios. Allí estaba la salvación presentada como algo que nacía en Dios, era realizada por Cristo y aplicada por el Espíritu. Yo no conocía bien los nombres técnicos. No sabía ordenar todo en categorías teológicas. No habría sabido explicar con precisión qué era la elección incondicional, el llamamiento eficaz o la perseverancia de los santos. Pero los textos estaban ahí. Saltaban por sí solos.

Y cuando la Biblia comienza a incomodarnos, hay dos caminos posibles: cerrar los ojos o seguir mirando.

Durante un tiempo, yo miraba, pero no sabía qué hacer con lo que veía.

Me encontraba con pasajes que parecían decir algo muy distinto a lo que normalmente escuchaba. Textos donde Dios no aparecía simplemente esperando que el hombre tomara la iniciativa, sino actuando desde antes de la fundación del mundo. Textos donde la salvación no comenzaba con la decisión humana, sino con el propósito eterno de Dios. Textos donde Cristo no aparecía como un Salvador que solo hizo posible la salvación, sino como un Salvador que realmente salva a su pueblo. Textos donde el Espíritu Santo no era presentado como alguien que ruega impotentemente desde afuera, sino como aquel que da vida, abre los ojos, cambia el corazón y conduce eficazmente a Cristo.

Yo todavía no tenía el lenguaje, pero la doctrina ya estaba golpeando la puerta.

En ese proceso, un amigo desde la universidad comenzó a acercarme a ciertas enseñanzas que abrieron aún más mis preguntas. Él venía hablándome de estas cosas, inquietándome, empujándome —sin saberlo del todo— hacia una búsqueda más profunda. En ese camino me recomendó escuchar a Paul Washer.

Mi primer impacto con Washer no fue directamente una exposición sistemática de las doctrinas de la gracia. Fue algo mucho más personal. Me encontré con una enseñanza sobre el retrato de un esposo bíblico. Y aquello me golpeó profundamente. No porque yo no supiera que la Biblia hablaba del matrimonio, sino porque por primera vez sentí que la Palabra estaba poniendo delante de mí un espejo incómodo. Yo estaba muy lejos de ese retrato. Había distancia entre lo que decía creer y la forma concreta en que debía vivir como esposo, como hombre, como creyente.

Ese fue un golpe de gracia.

No una gracia suave, superficial o sentimental, sino una gracia que hiere para sanar. Una gracia que descubre el orgullo desarma las excusas y nos deja sin defensa delante de Dios.

En ese mismo tiempo, mi padre me regaló una Biblia de estudio de John MacArthur. Aquello también fue importante en mi peregrinaje. Al leer las notas, comentarios y explicaciones bíblicas, comencé a encontrar una forma más ordenada de observar los textos. No era solamente emoción, experiencia o impresión personal; había una preocupación seria por el contexto, por el sentido del pasaje, por la doctrina que nacía directamente de la Escritura.

Paul Washer y John MacArthur no fueron para mí la autoridad final. La autoridad final siempre debía ser la Palabra de Dios. Pero ellos fueron instrumentos que Dios usó para ayudarme a mirar la Biblia con más seriedad. Y mientras avanzaba, fui descubriendo que muchas de las cosas que yo veía en Efesios, en Romanos, en Juan y en otros pasajes, también eran vistas y enseñadas por hombres que habían dedicado su vida a exponer la Escritura.

Entonces algo comenzó a tomar sentido.

No estaba simplemente adoptando una doctrina nueva. Estaba descubriendo que aquello que la Biblia venía mostrando ante mis ojos tenía un nombre, una historia, una defensa y una profundidad. En ese peregrinaje me encontré formalmente con las doctrinas de la gracia.

Y cuando descubrí ese nombre, sentí algo difícil de explicar. No fue como encontrar una doctrina extraña que debía imponer sobre la Biblia. Fue más bien como descubrir que aquello que yo ya venía viendo en la Escritura tenía una forma doctrinal clara. Sentí que no estaba solo. Que no era el único que leía Efesios y quedaba detenido. Que no era el único que

veía en Romanos, en Juan, en Hechos, en los profetas y en las cartas apostólicas una salvación mucho más centrada en Dios que en el hombre.

Fue como encontrar el mapa de un camino que ya venía recorriendo.

Hasta ese momento, muchas veces me había sentido mal. Las personas de mi círculo creían otra cosa. La mayoría hablaba de la salvación de una manera distinta. La elección parecía una palabra peligrosa. La predestinación sonaba casi como una amenaza. La soberanía de Dios en la salvación era vista con sospecha. Y yo, al ver estas verdades en la Escritura, me preguntaba si estaba entendiendo mal, si estaba exagerando, si quizá estaba viendo algo que no debía ver.

Pero cuando encontré estas doctrinas, no sentí que estaba entrando en una jaula. Sentí exactamente lo contrario.

Comprendí que, sin saberlo, ya estaba siendo conducido por la Escritura hacia convicciones que después pude ordenar doctrinalmente. No porque hubiera nacido con un sistema teológico aprendido, sino porque muchas de esas verdades esenciales ya estaban formándose dentro de mí al leer la Biblia. La puerta se abrió cuando descubrí que esas verdades no eran ocurrencias mías, ni ideas aisladas, ni interpretaciones forzadas. Eran doctrinas cuidadosamente vistas, defendidas y amadas por muchos creyentes antes que yo.

Después vino el estudio más formal. Seminarios reformados. Formación teológica. Especialización en griego. Lecturas, clases, discusiones, exégesis, revisión de textos, análisis de verbos, contextos y argumentos bíblicos. Y mientras más estudiaba, más evidente se volvía. No más fría. No más dura. No más lejana. Más evidente. Más hermosa. Más gloriosa.

Las doctrinas de la gracia comenzaron a verse no como cinco puntos sueltos, sino como una visión completa de la salvación. Una cosmovisión bíblica donde Dios no comparte su gloria con el hombre. Una forma de ver el evangelio donde la gracia no es un adorno, sino el fundamento. Donde Cristo no es una posibilidad, sino el Salvador suficiente. Donde la fe no es una obra disfrazada, sino la mano vacía que recibe lo que Dios da. Donde el Espíritu no simplemente aconseja, sino que vivifica. Donde el creyente no se sostiene finalmente por su propia fuerza, sino por la mano fiel de Dios sosteniéndolo a él.

Al recordar mi propio origen, estas doctrinas se hicieron todavía más preciosas. Porque yo no era un hombre espiritualmente enfermo que solo necesitaba una pequeña ayuda. Yo estaba muerto en mis delitos y pecados. No era un buscador sincero que necesitaba una orientación final. Era un enemigo reconciliado por pura misericordia. No era alguien que dio el primer paso hacia Dios. Era alguien a quien Dios salió a buscar cuando no tenía mérito, disposición ni derecho alguno para reclamar su gracia.

Por eso este libro no nace de una necesidad de discutir. Nace de una deuda de gratitud.

No escribo para ganar una pelea teológica. No escribo para humillar a quienes piensan distinto. No escribo para levantar una bandera de superioridad ni para decir: “Nosotros tenemos razón y ustedes no”. Eso sería traicionar el espíritu mismo de estas doctrinas. Porque si algo hacen las doctrinas de la gracia, cuando son entendidas correctamente, es destruir la soberbia. Nadie puede abrazarlas de verdad y al mismo tiempo sentirse superior. Nadie puede decir: “Dios me escogió por algo especial que vio en mí”, porque precisamente estas doctrinas enseñan lo contrario. Dios salva por pura gracia. Dios salva para la gloria de su nombre. Dios salva a muertos, no a candidatos espiritualmente aventajados.

Si eres un lector que viene con dudas, te entiendo.

Tal vez la palabra “predestinación” te incomoda. Tal vez piensas que estas doctrinas hacen a Dios injusto. Tal vez temes que destruyan la evangelización. Tal vez te preocupa que conviertan al hombre en un robot. Tal vez crees que hablar de elección apagará el amor por los perdidos. Tal vez vienes de un ambiente donde estas enseñanzas fueron presentadas como peligrosas, frías, intelectuales o incluso contrarias al carácter amoroso de Dios.

Te pido algo sencillo: camina conmigo por la Escritura.

No te pido que aceptes estas doctrinas porque las enseñó Calvino, Lutero, Agustín, Spurgeon, Edwards, Owen, los puritanos o alguna confesión histórica. Ellos nos pueden ayudar, y en este libro los leeremos con respeto. También podremos recibir ayuda de maestros bíblicos más recientes que han defendido con fuerza la soberanía de Dios en la salvación. Pero ninguno de ellos es la autoridad final. La pregunta decisiva no es qué dijo un reformador, ni qué dijo un predicador, ni qué dijo una tradición. La pregunta decisiva es: ¿qué dice la Escritura?

Y si la Escritura habla, nosotros debemos escuchar.

Este libro quiere ser una conversación. No una conversación liviana, porque el tema es demasiado serio. Pero sí una conversación cercana. Como un hermano que se sienta junto a otro, abre la Biblia y le dice: “Mira esto. Léelo despacio. No huyas de la tensión. No respondas demasiado rápido. Deja que el texto pese. Deja que Dios tenga la última palabra”.

Las doctrinas de la gracia son maravillosas por donde uno las mire. Exaltan a Dios. Humillan al hombre. Magnifican a Cristo. Honran la obra del Espíritu Santo. Derriban la confianza en las obras. Nos obligan a descansar solo en la fe. Nos

recuerdan que la salvación no fue un accidente, ni una reacción divina de último momento, ni una cooperación entre iguales. Fue la obra eterna, soberana, misericordiosa y perfecta de Dios.

Cuando estas verdades comienzan a abrirse ante nuestros ojos, algo cambia. La Biblia se vuelve más coherente. La cruz se vuelve más gloriosa. La gracia se vuelve más profunda. La adoración se vuelve más reverente. La seguridad del creyente deja de descansar en la fuerza de su mano agarrando a Dios, y comienza a descansar en la fuerza de la mano de Dios sosteniéndolo a él.

Eso fue lo que me ocurrió.

Y mi deseo es que, al leer estas páginas, no sientas que alguien está tratando de imponerte un sistema, sino que un amigo te está entregando un regalo. Un regalo que a mí me ayudó a entender mejor la grandeza de Dios, la profundidad de mi pecado, la suficiencia de Cristo, la necesidad de la gracia y la belleza de una salvación que, desde principio a fin, le pertenece al Señor.

No temas mirar estas doctrinas.

Tal vez descubras, como me ocurrió a mí, que no eran una amenaza para la fe, sino una invitación a adorar.

Contenido

Prefacio	11
Capítulo 1: Sola Escritura.....	23
Capítulo 2: Sola Gracia	53
Capítulo 3: Sola Fe.....	83
Capítulo 4: Solo Cristo.....	117
Capítulo 5: Solo a Dios la Gloria.....	151
Capítulo 6: Historia de las doctrinas de la gracia.....	189
Capítulo 7: Depravación Total	225
Capítulo 8: Elección Incondicional.....	267
<i>Capítulo 9: Expiación Limitada</i>	<i>309</i>
Capítulo 10: Gracia Irresistible	347
Capítulo 11: Perseverancia de los Santos.....	383
Capítulo 12: Objeciones Comunes	423
Capítulo 13: Doctrinas de la gracia y vida cristiana	457
Capítulo 14: Recursos para estudiar	493

Capítulo 1: Sola Escritura

La Palabra de Dios como autoridad final

Antes de entrar a las doctrinas de la gracia, antes de hablar de depravación total, elección incondicional, expiación limitada, gracia irresistible y perseverancia de los santos, debemos detenernos en una pregunta anterior: ¿quién tendrá la última palabra? Esta pregunta parece sencilla, pero en realidad decide todo el camino. Si la última palabra la tiene mi emoción, terminaré construyendo una fe a mi medida. Si la última palabra la tiene mi tradición, terminaré defendiendo lo que heredé, aunque la Escritura lo corrija. Si la última palabra la tiene mi experiencia, mi vida cristiana dependerá de momentos, impresiones, recuerdos y sensaciones. Si la última palabra la tiene un predicador, un concilio, una denominación o una escuela teológica, entonces mi conciencia quedará atada a hombres. Pero si la última palabra la tiene Dios, entonces toda doctrina, toda experiencia, toda tradición y todo argumento deben inclinarse delante de su Palabra.

Por eso comenzamos con **Sola Escritura**. No como un lema decorativo de la Reforma, ni como una frase antigua que repetimos sin sentir su peso, sino como el fundamento sobre el cual debe descansar toda conversación doctrinal. Si vamos a descubrir las doctrinas de la gracia, no podemos comenzar preguntando qué nos parece más amable, qué suena más lógico, qué nos resulta menos incómodo o qué se enseña más comúnmente en nuestro círculo. Debemos comenzar preguntando: ¿qué dice la Escritura?

Esta fue una de las grandes convicciones recuperadas en la Reforma protestante. Muchos cristianos, al tener su primer acercamiento con las doctrinas reformadas, las relacionan inmediatamente con Martín Lutero, Juan Calvino, Juan Hus, los puritanos o los sínodos confesionales. Y es verdad que Dios usó a esos hombres en momentos

importantes de la historia. Pero los reformadores no querían inventar una nueva fe. Ellos querían volver a la fe bíblica. Ningún reformador serio deseaba que la iglesia descansara finalmente en su nombre. La intención más profunda era volver a la Escritura y solo a la Escritura.

En ese sentido, lo que ocurrió en la Reforma no fue una rebelión contra toda autoridad, sino una apelación a la autoridad superior. Lutero no se paró ante Roma diciendo: “Mi opinión es mejor que la de ustedes”. Su punto era más profundo: ninguna autoridad humana tiene derecho a gobernar la conciencia cuando contradice la Palabra de Dios. La conciencia del creyente no pertenece al papa, ni al pastor, ni al teólogo, ni a la tradición familiar. La conciencia del creyente debe estar cautiva a la Palabra de Dios.

Este principio lo vemos con claridad en la famosa respuesta de Lutero en Worms, donde su defensa no descansó en una preferencia personal, sino en la autoridad de la Escritura. Refuerza Martín Lutero la necesidad de que la conciencia cristiana sea gobernada por la Palabra y no por instituciones humanas cuando estas se apartan de ella:

“Mi conciencia está cautiva a la Palabra de Dios. No puedo ni quiero retractarme de nada.”

Martín Lutero (1483–1546).

Esta frase, tan conocida y tantas veces repetida, no debe ser tratada como un simple momento heroico de la historia. Debe llegar hasta nosotros como una pregunta personal: ¿mi conciencia está realmente cautiva a la Palabra de Dios? No basta con decir que creemos en la Biblia. Muchas veces decimos creer en la Biblia, pero en la práctica dejamos que

otras voces la gobiernen. Decimos que la Biblia es suficiente, pero corremos detrás de revelaciones privadas. Decimos que la Biblia es clara, pero la oscurecemos cuando contradice nuestras conclusiones. Decimos que la Biblia es autoritativa, pero la subordinamos a la costumbre de nuestra iglesia, a la emoción de una reunión, a la frase de un predicador famoso o a la sensibilidad de la época.

Sola Escritura no significa que despreciemos la historia de la iglesia, los credos, las confesiones o los maestros que Dios ha dado a su pueblo. Eso sería un error. El cristiano no está llamado a leer la Biblia como si fuera el primer creyente de la historia. Dios ha enseñado a su iglesia durante siglos, y sería soberbio ignorar esa herencia. Pero Sola Escritura sí significa que toda autoridad humana es secundaria, ministerial y corregible. Solo la Escritura posee autoridad final, infalible y normativa sobre la fe y la vida.

La Confesión de Fe de Westminster, una de las confesiones presbiterianas más importantes, expresa esto con gran precisión. Refuerza la tradición reformada presbiteriana que la autoridad de la Escritura no depende de la aprobación de la iglesia, sino de Dios mismo, quien es su autor:

*“La autoridad de la santa Escritura depende
no del testimonio de hombre o iglesia alguna,
sino enteramente de Dios.”*

Confesión de Fe de Westminster (1646).

La Confesión Bautista de Londres de 1689, profundamente cercana en estructura a Westminster, afirma la misma verdad con otro énfasis precioso. Antes de hablar de Dios, de sus decretos, de Cristo, del llamamiento eficaz o de la perseverancia de los santos, comienza hablando de la

Escritura. Esto no es casualidad. Una confesión reformada comienza allí porque todo lo demás debe nacer de allí. Refuerza la confesión bautista particular que la Escritura es la regla suficiente, cierta e infalible para conocer lo que Dios requiere para salvación, fe y obediencia:

*“La Santa Escritura es la única regla
suficiente, cierta e infalible de todo
conocimiento salvador, fe y obediencia.”*

Confesión Bautista de Londres de 1689.

Esta afirmación es vital para nuestro propósito. Si vamos a hablar de las doctrinas de la gracia, no podemos comenzar con Calvino. No podemos comenzar con Dort. No podemos comenzar con Spurgeon, MacArthur, Washer, Sproul, Owen o Edwards. Todos ellos pueden ayudarnos; algunos de ellos serán compañeros útiles en este camino. Pero ninguno de ellos es la regla de fe. La pregunta decisiva no es: “¿Qué dijo Calvino?”. La pregunta decisiva es: “¿Qué dice Dios?”.

Aquí conviene recuperar una idea central de la tesis que dio origen a este libro: **No podríamos pensar en nada más hermoso, nada más sublime como lo es Sola Escritura.** Es el lugar donde descansa toda doctrina teológica. Es en la Escritura donde el cristiano ve la manifestación y el testimonio de Cristo para con la humanidad. Es en la Escritura donde el cristiano recibe instrucciones precisas de cómo conducirse en la vida; es en la Escritura donde nace todo argumento, toda doctrina. Es donde descansa uno de los principios más sólidos de la teología: la Biblia se interpreta con la Biblia.

Esta convicción debe permanecer intacta. La Biblia no es simplemente una fuente más entre muchas. No es una pieza

dentro de un sistema religioso más amplio. No es una voz que se suma a la tradición, la experiencia y la razón para que luego nosotros decidamos cuál pesa más. La Escritura es la Palabra escrita de Dios. Por tanto, cuando ella habla, Dios habla. Y cuando Dios habla, el hombre debe callar, escuchar, arrepentirse, creer y obedecer.

La Escritura como fundamento de la fe

Sola Escritura echa por tierra cualquier tradición, cualquier interpretación extrabíblica, cualquier argumento humanista o cualquier intento por dar una revelación especial que pretenda colocarse por encima o al mismo nivel de la Palabra escrita. Sola Escritura es el fundamento de nuestra fe; es por donde nace nuestra fe; es por la Escritura que hemos oído el mensaje del evangelio. No existe mayor hermosura que esta: tener los pensamientos de Dios consignados por escrito para que su pueblo no camine en tinieblas.

Esto no significa que la Biblia responda cada curiosidad humana. La Escritura no fue dada para satisfacer toda especulación, ni para reemplazar el estudio legítimo de la creación, la historia, la medicina, la ingeniería o las ciencias. Sola Escritura no enseña que la Biblia contiene toda verdad de cualquier disciplina. Enseña que todo lo necesario para la salvación, la fe, la obediencia y la vida piadosa ha sido revelado suficientemente por Dios en su Palabra. En aquello sobre lo cual la Escritura habla, ella habla con autoridad final.

Por eso la iglesia necesita un estándar. En un mundo convulsionado por la revolución de la información, internet, redes sociales, comunicación masiva, opiniones instantáneas y voces que se levantan desde todos los ángulos, Sola Escritura nos dio y nos dará siempre a los cristianos un parámetro, un estándar, una regla de fe. La iglesia que pierde esta regla queda a merced de la moda espiritual del momento.

Hoy puede ser la experiencia; mañana, el pragmatismo; pasado mañana, la psicología popular; luego, la política; después, la espiritualidad emocional. Pero la Palabra permanece.

El apóstol Pablo lo expresó con claridad al escribir a Timoteo:

“16 Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, 17 a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.” 2 Timoteo 3:16-17, Reina-Valera 1960.

Este es uno de los textos base a la hora de hablar de Sola Escritura. Pablo afirma que toda la Escritura es inspirada por Dios. La expresión apunta al origen divino de la Palabra. No estamos frente a meras reflexiones religiosas de hombres piadosos. No estamos ante una antología de experiencias espirituales antiguas. Estamos ante una Palabra que procede de Dios. Por eso es útil para enseñar, reprender, corregir e instruir en justicia. La Escritura no solo informa: gobierna. No solo consuela: corrige. No solo inspira: forma al hombre de Dios.

Aquí debemos detenernos. Si la Escritura es útil para enseñar, entonces la doctrina debe nacer de ella. Si es útil para redargüir, entonces ella tiene derecho a contradecirme. Si es útil para corregir, entonces mis errores no se resuelven mirando hacia dentro, sino sometiéndome a lo que Dios ha dicho. Si es útil para instruir en justicia, entonces la vida cristiana no puede ser guiada por impulsos sueltos, sino por la verdad revelada.

Esto se vuelve especialmente importante cuando hablamos de doctrinas difíciles. Hay textos bíblicos que nos consuelan de inmediato. Hay otros que nos confrontan. Algunos pasajes parecen abrazarnos apenas los leemos; otros nos dejan en silencio, sin saber qué responder. Las doctrinas de la gracia

suelen producir ese segundo efecto en muchos creyentes. Cuando un cristiano lee que Dios nos escogió antes de la fundación del mundo, que no depende del que quiere ni del que corre, que nadie puede venir a Cristo si el Padre no lo trae, que todos los que el Padre da al Hijo vendrán a Él, surge una tensión. Esa tensión no debe resolverse suavizando el texto, sino dejando que la Escritura nos enseñe.

Refuerza B. B. Warfield, teólogo presbiteriano de Princeton, que la Escritura debe ser recibida como Palabra de Dios y, por ello, confiada en todo lo que enseña:

“Las Escrituras son la misma Palabra de Dios.”

Benjamín Breckinridge Warfield (1851–1921).

Si esto es cierto, el asunto cambia completamente. La pregunta ya no es si una doctrina me parece aceptable emocionalmente. La pregunta es si la Escritura la enseña. Si Dios ha hablado, el creyente no está llamado a negociar con el texto. Está llamado a inclinarse ante él.

Dios habló por medio de hombres, pero la Palabra es de Dios

Uno de los argumentos más comunes contra la autoridad bíblica es señalar el factor humano. “La Biblia fue escrita por hombres”, dicen algunos, como si eso resolviera el asunto. Pero la doctrina cristiana de la inspiración nunca ha negado el uso de autores humanos. Dios habló por medio de hombres reales, con vocabulario real, contextos reales, estilos reales, circunstancias reales y géneros literarios reales. La inspiración no elimina la humanidad del instrumento. Pero tampoco permite reducir el mensaje a simple producción humana.

El apóstol Pedro dice:

“porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.” 2 Pedro 1:21, Reina-Valera 1960.

Este texto nos ayuda a mantener el equilibrio. Hubo hombres hablando. Pero no hablaron movidos meramente por voluntad humana. Fueron llevados por el Espíritu Santo. Dios no anuló sus personalidades, pero gobernó el proceso de tal manera que lo escrito fuera su Palabra. Por eso, aunque vemos a Moisés, David, Isaías, Mateo, Juan, Pablo y Pedro escribiendo, debemos reconocer detrás de ellos la autoridad del Dios que habla.

En la tesis original, esta idea se expresa de forma muy clara: **Si bien muchos hablan del factor humano y del error inducido por los humanos en la Escritura como un factor importante a considerar, también se debe considerar que Dios estaba en la ecuación, supervisando y verificando que fuera correctamente inspirada. A pesar de los modismos, la cultura y las figuras relacionadas con la cultura, la Palabra de Dios traspasada a los profetas en otro tiempo y a los apóstoles fue fiel a lo que Dios deseaba traspasar. En ese sentido, la Palabra de Dios es nuestra fuente de autoridad.**

Esta forma de hablar es importante porque no reduce la inspiración a un dictado mecánico, pero tampoco debilita la autoridad de la Escritura. Dios habló en lenguaje humano para que el hombre pudiera entender. Eso no hace que la Palabra sea menos divina; hace que la misericordia de Dios sea más evidente. El Dios infinito condescendió a comunicarse con criaturas finitas. Se reveló. Habló. Mandó escribir. Preservó su verdad para su pueblo.

David lo expresa así:

“El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, Y su palabra ha estado en mi lengua.2 Samuel 23:2, Reina-Valera 1960.

Este texto tiene una belleza particular. David reconoce que sus palabras, en cuanto profeta y salmista inspirado, no nacen simplemente de su genio poético. El Espíritu del Señor habló por él. La Palabra de Dios estuvo en su lengua. Este es el misterio glorioso de la inspiración: hombres hablando, escribiendo, cantando y profetizando; y Dios mismo comunicando su verdad.

Refuerza Juan Calvino que la verdadera doctrina debe comenzar no en la imaginación humana, sino en la enseñanza celestial de la Escritura:

*“No puede obtenerse ni la más pequeña
porción de sana doctrina sin ser discípulo de
la Escritura.”*

Juan Calvino (1509–1564).

Si queremos sana doctrina, debemos ser discípulos de la Escritura. No dueños de ella. No jueces sobre ella. No editores que deciden qué conservar y qué suavizar. Discípulos. Y un discípulo escucha, aprende, se corrige, se somete y sigue.

Cristo mismo se sometió a la Escritura

Uno de los argumentos más fuertes a favor de Sola Escritura es la actitud de Cristo hacia la Escritura. Si alguien pudiera haber hablado con autoridad propia, sin apelar a lo escrito, era el Hijo de Dios encarnado. Sin embargo, una y otra vez Cristo cita, expone, confirma y cumple la Escritura. Él no

trata el Antiguo Testamento como un documento religioso defectuoso, sino como Palabra confiable, suficiente y verdadera.

Cuando los saduceos se equivocaban respecto a la resurrección, Cristo no los corrigió apelando a una nueva experiencia espiritual, sino confrontándolos con la Escritura:

“Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios.” Mateo 22:29, Reina-Valera 1960.

La reprensión es seria. El error doctrinal no era simplemente falta de información. Era ignorancia de las Escrituras y del poder de Dios. Esto debe estremecernos. Muchos errores en la iglesia no nacen de falta de entusiasmo, sino de falta de Escritura. Puede haber fervor sin verdad, celo sin conocimiento, emoción sin fundamento. Cristo no elogia el entusiasmo doctrinalmente desordenado. Lo corrige con la Palabra.

En otra ocasión, Jesús afirmó:

“Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), Juan 10:35, Reina-Valera 1960.

Esta frase es breve, pero poderosa. Para Cristo, la Escritura posee una autoridad inviolable. No puede ser anulada, rota, quebrada o dejada sin efecto. Si el Hijo de Dios tuvo tal concepto de la Escritura, ¿cómo podría la iglesia tener uno menor? Si Cristo no se avergonzó de someter sus argumentos a la Escritura, ¿cómo podríamos nosotros pretender una espiritualidad superior que vive de impresiones sin texto?

Tenemos al mismo Cristo confiando en la suficiencia, la inspiración y la infalibilidad de la Escritura, porque Cristo no tiene reparos en citar una y otra vez el Antiguo Testamento como una Palabra confiable y segura. Esta observación es

crucial. Jesús cita la Escritura para enfrentar la tentación, para corregir a los religiosos, para explicar su misión, para interpretar su muerte, para enseñar acerca del matrimonio, la resurrección, el templo, la misericordia, el juicio y el cumplimiento mesiánico.

Cuando fue tentado en el desierto, Cristo respondió repetidamente: “Escrito está”. No dijo: “Yo siento”. No dijo: “Mi experiencia me dice”. No dijo: “La tradición popular afirma”. Dijo: “Escrito está”.

“Él respondió y dijo: Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” Mateo 4:4, Reina-Valera 1960.

Aquí vemos la espiritualidad perfecta del Hijo de Dios. Él vence la tentación usando la Palabra. No porque careciera de autoridad divina, sino porque vino como el hombre obediente, el nuevo Adán, el verdadero Israel, el Siervo fiel que vive bajo la voluntad del Padre. Su uso de la Escritura no fue ornamental; fue esencial.

Jesús también reprendió a quienes reemplazaban la Palabra de Dios con tradiciones humanas:

“invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido. Y muchas cosas hacéis semejantes a estas.” Marcos 7:13, Reina-Valera 1960.

Este texto debe ser leído lentamente. La tradición no siempre aparece como enemiga declarada de la Biblia. Muchas veces aparece vestida de piedad, costumbre, respeto por los mayores, defensa de la identidad religiosa o celo por la pureza. Pero cuando una tradición invalida la Palabra de Dios, debe ser rechazada. No importa cuán antigua sea. No importa cuántos la practiquen. No importa cuántos líderes la

defiendan. La tradición puede servir cuando se somete a la Escritura; se vuelve peligrosa cuando la gobierna.

Refuerza R. C. Sproul, maestro reformado contemporáneo, que la Escritura debe ser la autoridad final por encima de opiniones humanas:

“La Escritura es la autoridad final.”

R. C. Sproul (1939–2017).

Esta idea es sencilla, pero necesaria. En cada generación la iglesia tendrá que decidir si cree realmente esto. Cuando la cultura presione, cuando la tradición incomode, cuando la experiencia parezca más viva que la doctrina, cuando la emoción sea más atractiva que la exégesis, la pregunta será la misma: ¿es la Escritura la autoridad final?

La Escritura da testimonio de Cristo

Sola Escritura no puede separarse de Solo Cristo. No defendemos la Biblia como un fin aislado de Cristo, sino como la revelación escrita que da testimonio de Él. La Escritura no es un libro muerto de normas religiosas; es el testimonio divino acerca del Dios vivo y de su obra redentora en Cristo. Por eso Cristo dijo:

“Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí;” Juan 5:39, Reina-Valera 1960.

Este texto corrige dos errores. El primero es despreciar la Escritura. El segundo es leer la Escritura sin venir a Cristo. Los judíos escudriñaban los textos, pero no reconocían al Mesías al que esos textos apuntaban. Esto nos enseña que una defensa correcta de Sola Escritura debe ser

profundamente centrada en Cristo. No basta con amar el estudio bíblico si ese estudio no nos lleva a Cristo. No basta con dominar argumentos si no somos llevados a adorar al Hijo.

Después de su resurrección, Jesús hizo algo extraordinario con los discípulos camino a Emaús:

“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían.” Lucas 24:27, Reina-Valera 1960.

Cristo no presentó una espiritualidad desconectada del texto. Les abrió las Escrituras. Les mostró cómo Moisés, los profetas y todo el Antiguo Testamento hablaban de Él. Esto significa que la Biblia tiene una unidad profunda. No es un conjunto caótico de historias morales. Es la revelación progresiva de Dios que culmina en Cristo. Desde Génesis hasta Apocalipsis, la Escritura nos conduce al Cordero.

Por eso, cuando hablamos de Sola Escritura, no estamos defendiendo bibliolatría. No adoramos el papel, la tinta o la encuadernación. Adoramos al Dios que habla en su Palabra y al Cristo que ella revela. La Escritura es indispensable porque sin ella no conoceríamos correctamente al Cristo verdadero. Podríamos inventar un Cristo de nuestra imaginación, un Cristo sentimental, un Cristo político, un Cristo terapéutico, un Cristo domesticado, un Cristo que nunca confronta. Pero el Cristo de la Escritura no se deja moldear por nosotros. Él se revela. Y la iglesia debe recibirlo como Dios lo ha dado a conocer.

Refuerza Juan Calvino con una imagen conocida: la Escritura funciona como lentes que corrigen nuestra visión espiritual. Sin ella, la creación puede mostrar algo de la gloria de Dios, pero nuestra mente caída distorsiona lo que ve:

*“La Escritura disipa nuestra oscuridad y nos
muestra claramente al verdadero Dios.”*

Juan Calvino (1509–1564).

Esta imagen es profundamente útil. El pecado no solo dañó nuestra conducta; dañó nuestra visión. El hombre no regenerado puede mirar la creación y no adorar al Creador. Puede ver orden y atribuirlo al azar. Puede ver belleza y usarla para su idolatría. Puede ver conciencia moral y reprimirla. Necesitamos que Dios hable con claridad. Necesitamos la Escritura como luz, regla, lente y espada.

El salmista lo dice de manera preciosa:

“Lámpara es a mis pies tu palabra, Y lumbrera a mi camino.” Salmo 119:105, Reina-Valera 1960.

La Palabra no es una lámpara opcional. Es la luz que guía los pasos. Sin ella, podemos caminar con seguridad aparente, pero en tinieblas reales. Hay iglesias enteras que pueden funcionar, organizar actividades, levantar edificios, llenar calendarios y producir emociones, pero si no están gobernadas por la Palabra, caminan sin lámpara. Lo más peligroso no es una iglesia débil que reconoce su necesidad de Escritura; lo más peligroso es una iglesia activa que cree no necesitarla.

La suficiencia de la Escritura

Una de las grandes afirmaciones de Sola Escritura es la suficiencia bíblica. La Escritura es suficiente para aquello que Dios quiso revelarnos respecto a la salvación, la fe y la

obediencia. Esto no significa que la Biblia diga todo lo que podría decirse. Significa que dice todo lo que Dios quiso que su iglesia tuviera como regla final.

La tesis original lo expresa así: **Ante Sola Escritura, el punto de vista de algún teólogo en particular termina siendo un punto minúsculo, de poca incidencia o relevancia. Sola Escritura se define por sí sola al mantener a la Escritura como regla de fe práctica.**

Esta frase no debe entenderse como desprecio por los teólogos. Este mismo libro citará a muchos. Pero debemos mantener el orden correcto. Los teólogos sirven a la iglesia cuando ayudan a entender la Escritura. Se vuelven peligrosos cuando reemplazan la Escritura. Un comentario bíblico puede iluminar; no puede gobernar la conciencia como lo hace Dios. Una confesión puede resumir fielmente doctrina; no puede añadir doctrina obligatoria fuera de la Palabra. Un predicador puede ser instrumento de edificación; no puede exigir fe donde Dios no ha hablado.

Refuerza John MacArthur, en una explicación sobre Sola Escritura, que la Biblia es la norma perfecta de verdad espiritual:

“La Escritura es el estándar perfecto y único de la verdad espiritual.”

John MacArthur (1939–2025).

Esta afirmación es útil porque ubica la Escritura en su lugar correcto. No estamos diciendo que no existan verdades fuera de la Biblia. Estamos diciendo que ninguna verdad espiritual necesaria para la salvación y la obediencia puede colocarse

por encima de ella. La Palabra es el estándar. Todo lo demás debe ser probado.

Pablo exhorta a Timoteo:

“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad.” 2 Timoteo 2:15, Reina-Valera 1960.

La Palabra debe ser trazada correctamente. Esto significa que no basta con citar versículos; hay que manejarlos con fidelidad. Una doctrina puede usar lenguaje bíblico y aun así torcer el sentido bíblico. Satanás citó la Escritura en la tentación de Cristo, pero la citó torcidamente. Por eso Sola Escritura no es permiso para usar textos aislados como munición, sino llamado a someter toda interpretación al sentido real del texto, al contexto, a la analogía de la fe y al conjunto de la revelación.

Aquí nace un principio fundamental: la Biblia se interpreta con la Biblia. Los textos menos claros deben leerse a la luz de los más claros. Las afirmaciones particulares deben ubicarse dentro del argumento completo. Las palabras como “mundo”, “todos”, “querer”, “llamar”, “escoger”, “venir” o “creer” deben estudiarse según el uso bíblico, no simplemente según la reacción inmediata que producen en nosotros. Este principio será crucial cuando lleguemos a las doctrinas de la gracia. Muchas objeciones surgen no de un amor más profundo por la Biblia, sino de lecturas parciales que no dejan hablar a toda la Escritura.

La Palabra frente a las experiencias

Uno de los grandes desafíos contemporáneos no es solo la tradición religiosa, sino la autoridad de la experiencia. Vivimos en una época en que muchas personas consideran verdadero lo que sienten intensamente. En algunos ambientes

evangélicos, esto se vuelve especialmente peligroso. Una persona dice: “Dios me dijo”, y con esa frase pretende cerrar toda evaluación. Otra dice: “Yo sentí en mi corazón”, y con eso quiere convertir una impresión interna en dirección divina incuestionable. Otra afirma haber recibido una revelación especial, y la iglesia queda presionada a aceptarla por temor a “apagar el Espíritu”.

Pero Sola Escritura nos guarda. No porque neguemos que Dios pueda guiar providencialmente, consolar, iluminar, convencer o mover el corazón. Dios lo hace. Pero ninguna impresión subjetiva puede colocarse al nivel de la Escritura. El Espíritu Santo no compite contra la Palabra que Él mismo inspiró. El Espíritu no conduce a la iglesia a despreciar la Escritura; la conduce a entenderla, amarla y obedecerla.

Isaías nos da una regla contundente:

“¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” Isaías 8:20, Reina-Valera 1960.

Esta frase debe quedar grabada en la mente del creyente. No todo lo espiritual es verdadero. No toda emoción intensa viene de Dios. No toda experiencia religiosa confirma sana doctrina. El criterio es: “A la ley y al testimonio”. En otras palabras, volvamos a lo que Dios ha dicho. Si una enseñanza no habla conforme a la Palabra, no trae luz sino oscuridad.

Fundamentar nuestra fe en circunstancias es riesgoso, porque las circunstancias cambian; fundamentarla en emociones es inestable, porque las emociones varían; fundamentarla en la experiencia es edificar en arena, porque las experiencias personales son eso: experiencias personales. La única regla general de la vida cristiana la encontramos en la Palabra de Dios y en nada más.

Esto no niega que Dios use circunstancias. Tampoco niega que el cristiano experimente emociones. Tampoco desprecia los testimonios de la obra de Dios. Pero pone cada cosa en su lugar. La circunstancia debe ser interpretada por la Escritura. La emoción debe ser examinada por la Escritura. El testimonio debe ser evaluado por la Escritura. La predicación debe ser juzgada por la Escritura. El sueño, la impresión, el consejo y la tradición deben arrodillarse ante la Escritura.

Los bereanos son un ejemplo hermoso:

“Y estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.” Hechos 17:11, Reina-Valera 1960.

Notemos el equilibrio. Recibieron la palabra con solicitud, pero examinaron las Escrituras. No eran escépticos fríos, pero tampoco crédulos ingenuos. Tenían hambre y discernimiento. Oían, pero verificaban. Esta es una combinación que necesitamos recuperar: humildad para recibir y reverencia para examinar.

La Escritura frente a la razón humana

También debemos hablar de la razón. La fe cristiana no es irracional. Dios nos dio mente, y debemos amarlo también con todo nuestro entendimiento. Pero la razón humana no es autónoma. Está afectada por el pecado. Por tanto, cuando la razón se coloca como juez supremo sobre la revelación, termina produciendo incredulidad religiosa o religión hecha a la medida del hombre.

Hay doctrinas que desafían nuestra razón. La Trinidad desafía nuestra razón, pero no la contradice. La encarnación desafía nuestra razón, pero no la destruye. La soberanía de Dios y la

responsabilidad humana desafían nuestra razón, pero son enseñadas por la Escritura. El problema surge cuando exigimos que Dios solo pueda revelar lo que nosotros podemos comprender completamente. Eso no es reverencia; es arrogancia.

Pablo escribe:

“¡ Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Romanos 11:33, Reina-Valera 1960.

Este texto no nos llama a abandonar el estudio, sino a estudiar de rodillas. Hay un punto en que la doctrina no termina en dominio intelectual, sino en adoración. La mente trabaja, compara textos, define términos, considera contextos, escucha a maestros fieles; pero al final reconoce que Dios es Dios y nosotros somos criaturas.

Cuando hablamos de las doctrinas de la gracia, este punto será inevitable. Muchos rechazan la elección incondicional no porque hayan refutado exegéticamente los textos, sino porque no logran reconciliarla emocional o racionalmente con su idea previa de justicia. Otros rechazan la expiación limitada porque les parece que reduce el amor de Dios, sin preguntarse primero qué enseña la Escritura sobre el propósito definido de la cruz. Otros rechazan la gracia irresistible porque piensan que anula la voluntad humana, antes de considerar cómo la Biblia describe el nuevo nacimiento.

Sola Escritura nos obliga a invertir el orden. No parto desde mi concepto de justicia para corregir Romanos 9. No parto desde mi idea de amor para corregir Juan 10. No parto desde mi definición de libertad para corregir Juan 6. Parto desde la Escritura, y luego permito que la Escritura corrija mi idea de justicia, amor y libertad.

Refuerza Calvino que la Escritura es la escuela del Espíritu Santo, donde Dios nos enseña lo que necesitamos saber y nos guarda de especulaciones inútiles:

“La Escritura es la escuela del Espíritu Santo.”

Juan Calvino (1509–1564).

En la escuela del Espíritu no somos profesores soberanos; somos alumnos. No vamos a la Biblia para obligarla a confirmar lo que ya pensamos. Vamos a la Biblia para ser instruidos por Dios. Y si Dios decide humillarnos, debemos agradecer. Si decide corregirnos, debemos obedecer. Si decide mostrarnos que la salvación es más soberana de lo que creíamos, debemos adorar.

La Escritura como protección de la iglesia

Dios dio su Palabra también para proteger a su pueblo. La iglesia siempre ha enfrentado amenazas: persecución, falsas doctrinas, abusos de autoridad, espiritualidad superficial, legalismo, libertinaje, emocionalismo, racionalismo, misticismo y mundanalidad. La respuesta final a estas amenazas no es simplemente mejor administración, mejores estrategias o más entusiasmo. La iglesia necesita volver a la Palabra.

Pablo le dijo a Timoteo:

“Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeran.” 1 Timoteo 4:16, Reina-Valera 1960.

La frase es solemne. “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina”. No basta cuidar la vida personal si se descuida la enseñanza. Tampoco basta defender doctrina correcta con un

corazón orgulloso y descuidado. Vida y doctrina caminan juntas. La doctrina no es un lujo académico. Pablo la vincula con la salvación de Timoteo y de quienes lo oyen. Esto no significa que Timoteo se salve por precisión doctrinal como mérito humano, sino que Dios usa la verdad perseverante como medio de preservación y edificación.

Una falla al trazar la Palabra de Dios no es un juego de niños. La Palabra puede ser usada para dar claridad salvadora o puede ser torcida para endurecer, confundir y extraviar. Por eso el predicador debe temblar. El maestro debe temblar. El lector también. Abrir la Biblia no es abrir cualquier libro. Es ponerse delante de Dios.

La historia de la iglesia confirma esto. Muchas desviaciones comienzan pequeñas: una frase sin texto, una experiencia elevada por encima de la Escritura, una tradición que ya nadie examina, una doctrina incómoda que se deja de predicar, una palabra bíblica reemplazada por un concepto más aceptable. Con el tiempo, el centro se desplaza. La iglesia sigue hablando de Dios, pero ya no piensa según Dios. Sigue usando versículos, pero ya no se somete a la Escritura. Sigue teniendo culto, pero pierde el temor reverente.

Por eso la Reforma fue tan importante. No porque los reformadores fueran perfectos. Porque no lo fueron. No porque resolvieran todos los problemas de la iglesia. No lo hicieron. Sino porque Dios levantó un clamor: volvamos a la Palabra. Frente a indulgencias, abusos, tradiciones opresivas, autoridad papal y doctrinas oscurecidas, la pregunta volvió a ser: ¿qué dice la Escritura?

Refuerza la tradición reformada que Sola Escritura no elimina autoridades menores, pero sí declara que solo la Escritura es infalible y final:

“Solo la Escritura es la autoridad final e infalible para la fe y la práctica cristiana.”

Resumen reformado clásico de Sola Escritura.

Este equilibrio es importante. La iglesia tiene pastores. Tiene maestros. Tiene confesiones. Tiene historia. Tiene disciplina. Tiene concilios legítimos en ciertos contextos. Pero ninguna de esas autoridades es infalible. Todas deben ser examinadas por la Palabra.

La claridad de la Escritura y la humildad del lector

Al afirmar Sola Escritura, también afirmamos que Dios habló para ser entendido. La Escritura tiene profundidad infinita, pero no es un laberinto diseñado para ocultar la verdad de su pueblo. Hay cosas difíciles, como Pedro mismo reconoció respecto a algunas cartas de Pablo, pero el mensaje esencial de salvación es claro. El problema no siempre está en la oscuridad del texto; muchas veces está en la dureza del corazón.

Esto no significa que cada creyente entenderá todo con la misma profundidad. Dios da maestros a la iglesia. El estudio requiere trabajo. El contexto importa. Las lenguas originales ayudan. La historia ilumina. Las confesiones resumen. Pero ningún creyente necesita una casta espiritual que monopolice el acceso a la verdad salvadora. La Palabra de Dios puede ser leída, entendida, creída y obedecida por el pueblo de Dios, bajo la iluminación del Espíritu Santo.

El salmista ora:

“Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley.” Salmo 119:18, Reina-Valera 1960.

Esta oración une dos verdades. La ley contiene maravillas; pero necesitamos ojos abiertos para verlas. La claridad de la Escritura no elimina la necesidad de iluminación espiritual. Leer la Biblia no es un ejercicio meramente técnico. Requiere humildad, oración y dependencia del Espíritu. Esto es especialmente cierto cuando la Palabra confronta nuestras preferencias doctrinales.

Alguien puede leer Efesios 1 y pasar rápidamente por las palabras “escogidos” y “predestinados”, sin detenerse. Otro puede leer Juan 6 y buscar inmediatamente cómo suavizar “nadie puede venir a mí si el Padre no le trajere”. Otro puede leer Romanos 9 y correr a explicar lo que no puede significar antes de escuchar lo que sí dice. Todos necesitamos pedir: Señor, abre mis ojos. No solo para ver lo que me consuela, sino también para ver lo que me humilla.

Sola Escritura exige humildad. Hay una forma orgullosa de defender la Biblia. Hay quienes usan la doctrina como martillo para sentirse superiores. Eso no honra la Escritura. Si la Biblia es Palabra de Dios, no debe producir altivez, sino reverencia. No debe convertirnos en polemistas vacíos, sino en adoradores obedientes. La verdad bíblica no es un trofeo para ganar discusiones; es luz para caminar delante de Dios.

La Escritura y las doctrinas de la gracia

Ahora podemos entender por qué este capítulo debe ir primero. Las doctrinas de la gracia no deben ser recibidas porque sean reformadas, antiguas, confesionales o intelectualmente robustas. Deben ser recibidas solo si son bíblicas. Y si son bíblicas, no deben ser rechazadas porque sean incómodas, mal entendidas o poco populares en ciertos círculos.

Muchos creyentes tienen aprensiones sinceras. Algunos temen que estas doctrinas maten el evangelismo. Otros

temen que hagan a Dios injusto. Otros temen que reduzcan la responsabilidad humana. Otros han conocido personas que hablaban de elección con soberbia, y por eso rechazan la doctrina junto con el mal carácter de quienes la defendían. Estas preocupaciones deben ser escuchadas con paciencia. Pero al final, ninguna experiencia negativa con un calvinista orgulloso puede anular lo que la Escritura enseña. El abuso de una doctrina no refuta la doctrina; solo denuncia el pecado del que la abusó.

Por eso necesitamos Sola Escritura. Ella nos libra tanto del orgullo doctrinal como del rechazo emocional. Nos obliga a preguntar con honestidad: ¿enseña la Biblia que el hombre está muerto en delitos y pecados? ¿Enseña la Biblia que Dios escoge por gracia antes de la fundación del mundo? ¿Enseña la Biblia que Cristo da su vida por sus ovejas, por su pueblo, por su iglesia? ¿Enseña la Biblia que el Padre trae eficazmente a los que dio al Hijo? ¿Enseña la Biblia que Dios guarda hasta el fin a los que salvó?

Si la respuesta bíblica es sí, entonces el deber del cristiano no es resistirse, sino aprender a adorar.

Esto no significa que todas las preguntas desaparezcan de inmediato. Hay doctrinas que requieren tiempo. Algunas verdades bíblicas entran primero como una piedra en el zapato y luego se convierten en almohada para el alma. Al principio incomodan; después sostienen. La soberanía de Dios puede parecer dura cuando uno la mira desde el orgullo humano, pero se vuelve descanso cuando uno la mira desde la debilidad. Si mi salvación dependiera finalmente de mí, estaría perdido. Si depende de la gracia soberana de Dios, entonces hay esperanza real.

Pero para llegar allí debemos dejar que la Escritura nos guíe. No los prejuicios. No las caricaturas. No las frases sueltas. No el temor a lo que otros dirán. La Palabra.

La Palabra permanece

Una de las verdades más consoladoras de Sola Escritura es que la Palabra de Dios permanece. Las generaciones cambian. Las culturas cambian. Los énfasis religiosos cambian. Las modas eclesiásticas cambian. Los predicadores pasan. Los movimientos nacen y mueren. Pero la Palabra permanece.

Isaías escribió:

“Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre.” Isaías 40:8, Reina-Valera 1960.

Pedro retoma esta verdad para hablar del evangelio predicado:

“Mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada.” 1 Pedro 1:25, Reina-Valera 1960.

Esta permanencia nos da seguridad. No estamos edificando sobre opiniones pasajeras. No estamos confiando en impulsos momentáneos. No estamos dependiendo de la genialidad de un autor. El fundamento de nuestra fe es la Palabra viva y permanente de Dios. Si ella permanece, el cristiano puede descansar. Si ella permanece, la iglesia puede ser reformada. Si ella permanece, las doctrinas olvidadas pueden ser redescubiertas. Si ella permanece, la gracia soberana seguirá brillando, aunque los hombres intenten oscurecerla.

El Señor Jesús dijo:

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.” Mateo 24:35, Reina-Valera 1960.

Hay algo profundo en esta afirmación. Todo lo visible parece firme, pero pasará. El cielo y la tierra, en su forma presente, no son el fundamento final. Las palabras de Cristo permanecerán. La iglesia que descansa allí no será finalmente avergonzada.

Una invitación a leer bajo autoridad

Este libro quiere ser un viaje de descubrimiento, pero no un viaje sin mapa. El mapa es la Escritura. No caminaremos por las doctrinas de la gracia buscando imponer un sistema sobre la Biblia; caminaremos preguntando si la Biblia misma nos conduce allí. Las voces de la historia reformada nos acompañarán como testigos, no como señores. Las confesiones nos ayudarán como resúmenes, no como autoridad suprema. Los autores serán útiles en la medida en que nos empujen de regreso al texto.

Si Sola Escritura es verdad, entonces debemos permitir que la Palabra haga su trabajo completo. Que enseñe donde ignoramos. Que reprenda donde resistimos. Que corrija donde torcemos. Que instruya donde estamos inmaduros. Que consuele donde tememos. Que humille donde nos gloriamos. Que exalte a Cristo donde hemos exaltado al hombre.

La Escritura no nos fue dada para satisfacer nuestra curiosidad, sino para formar nuestra fe. No fue dada para alimentar discusiones vanas, sino para llevarnos al conocimiento de Dios. No fue dada para que el hombre conserve una cuota de gloria, sino para que vea su pecado, contemple a Cristo, reciba la gracia y adore al Dios que salva.

Por eso, antes de avanzar, debemos hacer una pausa y formular una oración sencilla:

Señor, si tu Palabra contradice mis ideas, corrige mis ideas. Si tu Palabra derriba mis prejuicios, derríbalos. Si tu Palabra

humilla mi orgullo, humíllalo. Si tu Palabra me muestra una gracia más soberana, más profunda y gloriosa de lo que yo imaginaba, dame ojos para verla y corazón para amarla.

Con esa disposición podemos comenzar. No como jueces sentados sobre la Escritura, sino como discípulos sentados bajo ella. No como dueños del texto, sino como siervos del Dios que habla. No como hombres que vienen a domesticar la gracia, sino como pecadores que vienen a descubrir que la gracia de Dios es más libre, más poderosa y maravillosa de lo que jamás habíamos pensado.

Sola Escritura nos abre la puerta. Todo lo demás debe caminar por ella.

Citas y fuentes para este capítulo

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960.
- Martín Lutero, declaración ante la Dieta de Worms, 1521.
- Confesión de Fe de Westminster, capítulo 1: “De la Santa Escritura”.
- Confesión Bautista de Londres de 1689, capítulo 1: “De las Santas Escrituras”.
- Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, libro I.
- B. B. Warfield, *La inspiración y autoridad de la Biblia*.
- R. C. Sproul, enseñanzas sobre Sola Escritura y autoridad bíblica.
- John MacArthur, explicación de Sola Escritura y suficiencia bíblica.

Capítulo 2: Sola Gracia

La salvación nace en Dios, no en el hombre

Después de afirmar que la Escritura debe tener la última palabra, estamos listos para mirar una de las verdades más hermosas, más humillantes y consoladoras del evangelio: **Sola Gracia**. Si Sola Escritura responde a la pregunta sobre la autoridad final, Sola Gracia responde a la pregunta sobre el origen de la salvación. ¿Dónde comenzó nuestra salvación? ¿En la decisión del hombre o en la misericordia de Dios? ¿En la voluntad humana o en el propósito eterno del Señor? ¿En algo que Dios vio en nosotros o en algo que nació solamente de su beneplácito?

Esta pregunta no es secundaria. En realidad, toca el centro del evangelio. Muchos cristianos hablan de gracia, cantan acerca de la gracia y dan gracias a Dios por su gracia, pero todavía conservan dentro de su pensamiento una pequeña habitación reservada para el mérito humano. Dicen que la salvación es por gracia, pero luego explican la diferencia entre el salvo y el perdido como si finalmente dependiera de algo que el hombre produjo desde sí mismo: una mejor disposición, una decisión más sabia, una humildad más profunda, una sensibilidad espiritual mayor, una voluntad más noble o una respuesta más inteligente.

Sola Gracia viene a cerrar esa habitación. No para oscurecer el amor de Dios, sino para mostrarlo con mayor gloria. No para quitar responsabilidad al hombre, sino para quitarle toda jactancia. No para hacer fría la salvación, sino para mostrar que, si el pecador fue salvo, fue porque Dios tuvo misericordia cuando no había nada en él que pudiera reclamar misericordia.

Esta doctrina fue expresada de una manera sencilla y contundente: **Sola Gracia abate cualquier intento del ser humano de ganar el favor divino en la salvación a través de**

cualquier acción que pueda llevar a cabo. El favor divino es completamente inmerecido, y lo único que nos da acceso a la salvación es la gracia, porque Dios en su infinita gracia lo determinó, no producto de alguna acción que nosotros hayamos realizado, sino por su propio beneplácito y propósito. Esta idea debe conservarse con fuerza, porque resume bien el corazón de la doctrina.

Sola Gracia no significa simplemente que Dios ayuda al hombre a salvarse. No significa que Dios completa lo que el hombre comienza. No significa que Dios mira desde el cielo esperando que el hombre dé el primer paso para luego añadir su poder. Sola Gracia significa que la salvación, desde su raíz hasta su fruto final, procede del favor inmerecido de Dios. Dios toma la iniciativa. Dios da vida. Dios llama. Dios justifica. Dios santifica. Dios preserva. Dios glorifica. El hombre recibe, cree, se arrepiente, obedece y persevera; pero todo eso ocurre porque la gracia de Dios ha obrado primero.

Por eso esta doctrina es tan preciosa. Nos lleva a confesar que no fuimos salvos porque éramos más sensibles, más espirituales, más inteligentes o menos rebeldes que otros. Fuimos salvos porque Dios quiso tener misericordia. Y si eso nos incomoda, quizás no hemos entendido todavía cuán profunda era nuestra condición y cuán libre fue su gracia.

La gracia no es salario

Una de las formas más claras de entender Sola Gracia es distinguir entre gracia y salario. Un salario se debe. Una recompensa se gana. Un mérito se reclama. Pero la gracia no se exige; se recibe. Si algo es por gracia, entonces no puede ser por obras. Si algo es por obras, entonces deja de ser por gracia. Pablo lo dice de una manera imposible de suavizar:

“Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra.” Romanos 11:6, Reina-Valera 1960.

Este versículo es una llave. Nos muestra que gracia y obras, como fundamento de salvación, no pueden mezclarse. No se puede decir que la salvación es principalmente por gracia, pero parcialmente por mérito humano. No se puede decir que Dios hace casi todo, pero el hombre aporta la diferencia decisiva. Si el fundamento final está en algo que el hombre hace, entonces la gracia deja de ser gracia en el sentido bíblico. Y si la gracia es realmente gracia, entonces el hombre queda sin crédito delante de Dios.

La mente humana se resiste a esto. Queremos pensar que hay algo en nosotros que explica por qué fuimos salvos. Incluso cuando afirmamos que todo es gracia, muchas veces dejamos escondida una pequeña gloria personal. Pensamos: “Dios me salvó porque yo sí respondí”. O: “Dios me escogió porque vio que yo iba a creer”. O: “Dios me dio oportunidad, pero yo fui quien finalmente hizo la diferencia”. El problema es que ese razonamiento desplaza el centro de la gloria. Dios sigue siendo importante, pero el hombre conserva la última palabra.

Sola Gracia no permite eso. La gracia bíblica no es Dios recompensando una virtud anticipada. No es Dios premiando una fe prevista como si esa fe naciera autónomamente del corazón caído. No es Dios inclinándose ante la mejor decisión del hombre. La gracia es Dios actuando libre, misericordiosa y soberanamente a favor de quienes no podían salvarse.

Refuerza Agustín de Hipona, en su lucha contra la autosuficiencia del hombre, que incluso aquello que Dios manda debe ser sostenido por la gracia que Dios da:

“Da lo que mandas, y manda lo que quieras.”

Esta breve oración resume una convicción profunda: si Dios exige obediencia, también debe conceder gracia para que el hombre pueda obedecer de manera salvadora. Agustín no estaba negando la responsabilidad humana. Estaba reconociendo que el corazón caído no puede producir por sí mismo la vida que Dios demanda. Esta verdad será decisiva cuando más adelante hablemos de depravación total, pero ya aparece aquí porque Sola Gracia descansa sobre una realidad: el hombre necesita algo más que una oportunidad; necesita misericordia vivificadora.

La gracia no es un simple empujón para quien ya podía caminar. Es vida para quien estaba muerto. No es una linterna para quien veía un poco. Es vista para el ciego. No es una mejora moral para una persona espiritualmente sana. Es resurrección para el pecador.

La gracia se manifestó en Cristo

Cuando Pablo escribe a Tito, no habla de la gracia como un concepto abstracto. No dice simplemente que apareció una idea religiosa llamada gracia. Dice que la gracia de Dios se manifestó. La gracia tomó forma histórica en la obra redentora de Dios, centrada en la venida de Cristo.

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres,” Tito 2:11, Reina-Valera 1960.

La gracia se manifestó porque Dios no dejó al pecador en la oscuridad. La salvación no es el ascenso del hombre hacia Dios, sino el descenso misericordioso de Dios hacia el hombre. Dios no esperó a que la humanidad encontrara el camino. Dios reveló el camino. Dios no esperó a que el hombre produjera justicia suficiente. Dios envió al Justo. Dios

no esperó a que el muerto se levantara solo. Dios envió vida en su Hijo.

Por eso, Sola Gracia no debe ser separada de Cristo. La gracia de Dios no es una bondad vaga que simplemente decide ignorar el pecado. Dios no perdona negando su justicia. Dios no salva haciendo como si el pecado no importara. La gracia se manifiesta en Cristo porque allí Dios salva de manera justa. En la cruz, el pecado es castigado, la justicia es satisfecha y el pecador es reconciliado. La gracia no es Dios relajando su santidad; es Dios proveyendo en Cristo lo que su santidad exigía y lo que nosotros jamás podríamos ofrecer.

Pablo lo expresa así:

“siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús,” Romanos 3:24, Reina-Valera 1960.

Hay tres palabras que deben ser miradas juntas: **gratuitamente**, **gracia** y **redención**. Somos justificados gratuitamente, no porque la justificación no haya tenido costo, sino porque no tuvo costo para nosotros. Tuvo costo infinito para Cristo. La gracia no significa que la salvación fue barata. Significa que fue pagada por otro. La redención está en Cristo Jesús. Por tanto, la gracia no es sentimentalismo; es sangre, sustitución, justicia, perdón y reconciliación.

Aquí el alma creyente debe detenerse. Si soy justificado gratuitamente por su gracia, entonces no puedo presentarme ante Dios con mis obras como fundamento. No puedo exhibir mi historia religiosa, mi servicio, mi conocimiento doctrinal, mis lágrimas, mis decisiones o mi disciplina como la razón por la que Dios me acepta. La única razón suficiente está fuera de mí: Cristo. Y la única manera en que ese beneficio llega a mí es por gracia.

Refuerza Juan Calvino que el hombre solo comprende correctamente la gracia cuando deja de mirarse a sí mismo como poseedor de justicia propia:

*“Nunca nos vestiremos de la justicia de Cristo
hasta que sepamos que no tenemos justicia
propia.”*

Juan Calvino (1509–1564).

Esta afirmación toca una enfermedad profunda del corazón humano. Queremos ser vestidos por Cristo, pero sin quedar completamente desnudos de nuestra propia gloria. Queremos recibir gracia, pero sin admitir plenamente nuestra miseria. Queremos salvación, pero conservando algo de crédito. El evangelio no permite tal negociación. Antes de vestirnos con Cristo, Dios nos muestra que nuestra justicia no puede cubrirnos. Antes de consolarnos con la gracia, nos humilla con la verdad. Y esa humillación no es crueldad; es misericordia.

Gracia para muertos, no para casi vivos

Uno de los textos más importantes para entender Sola Gracia es Efesios 2. Allí Pablo no describe al hombre natural como alguien espiritualmente débil que necesita un poco de ayuda. Lo describe como muerto. Esta palabra es determinante. El pecador no está simplemente enfermo, confundido o mal orientado. Está muerto en delitos y pecados.

“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados,” Efesios 2:1, Reina-Valera 1960.

Más adelante, en el mismo pasaje, Pablo insiste en la iniciativa divina:

“aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos).” Efesios 2:5, Reina-Valera 1960.

El orden del texto es devastador para el orgullo humano. No dice que Dios nos dio vida cuando vio que comenzábamos a movernos espiritualmente. No dice que Dios nos dio vida cuando percibió una pequeña chispa de fe autónoma. No dice que Dios nos dio vida porque el muerto extendió la mano primero. Dice que, aun estando muertos, Dios nos dio vida juntamente con Cristo. Y luego añade: por gracia sois salvos.

Esto significa que la gracia no es una respuesta divina a la vida espiritual que ya existía en nosotros. La gracia es la causa de esa vida. No creímos para que Dios nos diera vida en un sentido último; recibimos vida para poder creer. No despertamos solos para luego pedir auxilio; fuimos despertados por el poder misericordioso de Dios. La gracia no corona al hombre; resucita al hombre.

Este punto será desarrollado con más amplitud en el capítulo de Depravación Total, pero aquí debe quedar establecido: Sola Gracia solo se entiende correctamente cuando entendemos el estado del pecador. Si el hombre está apenas herido, la gracia puede parecer ayuda. Si el hombre está confundido, la gracia puede parecer instrucción. Si el hombre está moralmente débil, la gracia puede parecer motivación. Pero si el hombre está muerto, entonces la gracia es resurrección.

Refuerza Charles Haddon Spurgeon, en su conocido énfasis sobre la salvación como obra completamente gratuita de Dios, que no hay salvación presente si no descansa sobre esta base:

“No puede haber salvación presente a menos que sea sobre este fundamento: por gracia sois salvos.”

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

Spurgeon entendía que la gracia no era una doctrina marginal. Era el fundamento. Si se mueve ese fundamento, todo el edificio se inclina. El legalismo entra cuando el hombre intenta pagar. El orgullo entra cuando el hombre intenta compartir la gloria. La desesperación entra cuando el hombre mira su incapacidad sin mirar la gracia. Pero cuando la salvación se ve como gracia, el pecador deja de negociar y comienza a descansar.

La salvación por gracia no solo humilla; también consuela. Si Dios me salvó cuando estaba muerto, entonces mi esperanza no descansa en la fuerza inicial de mi voluntad. Si Dios tuvo misericordia cuando no había mérito, entonces mi confianza no descansa en mantener una imagen religiosa delante de Él. Si Dios dio vida cuando yo no podía producirla, entonces la gloria de mi salvación no me pertenece.

La gracia excluye la jactancia

El apóstol Pablo no deja espacio para la jactancia humana. En Efesios 2, después de decir que somos salvos por gracia, muestra claramente que la salvación no procede de nosotros ni de nuestras obras.

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; 9 no por obras, para que nadie se gloríe.” Efesios 2:8–9, Reina-Valera 1960.

Este texto debe ser leído sin prisa. “Por gracia sois salvos”. Allí está el origen. “Por la fe”. Allí está el medio. “Y esto no

de vosotros”. Allí cae la autosuficiencia. “Pues es don de Dios”. Allí se afirma la dádiva. “No por obras”. Allí se excluye el mérito. “Para que nadie se gloríe”. Allí se revela el propósito: Dios cierra toda puerta a la jactancia humana.

La frase “para que nadie se gloríe” es necesaria. Dios conoce nuestro corazón. Si dejara una pequeña parte de la salvación descansando finalmente en nosotros, haríamos de esa pequeña parte un trono. Si la diferencia decisiva entre el salvo y el perdido fuera mi decisión autónoma, mi mejor disposición o mi uso superior del libre albedrío, entonces tendría algo de qué gloriarme. Podría decir: “Dios hizo mucho, pero yo hice la diferencia final”.

Pablo no permite ese lenguaje. La salvación es don. La fe misma, en cuanto instrumento por el cual recibimos a Cristo, no puede convertirse en obra meritoria. La fe no es la mano llena que ofrece algo a Dios; es la mano vacía que recibe lo que Dios da. La fe no compra la salvación. La fe no merece la salvación. La fe abraza a Cristo porque la gracia ha abierto los ojos para verlo como precioso.

Este punto es esencial porque algunos imaginan que afirmar Sola Gracia disminuye la importancia de la fe. Ocurre lo contrario. La fe es preciosa precisamente porque recibe a Cristo sin pretender mérito. Cuando la fe se transforma en obra, deja de mirar a Cristo y comienza a mirarse a sí misma. Pero la fe verdadera no se gloria en su fuerza. Se gloria en el Salvador.

Refuerza la Confesión de Fe de Westminster que la fe salvadora no nace como una virtud autónoma del hombre, sino que es una gracia obrada por el Espíritu:

“La gracia de la fe, por la cual los elegidos son capacitados para creer para salvación de sus almas, es la obra del Espíritu de Cristo en sus corazones.”

Confesión de Fe de Westminster (1646).

Esta afirmación preserva el orden bíblico. El hombre cree verdaderamente. Nadie cree por él. Nadie es salvo sin fe. Pero esa fe salvadora es obra del Espíritu de Cristo en el corazón. Así, incluso cuando creemos, no podemos gloriarnos como si la fe hubiera surgido de una zona intacta de nuestra naturaleza caída. Creemos porque Dios obró. Venimos porque fuimos atraídos. Recibimos porque nos fue dado.

La gracia, entonces, no anula la fe. La produce. No destruye la responsabilidad humana. La hace espiritualmente viva. No convierte al hombre en piedra. Le quita el corazón de piedra.

No depende del que quiere

Uno de los textos más directos sobre la gracia soberana se encuentra en Romanos 9. Pablo viene hablando de la elección de Dios, de Isaac y no Ismael, de Jacob y no Esaú, de la misericordia divina y del propósito de Dios. Luego resume el punto con una frase que no deja mucho espacio para el orgullo humano:

“¹⁶ Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.” Romanos 9:16, Reina-Valera 1960.

Pablo no dice que la voluntad humana no exista. Tampoco dice que el hombre no tome decisiones reales. Dice que la salvación, en su fundamento decisivo, no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. La voluntad humana no es el origen último de la salvación. El

esfuerzo humano no es el fundamento final. La misericordia de Dios lo es.

Esta es precisamente una de las razones por las que Sola Gracia incomoda. El hombre quiere que se le reconozca algo. Quiere que se diga que Dios hizo la mayor parte, pero que él aportó la condición decisiva. Quiere conservar un pequeño mérito en la decisión. Pero Pablo dirige nuestros ojos hacia Dios. No depende del que quiere. No depende del que corre. Depende de Dios que tiene misericordia.

Aquí conviene aclarar algo. Sola Gracia no enseña que el hombre es salvo sin querer a Cristo. Tampoco enseña que el hombre es salvo sin creer, sin arrepentirse o sin venir al Salvador. Enseña que, si el hombre quiere a Cristo, cree en Cristo, se arrepiente y viene a Cristo, es porque Dios tuvo misericordia primero. La gracia no elimina la respuesta humana; explica por qué esa respuesta existe.

Refuerzan los Cánones de Dort que la elección no está fundada en una fe prevista, ni en una obediencia prevista, ni en alguna buena cualidad vista de antemano en el hombre, sino en el propósito de Dios:

*“La elección no fue fundada en la fe prevista,
ni en la obediencia de la fe, ni en santidad, ni
en ninguna otra buena cualidad o disposición
del hombre.”*

Cánones de Dort (1619).

Si la elección dependiera de una fe prevista como condición originada en el hombre, la gracia ya no sería el origen de todo bien salvador. Pero Dort afirma que la elección es fuente de todo bien salvador. Dios no escoge porque ve fe autónoma;

Dios escoge para producir fe. Dios no escoge porque ve santidad previa; Dios escoge para llevar a santidad. Dios no escoge porque el hombre es mejor; Dios escoge para mostrar misericordia.

Esta verdad no debe ser usada con frialdad. Debe quebrantar el corazón. Si creo, es por gracia. Si amo a Cristo, es por gracia. Si deseo santidad, es por gracia. Si persevero, será por gracia. ¿Dónde queda la jactancia? Excluida. ¿Dónde queda la adoración? En el centro.

Gracia y beneplácito divino

La salvación no es producto de alguna acción que nosotros hayamos llevado a cabo, sino del beneplácito y propósito de Dios. Efesios 1 nos lleva antes del tiempo, antes de nuestra existencia, antes de nuestras decisiones, antes de nuestras obras, antes de nuestra historia personal. Nos lleva al propósito eterno de Dios.

“para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.” Efesios 1:6, Reina-Valera 1960.

La salvación tiene como fin la alabanza de la gloria de su gracia. Dios salva para que su gracia sea admirada. No para que el hombre se coloque en el centro. No para que dividamos la gloria entre Dios y nuestra decisión. No para que la eternidad sea un lugar donde cantemos mitad a la gracia y mitad al libre albedrío. La salvación existe para alabanza de la gloria de su gracia.

Este versículo también dice que Dios nos hizo aceptos en el Amado. No somos aceptos en nosotros mismos. No somos aceptos por nuestra historia. No somos aceptos por nuestro rendimiento espiritual. No somos aceptos por la intensidad de nuestras emociones. Somos aceptos en Cristo. La gracia no

solo perdona; nos une al Amado. Nos coloca en aquel en quien el Padre se complace eternamente.

Esto debe sanar muchas conciencias. Algunos creyentes viven como si Dios los aceptara un día y los rechazara al siguiente según su desempeño. Confunden la disciplina paternal con condenación judicial. Olvidan que su aceptación descansa en Cristo. Si la salvación es por gracia, entonces la seguridad no descansa en la perfección de mi obediencia, sino en la perfección del Salvador. La obediencia es fruto necesario, pero no fundamento de aceptación.

Refuerza Herman Bavinck, teólogo reformado neerlandés, que la gracia no destruye la obra de Dios en la creación, sino que la restaura y la lleva a su fin correcto:

“La gracia restaura la naturaleza.”

Herman Bavinck (1854–1921).

La gracia no convierte al creyente en menos humano. No destruye su voluntad, su mente, sus afectos o su responsabilidad. La gracia restaura lo que el pecado arruinó. El hombre caído usa su mente contra Dios; la gracia renueva la mente. El hombre caído ama desordenadamente; la gracia reordena los amores. El hombre caído busca su gloria; la gracia lo lleva a vivir para la gloria de Dios. Sola Gracia no produce pasividad muerta; produce vida nueva.

La gracia anunciada desde antiguo

La gracia no aparece de pronto en el Nuevo Testamento como si el Antiguo Testamento fuera solamente ley y el Nuevo solamente gracia. Esa división es demasiado simple. Desde el comienzo, Dios trata con pecadores por misericordia. Después de la caída, Adán y Eva no buscan a Dios para reconciliarse; se esconden. Dios los busca. Dios los confronta. Dios promete la simiente que herirá la cabeza de la serpiente. Dios cubre su desnudez. Ya allí vemos gracia.

Luego Dios llama a Abraham de entre un contexto pagano. No lo escoge porque Abraham pertenecía a un pueblo moralmente superior. Dios toma la iniciativa. Más adelante, cuando Israel es escogido, el Señor aclara que no fue por grandeza, poder o mérito del pueblo.

“No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros eraís el más insignificante de todos los pueblos;⁸ sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto.” Deuteronomio 7:7-8, Reina-Valera 1960.

Este texto muestra la lógica de la gracia en el Antiguo Testamento. Dios no dice: “Los escogí porque eran más numerosos, más fuertes o dignos”. Dice: “Porque Jehová os amó”. El amor de Dios no es presentado como respuesta a la superioridad del pueblo, sino como el origen de su elección. Esta misma lógica atraviesa toda la historia redentora.

Los profetas también anunciaron una salvación que dependería de la acción misericordiosa de Dios. Ezequiel habla de un nuevo corazón. Jeremías habla de un nuevo pacto. Isaías anuncia al Siervo sufriente. Los salmos celebran la misericordia eterna del Señor. La gracia no es una ocurrencia

tardía. Es el modo en que Dios salva a pecadores desde el principio.

Pedro reconoce que los profetas mismos indagaron acerca de esta gracia:

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación.” 1 Pedro 1:10, Reina-Valera 1960.

La gracia fue profetizada, anunciada, esperada y finalmente manifestada en Cristo. Esto da continuidad al mensaje bíblico. El evangelio no es un plan alternativo después del fracaso humano; es el propósito eterno de Dios desplegado en la historia.

La gracia y la Reforma

Cuando hablamos de Sola Gracia, es inevitable mirar a la Reforma. No porque la gracia haya nacido en el siglo XVI, sino porque en ese periodo Dios permitió que la iglesia recuperara con fuerza la verdad bíblica de que la salvación no se compra, no se merece y no se administra como propiedad de una institución humana. El sistema de méritos, indulgencias, penitencias y mediaciones humanas había oscurecido el brillo del evangelio. La Reforma volvió a decir: la salvación es por gracia sola.

Martín Lutero fue golpeado profundamente por esta verdad. Su lucha interior no era un juego académico. Él buscaba paz con Dios. En un sistema donde la conciencia era cargada con méritos, penitencias y temor, el evangelio de la gracia abrió una puerta de libertad. La justicia de Dios, que antes le aterraba, llegó a ser entendida como la justicia que Dios concede al pecador por medio de Cristo.

Refuerza Lutero, en una de sus formulaciones más conocidas de la Disputa de Heidelberg, que el amor divino no depende

de encontrar algo agradable en nosotros, sino que crea lo que le agrada:

*“El amor de Dios no encuentra, sino que crea
aquello que le agrada.”*

Martín Lutero (1483–1546).

El amor de Dios no miró al pecador y encontró una belleza espiritual que lo obligara a salvarlo. La gracia no halló mérito; creó vida. No halló santidad; produjo santidad. No halló fe autónoma; concedió fe. Dios no amó al pecador porque el pecador fuera digno; Dios mostró su amor haciendo digno en Cristo a quien no lo era.

La Reforma, entonces, no fue una invitación a confiar menos en Dios y más en el análisis teológico. Fue un llamado a descansar completamente en la obra de Dios. Sola Escritura nos devolvió la autoridad; Sola Gracia nos devolvió el origen de la salvación. Si la Escritura es la voz final, esa voz nos dice que somos salvos por gracia.

La gracia humilla al hombre

Sola Gracia humilla al hombre porque le quita todo fundamento de orgullo. No nos deja decir que Dios nos salvó porque éramos más nobles. No nos permite presumir que nuestra decisión fue más sabia en su origen último. No nos deja mirar al perdido con superioridad. Si entendemos la gracia correctamente, no diremos: “Yo fui mejor”. Diremos: “Dios tuvo misericordia”.

Pablo recuerda a los corintios que Dios escogió lo necio, lo débil, lo vil y lo menospreciado para avergonzar lo fuerte y anular la jactancia humana.

“Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención;”³¹ para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor.” 1 Corintios 1:30-31, Reina-Valera 1960.

La expresión “por él sois vosotros en Cristo Jesús” debe quedar grabada en el corazón. Estamos en Cristo por Dios. No por nuestra superioridad. No por nuestra lucidez natural. No por nuestra capacidad religiosa. Por Él. Y Cristo nos ha sido hecho sabiduría, justificación, santificación y redención. En otras palabras, todo lo que necesitamos para estar delante de Dios está en Cristo y nos llega por gracia.

Por eso el resultado correcto no es arrogancia doctrinal. Es adoración. Si alguien usa las doctrinas de la gracia para sentirse superior, todavía no ha entendido las doctrinas de la gracia. La elección no es una medalla para el pecho; es una mano sobre la boca. La gracia no produce desprecio por otros; produce compasión. El que sabe que fue salvado sin mérito no puede mirar al perdido como si él mismo se hubiera rescatado.

Refuerza Thomas Watson, puritano inglés, que la gracia iniciada en el creyente es el comienzo de una obra que apunta hacia la gloria final:

“La gracia es la gloria comenzada, y la gloria es la gracia perfeccionada.”

Thomas Watson (c. 1620–1686).

La gracia no solo perdona el pasado; transforma el presente y conduce al futuro. La gracia no es licencia para pecar. Es el comienzo de la gloria en el alma. Donde la gracia entra, empieza una obra que será perfeccionada por Dios.

La gracia consuela al creyente débil

La misma doctrina que humilla al orgulloso consuela al quebrantado. El legalista teme a la gracia porque cree que la gracia quitará motivación para obedecer. Pero el creyente quebrantado descubre que la gracia es su única esperanza. Cuando ve su pecado, su frialdad, sus luchas, sus inconsistencias, sus caídas y su incapacidad, necesita algo más fuerte que su determinación. Necesita gracia.

Sola Gracia nos dice que la salvación no comenzó con nuestra fuerza y no será completada por nuestra fuerza. Esto no nos vuelve indiferentes; nos vuelve dependientes. El creyente obedece, pelea contra el pecado, ora, se congrega, sirve y persevera, pero no lo hace para comprar el amor de Dios. Lo hace porque ha sido amado por gracia.

Pablo dice:

“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo;” Filipenses 1:6, Reina-Valera 1960.

Dios comenzó la obra. Dios la perfeccionará. Esta promesa no produce pereza espiritual en el corazón regenerado; produce confianza reverente. El creyente no dice: “Como Dios terminará la obra, no importa cómo vivo”. El creyente dice: “Como Dios comenzó esta obra por gracia, puedo levantarme, arrepentirme, seguir, obedecer y esperar”.

El cristiano débil necesita escuchar esto. Tal vez mira su vida y se pregunta si Dios podrá sostenerlo. Tal vez piensa que su pecado es demasiado profundo. Tal vez su conciencia lo acusa. Tal vez teme que su fe sea pequeña. Sola Gracia no le dice que mire la calidad de su mano, sino la fuerza de aquel que lo sostiene. No le dice que confíe en su capacidad de

permanecer, sino en la gracia que lo alcanzó cuando estaba muerto.

El testimonio de John Newton, antiguo traficante de esclavos transformado por la misericordia de Dios, recuerda que la gracia salva a personas indignas y las conduce hacia el hogar eterno:

*Newton celebró la gracia como la misericordia
que rescató a un hombre indigno.*

John Newton (1725–1807).

Aunque esta línea pertenece a un himno, ha llegado a ser una confesión universal de la experiencia cristiana. La gracia es dulce porque salva a miserables. Si no nos reconocemos miserables, la gracia nos parecerá pequeña. Pero cuando entendemos quiénes éramos, la gracia se vuelve sublime.

La gracia produce obediencia

Una objeción común contra Sola Gracia es pensar que, si la salvación es enteramente por gracia, entonces la obediencia pierde importancia. Pablo enfrentó esa misma distorsión. Algunos podrían decir: si donde abundó el pecado sobreabundó la gracia, entonces pequemos para que la gracia abunde. La respuesta apostólica es tajante: en ninguna manera.

La gracia que salva también enseña. No solo perdona; forma. No solo declara justo; entrena en piedad. Después de decir que la gracia de Dios se manifestó para salvación, Pablo explica su efecto:

“enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente,”
Tito 2:12, Reina-Valera 1960.

La gracia enseña a renunciar. Esto es muy importante. La gracia bíblica no es permisividad. No es Dios diciendo: “No importa cómo vivas”. La gracia que salva rompe el dominio del pecado y forma una nueva vida. Quien usa la gracia como excusa para vivir en pecado no ha entendido la gracia. La ha convertido en una caricatura.

Sola Gracia no compite con la santidad. Es su raíz. La obediencia cristiana no nace del intento de comprar aceptación, sino de haber sido aceptados en el Amado. El legalismo obedece para ser amado. La gracia obedece porque ha sido amada. El legalismo mira los mandamientos como escalera para subir a Dios. La gracia mira los mandamientos como camino de gratitud para quien ya fue reconciliado.

Esto produce una obediencia más profunda. El legalista puede cumplir externamente y seguir lleno de orgullo. El que ha sido tomado por gracia desea agradar a Dios desde el corazón. Su obediencia sigue siendo imperfecta, pero tiene una nueva dirección. Ya no vive para ganar vida, sino porque recibió vida.

Refuerza John Murray, teólogo reformado escocés, que la redención aplicada por Dios no se limita al perdón, sino que transforma efectivamente al creyente:

“La salvación es del Señor en su aplicación no menos que en su concepción y realización.”

John Murray (1898–1975).

Dios no solo planeó la salvación y Cristo no solo la compró; el Espíritu la aplica poderosamente. La gracia que justifica también santifica. La gracia que perdona también renueva. La gracia que declara también transforma.

La gracia y las doctrinas de la gracia

En este punto podemos ver por qué Sola Gracia prepara el camino para las doctrinas que desarrollaremos más adelante. Si la salvación es por gracia sola, entonces debemos preguntar cuán profunda es esa gracia. ¿Es una gracia que solo ofrece posibilidad o una gracia que salva eficazmente? ¿Es una gracia que depende finalmente de una voluntad caída o una gracia que cambia la voluntad? ¿Es una gracia que mira méritos previstos o una gracia que nace del propósito eterno de Dios? ¿Es una gracia que puede fallar o una gracia que preserva hasta el fin?

Las doctrinas de la gracia no son un añadido extraño a Sola Gracia. Son su despliegue. La depravación total muestra por qué la gracia debe ser soberana: el hombre está muerto. La elección incondicional muestra que la gracia comenzó en Dios antes de nuestras obras. La expiación limitada o definida muestra que Cristo murió con intención salvadora eficaz por su pueblo. La gracia irresistible muestra que Dios aplica esa salvación venciendo nuestra resistencia. La perseverancia de los santos muestra que la gracia termina lo que empezó.

Por tanto, quien ama Sola Gracia debe estar dispuesto a preguntar si las doctrinas de la gracia no son, en realidad, la explicación bíblica más coherente de esa afirmación. No basta decir “soy salvo por gracia” si luego hacemos que la gracia dependa finalmente de algo que el hombre produce sin gracia. La gracia debe ser gracia desde el principio hasta el final.

Los Cánones de Dort lo expresan al afirmar que la elección es fuente de todo bien salvador. Esto significa que la fe, la

santidad y la vida eterna proceden de la gracia electiva de Dios, no al revés.

“La elección es la fuente de todo bien salvador.”

Cánones de Dort (1619).

Si la elección es fuente de todo bien salvador, entonces la fe no es una condición autónoma que causa la elección. La fe es fruto de la gracia. La santidad no es la razón por la que Dios eligió. Es fruto de la gracia. La perseverancia no es el aporte independiente del hombre. Es fruto de la gracia. Todo bien salvador fluye de Dios.

La gracia deja al hombre sin excusa y sin mérito

Algunos se preguntan: si todo es por gracia, ¿entonces qué ocurre con la responsabilidad humana? La Escritura sostiene ambas verdades. El hombre es responsable de su pecado, de su incredulidad, de su rechazo a Cristo. Nadie podrá presentarse delante de Dios diciendo: “No fui culpable”. El hombre ama las tinieblas más que la luz. Rechaza a Dios voluntariamente. Peca porque quiere pecar. No es una víctima inocente de la soberanía divina.

Pero al mismo tiempo, si alguien es salvo, no puede decir: “Fui salvo porque yo era la excepción”. La responsabilidad por la condenación recae sobre el hombre. La gloria por la salvación pertenece a Dios. Esta asimetría molesta al orgullo humano, pero es el testimonio bíblico. El pecado es nuestro. La gracia es de Dios.

Pablo lo resume con una pregunta:

“Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” 1 Corintios 4:7, Reina-Valera 1960.

Esta pregunta debería acompañarnos durante todo el libro. ¿Qué tienes que no hayas recibido? Si tienes fe, la recibiste. Si tienes arrepentimiento, Dios te lo concedió. Si amas a Cristo, es porque Él te amó primero. Si perseveras, es porque eres guardado. Si entiendes algo de la Escritura, es porque Dios abrió tus ojos. Entonces, ¿de qué te glorías?

Sola Gracia desarma la jactancia. Pero también desarma la desesperación. Porque si todo lo bueno que tengo lo recibí, entonces puedo pedir más gracia. Si Dios dio vida cuando estaba muerto, puede fortalecerme ahora que soy débil. Si Dios me buscó cuando yo no lo buscaba, puede sostenerme cuando tropiezo. Si Dios comenzó por gracia, no terminará por salario.

La gracia como descanso del alma

El alma humana se agota cuando intenta vivir delante de Dios por méritos. La religión de las obras produce dos efectos: orgullo o desesperación. Si creo que estoy cumpliendo, me vuelvo orgulloso. Si veo que no cumplo, me hundo. Solo la gracia destruye ambos extremos. Me humilla porque no puedo presumir. Me consuela porque no necesito pagar.

Jesús llama a los cansados y cargados:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” Mateo 11:28, Reina-Valera 1960.

Este descanso no es superficial. Es el descanso de dejar de presentarse delante de Dios con hojas de méritos rotas. Es el descanso de saber que Cristo es suficiente. Es el descanso de entender que la salvación no depende finalmente de la firmeza de mi mano, sino de la fidelidad del Salvador. Es el

descanso de dejar de preguntarse si hice suficiente para ser aceptado, y comenzar a mirar a aquel que dijo: consumado es.

Por eso Sola Gracia no es una doctrina fría. Es medicina para la conciencia. Es refugio para el pecador. Es alivio para el cansado. Es humildad para el orgulloso. Es esperanza para el desesperado. Es adoración para la iglesia.

Cuando esta verdad entra en el corazón, cambia la manera en que miramos todo. Miramos nuestra conversión y decimos: gracia. Miramos nuestra fe y decimos: gracia. Miramos nuestra santificación y decimos: gracia. Miramos nuestra perseverancia y decimos: gracia. Miramos la eternidad futura y decimos: gracia. Desde el primer despertar espiritual hasta la glorificación final, todo será motivo para alabar la gracia de Dios.

Refuerza Spurgeon, en su obra sobre la gracia, que la salvación no puede ser repartida entre Dios y el hombre como si ambos compartieran el mérito:

“La salvación es toda de gracia.”

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

Toda de gracia. No parcialmente. No mayormente. No inicialmente solamente. Toda. La gracia no solo abre la puerta; nos lleva a Cristo. No solo perdona el pasado; sostiene el presente. No solo inicia el camino; asegura el fin.

Una doctrina para cantar, no solo para discutir

Sola Gracia debe ser defendida, pero antes debe ser adorada. Es posible discutir sobre la gracia sin haber sido quebrantados por ella. Es posible explicar Efesios 2 y seguir siendo ásperos. Es posible citar a Spurgeon y hablar con soberbia. Eso sería una contradicción trágica. La gracia no debe producir hombres inflados, sino hombres agradecidos.

Si entendemos Sola Gracia, nuestras conversaciones doctrinales cambiarán. No hablaremos como quienes conquistaron una verdad por superioridad intelectual, sino como quienes fueron conquistados por misericordia. No miraremos al hermano que duda como enemigo, sino como alguien a quien queremos invitar a mirar la belleza de la Escritura. No presentaremos estas doctrinas como piedras para lanzar, sino como ventanas para contemplar la gloria de Dios.

Este libro busca precisamente eso. No quiere usar la gracia como arma de orgullo, sino como camino de adoración. No quiere decirle al lector: “Mira cuánto sé”. Quiere decirle: “Mira cuán grande es Dios”. No quiere ganar una pelea, sino invitar a descubrir una salvación donde el hombre queda humillado y Dios queda exaltado.

Sola Gracia nos enseña a decir: yo no fui el origen de mi salvación. Yo no fui la causa de mi nuevo nacimiento. Yo no fui quien produjo el primer latido espiritual en mi alma. Yo no compré el favor de Dios. Yo no lo convencí de amarme. Yo no generé la fe desde una zona pura de mi ser. Yo estaba muerto, y Dios me dio vida. Yo estaba perdido, y Dios me buscó. Yo era enemigo, y Dios me reconcilió. Yo estaba ciego, y Dios abrió mis ojos. Yo resistía, y Dios venció mi resistencia con misericordia.

Y si esto es verdad, entonces solo queda una respuesta apropiada: adoración.

Conclusión: por gracia, de principio a fin

Sola Gracia nos deja sin excusas para la soberbia y sin fundamento para la desesperanza. Nos dice que la salvación no nació en el deseo autónomo del hombre, sino en la misericordia eterna de Dios. Nos dice que el favor divino no fue ganado por obras, previsto por méritos o comprado por obediencia humana. Nos dice que Cristo es el regalo del Padre, que la fe es don, que la vida espiritual es obra de Dios y que toda la gloria pertenece al Señor.

Esta doctrina no debe ser reducida a un punto histórico de la Reforma. Es el aire mismo del evangelio. Si quitamos la gracia, la salvación se convierte en contrato. Si debilitamos la gracia, el hombre recupera gloria. Si mezclamos gracia y mérito, perdemos el consuelo profundo del evangelio. Pero si dejamos que la Escritura hable, la gracia aparece como lo que realmente es: el favor libre, soberano, inmerecido y eficaz de Dios hacia pecadores incapaces de salvarse.

Por eso, antes de avanzar a Sola Fe, debemos cerrar este capítulo con una confesión sencilla:

No me salvé a mí mismo. No ayudé a Dios a encontrar algo digno en mí. No fui más sabio, más humilde o sensible por naturaleza. Fui alcanzado por gracia. Fui perdonado por gracia. Fui unido a Cristo por gracia. Fui despertado por gracia. Fui hecho acepto en el Amado por gracia.

Y si un día llego a la gloria, no cantaré a mi decisión como la causa final. No cantaré a mi voluntad como el punto decisivo. No cantaré a mis obras como fundamento. Cantaré al Cordero. Cantaré al Padre que eligió. Cantaré al Hijo que redimió. Cantaré al Espíritu que dio vida. Cantaré eternamente lo que ya debo aprender a confesar ahora:

La salvación es del Señor.

Citas y fuentes para este capítulo

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960.
- Agustín de Hipona, *Confesiones*.
- Martín Lutero, *Disputa de Heidelberg*.
- Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*.
- Confesión de Fe de Westminster, capítulo 14: “De la fe salvadora”.
- Cánones de Dort, primer punto de doctrina, artículos 9 y 10.
- Charles Haddon Spurgeon, *All of Grace* y sermon “Salvation All of Grace”.
- Herman Bavinck, teología reformada sobre gracia y naturaleza.
- Thomas Watson, escritos devocionales y doctrinales sobre gracia y gloria.
- John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*.
- John Newton, himno “Amazing Grace”.

Capítulo 3: Sola Fe

La mano vacía que recibe a Cristo

Después de afirmar que la salvación es por gracia sola, debemos considerar cuidadosamente el medio por el cual esa gracia es recibida. Si **Sola Gracia** responde a la pregunta sobre el origen de la salvación, **Sola Fe** responde a la pregunta sobre el instrumento por el cual el pecador recibe a Cristo y todos sus beneficios. La gracia nace en Dios; la fe recibe lo que Dios da. La gracia es la fuente; la fe es la mano vacía. La gracia es el río que descende de Dios; la fe es el vaso que recibe el agua viva. La gracia salva; la fe no compra, no merece, no produce por sí misma la salvación. La fe recibe a Cristo.

Este punto es vital porque el corazón humano es profundamente religioso aun cuando no sea verdaderamente espiritual. El hombre quiere hacer algo para presentarse ante Dios. Quiere traer una obra, una decisión, una promesa, una reforma personal, una emoción, una lágrima, un sacrificio, una disciplina o una historia que pueda explicar por qué debe ser aceptado. Pero el evangelio no permite que el hombre entre a la presencia de Dios con las manos llenas de sí mismo. Lo llama a venir vacío, quebrantado, necesitado, mirando fuera de sí, descansando en Cristo.

En la tesis que dio origen a este libro, **Sola Fe** fue expresada con una claridad que conviene conservar: **Los reformadores y predicadores históricos vieron lo que la Biblia enseña evidentemente: salvación solo a través de la fe. El acceso a la salvación es solo por la gracia de Dios, donde quien toma la iniciativa es Dios mismo, pero el móvil que nos lleva a la salvación es la fe; esta última, también dada solo por Dios. Por lo tanto, esto limita, derriba y abate cualquier intento del ser humano de comprar la salvación, obtener méritos por la salvación, tener crédito por la salvación o enfatizar en las decisiones o cualquier acción que el hombre lleve a cabo en**

su conciencia y materialice en acciones para llegar a ser salvo.

Esa idea debe quedar en el corazón del capítulo. La fe no es una obra más refinada. No es una moneda espiritual que le damos a Dios para que Él nos entregue salvación a cambio. No es el aporte humano que completa la gracia. Si la fe fuera meritoria, entonces la salvación no sería por gracia. Si la fe fuera la causa meritoria de nuestra aceptación, entonces el hombre tendría de qué gloriarse. Pero la Escritura presenta la fe como el medio de recepción, no como el fundamento de la justificación. El fundamento es Cristo. La causa es la gracia. El instrumento es la fe.

Aquí se necesita precisión. Cuando decimos que somos salvos por la fe, no estamos diciendo que la fe, en sí misma, tenga poder salvador independiente. Cristo salva. La sangre de Cristo salva. La justicia de Cristo salva. La obra perfecta de Cristo salva. La fe no es el Salvador; la fe abraza al Salvador. La fe no es la puerta; Cristo es la puerta. La fe no es la justicia; recibe la justicia de otro. La fe no es la medicina; recibe al Médico. La fe no es la roca; descansa sobre la Roca.

Por eso Sola Fe es tan preciosa. Nos libera de nosotros mismos. Nos dice que no debemos mirar la calidad de nuestra obediencia como base de aceptación. Nos dice que no debemos medir nuestra paz con Dios según la intensidad de nuestras emociones. Nos dice que no debemos buscar dentro de nosotros una justicia que pueda sostenernos en el juicio final. Nos dice que debemos mirar a Cristo y descansar en Él.

El evangelio revela justicia por fe

El apóstol Pablo declara en Romanos una de las afirmaciones más importantes del cristianismo:

“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío, primeramente, y también al griego. ¹⁷ porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.” Romanos 1:16–17, Reina-Valera 1960.

Este texto no es simplemente una declaración de valentía misionera. Es una ventana al corazón del evangelio. Pablo no se avergüenza del evangelio porque el evangelio es poder de Dios para salvación. No es consejo humano. No es filosofía moral. No es método de superación. No es un programa de reforma social, aunque transforme la vida y tenga implicaciones públicas. Es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.

Luego Pablo explica por qué el evangelio salva: en él se revela la justicia de Dios. Esta justicia no es simplemente el atributo por el cual Dios castiga al culpable, aunque Dios es perfectamente justo. En el contexto del evangelio, la justicia de Dios es aquella justicia que Dios revela, provee y otorga en Cristo para justificar al pecador que cree. El hombre no sube al cielo con su justicia; Dios revela una justicia que viene de Él. Y esa justicia se recibe por fe.

La tesis original lo decía así: **Todo lo que en nosotros es justicia se basa solo en la fe. Todo lo que nosotros hemos recibido en cuanto a justicia imputada se debe a la fe dada por Dios mismo y no a nuestros propios méritos.** Esta afirmación apunta a la doctrina de la justificación. El pecador no es aceptado porque se vuelve intrínsecamente perfecto en un instante. Es declarado justo por la justicia de Cristo imputada y recibida por fe. La fe no crea esa justicia; la recibe. La fe no la produce; la abraza.

Refuerza Martín Lutero la naturaleza viva y confiada de la fe cuando explica que la fe no es una simple aceptación intelectual fría, sino una confianza real en la gracia de Dios:

“La fe es una confianza viva y audaz en la gracia de Dios.”

Martín Lutero (1483–1546).

La experiencia de Lutero con Romanos no fue meramente académica. Él conocía el peso de una conciencia cargada. Conocía el temor de presentarse delante de un Dios santo. Conocía la inutilidad de buscar paz en méritos religiosos. Cuando vio que el justo vive por la fe, no descubrió una fórmula nueva de espiritualidad; descubrió el evangelio liberador. El pecador no vive delante de Dios por sus votos, penitencias, obras, promesas o esfuerzos, sino por la fe en Cristo.

Esto no significa que la fe sea vacía de contenido. La fe bíblica no es creer cualquier cosa con fuerza. No es optimismo religioso. No es pensamiento positivo. No es una energía interior que consigue resultados. La fe salvadora tiene un objeto: Cristo. Y la fe adquiere su valor del objeto al que se une. Una fe intensa puesta en un falso cristo no salva. Una fe débil puesta en el Cristo verdadero salva, porque la salvación no descansa en la fuerza de la fe, sino en la suficiencia del Salvador.

La fe no es meritoria

Es necesario repetirlo porque el corazón humano lo olvida: la fe no nos salva como mérito propio. La tesis original lo expresó de forma muy acertada: **La fe no nos salva como un mérito propio, sino que es una herramienta que utiliza Dios**

para hacernos justos; la fe adquiere valor dependiendo del objeto al que se asocia. Eso quiere decir que, si la fe no está dirigida a Cristo, es una fe muerta.

Esta distinción es fundamental. Cuando decimos que somos justificados por fe, no estamos diciendo que Dios mira nuestra fe como una obra sustituta de la obediencia perfecta y nos justifica por la calidad moral de esa fe. La fe no es aceptada en lugar de la justicia perfecta como si Dios bajara el estándar y dijera: “Ya que no pudiste obedecer, me conformaré con tu fe”. No. Dios no baja su estándar. Cristo cumple la justicia. Cristo obedece. Cristo muere. Cristo resucita. Cristo satisface. Cristo intercede. Y la fe recibe a Cristo.

Pablo lo dice así:

“Concluimos pues que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.” Romanos 3:28, Reina-Valera 1960.

Esta conclusión apostólica es decisiva. El hombre es justificado por fe sin las obras de la ley. Aquí la palabra “sin” protege el evangelio. No es fe más obras como fundamento. No es fe más obediencia como causa de justificación. No es fe más méritos acumulados. Es fe sin obras de la ley. Las obras tendrán un lugar como fruto de la fe, pero jamás como base de la justificación.

Refuerza la Confesión de Fe de Westminster, en su capítulo sobre la justificación, que la fe no justifica por sí misma como virtud, sino porque recibe a Cristo y su justicia:

“La fe, recibiendo y descansando en Cristo y su justicia, es el único instrumento de justificación.”

Confesión de Fe de Westminster (1646).

Dice que la fe recibe y descansa. No trabaja para comprar. No presume para merecer. Recibe y descansa. También dice que la fe mira a Cristo y su justicia. No mira a sí misma. No se gloria en su intensidad. No se convierte en fundamento. La fe es instrumento, no causa meritoria. La justicia que justifica es la justicia de Cristo.

La Confesión Bautista de Londres de 1689 afirma lo mismo con lenguaje muy cercano, mostrando que esta convicción no pertenece solo al mundo presbiteriano, sino a la tradición reformada más amplia, incluyendo a los bautistas particulares:

“La fe que así recibe y descansa en Cristo y en su justicia es el único instrumento de justificación.”

Confesión Bautista de Londres de 1689.

Este punto une Sola Gracia y Sola Fe. Si la fe fuera meritoria, entonces la gracia quedaría debilitada. Pero si la fe es instrumento, entonces la gracia permanece intacta. Dios da, la fe recibe. Cristo salva, la fe abraza. La justicia es de Cristo, la fe descansa en ella. Así toda la gloria queda en Dios.

La fe mira fuera de sí

Una de las luchas más comunes del creyente sincero es mirar demasiado su propia fe. Se pregunta: ¿será mi fe suficientemente fuerte? ¿Será suficientemente pura? ¿Será suficientemente intensa? ¿Será suficientemente constante? Y al mirar su fe, se angustia, porque descubre debilidad, dudas, fluctuaciones, luchas y cansancio. Entonces puede caer en un error sutil: hacer de la fe el nuevo objeto de la fe.

La fe verdadera no mira principalmente a sí misma. Mira a Cristo. La pregunta final no es si mi fe es grande, sino si Cristo es suficiente. No es si mi mano es fuerte, sino si aquel a quien mi mano se aferra es poderoso. Una mano temblorosa puede recibir un regalo verdadero. Un ojo lloroso puede mirar al Salvador verdadero. Una fe pequeña, si está puesta en Cristo, recibe a un Cristo completo.

Por eso la Escritura dirige una y otra vez la mirada del pecador hacia Cristo:

“mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.” Romanos 4:5, Reina-Valera 1960.

Este texto es profundamente consolador. Dios justifica al impío que cree. No justifica al que ya se volvió digno por sus obras. No justifica al que acumuló obediencia suficiente. Justifica al impío que cree. Esto no significa que el impío permanece impío sin transformación alguna. Significa que la justificación no espera a que el pecador se convierta en justo por sí mismo. Dios declara justo al pecador por medio de la fe en Cristo, y esa misma gracia que justifica comienza una obra de transformación.

Refuerza Charles Spurgeon que la fe no justifica por su propio poder interno, sino por su relación con Cristo:

*“Somos justificados por la fe, pero no por la fe
en sí misma.”*

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

La fe en sí misma no puede cargar nuestros pecados. La fe en sí misma no obedeció la ley. La fe en sí misma no murió en la cruz. La fe en sí misma no resucitó. Cristo lo hizo. Entonces, cuando hablamos de justificación por la fe, debemos entender que la fe nos une a Cristo y recibe su obra; no reemplaza su obra.

Esto también nos guarda de una espiritualidad introspectiva enfermiza. No somos llamados a escarbar eternamente dentro de nosotros para ver si encontramos una fe perfecta. Somos llamados a mirar a Cristo. La fe crecerá al mirar a Cristo, no al mirarse a sí misma como si fuera el salvador. Así como el ojo no se ve a sí mismo cuando mira correctamente, sino que ve el objeto delante de él, la fe no descansa en contemplarse, sino en contemplar a Cristo.

Sola Fe y la diferencia con toda religión de mérito

Muchas religiones colocan algún tipo de obra, cumplimiento o mérito como acceso a la aceptación divina. Por ejemplo, que algunos sistemas religiosos hablan de buenas obras, cumplimiento de la ley o acceso al cielo mediante desempeño moral. Pero el cristianismo bíblico enseña que somos salvos por la fe, no por obras.

Esta diferencia no es pequeña. En realidad, separa el evangelio de toda religión centrada en el hombre. La religión natural del corazón humano dice: “Haz y vivirás”. El evangelio dice: “Cristo hizo; cree y vive”. La religión del mérito dice: “Obedece para ser aceptado”. El evangelio dice:

“Has sido aceptado en Cristo; ahora obedece por gratitud”. La religión humana mira al desempeño. El evangelio mira al Salvador. La religión hace del hombre su propio mediador. El evangelio nos lleva al único Mediador.

Pablo fue tajante:

“sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado.” Gálatas 2:16, Reina-Valera 1960.

Tres veces, en distintas formas, Pablo niega que la justificación venga por obras de la ley. Y afirma que hemos creído en Cristo para ser justificados por la fe. Esta repetición no es accidental. Pablo conoce la tendencia humana a volver al mérito. Sabe que aun después de haber oído el evangelio, el corazón intenta construir una escalera hacia Dios. Por eso insiste: no por obras de la ley.

La fuerza de este texto es increíble. Si ninguna carne será justificada por obras de la ley, entonces nadie debe intentar descansar allí. Ni el moralista, ni el religioso, ni el predicador, ni el seminarista, ni el reformado, ni el pentecostal, ni el bautista, ni el presbiteriano, ni el que creció en la iglesia, ni el que vino del ateísmo. Ninguna carne. El camino de aceptación delante de Dios no es nuestra obediencia imperfecta, sino Cristo recibido por fe.

Refuerza J. C. Ryle, obispo evangélico anglicano y cercano a la tradición reformada, que la fe verdadera no se queda en una religión meramente externa, sino que descansa en Cristo:

“La fe verdadera se aferra a Cristo y descansa enteramente en Él.”

La fe salvadora no es admiración religiosa general. No es respeto por Jesús como maestro. No es aceptación cultural del cristianismo. No es emoción producida por una reunión. Es aferrarse a Cristo. Es descansar enteramente en Él. No parcialmente. No Cristo más mis méritos. No Cristo más mi reputación espiritual. Cristo solo, recibido por fe sola.

La justicia ajena

Sola Fe nos obliga a hablar de la justicia imputada. Esta doctrina suele ser difícil al principio, pero es una de las verdades más consoladoras del evangelio. El pecador necesita justicia. No solo necesita perdón. Si Dios simplemente borrara nuestro pecado pasado, todavía necesitaríamos una justicia positiva para presentarnos delante de Él. Cristo no solo muere por nuestros pecados; también cumple toda justicia. Su obediencia perfecta es contada a favor de los que creen.

Pablo expresa su esperanza de esta manera:

“y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe.” Filipenses 3:9, Reina-Valera 1960.

Pablo no quiere ser hallado teniendo su propia justicia. Si alguien podía hablar de logros religiosos, era Pablo. Había sido fariseo, celoso, conocedor de la ley, irreprochable externamente según ciertos estándares. Pero cuando vio a Cristo, sus credenciales dejaron de ser refugio. Quiso ser hallado en Cristo, no con una justicia propia, sino con la justicia que viene de Dios por la fe.

La fe, entonces, recibe una justicia ajena. No ajena en el sentido de distante, sino ajena en el sentido de que no nace

de nosotros. Es de Cristo. Lutero habló de esta verdad con gran fuerza: el creyente es aceptado por una justicia que no procede de su interior, sino que le es contada en Cristo. Esto destruye tanto el orgullo como la desesperación. Destruye el orgullo porque la justicia no es mía. Destruye la desesperación porque la justicia de Cristo es suficiente.

Refuerza Martín Lutero la centralidad de esta justicia recibida por fe al señalar que la justicia cristiana es una justicia que viene de fuera de nosotros:

“La justicia cristiana es una justicia ajena.”

Martín Lutero (1483–1546).

Si mi justicia delante de Dios dependiera de lo que encuentro en mí, estaría perdido. Incluso mis mejores obras están mezcladas con pecado, motivaciones impuras, orgullo, temor, vanidad o debilidad. Pero la justicia por la cual soy aceptado no es la mía. Es la de Cristo. La fe descansa allí.

Esto no produce indiferencia hacia la santidad. Al contrario, produce una santidad más sana. El creyente ya no obedece para fabricar una justicia justificadora. Obedece porque ha sido unido a Cristo y declarado justo en Él. La obediencia deja de ser moneda de compra y se convierte en fruto de gratitud. El temor servil comienza a ser reemplazado por reverencia filial.

La fe como don de Dios

Llegamos ahora a un punto que une directamente Sola Fe con las doctrinas de la gracia. La tesis original afirmaba: **La fe es un regalo de Dios, no algo que en nosotros nace por sí solo, sino que es dada por Dios mismo.** Esta afirmación es

necesaria para mantener intacta la gloria de Dios en la salvación. Si la fe salvadora brotara autónomamente de un corazón espiritualmente muerto, entonces tendríamos que reconocer en el hombre una capacidad espiritual decisiva no producida por la gracia. Pero la Escritura presenta la fe salvadora como don.

Ya vimos este texto en el capítulo anterior, pero debemos volver a él:

*“Porque por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios: no por obras, para que nadie se gloríe.”
Efesios 2:8-9, Reina-Valera 1960.*

La salvación es por gracia, por medio de la fe, y todo ello queda bajo la categoría de don de Dios. La intención del pasaje es clara: excluir la jactancia. Si la fe fuera finalmente el aporte independiente del hombre habría una rendija para gloriarse. Pero Pablo cierra la puerta: no de vosotros, don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe.

Esto no significa que Dios cree por nosotros. Nosotros creemos. La fe es nuestra respuesta real a Cristo. Pero esa respuesta es producida por la gracia. Dios no cree en lugar del pecador; Dios da vida al pecador para que crea. Dios no anula la voluntad; la libera de su esclavitud. Dios no reemplaza el corazón; lo renueva para que vea en Cristo lo que antes despreciaba.

Refuerza Juan Calvino que la fe no es una simple deducción humana, sino una obra interior del Espíritu Santo en el corazón:

“La fe es un conocimiento firme y cierto de la benevolencia de Dios hacia nosotros.”

Calvino no reduce la fe a información. Habla de conocimiento firme y cierto, fundado en la promesa de Dios en Cristo, revelado a la mente y sellado en el corazón por el Espíritu. Esta perspectiva es profundamente bíblica. La fe incluye conocimiento, pero no se limita a datos. Incluye confianza, descanso, adhesión, abrazo del alma a Cristo. Y esa fe, en su realidad salvadora, es obra del Espíritu.

La Confesión de Westminster también lo expresa de manera clara:

*“La gracia de la fe es obra del Espíritu de
Cristo en sus corazones.”*

Confesión de Fe de Westminster (1646).

Sola Fe no es una forma encubierta de autosalvación. La fe no es una zona neutral del alma que quedó intacta después de la caída. La fe salvadora es gracia aplicada. Por eso, cuando creemos, damos gracias. No decimos: “Yo fui más sabio”. Decimos: “Dios abrió mis ojos”. No decimos: “Yo produje la diferencia”. Decimos: “Por gracia creí”.

La fe viene por el oír

Sola Fe no elimina la predicación. Todo lo contrario: la exalta. Si la fe recibe a Cristo, entonces surge una pregunta inevitable: ¿cómo nace esa fe en la experiencia humana? La Escritura responde que Dios usa medios. El medio ordinario por el cual Dios produce fe es la Palabra predicada, oída y aplicada por el Espíritu Santo.

El único medio humano que el hombre tiene para poder recibir la fe es el oír. Luego citaba Romanos 10:17:

“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.” Romanos 10:17, Reina-Valera 1960.

Este texto es esencial. La fe no nace de espectáculos. No nace de manipulación emocional. No nace de técnicas psicológicas. No nace de testimonios usados como sustituto del evangelio. No nace de milagros considerados como el centro del mensaje. Dios puede usar muchas circunstancias para llevar a una persona a escuchar, pero el medio que Él ha determinado para producir fe salvadora es su Palabra.

Esto debe ordenar la iglesia. Si queremos ver hombres y mujeres venir a Cristo, debemos predicar la Palabra. Si queremos ver conversiones reales, debemos anunciar el evangelio. Si queremos que la fe nazca, debemos poner a los pecadores delante de Cristo crucificado y resucitado tal como es revelado en la Escritura. No necesitamos reemplazar el mensaje con entretenimiento. No necesitamos suavizar el pecado. No necesitamos esconder la cruz. La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios.

Pablo desarrolla esta cadena con una lógica misionera poderosa:

¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” Romanos 10:14, Reina-Valera 1960.

La fe necesita un mensaje. Nadie cree en Cristo sin oír de Cristo. Nadie invoca al Señor sin haber recibido el anuncio del Señor. Por eso la soberanía de Dios y Sola Fe no matan el evangelismo. Lo fundamentan. Dios salva por medio de la fe, y produce la fe por medio de la predicación. El predicador

no da vida por su poder, pero anuncia la Palabra que el Espíritu usa para dar vida.

Refuerza Charles Spurgeon, quien unía con fuerza la soberanía de Dios y la predicación evangelística, que la fe salvadora viene por mirar a Cristo anunciado en el evangelio:

“Mira a Cristo, y serás salvo.”

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

No se le dice al pecador: mira tu preparación, tu mérito, tu intensidad o tus reformas. Se le dice: mira a Cristo. El llamado del evangelio no es a fabricar justicia, sino a recibir al Justo. No es a producir vida desde la muerte, sino a venir al Salvador que da vida.

La predicación no es un método alternativo

Es el hombre expuesto delante de la Palabra de Dios, de la predicación del evangelio, el medio que Dios tiene determinado para que los hombres sean salvos. No existen métodos alternativos de obras, testimonios o milagros. El hombre ante la predicación de la Palabra de Dios: ese es el medio que Dios toma para llevar al hombre a la fe.

El testimonio personal puede abrir una conversación, pero no reemplaza el evangelio. Una obra de misericordia puede adornar la doctrina, pero no sustituye el anuncio de Cristo. Un milagro puede llamar la atención, pero sin la Palabra no explica la cruz, el pecado, la justicia, el arrepentimiento y la fe.

El mundo evangélico contemporáneo necesita recuperar esta convicción. Muchas iglesias están tentadas a creer que la predicación es demasiado sencilla, demasiado antigua o débil

para el hombre moderno. Entonces se buscan técnicas, ambientes, estímulos, estrategias y experiencias que parezcan más eficaces. Pero Dios decidió salvar por la locura de la predicación.

“Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.” 1 Corintios 1:21, Reina-Valera 1960.

La predicación puede parecer locura al mundo, pero es el medio de Dios. No porque el predicador sea poderoso, sino porque Dios obra por su Palabra. Esto humilla al ministro. El predicador no es un artista espiritual que produce conversiones por su talento. Es un heraldo. Su tarea no es inventar un mensaje, sino anunciar fielmente el mensaje de Dios. La fe no descansa en la elocuencia del predicador, sino en el Cristo predicado.

Refuerza la Confesión Bautista de Londres de 1689 que la fe salvadora se obra ordinariamente por el ministerio de la Palabra:

“Por el ministerio de la Palabra es ordinariamente obrada la fe.”

Confesión Bautista de Londres de 1689.

Dios no está limitado por los medios, pero ha establecido medios ordinarios. La iglesia debe respetarlos. Si Dios dice que la fe viene por el oír, no debemos organizar la vida de la iglesia como si la fe viniera principalmente por atmósferas emocionales, creatividad escénica o presión psicológica. Prediquemos la Palabra. Enseñemos la Palabra. Leamos la Palabra. Cantemos la Palabra. Oremos conforme a la Palabra.

Fe y obras: el lugar correcto de cada una

Sola Fe siempre ha sido acusada de producir libertinaje. Algunos dicen: si somos justificados por fe sin obras, entonces las obras no importan. Esa objeción no entendió la fe bíblica. La fe que justifica nunca viene sola. No viene acompañada de obras como cofundamento de la justificación, pero sí produce obras como fruto necesario de una vida nueva.

Lutero entendía esto con claridad. Aunque defendió con fuerza la justificación por la fe sola, también insistió en que la fe verdadera es viva, activa y fructífera.

Refuerza Lutero que la fe verdadera no es ociosa ni muerta, sino una confianza viva que necesariamente produce obediencia:

“La fe es una cosa viva, activa y poderosa.”

Martín Lutero (1483–1546).

Esta frase evita dos errores. El primero es el legalismo, que hace de las obras la base de aceptación delante de Dios. El segundo es el antinomianismo, que separa la fe verdadera de la obediencia. La fe sola justifica, pero la fe que justifica no permanece sola. Produce amor, arrepentimiento, obediencia, perseverancia y fruto. Las obras no son la raíz de la justificación; son fruto de la fe.

Santiago también enseña esto:

“Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.”
Santiago 2:17, Reina-Valera 1960.

Santiago no contradice a Pablo. Pablo combate la idea de que las obras puedan justificar al pecador delante de Dios.

Santiago combate la idea de que una fe muerta, meramente verbal, sin fruto, sea fe verdadera. Pablo pregunta: ¿cómo es justificado el impío delante de Dios? Responde: por fe sin obras. Santiago pregunta: ¿qué clase de fe demuestra ser viva? Responde: la fe que produce obras.

Este equilibrio es indispensable. Si alguien dice tener fe, pero no hay arrepentimiento, no hay deseo de Cristo, no hay lucha contra el pecado, no hay fruto alguno, no hay amor por Dios ni por su Palabra, debe examinarse. No porque las obras sean el fundamento de su salvación, sino porque la fe verdadera nunca deja intacto al corazón. La fe recibe a Cristo como Salvador, y el Cristo recibido nunca viene sin su señorío transformador.

Refuerza J. C. Ryle que la fe verdadera siempre se manifiesta en una vida transformada:

“La fe que no influye en la vida no es fe salvadora.”

J. C. Ryle (1816–1900).

No estamos llamando al creyente débil a desesperarse porque todavía ve pecado en sí mismo. La santificación es progresiva. Pero sí estamos advirtiendo contra una falsa seguridad que dice creer mientras abraza el pecado sin arrepentimiento. Sola Fe no significa fe vacía. Significa fe en Cristo, y esa fe une al creyente con Cristo de tal manera que comienza una vida nueva.

La fe y la unión con Cristo

La fe es el instrumento por el cual somos unidos a Cristo en la experiencia de la salvación. Esta unión es una de las doctrinas más hermosas del Nuevo Testamento. No

recibimos beneficios aislados de Cristo como si fueran objetos separados. Recibimos a Cristo mismo. Y en Cristo recibimos justificación, adopción, santificación, perseverancia y gloria futura.

Pablo usa constantemente la expresión “en Cristo”. El creyente no está simplemente asociado a una religión. Está unido al Salvador. Por eso la fe no debe ser entendida como mera aceptación de doctrinas correctas, aunque la doctrina correcta importa. La fe es confiar en Cristo, recibir a Cristo, descansar en Cristo, ser unido a Cristo.

“pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús;” Gálatas 3:26, Reina-Valera 1960.

La fe nos lleva a Cristo, y en Cristo somos hechos hijos de Dios. Esto muestra que la fe no es una idea abstracta. Tiene dirección personal. Creemos **en Cristo Jesús**. La fe no salva porque sea psicológicamente poderosa, sino porque nos une al Salvador poderoso.

Refuerza John Owen, uno de los grandes teólogos puritanos, que la fe mira a Cristo como el único fundamento de aceptación delante de Dios:

“La fe mira a Cristo como su única justicia.”

John Owen (1616–1683).

La fe no se reparte entre Cristo y la propia obediencia. No mira a Cristo para una parte y a sí misma para otra. Mira a Cristo como su única justicia. Esa mirada produce descanso, y desde ese descanso nace obediencia agradecida.

La unión con Cristo también impide que separemos justificación y santificación como si pudiéramos recibir una

sin la otra. Somos justificados por fe sola, pero la fe nos une a un Cristo completo. En Él somos declarados justos y comenzamos a ser transformados. La justificación no se basa en la santificación, pero la persona justificada será santificada. Así se evita tanto el legalismo como la gracia barata.

La fe y la paz con Dios

Uno de los frutos más preciosos de la justificación por fe es la paz con Dios. No se trata simplemente de paz interior, aunque el evangelio puede traer profunda tranquilidad al alma. Pablo habla primero de una paz objetiva: la enemistad judicial ha sido removida. El pecador justificado ya no está bajo condenación. Ha sido reconciliado por medio de Cristo.

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo;” Romanos 5:1, Reina-Valera 1960.

La paz con Dios no viene por sentirnos en paz. Viene por ser justificados. Muchas personas buscan paz espiritual mirando sus emociones. Si se sienten bien, creen que Dios está cerca. Si se sienten mal, piensan que Dios los rechazó. Pero Pablo pone la paz sobre un fundamento más firme: justificados por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.

La paz descansa en Cristo, no en el temperamento del creyente. Hay cristianos de conciencia sensible que luchan mucho con dudas. Necesitan aprender a mirar fuera de sí. Si han creído en Cristo, su paz con Dios no depende de la estabilidad de sus emociones, sino de la obra objetiva de Cristo recibida por fe. El creyente puede perder la sensación de paz, pero no pierde la base de la paz si está en Cristo.

Refuerza Spurgeon, predicando sobre la justificación por fe, que la paz viene por Cristo y no por obras:

“No por obras; ese no es el vínculo.”

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

El vínculo es la fe en Cristo. Las obras tendrán su lugar como evidencia y fruto, pero no como puente de paz judicial con Dios. Cristo es nuestra paz. La fe descansa en Él. Por eso el creyente puede decir, incluso en medio de luchas: mi aceptación no depende de mí desempeño de hoy, sino de Cristo.

Esto no produce descuido. Produce gratitud. El que sabe que tiene paz con Dios por Cristo no desea volver a la esclavitud del pecado. La paz verdadera no adormece; fortalece. El creyente que descansa en Cristo puede luchar mejor contra el pecado porque ya no pelea para ser amado, sino porque ha sido amado.

Fe, arrepentimiento y conversión

No debemos hablar de la fe como si estuviera separada del arrepentimiento. La fe salvadora mira a Cristo; el arrepentimiento se aparta del pecado. Son distintos, pero inseparables. No somos salvos por la intensidad de nuestro arrepentimiento como obra meritoria. Pero nadie abraza verdaderamente a Cristo mientras abraza alegremente su pecado. La fe viene con un nuevo juicio sobre Dios, sobre Cristo, sobre uno mismo y sobre el pecado.

Cuando Pablo resume su ministerio, dice:

“testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo.” Hechos 20:21, Reina-Valera 1960.

Arrepentimiento para con Dios y fe en nuestro Señor Jesucristo. Ambos pertenecen al llamado del evangelio. No son dos caminos distintos. Son dos aspectos de la conversión. La fe se vuelve hacia Cristo; el arrepentimiento se aparta de la rebelión. La fe descansa en la misericordia; el arrepentimiento reconoce la maldad del pecado. La fe recibe perdón; el arrepentimiento deja de defender la culpa.

Esto importa porque algunas presentaciones modernas de la fe la reducen a una decisión momentánea, una oración repetida o una aceptación superficial de ciertos datos. La fe bíblica es más profunda. No es menos que creer verdades sobre Cristo, pero es más que asentir. Es confiar. Es venir. Es recibir. Es descansar. Es rendirse ante la suficiencia de Cristo. Es reconocer que fuera de Él no hay esperanza.

Refuerza la tradición reformada en el Catecismo de Heidelberg que la fe verdadera incluye conocimiento y confianza:

“La verdadera fe es no solo un conocimiento cierto, sino también una confianza sincera.”

Catecismo de Heidelberg (1563).

Esta formulación es rica. La fe no es ignorancia piadosa. Tiene conocimiento. Pero tampoco es conocimiento muerto. Tiene confianza. El creyente conoce el evangelio y confía en Cristo. Sabe algo, pero también se entrega a alguien. La fe no es solo creer que Cristo salva; es confiar en Cristo para ser salvo.

La fe frente al decisionismo

En muchos ambientes evangélicos, la fe ha sido confundida con una decisión humana aislada. Se invita a las personas a

“aceptar a Cristo”, pero muchas veces sin explicar el pecado, la justicia, la cruz, el arrepentimiento, el nuevo nacimiento o el señorío de Cristo. Como resultado, algunos llegan a pensar que la salvación descansa en haber repetido una oración, levantado una mano o pasado adelante en una reunión.

Sola Fe no es decisionismo. La fe incluye una respuesta real del hombre al evangelio, pero esa respuesta no debe ser reducida a un acto externo ni convertida en fundamento de seguridad. La seguridad no descansa en recordar que un día hice algo, sino en mirar ahora a Cristo como mi única esperanza. La pregunta no es simplemente: “¿Hice una decisión?”. La pregunta es: “¿Estoy confiando en Cristo? ¿Lo veo como mi única justicia? ¿He dejado de justificarme? ¿La fe que profeso produce fruto de arrepentimiento?”.

Esto no significa que no haya momentos decisivos en la conversión. Muchas personas pueden recordar con claridad cuándo fueron traídas a Cristo. Otras no pueden identificar un momento exacto, pero ven la obra de Dios en su vida. Lo importante no es fabricar una experiencia uniforme, sino entender que la fe salvadora es obra de Dios por la Palabra, dirigida a Cristo, acompañada de arrepentimiento y evidenciada por fruto.

Si una persona cree ser salva por alguna razón particular e intrínseca a sí misma, está errada. La fe mira fuera del hombre. La fe mira a Cristo.

“y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree.” Hechos 13:39, Reina-Valera 1960.

Todo aquel que cree es justificado en Cristo. No todo aquel que hizo una ceremonia externa sin fe. No todo aquel que repitió palabras sin arrepentimiento. No todo aquel que heredó una religión. El llamado es a creer en Cristo. Y esa fe

no es una obra que compite con la gracia, sino el medio por el cual se recibe al Salvador.

La fe y la ley

Sola Fe también nos obliga a entender el lugar de la ley. La ley de Dios es santa, justa y buena. El problema no está en la ley, sino en nosotros. La ley revela el carácter de Dios, expone nuestro pecado y nos muestra nuestra necesidad de Cristo. Pero la ley no puede justificarnos porque nosotros no la hemos cumplido perfectamente. Intentar ser justificados por la ley es intentar presentarse ante Dios con una obediencia que no tenemos.

Pablo escribe:

“Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá;” Gálatas 3:11, Reina-Valera 1960.

La ley no justifica al pecador. Lo acusa. Lo deja sin excusa. Lo encierra bajo pecado. Pero ese encierro no es inútil; nos conduce a ver la promesa en Cristo. Pablo añade:

“Mas encerró la Escritura todo bajo pecado, para que la promesa fuese dada a los creyentes por la fe de Jesucristo.” Gálatas 3:22, Reina-Valera 1960.

La Escritura encerró todo bajo pecado. Esa frase destruye la ilusión de autosalvación. No hay salida por desempeño humano. La promesa es dada a los creyentes por la fe de Jesucristo. La ley nos muestra la necesidad; Cristo provee la salvación; la fe recibe la promesa.

Refuerza Calvino que la ley, cuando es correctamente entendida, nos conduce fuera de nosotros mismos hacia Cristo:

*“La ley nos advierte de nuestra impotencia y
nos conduce a buscar la gracia.”*

Juan Calvino (1509–1564).

Este uso de la ley es misericordioso. Dios nos muestra nuestra impotencia no para llevarnos a la desesperación final, sino para llevarnos a Cristo. El problema es que el orgullo humano intenta usar la ley como escalera. Pero la ley, en manos del Espíritu, funciona como espejo. Nos muestra que no tenemos justicia suficiente. Entonces la fe mira a Cristo.

Pablo dice también:

“porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.” Romanos 10:4, Reina-Valera 1960.

Cristo es el fin, meta y cumplimiento de la ley para justicia a todo aquel que cree. Esto significa que la justicia que la ley demanda se encuentra en Cristo para el creyente. No destruimos la ley al creer. Reconocemos que Cristo cumplió lo que nosotros quebrantamos. La fe honra la ley porque recibe al único que la obedeció perfectamente.

La fe y los sacramentos, la iglesia y los medios externos

Sola Fe también guarda al creyente de colocar su confianza en medios externos como si estos fueran salvadores por sí mismos. La iglesia es importante. La predicación es necesaria. El bautismo y la Cena del Señor son ordenanzas preciosas. La comunión de los santos es un regalo. Pero ninguna de estas cosas reemplaza a Cristo. Nadie es salvo por asistir a una iglesia. Nadie es justificado por tener una Biblia en la casa. Nadie recibe paz con Dios por conocer vocabulario doctrinal. Nadie entra al reino por estar cerca de cristianos.

La fe debe estar en Cristo. Los medios externos son útiles cuando nos llevan a Cristo, pero se vuelven peligrosos cuando ocupan su lugar. Una persona puede estar en una congregación fiel y no estar en Cristo. Puede conocer doctrinas reformadas y no tener fe salvadora. Puede defender Sola Fe con la boca y confiar secretamente en su precisión doctrinal como mérito. El corazón humano es capaz de convertir incluso la doctrina de la gracia en obra de orgullo.

Por eso debemos examinarnos. ¿Estoy descansando en Cristo o en mi conocimiento sobre Cristo? ¿Estoy confiando en su justicia o en mi identidad teológica? ¿Estoy mirando al Cordero o a mi pertenencia eclesial? La fe verdadera no descansa en símbolos, círculos, etiquetas o logros. Descansa en Cristo.

“Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa.” Hechos 16:31, Reina-Valera 1960.

El llamado apostólico es directo: cree en el Señor Jesucristo. No dice: confía en tu trasfondo. No dice: confía en tu emoción. No dice: confía en tu reforma externa. Cree en Cristo. La fe salvadora es profundamente personal, pero no individualista. Quien cree en Cristo entra en el pueblo de Cristo, ama la Palabra de Cristo y desea obedecer los mandamientos de Cristo. Pero el fundamento sigue siendo Cristo recibido por fe.

Fe débil, Salvador fuerte

Una de las misericordias más grandes de Dios es que no somos salvos por la fuerza de nuestra fe, sino por la fuerza de Cristo. Muchos creyentes sufren porque confunden fe débil con ausencia de fe. Es cierto que hay una fe falsa, una fe temporal, una fe meramente intelectual. Pero también es cierto que existe una fe verdadera que tiembla. Una fe

verdadera puede clamar: “Creo; ayuda mi incredulidad”. Una fe verdadera puede llorar. Una fe verdadera puede luchar con dudas. Una fe verdadera puede ser pequeña como grano de mostaza y, aun así, estar unida al Cristo verdadero.

El padre del muchacho endemoniado clamó:

“E inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: Creo; ayuda mi incredulidad.” Marcos 9:24, Reina-Valera 1960.

Esta oración consuela a muchos creyentes. Fe e incredulidad pueden estar en conflicto dentro del alma. El creyente verdadero no celebra su incredulidad; la confiesa y pide ayuda. La fe débil no debe mirar a sí misma hasta hundirse, sino mirar a Cristo y pedir: ayuda mi incredulidad.

Refuerza Thomas Watson que la fe, aunque sea pequeña, se aferra a un Cristo poderoso:

“Una fe débil puede asirse de un Cristo fuerte.”

Thomas Watson (c. 1620–1686).

Lo decisivo no es la grandeza de la mano, sino la grandeza del Salvador. La fe debe crecer, pero la justificación no espera a que la fe alcance una intensidad perfecta. Desde el momento en que el pecador cree verdaderamente en Cristo, es justificado.

Esto produce descanso, no descuido. El creyente ora: Señor, aumenta mi fe. Pero ora desde la seguridad de que Cristo es suficiente. La fe crece alimentándose de la Palabra, mirando a Cristo, recordando las promesas, participando de los medios de gracia y caminando en obediencia. Pero su fundamento no cambia.

La fe que persevera

La fe verdadera persevera porque Dios preserva a los suyos. Sola Fe no debe ser separada de la perseverancia de los santos. La fe salvadora no es un impulso momentáneo que desaparece definitivamente. Puede debilitarse, puede ser probada, puede atravesar oscuridad, pero Dios sostiene a los que ha llamado. La fe que Dios da no es una chispa abandonada al viento; es obra del Espíritu.

Pedro escribe:

“que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.” 1 Pedro 1:5, Reina-Valera 1960.

Somos guardados por el poder de Dios mediante la fe. Otra vez vemos el equilibrio bíblico. Dios guarda. La fe persevera. No perseveramos por una autonomía espiritual independiente; somos guardados por Dios. Pero Dios nos guarda mediante la fe, no al margen de ella. El creyente continúa confiando en Cristo porque Dios sostiene esa confianza.

Esto también ayuda a distinguir la fe verdadera de una profesión vacía. Hay personas que parecen creer por un tiempo, pero luego abandonan a Cristo definitivamente. Juan dice que salieron porque no eran de nosotros. La perseverancia no es perfección sin caídas; es la obra fiel de Dios preservando la fe de los suyos hasta el fin.

Refuerza la Confesión Bautista de Londres de 1689 que la fe salvadora puede ser atacada y debilitada, pero obtiene la victoria por medio de Cristo:

“La fe puede ser atacada y debilitada, pero obtiene la victoria.”

Este punto será desarrollado más adelante, pero ya pertenece a Sola Fe. La fe no solo inicia el camino cristiano; el justo vive por la fe. Vivimos creyendo, descansando, recibiendo, volviendo a Cristo una y otra vez. El cristiano nunca supera la necesidad de fe. No comienza por fe para luego vivir por autosuficiencia. Desde el inicio hasta el final, vive dependiendo de Cristo.

Sola Fe y humildad doctrinal

Una de las ironías más tristes sería defender Sola Fe con orgullo. Esta doctrina debería producir humildad profunda. Si soy salvo por fe y no por obras, entonces no puedo mirar a otros desde arriba. Si la fe misma es don de Dios, entonces no puedo gloriarme como si la hubiera producido desde mí. Si Cristo es mi única justicia, entonces no puedo usar mi doctrina como justicia alternativa.

La fe verdadera vacía al hombre de pretensión. Lo lleva a decir: no tengo nada que ofrecer como fundamento. No vengo a Dios con mi obediencia, mi historia, mi inteligencia, mi tradición o mi reputación. Vengo con Cristo. Mejor dicho, vengo a Cristo porque Él es mi única esperanza.

Esto debe moldear la manera en que presentamos estas doctrinas a otros. No hablamos de Sola Fe para ganar discusiones, sino para mostrar descanso al cansado. No hablamos de justificación para inflar la mente, sino para liberar conciencias cautivas. No hablamos de fe como don para aplastar al débil, sino para mostrar que incluso la mano que recibe fue formada por la gracia.

Pablo pregunta:

“¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe.” Romanos 3:27, Reina-Valera 1960.

La jactancia es excluida. No reducida. No disciplinada. Excluida. La fe cierra la boca del orgullo porque mira a otro. El que cree verdaderamente no dice: “Mira lo que hice”. Dice: “Mira al Salvador”. No dice: “Mi fe me hace superior”. Dice: “Por misericordia fui llevado a creer”.

Conclusión: creer es descansar en Cristo

Sola Fe no es una doctrina abstracta. Es el descanso del pecador en Cristo. Es la renuncia a toda justicia propia. Es la mano vacía que recibe la justicia ajena. Es el ojo que mira al Cordero. Es el abrazo del alma al Salvador. Es el medio por el cual recibimos lo que la gracia da.

La salvación es por gracia sola, mediante la fe sola, en Cristo solo. Estas verdades no compiten entre sí. Se sostienen mutuamente. Si la gracia es la fuente, la fe es el instrumento. Si Cristo es el fundamento, la fe descansa en Él. Si la gloria pertenece a Dios, la fe excluye la jactancia humana.

Por eso el creyente no debe decir: “Soy salvo porque mi fe era fuerte”. Debe decir: “Soy salvo porque Cristo es fuerte”. No debe decir: “Dios me aceptó porque mi decisión fue mejor”. Debe decir: “Dios me dio fe para recibir a Cristo”. No debe decir: “Mis obras completan mi justificación”. Debe decir: “Mis obras son fruto imperfecto de una fe viva, pero mi justicia delante de Dios es Cristo”.

Sola Fe nos llama a dejar de mirar nuestras manos como si pudieran traer pago suficiente. Nos llama a dejar de mirar nuestras obras como si pudieran sostener el peso de la gloria. Nos llama a dejar de mirar nuestra historia religiosa como si pudiera abrir el cielo. Nos llama a mirar a Cristo.

Y cuando el pecador mira a Cristo por fe, descubre que no necesita traer precio, porque Cristo pagó. No necesita traer justicia, porque Cristo obedeció. No necesita traer sacrificio, porque Cristo murió. No necesita traer victoria, porque Cristo resucitó. No necesita traer mediador humano, porque Cristo intercede. No necesita traer gloria propia, porque toda la gloria pertenece al Señor.

Entonces la fe canta. No canta a sí misma. Canta a Cristo. No se gloria en su fuerza. Se gloria en el Salvador. No presume de haber encontrado el camino por inteligencia natural. Confiesa que fue alcanzada por gracia.

El justo vivirá por la fe.

Y esa fe, si es verdadera, siempre terminará mirando hacia el mismo lugar: Jesucristo, nuestra justicia, nuestra paz y nuestra salvación.

Citas y fuentes para este capítulo

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960.
- Martín Lutero, prefacio a la Epístola a los Romanos; énfasis en la fe como confianza viva en la gracia de Dios.
- Martín Lutero, escritos sobre la justicia ajena y la justificación por la fe.
- Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, libro III, capítulo 2, definición de la fe.
- Confesión de Fe de Westminster, capítulo 11: “De la justificación”.
- Confesión de Fe de Westminster, capítulo 14: “De la fe salvadora”.
- Confesión Bautista de Londres de 1689, capítulos 11 y 14.
- Catecismo de Heidelberg, pregunta 21, sobre la verdadera fe.
- Charles Haddon Spurgeon, sermones sobre justificación por la fe y salvación por gracia.
- J. C. Ryle, escritos pastorales sobre fe, santidad y conversión.
- John Owen, escritos sobre fe, unión con Cristo y justificación.
- Thomas Watson, escritos devocionales sobre la fe y la vida cristiana.

Capítulo 4: Solo Cristo

El único Mediador, el único Salvador y el centro de toda la Escritura

Si la Escritura es nuestra autoridad final, si la salvación nace de la gracia de Dios y si el pecador recibe esa salvación por la fe, entonces debemos mirar ahora al corazón mismo del evangelio: **Solo Cristo**. No hay Sola Escritura verdadera si la Escritura no nos conduce a Cristo. No hay Sola Gracia verdadera si la gracia no se manifiesta en Cristo. No hay Sola Fe verdadera si la fe no descansa en Cristo. Toda doctrina cristiana, si es sana, termina llevándonos a Él.

Solo Cristo no es simplemente una frase doctrinal contra ciertos abusos religiosos. Es una confesión de necesidad absoluta. Significa que el hombre no tiene otro mediador delante de Dios. Significa que no hay otro nombre por el cual podamos ser salvos. Significa que Cristo no es una ayuda adicional en el camino de la salvación, sino la salvación misma. Significa que no venimos a Dios por Cristo más nuestras obras, Cristo más la iglesia, Cristo más los santos, Cristo más nuestra devoción, Cristo más nuestras lágrimas, Cristo más nuestra decisión, Cristo más nuestra historia religiosa. Venimos a Dios por Cristo y solo por Cristo.

En la tesis que dio origen a este libro, esta doctrina fue planteada de manera directa: **Solo Cristo postula que el hombre no posee ningún otro intermediario entre él y Dios mismo. Solo Cristo es el intermediario entre Dios y los hombres; por lo tanto, echa por tierra cualquier intento de colocar santos o alguna otra persona como mediador entre Dios y los hombres, e incluso algún mediador entre Cristo y los hombres**. Esta afirmación debe conservar toda su fuerza, porque toca un punto vital del evangelio. Si Cristo no es el único mediador suficiente, entonces la obra de Cristo queda disminuida. Si necesitamos otro puente además de Él, entonces Él no sería el puente perfecto. Si necesitamos otro

sacerdote además de Él, entonces su sacerdocio no sería suficiente. Si necesitamos otro intercesor en el mismo nivel, entonces su intercesión no sería completa.

La doctrina de Solo Cristo comienza con una realidad incómoda: hay distancia entre Dios y el hombre. No una distancia geográfica, sino moral, espiritual y judicial. Dios es santo. El hombre es pecador. Dios es justo. El hombre es culpable. Dios es luz. El hombre ama las tinieblas. Por tanto, si el hombre ha de acercarse a Dios, no puede inventar su propio camino. Necesita un mediador designado por Dios mismo.

El apóstol Pablo lo dice con una sencillez imposible de mejorar:

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.” 1 Timoteo 2:5, Reina-Valera 1960.

Un Dios. Un mediador. Jesucristo hombre. Esa estructura no deja espacio para una multitud de mediadores salvíficos. Pablo no dice que Cristo es uno de los mediadores, ni el más importante de varios, ni el primero dentro de una cadena. Dice que hay un mediador entre Dios y los hombres. Cristo ocupa un lugar único porque solo Él puede hacerlo. Él es verdadero Dios y hombre. Como Dios, puede representar perfectamente a Dios. Como hombre, puede representar verdaderamente a los hombres. En una sola persona, sin confusión ni división de naturalezas, se encuentra el Mediador que necesitábamos.

Refuerza la Confesión de Fe de Westminster que el Padre ordenó a Cristo como el único Mediador en su propósito eterno, y que en Él se reúnen los oficios necesarios para nuestra salvación:

*“Agradó a Dios, en su propósito eterno, escoger
y ordenar al Señor Jesús, su unigénito Hijo,
para ser el Mediador entre Dios y el hombre.”*

Confesión de Fe de Westminster (1646).

Esta declaración es preciosa porque ubica la mediación de Cristo dentro del propósito eterno de Dios. Cristo no llega como una solución improvisada después de que el pecado sorprendiera al cielo. Cristo es el Mediador ordenado por Dios desde la eternidad. La redención no es un accidente. La cruz no es un plan de emergencia. El Hijo fue dado, enviado, encarnado, obediente, crucificado, resucitado y exaltado conforme al propósito eterno del Dios trino.

Solo Cristo, entonces, no comienza en la decisión humana de acercarse a Dios. Comienza en la decisión divina de dar un Mediador. Aquí Sola Gracia y Solo Cristo se abrazan. Dios no solo nos dio salvación; nos dio a su Hijo. No solo nos mostró un camino; nos dio el Camino. No solo nos envió un maestro; nos envió al Salvador. No solo nos mandó información; nos dio al Verbo hecho carne.

Cristo, nuestro sumo sacerdote compasivo

La necesidad de un mediador no era una idea desconocida para Israel. En el Antiguo Testamento existían sacerdotes y sumos sacerdotes que actuaban como representantes del pueblo delante de Dios. Había sacrificios, altar, sangre, templo, velo, días establecidos, ritos y mediaciones. Todo ese sistema mostraba dos verdades al mismo tiempo: Dios es santo y el hombre no puede acercarse a Él de cualquier manera. Pero también mostraba algo más: aquellos sacerdotes eran insuficientes y temporales. Ellos mismos eran pecadores. Ellos mismos necesitaban sacrificio. Ellos

morían y eran reemplazados. Su ministerio apuntaba más allá de ellos.

Cristo viene como el cumplimiento de todo aquello. Él no es simplemente otro sacerdote dentro de la misma serie. Él es el sumo sacerdote final, perfecto, compasivo y suficiente. Por eso hebreos nos invita a acercarnos con confianza, no porque el pecado sea poca cosa, sino porque tenemos un sacerdote perfecto.

“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.”¹⁶ Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.” Hebreos 4:15-16, Reina-Valera 1960.

Este texto debe ser leído con reverencia y consuelo. Cristo puede compadecerse de nuestras flaquezas. No porque haya pecado, sino porque fue tentado. Conoce la debilidad humana desde dentro, sin contaminación moral. No es un sacerdote distante, frío o indiferente. No es un mediador incapaz de comprender. Es el Hijo encarnado, tentado, sufriente, obediente, santo y misericordioso.

Pero el texto no solo dice que Cristo se compadece. Dice que por Él podemos acercarnos confiadamente al trono de la gracia. Esta confianza no nace de nuestra dignidad. No es confianza en nuestro rendimiento espiritual. No es seguridad basada en nuestra constancia emocional. Es confianza sacerdotal: tenemos a Cristo. Él abrió el camino. Él intercede. Él representa a su pueblo. Él nos lleva al Padre.

Refuerza la Confesión Bautista de Londres de 1689 que Cristo cumple perfectamente el oficio de mediador como profeta, sacerdote y rey de su iglesia:

“Le agradó a Dios escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, para ser el Mediador entre Dios y el hombre.”

Confesión Bautista de Londres de 1689.

La confesión bautista particular, al igual que Westminster, entiende que la obra de Cristo no puede reducirse a un solo aspecto. Cristo es Profeta porque revela perfectamente la voluntad de Dios para nuestra salvación. Es Sacerdote porque se ofreció a sí mismo en sacrificio y vive para interceder. Es Rey porque gobierna, protege, somete a sus enemigos y reina sobre su pueblo. Necesitamos a Cristo completo. No solo un maestro. No solo un ejemplo. No solo un sacrificio. No solo un rey futuro. Necesitamos al Cristo total de la Escritura.

Esto nos libra de muchas reducciones modernas. Algunos quieren a Cristo como maestro moral, pero no como sacrificio por el pecado. Otros quieren a Cristo como ejemplo de amor, pero no como Señor que gobierna. Otros quieren a Cristo como fuente de bienestar, pero no como sacerdote que reconcilia con Dios. Otros quieren a Cristo como inspiración social, pero no como sustituto bajo la ira divina. Solo Cristo significa recibir al Cristo bíblico en toda su gloria: Profeta, Sacerdote y Rey.

Cristo, el único nombre bajo el cielo

Si Cristo es el único Mediador, entonces no hay salvación fuera de Él. Esta afirmación suena dura para una época que considera arrogante toda exclusividad religiosa. Vivimos en un mundo donde se tolera que Cristo sea importante, admirable, inspirador o útil, siempre que no sea proclamado como único. El escándalo no está en decir que Jesús es bueno. El escándalo está en decir que Jesús es el único Salvador.

Pero la iglesia no tiene derecho a suavizar lo que Dios ha revelado. Pedro, hablando ante las autoridades religiosas, declaró:

“Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” Hechos 4:12, Reina-Valera 1960.

No hay otro nombre. La frase es absoluta. No hay otro camino, otra persona, otro mediador, otro sistema, otra esperanza. Esto no nace de intolerancia humana, sino de revelación divina. Si el pecado es tan grave que requirió la encarnación, obediencia, muerte y resurrección del Hijo de Dios, entonces no puede haber otro camino inventado por el hombre. Si hubiera otro camino, la cruz habría sido innecesaria. Pero si Cristo tuvo que morir, entonces la exclusividad de Cristo no es un capricho doctrinal; es la consecuencia inevitable de la gravedad del pecado y de la suficiencia de su obra.

El Catecismo de Heidelberg expresa esta verdad de una forma brillante cuando explica por qué el Hijo de Dios es llamado Jesús, es decir, Salvador:

“Porque Él nos salva de nuestros pecados, y porque no se debe buscar ni puede encontrarse salvación en ningún otro.”

Catecismo de Heidelberg (1563).

Esta respuesta es corta, pero muy profunda. Cristo es llamado Jesús porque salva. No solo ofrece salvación. No solo hace posible la salvación. Salva. Y, además, esa salvación no debe buscarse ni puede encontrarse en ningún otro. Aquí se

unen suficiencia y exclusividad. No solo sería incorrecto buscar salvación fuera de Cristo; sería imposible encontrarla.

El mismo catecismo continúa con una pregunta que debería estremecer a toda persona religiosa. Pregunta si creen verdaderamente en el único Salvador Jesús aquellos que buscan salvación y bienestar en santos, en sí mismos o en cualquier otra parte. La respuesta es tajante: no, porque, aunque se jacten de pertenecerle, de hecho, niegan al único Salvador.

Refuerza el Catecismo de Heidelberg que intentar añadir otros fundamentos a Cristo es negar su suficiencia:

“O Jesús no es un Salvador completo, o quienes por verdadera fe reciben a este Salvador deben tener en Él todo lo necesario.”

Catecismo de Heidelberg (1563).

O Cristo es un Salvador completo, o no lo es. Si es completo, entonces quien lo recibe por fe tiene en Él todo lo necesario para salvación. Si todavía necesitamos otro mediador, otro mérito, otra justicia, otro sacrificio, otro sacerdote o una cooperación meritoria humana, entonces estamos diciendo, aunque sea indirectamente, que Cristo no es suficiente. Solo Cristo protege la gloria de Cristo como Salvador completo.

Cristo no es una parte del evangelio: Cristo es el evangelio

En muchos contextos cristianos se habla de Cristo, pero no siempre se predica a Cristo. Se puede mencionar su nombre y aun así centrar el mensaje en el hombre. Se puede hablar de Jesús como ayuda para mejorar la familia, ordenar las finanzas, sanar emociones, lograr sueños o encontrar propósito, y aunque algunas de esas áreas puedan ser tocadas

por la vida cristiana, no son el centro del evangelio. El evangelio no es simplemente que Cristo mejora nuestra vida. El evangelio es que Cristo salva pecadores, reconcilia con Dios, vence la muerte, satisface la justicia divina y reúne para sí un pueblo.

Solo Cristo nos obliga a recuperar el centro. Cristo no es un complemento religioso. No es el adorno espiritual de una vida que ya estaba bien orientada. No es un recurso para alcanzar metas personales. Cristo es la vida. Cristo es la justicia. Cristo es la paz. Cristo es el camino al Padre. Cristo es el Cordero. Cristo es el Señor.

Pablo lo entendió así. Cuando escribió a los corintios, no les presentó una sabiduría humana adornada con referencias religiosas. Les dijo:

“Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado.” 1 Corintios 2:2, Reina-Valera 1960.

Esto no significa que Pablo ignoraba toda otra doctrina. Sus cartas contienen enseñanza sobre la iglesia, los dones, el matrimonio, la resurrección, la ética, la disciplina, la cena del Señor, la santificación y muchos otros temas. Pero todo estaba ordenado alrededor de Cristo crucificado. Cristo no era un tema más dentro de la teología de Pablo. Era el centro desde el cual todo lo demás cobraba sentido.

Refuerza Charles Spurgeon la centralidad absoluta de Cristo en la predicación cristiana:

“Cristo es la suma y sustancia del evangelio.”

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

Esta afirmación debe gobernar tanto al predicador como al lector. Si Cristo es la suma y sustancia del evangelio, entonces todo mensaje que lo desplaza se empobrece, aunque sea moralmente útil. Una predicación puede dar consejos prácticos y no predicar el evangelio. Puede emocionar y no llevar a Cristo. Puede hablar de valores y no mostrar al Salvador. Puede generar lágrimas y no producir fe. Solo Cristo exige que la predicación cristiana tenga a Cristo como centro, fundamento y fin.

Esto también guarda nuestras conversaciones doctrinales. Las doctrinas de la gracia no deben convertirse en un sistema que admiramos aparte de Cristo. La elección nos lleva a Cristo, porque fuimos escogidos en Él. La expiación limitada nos lleva a Cristo, porque Él dio su vida por sus ovejas. La gracia irresistible nos lleva a Cristo, porque el Padre trae al Hijo a los que ha dado. La perseverancia nos lleva a Cristo, porque nadie arrebató a sus ovejas de su mano. Si una doctrina no nos lleva a Cristo, la estamos entendiendo mal.

Toda la Escritura apunta a Cristo

Solo Cristo también significa que toda la Escritura debe ser leída a la luz de Cristo. Esto no quiere decir que forcemos a Cristo en cada detalle de manera artificial, como si cada piedra, color o número escondiera una alegoría secreta. Significa que la historia bíblica completa, en su desarrollo redentor, encuentra su cumplimiento en Él. La Biblia no es una colección de historias morales desconectadas. Es el testimonio de Dios acerca de su obra redentora centrada en Cristo.

Jesús mismo lo dijo a los judíos:

“Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de

mí; ⁴⁰ y no queréis venir a mí para que tengáis vida.” Juan 5:39-40, Reina-Valera 1960.

Este texto es fundamental. Las Escrituras dan testimonio de Cristo. Los judíos examinaban los textos, pero no venían a aquel a quien los textos señalaban. Esto nos advierte de un peligro real: se puede estudiar la Biblia y no venir a Cristo. Se puede conocer datos, contextos, debates, idiomas, cronologías y doctrinas, y aun así no abrazar al Salvador. La Escritura no nos fue dada para inflar nuestra mente, sino para llevarnos al conocimiento de Dios en Cristo.

La tesis original insistía en esto: **Solo Cristo postula que todo el evangelio apunta a Cristo, y no solo el evangelio, sino toda la Palabra de Dios. En Él y solo en Él hay salvación; Él es la salvación.** Esta afirmación debe permanecer en el centro. La Biblia entera apunta a la persona y obra del Hijo. Desde la promesa de Génesis hasta el Cordero entronizado en Apocalipsis, Cristo es el eje de la revelación.

Después de su resurrección, Jesús enseñó esto a los discípulos camino a Emaús:

“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían.” Lucas 24:27, Reina-Valera 1960.

Cristo no les dio una charla motivacional para superar la tristeza. Les abrió las Escrituras. Les mostró cómo Moisés y los profetas hablaban de Él. Aquellos discípulos necesitaban entender que la cruz no fue una derrota inesperada, sino el cumplimiento del plan de Dios. La muerte y resurrección de Cristo estaban en el corazón de la historia redentora.

Refuerza Geerhardus Vos, teólogo bíblico reformado, que la revelación de Dios avanza históricamente hacia la consumación en Cristo:

“La revelación especial tiene una historia.”

Geerhardus Vos (1862–1949).

La Biblia no cae del cielo como un diccionario doctrinal organizado alfabéticamente. Dios revela progresivamente su plan en la historia. Hay promesa, sombra, tipo, pacto, sacrificio, sacerdocio, reino, profecía y cumplimiento. Todo avanza hacia Cristo. Por eso leer la Escritura cristianamente no es leerla de manera caprichosa, sino reconocer la dirección que Cristo mismo enseñó.

Cristo prometido desde el principio

La primera gran promesa redentora aparece poco después de la caída. Cuando el pecado entra al mundo, Dios no deja al hombre con una simple condenación sin esperanza. En medio del juicio, anuncia enemistad entre la simiente de la mujer y la serpiente, y promete una victoria futura.

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.” Génesis 3:15, Reina-Valera 1960.

Este versículo apunta a Cristo, y que un sinnúmero de textos desde Génesis hasta Malaquías anuncia al Salvador. La simiente de la mujer vendría. Sería herida, pero vencería. La serpiente mordería su calcañar, pero Él aplastaría su cabeza. Ya desde el comienzo, Dios anuncia que la salvación no vendrá por la autosuperación del hombre, sino por un Redentor prometido.

Esta promesa inicial se va desarrollando. Dios llama a Abraham y promete bendición para todas las familias de la tierra. Dios forma a Israel. Dios establece sacrificios que muestran la necesidad de sangre. Dios levanta sacerdotes

que muestran la necesidad de mediación. Dios da reyes que apuntan al Rey justo. Dios envía profetas que anuncian al Siervo sufriente, al Hijo de David, al nuevo pacto y al reino venidero. Todo converge en Cristo.

Isaías anuncia:

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.” Isaías 53:5, Reina-Valera 1960.

Aquí Cristo aparece como sustituto. Herido por nuestras rebeliones. Molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra paz sobre Él. Su herida, nuestra sanidad. Esta es la lógica de Solo Cristo: otro toma nuestro lugar. Otro carga nuestra culpa. Otro satisface la justicia. Otro consigue nuestra paz. La salvación no nace de nuestra capacidad de compensar a Dios, sino del Siervo que se ofrece por pecadores.

Refuerza John Owen, puritano congregacionalista, la suficiencia de Cristo al mostrar que todo lo necesario para salvación se encuentra en su persona y obra:

“Cristo es todo, y en todos.”

John Owen (1616–1683).

La frase recoge el lenguaje bíblico de Colosenses y expresa bien el espíritu de Owen: Cristo no es parcial. No es accesorio. No es un suplemento para quienes ya tienen algo. Es todo. En Él se reúne la sabiduría, la justicia, la santificación y la redención de su pueblo. Quien tiene a Cristo tiene todo lo necesario para salvación; quien no tiene a Cristo no tiene nada que pueda reconciliarlo con Dios.

Cristo, el camino al Padre

Jesús no se presentó como un camino religioso entre muchos. Sus palabras en Juan 14 son una de las declaraciones más exclusivas y consoladoras de toda la Escritura:

“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.” Juan 14:6, Reina-Valera 1960.

No dice: “Yo muestro un camino”. Dice: “Yo soy el camino”. No dice: “Yo enseño algunas verdades”. Dice: “Yo soy la verdad”. No dice: “Yo doy consejos para una vida mejor”. Dice: “Yo soy la vida”. Y luego añade: nadie viene al Padre sino por mí. Esta frase define la necesidad absoluta de Cristo. Nadie viene al Padre por sí mismo. Nadie viene por una institución. Nadie viene por una tradición. Nadie viene por un santo. Nadie viene por méritos. Nadie viene por sinceridad religiosa. Solo por Cristo.

Esto confronta profundamente al hombre moderno. Nuestra época ama la idea de muchas rutas espirituales. Pero Cristo no se deja convertir en una opción dentro de un mercado religioso. Si sus palabras son verdaderas, entonces Él es el único camino. Si sus palabras son falsas, no puede ser reducido a un buen maestro. La iglesia debe escoger entre confesarlo como Él se reveló o fabricarse un Jesús más aceptable.

Refuerza J. C. Ryle que Cristo no puede ser reducido a guía moral, porque es la única puerta hacia Dios:

“Cristo es la puerta; por Él debemos entrar, o no entraremos jamás.”

J. C. Ryle (1816–1900).

Esta frase tiene un tono directo. No basta admirar la puerta. No basta estar cerca de la puerta. No basta hablar de la puerta. Hay que entrar por Cristo. Muchas personas viven cerca de la religión cristiana, pero no están en Cristo. Están cerca de la iglesia, cerca de la Biblia, cerca de creyentes, cerca de lenguaje cristiano, pero no han venido al Salvador. Solo Cristo nos obliga a preguntar: ¿estoy en Cristo o solo cerca de cosas cristianas?

Venir a Cristo significa creer en Él

La tesis original hacía una aclaración muy importante: **Venir a Cristo no es una procesión, no es algún ritual, ni siquiera está hablando de un lugar físico como una iglesia en específico. Venir a Cristo significa creer en Él.** Esta idea debe ser desarrollada con cuidado. En muchos contextos, las personas pueden confundir acercarse a Cristo con acercarse físicamente a un altar, a un templo, a una reunión o a una comunidad. Pero el lenguaje de Jesús apunta a una realidad espiritual más profunda: venir a Él es confiar en Él, recibirlo, depender de Él, abandonar toda esperanza fuera de Él.

Jesús dijo:

“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera.” Juan 6:37, Reina-Valera 1960.

Este texto es una joya para las doctrinas de la gracia y para Solo Cristo. Primero, muestra que hay un pueblo dado por el Padre al Hijo. Segundo, muestra que todos los que el Padre da al Hijo vendrán a Él. Tercero, muestra que Cristo no echa fuera al que viene. Hay soberanía divina y misericordia abierta en la misma frase. Los dados vienen; los que vienen son recibidos.

Aquí Solo Cristo se une con la seguridad pastoral. Cristo no es un Salvador renuente. No recibe al pecador como si

estuviera molesto de que venga. No dice: “Ven, pero quizás no sea suficiente”. Dice: al que viene a mí, no le echo fuera. El pecador que viene a Cristo con fe no encontrará una puerta cerrada. Encontrará al Mediador suficiente.

Pero Jesús también dice:

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero.” Juan 6:44, Reina-Valera 1960.

Este texto derriba la idea de que el hombre puede venir a Cristo por una capacidad espiritual autónoma. Nadie puede venir si el Padre no lo trae. Pero el mismo Cristo que enseña esta incapacidad promete resurrección final al que es traído. La salvación es de Dios desde el inicio hasta el fin: el Padre trae, el Hijo recibe, y el creyente será resucitado en el día postrero.

Refuerza Agustín de Hipona, al hablar de la gracia que atrae el corazón, que Dios no fuerza contra la voluntad, sino que transforma el amor para que el pecador venga:

“Dame un corazón que ame, y entenderá lo que digo.”

Agustín de Hipona (354–430).

Venir a Cristo no es una acción meramente externa. El corazón debe ser cambiado para amar lo que antes despreciaba. Cuando Dios trae al pecador, no lo arrastra como piedra contra su voluntad. Lo vivifica, ilumina y atrae de tal manera que Cristo se vuelve deseable. El pecador viene, pero viene porque la gracia lo hizo ver la gloria del Salvador.

Cristo y la vida eterna de sus ovejas

Solo Cristo no solo habla de cómo entramos a la salvación, sino también de cómo somos guardados. Jesús no es un mediador débil que inicia una obra incierta. Él da vida eterna a sus ovejas y las guarda con poder.

“y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.” Juan 10:28, Reina-Valera 1960.

La seguridad de este texto descansa en Cristo. “Yo les doy vida eterna”. No dice: “Yo les doy una posibilidad temporal de vida eterna si logran sostenerse”. Dice: vida eterna. Luego añade: no perecerán para siempre. Y finalmente: nadie las arrebatará de mi mano. La mano del Pastor es más fuerte que la debilidad de la oveja. Esto no produce descuido espiritual en el verdadero creyente; produce descanso, gratitud y perseverancia.

Los que vienen a Cristo son dados en el plan soberano de Dios, y que no se trata de azar. El humano nuevamente no recibe ningún reconocimiento o mérito. Porque Juan 10 y Juan 6 muestran una armonía profunda: el Padre da un pueblo al Hijo; el Hijo recibe, salva y guarda; las ovejas oyen su voz y le siguen. La salvación está centrada en Cristo, no en la fuerza de la oveja.

Refuerza Juan Calvino que la seguridad del creyente descansa en Cristo y no en sí mismo:

“Cristo no es recibido verdaderamente sino cuando es recibido como nos es ofrecido por el Padre.”

Juan Calvino (1509–1564).

La frase es importante porque muchos quieren recibir un Cristo dividido. Quieren Salvador sin Señor, perdón sin obediencia, consuelo sin cruz, beneficios sin comunión, seguridad sin santidad. Pero Cristo debe ser recibido como el Padre lo ofrece: Profeta, Sacerdote y Rey; Salvador y Señor; Cordero y Pastor; Mediador y Rey glorificado. Solo Cristo no significa tomar una parte de Cristo que nos conviene, sino recibir al Cristo completo.

La iglesia no reemplaza a Cristo

La tesis original contiene una sección muy buena que conviene conservar y desarrollar: **La asistencia a una iglesia no asegura estar en Cristo. Así como una persona que se sienta en un garaje no se convierte en auto, alguien que está sentado en la banca de una iglesia no se convierte en cristiano. El asunto de asistir a la iglesia es Cristo y solo Cristo. Muchos podrían estar en la iglesia, pero no estar en Cristo. Muchos podrían estar entregando su vida a los pastores, a los hermanos, pero aun así no estar entregando su vida a Cristo.**

Esta afirmación es necesaria. La iglesia es preciosa. Cristo ama a su iglesia. Cristo se entregó por ella. Los creyentes no están llamados a vivir aislados. La comunión, la doctrina apostólica, la oración, la Cena del Señor, el servicio mutuo y la disciplina son parte de la vida cristiana normal. Hechos 2:42 y hebreos 10:24 muestran que quienes han sido transformados por Cristo tienen una tendencia espiritual a reunirse con otros creyentes.

“Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.” Hechos 2:42, Reina-Valera 1960.

“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras;” Hebreos 10:24, Reina-Valera 1960.

La iglesia es necesaria, pero no es mediadora en el sentido salvífico absoluto. No salva por sí misma. No reemplaza a Cristo. No puede ocupar el lugar de Cristo. Un pastor fiel puede predicar a Cristo, pero no puede ser Cristo. Una congregación sana puede acompañar, discipular y corregir, pero no puede justificar. Los sacramentos u ordenanzas son señales preciosas, pero no sustituyen al Salvador. La comunión de los santos es un regalo, pero nadie entra al cielo por haber estado cerca de santos si no está unido a Cristo por la fe.

Esto es especialmente importante en culturas religiosas donde pertenecer a una comunidad puede confundirse con estar reconciliado con Dios. Hay personas que aman el ambiente cristiano, la música, la amistad, la moral, la tradición familiar, el servicio y hasta la teología, pero no han venido a Cristo. Hay quienes defienden doctrinas correctas y aun así descansan secretamente en su conocimiento. Hay quienes sirven mucho y no descansan en el Salvador. Solo Cristo nos llama a examinar el fundamento real de nuestra esperanza.

Refuerza el Catecismo de Heidelberg que buscar salvación en cualquier lugar además de Cristo niega en la práctica su suficiencia:

*“Aunque se gloríen de Él, con sus hechos
niegan al único Salvador Jesús.”*

Catecismo de Heidelberg (1563).

Esto puede ocurrir de formas evidentes o sutiles. Es evidente cuando alguien busca mediadores distintos a Cristo. Pero también puede ser sutil cuando alguien busca seguridad última en su iglesia, su pastor, su denominación, su familia cristiana, su doctrina, su ministerio o su conducta externa.

Todo eso puede tener valor en su lugar, pero nada puede ser fundamento de salvación. Solo Cristo.

Cristo, fundamento de la iglesia

Si la iglesia no reemplaza a Cristo, entonces ¿qué es la iglesia? La iglesia es el pueblo salvado por Cristo, reunido por Cristo, edificado sobre Cristo y llamado a dar testimonio de Cristo. No es una institución humana que posee salvación como propiedad privada. Es la comunidad de los redimidos, edificada sobre el fundamento apostólico y profético, siendo Cristo la piedra principal.

Pablo escribe:

“edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo,” Efesios 2:20, Reina-Valera 1960.

Cristo mismo es la piedra del ángulo. La estabilidad de la iglesia no descansa finalmente en su tamaño, influencia, recursos, estrategias, edificios, programas o reputación. Descansa en Cristo. Una iglesia puede ser pequeña y fiel si Cristo está en el centro. Una iglesia puede ser grande y estar vacía si Cristo ha sido desplazado. El éxito visible no siempre equivale a fidelidad espiritual.

La tesis original lo expresa de forma directa: **Dios es el único quien construye la iglesia y la base en la cual se edifica es Cristo. Sin importar el tamaño o la cantidad de miembros, si no está Cristo en medio, no sirve de nada. Como iglesia necesitamos solo de Cristo y nadie más.** Esta afirmación debe ser escuchada en una época obsesionada con métricas. Cristo no evaluó a su iglesia por popularidad, sino por fidelidad. La pregunta principal no es cuántos somos, sino si Cristo está siendo predicado, amado, obedecido y exaltado.

Refuerza la Confesión de Fe de Westminster que Cristo es cabeza y Salvador de su iglesia:

“Cristo es la Cabeza y Salvador de su Iglesia.”

Confesión de Fe de Westminster (1646).

Esta verdad debe ordenar la autoridad eclesial. Los pastores no son señores de la iglesia. Los ancianos no son dueños del rebaño. Las congregaciones no son clubes autónomos. Cristo es la Cabeza. Toda autoridad en la iglesia es delegada, limitada y sometida a la Palabra de Cristo. Donde Cristo reina, la iglesia no manipula conciencias, no inventa mediaciones, no exalta líderes como indispensables y no desplaza el evangelio por proyectos humanos.

Cristo, centro de la predicación apostólica

Cuando observamos la predicación apostólica en Hechos, vemos que el centro es Cristo: su vida, muerte, resurrección, exaltación, señorío y llamado al arrepentimiento y la fe. Los apóstoles no predicaban un mensaje de autoayuda religiosa. No presentaban a Cristo como un accesorio para completar la vida. Proclamaban que Dios había hecho Señor y Cristo a Jesús, el crucificado y resucitado.

Pedro predicó:

“Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.” Hechos 2:36, Reina-Valera 1960.

La predicación apostólica confronta y anuncia. Confronta el pecado: “vosotros crucificasteis”. Anuncia la exaltación divina: “Dios ha hecho Señor y Cristo”. Cristo no es

presentado como una idea opcional. Es el Señor resucitado ante quien los hombres deben arrepentirse.

Pablo también centró su ministerio en Cristo:

“a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre;” Colosenses 1:28, Reina-Valera 1960.

“A éste anunciamos”. No anunciamos principalmente una denominación, una tradición, un sistema, una experiencia o una cultura. Anunciamos a Cristo. La amonestación y la enseñanza tienen como propósito presentar a los hombres maduros en Cristo. La madurez cristiana no es madurez lejos de Cristo, sino profundidad en Cristo.

Refuerza John Stott, aunque anglicano evangélico y no puritano, una verdad muy apreciada por la tradición reformada: la cruz debe permanecer en el centro de la fe cristiana:

“La cruz está en el centro de la fe cristiana.”

John Stott (1921–2011).

Esta afirmación nos ayuda a mantener el centro. No podemos predicar Solo Cristo sin predicar la cruz. Cristo no salva simplemente por enseñar, inspirar o acompañar. Salva por su obediencia, muerte y resurrección. La cruz no es un símbolo sentimental; es el lugar donde el Hijo carga el pecado de su pueblo, satisface la justicia de Dios y compra la redención.

Cristo y la doctrina de la gracia

Solo Cristo no es un capítulo aislado antes de llegar a las doctrinas de la gracia. Es una pieza esencial para comprenderlas. Las doctrinas de la gracia no son un sistema

abstracto sobre decretos divinos. Son una explicación bíblica de cómo el Dios trino salva en Cristo. Todo está unido a Él.

La elección no es una elección desnuda, separada del Hijo. Pablo dice que Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo.

“según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él,” Efesios 1:4, Reina-Valera 1960.

Fuimos escogidos **en Él**. Esto significa que Cristo es el ámbito, fundamento y Mediador de la elección. Dios no escogió a su pueblo aparte de Cristo. La elección es centrada en Cristo. El Padre elige un pueblo para el Hijo, el Hijo redime a ese pueblo, el Espíritu aplica esa redención. Por eso la elección, bien entendida, no nos lleva a especulación fría, sino a adoración del Cristo en quien fuimos elegidos.

La expiación limitada o definida también es centrada en Cristo. Jesús dice:

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas.” Juan 10:11, Reina-Valera 1960.

Cristo no muere como un mártir indefinido sin propósito preciso. Da su vida por las ovejas. Más adelante veremos con más detalle el alcance y propósito de la expiación, pero aquí basta observar que la cruz está unida al amor específico del Pastor por su rebaño. Solo Cristo significa que nuestra redención no es hipotética en su intención, sino eficaz en las manos del Salvador.

La gracia irresistible también es centrada en Cristo. El Padre trae pecadores al Hijo. No los trae a una doctrina aislada, sino a Cristo. La perseverancia de los santos también es centrada en Cristo. Nadie arrebató a las ovejas de la mano de Cristo.

El creyente persevera porque Cristo guarda. Así, cada doctrina de la gracia encuentra su centro en el Salvador.

Refuerza la Confesión de Westminster que al Hijo le fue dado desde la eternidad un pueblo para ser redimido, llamado, justificado, santificado y glorificado por Él:

“A Él le fue dado desde toda la eternidad un pueblo, para ser su simiente.”

Confesión de Fe de Westminster (1646).

El Padre dio un pueblo al Hijo. El Hijo lo redime en el tiempo. El Espíritu aplica la obra. No hay salvación fuera de Cristo, y no hay aspecto de la salvación que no tenga a Cristo como centro.

Cristo, nuestra sabiduría, justicia, santificación y redención

Pablo resume de manera extraordinaria la suficiencia de Cristo:

“Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención;”
1 Corintios 1:30, Reina-Valera 1960.

Todo está en Cristo. Él es nuestra sabiduría: en Él conocemos a Dios verdaderamente. Él es nuestra justicia: en Él somos aceptados. Él es nuestra santificación: en Él somos apartados y transformados. Él es nuestra redención: en Él somos comprados y liberados. No recibimos beneficios separados de Cristo como si fueran objetos sueltos. Recibimos a Cristo, y en Él recibimos todo.

Esto destruye la fragmentación de la vida cristiana. Algunos quieren a Cristo para justificación, pero buscan santificación en métodos humanos desconectados del evangelio. Otros

quieren a Cristo como maestro, pero buscan justicia en su desempeño. Otros quieren redención final, pero viven como si la sabiduría verdadera viniera del mundo. Pablo dice que Cristo nos ha sido hecho todo esto por Dios. La vida cristiana entera es vida en Cristo.

Refuerza John Owen que toda comunión salvadora con Dios se tiene en y por medio de Cristo:

“No hay comunión con Dios sino por Cristo.”

John Owen (1616–1683).

Esto debe moldear nuestra piedad. No oramos acercándonos a Dios por nuestra dignidad, sino por Cristo. No confesamos pecado esperando ser oídos por nuestras lágrimas, sino por Cristo. No servimos para ganar acceso, sino desde el acceso que tenemos por Cristo. No enfrentamos la muerte confiando en nuestra fidelidad, sino en Cristo. La comunión con Dios es centrada en Cristo desde el principio hasta el fin.

Cristo y el peligro de los falsos mediadores

El corazón humano busca mediadores alternativos. A veces son religiosos; a veces no. Puede ser un santo, un líder, una institución, una tradición, una experiencia mística, una obra moral, una identidad doctrinal, una familia cristiana o una sensación espiritual. Pero todo aquello que colocamos como fundamento de aceptación delante de Dios se convierte en falso mediador.

El peligro no siempre aparece de forma evidente. Una persona puede decir que cree en Cristo y, al mismo tiempo, descansar funcionalmente en su propia obediencia. Puede cantar sobre la gracia y vivir como si Dios la aceptara por su

rendimiento semanal. Puede afirmar la justificación por la fe y sentirse superior por su conocimiento doctrinal. Puede rechazar mediadores externos, pero convertir su propia espiritualidad en mediador.

Solo Cristo confronta esos refugios falsos. Nos pregunta: ¿en qué descansa realmente tu alma? Cuando piensas en presentarte delante de Dios, ¿qué aparece como tu esperanza final? ¿Cristo o tu vida familiar? ¿Cristo o tu servicio? ¿Cristo o tu doctrina? ¿Cristo o tu arrepentimiento? ¿Cristo o tus lágrimas? ¿Cristo o tu perseverancia? Todo lo bueno que Dios obra en nosotros tiene su lugar, pero nada de eso puede ocupar el lugar de Cristo.

Pablo dice:

“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.” 1 Corintios 3:11, Reina-Valera 1960.

No hay otro fundamento. Si edificamos sobre otro, aunque parezca religioso, el edificio no permanecerá. Cristo es el único fundamento que Dios ha puesto. El pecador no tiene derecho a escoger otro. La iglesia no tiene derecho a anunciar otro. La teología no tiene derecho a desplazarlo. La experiencia no tiene derecho a reemplazarlo.

Refuerza Calvino que todos los bienes salvadores deben ser buscados en Cristo:

“Todo lo que pertenece a nuestra salvación se halla en Cristo.”

Juan Calvino (1509–1564).

Esta afirmación es un antídoto contra la dispersión espiritual. No necesitamos ir de Cristo a otra fuente para completar

nuestra salvación. En Él está todo. Perdón, justicia, adopción, santificación, redención, intercesión, esperanza, resurrección y gloria. Cristo no es una puerta que cruzamos para luego dejar atrás; es la vida completa del creyente.

Cristo, el amado del Padre y esperanza del creyente

Solo Cristo también debe ser contemplado devocionalmente. No se trata solo de una doctrina polémica contra errores. Se trata de la belleza del Hijo. Cristo no es suficiente únicamente en sentido técnico; es precioso. Es el Amado del Padre. Es el resplandor de su gloria. Es la imagen del Dios invisible. Es el Cordero sin mancha. Es el Pastor que da su vida. Es el Rey que reina. Es el Esposo que ama a su iglesia. Es el Profeta que habla la Palabra definitiva. Es el Sacerdote que intercede. Es el Señor que volverá.

El Padre declara:

“Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd.” Mateo 17:5, Reina-Valera 1960.

“A él oíd”. Esta orden del Padre es fundamental. No solo debemos admirar a Cristo; debemos oírlo. No solo debemos mencionarlo; debemos someternos a Él. No solo debemos usar su nombre; debemos recibir su enseñanza, confiar en su obra y seguir su voz. El Padre dirige nuestra atención al Hijo.

La fe cristiana no es una espiritualidad centrada en una idea de Dios desconectada de Cristo. Nadie honra verdaderamente al Padre rechazando al Hijo. Nadie tiene comunión con Dios pasando por alto a Cristo. Nadie recibe la vida eterna al margen del Hijo amado.

Juan escribe:

“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.” 1 Juan 5:12, Reina-Valera 1960.

La afirmación es simple y absoluta. Tener al Hijo es tener vida. No tener al Hijo es no tener la vida. La cuestión final no es si una persona es religiosa, moral, espiritual, sensible, tradicional, estudiosa o sincera. La cuestión final es si tiene al Hijo. Solo Cristo.

Refuerza Jonathan Edwards que la excelencia de Cristo se ve en la unión de majestad y mansedumbre, grandeza y gracia:

“En Cristo se unen excelencias diversas.”

Jonathan Edwards (1703–1758).

Esta frase apunta a una de las bellezas más profundas de Cristo. Él es León y Cordero. Rey y Siervo. Santo y compasivo. Juez y Salvador. Exaltado y cercano. Infinito y encarnado. Poderoso y humilde. Solo Cristo no es una doctrina seca cuando vemos a la persona de Cristo. Es adoración.

Cristo y el descanso del alma

El alma cansada no necesita finalmente una técnica, sino a Cristo. El pecador cargado no necesita primero una estrategia moral, sino al Salvador. El culpable no necesita negar su culpa, sino un Mediador que la quite. El religioso cansado de intentar merecer aceptación necesita escuchar que Cristo ya cumplió. El creyente débil necesita recordar que Cristo intercede. El que teme acercarse a Dios necesita ver al sumo sacerdote compasivo.

Jesús dice:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” Mateo 11:28, Reina-Valera 1960.

“Venid a mí”. No simplemente a un sistema. No a una institución como fin último. No a un ritual vacío. No a una experiencia emocional. A mí. Cristo llama a los cargados a venir a Él. Y promete descanso. Este descanso no es superficial. Es el descanso de dejar de justificarse. El descanso de dejar de cargar la culpa sin mediador. El descanso de dejar de fabricar una justicia insuficiente. El descanso de saber que Cristo es suficiente.

Esto es lo que hace tan preciosa la doctrina de Solo Cristo. No solo nos dice que no hay otro camino; nos dice que el camino que Dios dio es perfecto. No solo cierra puertas falsas; abre la puerta verdadera. No solo derriba mediadores inútiles; nos entrega al Mediador compasivo. No solo humilla el orgullo humano; consuela al pecador desesperado.

Refuerza Horatius Bonar, ministro escocés de tradición reformada, que la paz del creyente no se encuentra en mirar dentro de sí, sino en mirar a Cristo:

“La paz no viene de lo que somos, sino de lo que Cristo es.”

Horatius Bonar (1808–1889).

Muchos creyentes miran dentro de sí buscando razones para descansar y solo encuentran fluctuación. Cristo es estable. Nuestra obediencia sube y baja; Cristo permanece. Nuestras emociones cambian; Cristo permanece. Nuestra fuerza se debilita; Cristo permanece. La paz cristiana descansa en lo que Cristo es y ha hecho.

Cristo y la adoración eterna

La eternidad será centrada en Cristo. La iglesia glorificada no cantará a su propia decisión, a su denominación, a su mérito, a su fuerza espiritual o a su perseverancia como causa última. Cantará al Cordero. Esto nos muestra cuál debe ser el centro de nuestra teología ahora. Si el cielo exalta a Cristo, la iglesia en la tierra no debe desplazarlo.

Juan contempla la adoración celestial:

“y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación;”
Apocalipsis 5:9, Reina-Valera 1960.

El cántico nuevo se centra en el Cordero inmolado. La redención es por su sangre. El pueblo redimido viene de todo linaje, lengua, pueblo y nación. Esto une Solo Cristo con la misión. Precisamente porque Cristo es el único Salvador, debe ser anunciado a todas las naciones. La exclusividad de Cristo no mata la evangelización; la hace urgente. Si no hay otro nombre, entonces debemos predicar este nombre.

La soberanía de Cristo no reduce la misión. La sostiene. Cristo tiene un pueblo de toda nación, y el evangelio es el medio por el cual sus ovejas oyen su voz. La iglesia no anuncia a Cristo porque todos los caminos sean igualmente válidos, sino porque no hay otro camino. No predica con arrogancia, sino con compasión. No predica como dueña de la salvación, sino como testigo del Salvador.

Refuerza William Carey, bautista particular y misionero, que la confianza en Dios debe impulsar grandes esfuerzos por el evangelio:

*“Espera grandes cosas de Dios; emprende
grandes cosas para Dios.”*

Carey creía en la soberanía de Dios y, precisamente por eso, se lanzó a la obra misionera. Solo Cristo nos impulsa a anunciar a Cristo. Si Él es el único Salvador, callar sería crueldad. Si Él es suficiente, predicarlo es amor.

Conclusión: Cristo y solo Cristo

Solo Cristo nos deja sin otros refugios. Nos quita mediadores falsos. Nos quita méritos imaginarios. Nos quita seguridades religiosas superficiales. Nos quita la ilusión de que podemos acercarnos a Dios por nuestra cuenta. Pero al quitarnos todo eso, nos entrega algo infinitamente mejor: a Cristo mismo.

Cristo es el Mediador entre Dios y los hombres. Cristo es el sumo sacerdote compasivo. Cristo es el Cordero inmolado. Cristo es el Profeta que revela al Padre. Cristo es el Rey que gobierna. Cristo es la puerta. Cristo es el camino, la verdad y la vida. Cristo es la piedra angular. Cristo es la justicia del creyente. Cristo es la cabeza de la iglesia. Cristo es el Pastor que guarda a sus ovejas. Cristo es el centro de la Escritura. Cristo es la gloria del evangelio.

Por eso no basta decir que creemos en doctrinas correctas. Debemos preguntarnos si esas doctrinas nos llevan a Cristo. No basta estar cerca de la iglesia. Debemos estar en Cristo. No basta admirar la Biblia. Debemos venir al Cristo de quien la Biblia da testimonio. No basta hablar de gracia. Debemos recibir al Cristo en quien esa gracia se manifestó. No basta hablar de fe. La fe debe descansar en Cristo.

Si Cristo no está en el centro, todo se desordena. La Escritura se vuelve un libro moralista. La gracia se vuelve ayuda genérica. La fe se vuelve decisión humana aislada. La iglesia se vuelve institución autosuficiente. La teología se vuelve

orgullo intelectual. La predicación se vuelve consejo religioso. Pero cuando Cristo está en el centro, todo encuentra su lugar. La Escritura da testimonio de Él. La gracia viene por Él. La fe descansa en Él. La iglesia es edificada sobre Él. La doctrina lo exalta. La predicación lo anuncia. La vida cristiana lo sigue. La eternidad lo adorará.

Entonces, antes de avanzar hacia Solo a Dios la Gloria, debemos confesar con humildad: no tenemos otro Salvador. No tenemos otro mediador. No tenemos otra justicia. No tenemos otro sacerdote. No tenemos otro camino. No tenemos otro fundamento. No tenemos otro nombre.

Solo Cristo.

Citas y fuentes para este capítulo

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960.
- Confesión de Fe de Westminster, capítulo 8: “De Cristo el Mediador”.
- Confesión Bautista de Londres de 1689, capítulo 8: “De Cristo el Mediador”.
- Catecismo de Heidelberg, preguntas 29 y 30.
- Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, enseñanzas sobre Cristo como Mediador y suficiencia de la salvación en Él.
- Charles Haddon Spurgeon, sermones sobre la centralidad de Cristo en el evangelio.
- John Owen, escritos sobre comunión con Dios por medio de Cristo y la gloria de Cristo.
- J. C. Ryle, escritos evangelísticos sobre Cristo como único camino y puerta de salvación.
- Geerhardus Vos, teología bíblica y desarrollo histórico-redentor de la revelación.
- Jonathan Edwards, sermones y escritos sobre la excelencia de Cristo.
- Horatius Bonar, escritos pastorales sobre paz con Dios por medio de Cristo.
- William Carey, llamado misionero desde convicciones evangélicas y bautistas particulares.

Capítulo 5: Solo a Dios la Gloria

La salvación existe para que Dios sea adorado

Llegamos ahora a la quinta sola: **Solo a Dios la Gloria**. Si Sola Escritura nos mostró la autoridad final, Sola Gracia nos mostró el origen de la salvación, Sola Fe nos mostró el instrumento por el cual recibimos a Cristo, y Solo Cristo nos mostró al único Mediador, ahora esta quinta afirmación nos lleva al propósito final de todo. ¿Para qué salva Dios? ¿Cuál es el fin último de la redención? ¿Qué queda cuando el hombre es despojado de mérito, cuando Cristo es exaltado como Salvador suficiente y cuando la fe se reconoce como la mano vacía que recibe? Queda una sola respuesta: gloria para Dios.

Solo a Dios la Gloria no es una frase para cerrar capítulos ni un lema para decorar portadas. Es una declaración de guerra contra el orgullo humano y una invitación a la adoración. Nos recuerda que la salvación no comenzó en nosotros, no fue comprada por nosotros, no fue aplicada por nosotros y no será consumada por nosotros. Por tanto, no puede terminar en nosotros. Si la salvación viene de Dios, por medio de Dios y para Dios, entonces la gloria también pertenece a Dios.

La tesis que dio origen a este libro lo expresa de manera directa: **La Biblia es el libro de Dios: trata de la redención del hombre, pero su objetivo último es Dios mismo: su gloria, su nombre y su ser. En ella, Dios se revela y se hace conocido a una humanidad caída, depravada y frágil, incapaz por sí misma de comprenderlo correctamente. Pero Dios, en su infinito amor, a través de años de revelación, nos deja su libro: la Biblia, con un lenguaje antropomorfo, con forma de hombre, con el único objetivo de que el hombre pueda entenderlo y de alguna forma reciba el mensaje de que todo se trata de Dios y es el único que debe ser glorificado.**

Esta afirmación debe gobernar nuestra lectura del evangelio. La Biblia trata de la redención del hombre, sí, pero no tiene

al hombre como fin último. Dios salva al hombre, pero no para colocar al hombre en el centro del universo. Dios muestra misericordia, pero no para que la criatura termine reclamando protagonismo. Dios perdona, adopta, santifica y glorifica, pero todo esto ocurre para la alabanza de la gloria de su gracia. La salvación del pecador es una misericordia indescriptible; pero el fin supremo de esa misericordia es que Dios sea visto, amado, temido, obedecido y adorado.

Esto golpea nuestro corazón moderno, porque estamos acostumbrados a pensar que todo debe girar alrededor de nosotros. Incluso cuando hablamos de Dios, muchas veces lo hacemos preguntando primero qué recibimos, qué sentimos, qué ganamos, qué nos resuelve, qué nos aporta. Pero la Escritura nos reordena. Dios no existe para completar nuestros proyectos. Nosotros existimos para la gloria de Dios. La salvación no es Dios entrando humildemente en la historia para apoyar nuestros sueños autónomos; es Dios rescatando pecadores para hacerlos adoradores.

Pablo lo declara con una doxología que debería hacer callar toda jactancia humana:

“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.” Romanos 11:36, Reina-Valera 1960.

De Él, por Él y para Él. Esta es la arquitectura de la realidad. Dios es la fuente, el medio y el fin. Nada existe fuera de su dominio. Nada escapa de su propósito. Nada puede reclamar independencia absoluta. Si todas las cosas son de Él, por Él y para Él, entonces la salvación también lo es. No podemos tomar la doctrina de la salvación y hacerla la excepción donde el hombre recupera el centro. Si todo es para Dios, también mi redención es para Dios.

Refuerza el Catecismo Menor de Westminster, con una de las frases más conocidas de la tradición reformada, que el

propósito principal del hombre no es encontrarse a sí mismo, sino glorificar y gozar a Dios:

“El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre.”

Catecismo Menor de Westminster (1647).

Esta afirmación no es fría. Es profundamente humana, porque coloca al hombre en su lugar verdadero. Fuimos creados para glorificar a Dios y gozar de Él. No hay oposición entre la gloria de Dios y el gozo santo del creyente. Cuando Dios es glorificado, el alma encuentra su descanso correcto. El pecado nos hizo buscar gloria propia y gozos torcidos; la gracia nos devuelve al fin para el cual fuimos creados.

La gloria de Dios como fin de la creación

Antes de hablar de la gloria de Dios en la salvación, debemos recordar que la gloria de Dios es el fin de toda la creación. Dios no creó porque necesitara algo. No creó por soledad. No creó para llenar un vacío. Dios es eternamente perfecto, pleno y bienaventurado en sí mismo. Padre, Hijo y Espíritu Santo existen eternamente en comunión perfecta, sin carencia, sin dependencia, sin necesidad de la criatura. Si Dios crea, no es porque le falte gloria, sino porque quiere manifestar su gloria.

El salmista escribe:

“Los cielos cuentan la gloria de Dios, Y el firmamento anuncia la obra de sus manos. ” Salmo 19:1, Reina-Valera 1960.

La creación predica. Los cielos cuentan. La expansión anuncia. El universo no es un escenario neutral; es teatro de la gloria de Dios. Cada estrella, cada montaña, cada océano,

cada criatura, cada amanecer, cada ley que sostiene el orden creado, declara que Dios es grande. El hombre caído puede mirar esa gloria y reprimirla, distorsionarla o atribuirle al azar, pero la creación sigue hablando.

Esto nos enseña algo importante: la gloria de Dios no comienza con nuestra adoración. Dios ya es glorioso. Nosotros no lo hacemos glorioso. No agregamos algo a su ser. Cuando glorificamos a Dios, no aumentamos su valor; reconocemos, proclamamos y nos deleitamos en el valor que Él ya posee eternamente. Así como un telescopio no hace grande a una estrella, sino que permite verla en su grandeza, la adoración no hace grande a Dios, sino que confiesa su grandeza.

Refuerza Jonathan Edwards, en su obra sobre el fin para el cual Dios creó el mundo, que Dios mismo es el fin supremo de todo lo que hace:

“Dios es el fin último de la creación del mundo.”

Jonathan Edwards (1703–1758).

Edwards entendió con profundidad que Dios no podía tener un fin más alto que Él mismo. Si Dios amara algo por encima de su propia gloria, estaría amando algo inferior como si fuera supremo. Eso sería idolatría, y Dios no puede ser idólatra. Por eso, cuando Dios busca su gloria, no actúa con egoísmo pecaminoso como lo haría una criatura orgullosa. Dios actúa conforme a la verdad. Él es el bien supremo; por tanto, es justo que todas las cosas existan para Él.

Este punto puede incomodar al lector moderno. Estamos acostumbrados a pensar que buscar la propia gloria siempre

es malo. En las criaturas, normalmente lo es, porque no somos el centro. Pero en Dios es justo, porque Él sí es el centro. Cuando un hombre exige ser tratado como supremo, miente. Cuando Dios exige ser tratado como supremo, dice la verdad. Nuestro orgullo es pecado porque usurpa un lugar que no nos pertenece. La gloria de Dios es santa porque Él ocupa el lugar que siempre le ha pertenecido.

La gloria de Dios y la pequeñez del hombre

Solo a Dios la Gloria nos obliga a recuperar una visión correcta del hombre. El hombre no es nada en comparación con Dios, aunque sea precioso como criatura hecha a imagen de Dios. Esta distinción es importante. La Escritura no desprecia al ser humano como si fuera basura sin valor. El hombre tiene dignidad porque fue creado por Dios, a imagen de Dios, para conocer a Dios. Pero esa dignidad no lo convierte en el centro. El hombre es criatura. Dios es Creador. El hombre recibe vida. Dios la da. El hombre depende. Dios sostiene. El hombre debe adorar. Dios debe ser adorado.

David pregunta:

“Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, La luna y las estrellas que tú formaste, Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, Y el hijo del hombre, para que lo visites?” Salmo 8:3-4, Reina-Valera 1960.

Esta pregunta nace de contemplar la grandeza de Dios. Cuando el hombre mira hacia arriba correctamente, deja de inflarse. La creación nos pone en perspectiva. Somos pequeños, frágiles, temporales, dependientes. Pero el asombro de David no termina en desprecio del hombre; termina en maravilla ante la bondad de Dios. ¿Qué es el hombre para que Dios se acuerde de él? Esa pregunta abre espacio para la gracia.

La gloria de Dios humilla, pero no aplasta al creyente. Humilla el orgullo, no la esperanza. Derriba la autosuficiencia, no el consuelo. Nos muestra que no somos el centro, pero también nos muestra que el Dios del universo ha querido mostrar misericordia a pecadores. Cuando el hombre deja de reclamar gloria, comienza a recibir gracia con manos limpias de pretensión.

Refuerza Juan Calvino que el verdadero conocimiento de Dios y el verdadero conocimiento de nosotros mismos están unidos:

*“El conocimiento de Dios y de nosotros mismos
son cosas unidas entre sí.”*

Juan Calvino (1509–1564).

No podemos conocernos correctamente sin mirar a Dios. Si nos miramos sin Dios, nos engrandecemos o nos desesperamos. Si miramos a Dios, descubrimos nuestra pequeñez, pecado y dependencia, pero también descubrimos su misericordia. La gloria de Dios nos revela quién es Él y quiénes somos nosotros.

Esto prepara el terreno para las doctrinas de la gracia. Si el hombre se cree espiritualmente capaz, exigirá parte de la gloria. Si se ve muerto en delitos y pecados, entenderá que toda salvación debe ser gracia. Si se cree soberano en última instancia, resistirá la elección. Si reconoce que Dios es Dios, comenzará a inclinarse. Solo a Dios la Gloria no es un adorno final; es el clima en el que toda teología bíblica respira.

La salvación para alabanza de su gloria

Efesios 1 es uno de los textos más importantes para entender la gloria de Dios en la salvación. Allí Pablo no presenta la

redención como una obra centrada finalmente en el hombre. Repite una y otra vez que Dios salva para alabanza de su gloria. El Padre escoge, el Hijo redime, el Espíritu sella, y todo se orienta hacia la gloria de Dios.

“para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado,” Efesios 1:6, Reina-Valera 1960.

Esta frase es decisiva. Dios nos hizo aceptos en el Amado para alabanza de la gloria de su gracia. No simplemente para nuestra tranquilidad, aunque nos da paz. No simplemente para nuestra felicidad, aunque nos da gozo eterno. No simplemente para nuestra restauración, aunque nos transforma. El fin es que su gracia sea alabada. La salvación es un escenario donde Dios exhibe la gloria de su gracia.

Más adelante Pablo dice:

“A fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros que antes esperamos en Cristo.” Efesios 1:12, Reina-Valera 1960.

Y luego añade respecto al sello del Espíritu:

“que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.” Efesios 1:14, Reina-Valera 1960.

La repetición no es accidental. Pablo quiere que veamos el propósito de Dios. Elección, predestinación, adopción, redención, perdón, herencia y sello del Espíritu están ordenados hacia la alabanza de la gloria de Dios. La salvación no es un espejo donde el hombre se contempla a sí mismo; es una ventana donde se ve la gloria de Dios.

Esto cambia la manera en que contamos nuestra conversión. No decimos: “Yo fui más sensible”. Decimos: “Dios tuvo misericordia”. No decimos: “Yo encontré el camino”. Decimos: “Cristo me buscó”. No decimos: “Mi decisión

explica mi destino eterno”. Decimos: “Fui hecho acepto en el Amado”. El testimonio cristiano, si es bíblico, termina exaltando a Dios.

Refuerza John Piper, heredero moderno de la línea de Edwards, que la gloria de Dios y el gozo del creyente no compiten cuando el gozo está en Dios:

*“Dios es más glorificado en nosotros cuando
estamos más satisfechos en Él.”*

John Piper (1946–).

Dios no es glorificado por una obediencia fría que lo trata como carga, sino por un gozo santo que lo considera tesoro. La gloria de Dios no disminuye nuestro gozo; lo ordena. El problema no es que deseemos gozo, sino que lo busquemos en lugares que no pueden sostenerlo. La gracia nos lleva a encontrar en Dios el gozo para el cual fuimos creados.

La cruz y la gloria de Dios

Si queremos ver la gloria de Dios en la salvación, debemos mirar la cruz. Allí se encuentran la justicia, el amor, la sabiduría, la santidad, la misericordia y la soberanía de Dios de una manera que sobrepasa toda comprensión humana. En la cruz, Dios no pasa por alto el pecado como si no importara. Tampoco destruye al pecador sin misericordia. Dios castiga el pecado en Cristo y salva al pecador por Cristo. La cruz es el lugar donde Dios es justo y el que justifica al que cree.

Pablo escribe:

*“con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que
él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.”*
Romanos 3:26, Reina-Valera 1960.

Este texto es fundamental. Dios no justifica al pecador sacrificando su justicia. Dios manifiesta su justicia precisamente en la obra de Cristo. En la cruz, el pecado no es minimizado. Es condenado. Pero el pecador que cree es justificado porque Cristo cargó con la culpa. Así Dios permanece justo y justificador. La gloria de Dios brilla porque ningún atributo divino es negado.

La cruz también destruye la jactancia humana. Si el Hijo de Dios tuvo que morir, entonces mi pecado es más grave de lo que imaginaba. Si el Hijo de Dios murió por pecadores, entonces el amor de Dios es más profundo de lo que podía soñar. Si la justicia fue satisfecha por Cristo, entonces no tengo justicia propia que presentar. Si la salvación fue comprada con sangre, entonces no puedo tratarla como logro humano.

Refuerza John Stott que la cruz revela simultáneamente la gravedad del pecado y la grandeza del amor de Dios:

“Antes de que podamos comenzar a ver la cruz como algo hecho por nosotros, tenemos que verla como algo hecho por nosotros.”

John Stott (1921–2011).

La cruz fue causada por nuestro pecado y realizada para nuestra salvación. Nosotros somos responsables de la necesidad de la cruz; Dios es responsable de la misericordia que la proveyó. Esto nos deja sin orgullo y con adoración. En la cruz no encontramos razón para engrandecernos, sino motivo para postrarnos.

Solo a Dios la Gloria se vuelve inevitable al pie de la cruz. Nadie mira correctamente al Crucificado y dice: “Aquí está

mi mérito”. Nadie entiende el Calvario y se atribuye parte del crédito. La cruz nos enseña que la salvación costó demasiado como para que el hombre la use como trofeo propio.

La gloria de Dios excluye la jactancia

Uno de los grandes temas de Pablo es la exclusión de la jactancia. El hombre caído quiere gloriarse. Si no se gloria en su pecado, se gloria en su moral. Si no se gloria en su moral, se gloria en su religión. Si no se gloria en su religión, puede incluso gloriarse en su doctrina. El orgullo es tan engañoso que puede usar verdades sobre la gracia para alimentar superioridad. Por eso necesitamos escuchar constantemente que la salvación fue diseñada para cerrar la boca del hombre y abrirla en adoración.

Pablo escribe:

“¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe.” Romanos 3:27, Reina-Valera 1960.

La jactancia queda excluida porque la justificación es por fe, no por obras. La fe mira a Cristo; por tanto, no se mira a sí misma como mérito. Si somos justificados por la obra de otro, no podemos gloriarnos como si la obra fuera nuestra. Si somos salvos por gracia, no podemos cantar a nuestra superioridad. Si la fe misma es don, no podemos presentarla como corona personal.

Pablo lo dice también a los corintios:

“para que, como está escrito: El que se gloria, glóriese en el Señor.” 1 Corintios 1:31, Reina-Valera 1960.

El creyente no es llamado a vivir sin gloria en sentido absoluto, sino a gloriarse correctamente: en el Señor. La gloria humana es venenosa cuando se dirige al yo. Pero

gloriarse en Dios es adoración. El problema no es celebrar; el problema es celebrar al objeto equivocado. El alma fue hecha para gloriarse, pero no en sí misma. Fue hecha para gloriarse en el Señor.

Refuerza Charles Spurgeon que toda la salvación debe terminar en alabanza a Dios, no en reconocimiento al hombre:

“Que toda la gloria sea para Dios.”

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

Esa frase puede parecer sencilla, pero es el grito correcto de toda teología sana. Toda la gloria. No la mayor parte. No casi toda. No una gloria compartida donde Dios recibe noventa y nueve partes y el hombre conserva una. Toda la gloria para Dios. La gracia soberana no deja una pequeña vitrina para el orgullo humano.

Esto debe revisar nuestro lenguaje. A veces hablamos de la conversión de una manera que sin querer atribuye el punto decisivo al hombre. Decimos: “Yo busqué a Dios”, y es verdad en cierto sentido, pero solo después de que Dios nos buscó primero. Decimos: “Yo acepté a Cristo”, y es verdad si creemos, pero solo porque la gracia abrió nuestros ojos. Decimos: “Yo tomé una decisión”, y la fe responde realmente, pero esa respuesta fue fruto de la obra de Dios. La forma más bíblica de contar nuestra salvación termina diciendo: Dios lo hizo.

La gloria de Dios y la elección

Cuando más adelante estudiemos la elección incondicional, veremos que esta doctrina incomoda precisamente porque hiere el orgullo humano. Pero si Solo a Dios la Gloria es

cierto, la elección no debería sorprendernos como si fuera una mancha en el carácter de Dios. Debería llevarnos a preguntar si no es precisamente la manera en que Dios deja claro que la salvación nace en Él y no en el hombre.

Pablo dice:

“según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él,” Efesios 1:4, Reina-Valera 1960.

La elección ocurre “en Él”, es decir, en Cristo. No es una elección caprichosa separada del Salvador. Es una elección para santidad, adopción y alabanza de su gracia. Dios no escoge porque ve gloria en nosotros; escoge para mostrar la gloria de su gracia en nosotros. Esto destruye la idea de que la elección produce arrogancia cuando es entendida correctamente. La elección no dice: “Yo era especial”. Dice: “Dios fue misericordioso”.

Pablo refuerza esta idea en Romanos:

“Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.” Romanos 9:16, Reina-Valera 1960.

Este texto deja la gloria donde debe estar. Si no depende del que quiere ni del que corre, entonces el hombre no puede atribuirse la causa final. Depende de Dios que tiene misericordia. La misericordia no se exige. No se compra. No se hereda por sangre, cultura o religión. Dios tiene misericordia conforme a su voluntad santa, sabia y soberana.

Refuerzan los Cánones de Dort que la elección tiene como fuente la gracia libre de Dios y no una cualidad prevista en el hombre:

“La causa de esta elección gratuita es únicamente el beneplácito de Dios.”

Cánones de Dort (1619).

La palabra “únicamente” es importante. No la gracia más la previsión de méritos. No la gracia más una fe autónoma anticipada. No la gracia más una disposición mejor. El beneplácito de Dios. Esta doctrina no está diseñada para alimentar especulación, sino adoración. Cuando el creyente entiende que fue escogido por pura gracia, deja de preguntarse qué vio Dios en él y comienza a maravillarse de lo que Dios quiso mostrar en Cristo.

La gloria de Dios y la gracia

Sola Gracia y Solo a Dios la Gloria son inseparables. Si la salvación fuera por obras, la gloria sería compartida. Si la salvación fuera por gracia más mérito, la gloria sería dividida. Si la diferencia final entre el salvo y el perdido estuviera en una capacidad espiritual autónoma del hombre, entonces el hombre tendría algo de qué gloriarse. Pero si la salvación es por gracia sola, entonces la gloria es de Dios solo.

Pablo escribe:

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios;⁹ no por obras, para que nadie se gloríe.” Efesios 2:8–9, Reina-Valera 1960.

La frase final explica el diseño divino: para que nadie se gloríe. Dios quiso que la salvación fuera de tal manera que nadie pudiera levantarse en la eternidad diciendo: “Yo hice la diferencia decisiva”. Nadie cantará a su libre albedrío como causa última. Nadie cantará a su inteligencia espiritual. Nadie

cantará a su sensibilidad moral. La canción del cielo será para Dios y para el Cordero.

Esto también consuela. Si la salvación dependiera finalmente de mí, entonces la gloria podría ser compartida, pero mi esperanza sería frágil. Si depende de Dios, toda la gloria es suya y toda mi esperanza descansa en roca firme. El orgullo humano quiere crédito; el alma quebrantada quiere seguridad. La gracia soberana quita el crédito humano, pero da una seguridad que el mérito jamás podría producir.

Refuerza John Newton, quien conoció personalmente el abismo del pecado y la dulzura del perdón, que la gracia salva a quienes no tienen nada de qué presumir:

*Newton celebró la gracia como la misericordia
que rescató a un hombre indigno.*

John Newton (1725–1807).

Una persona que canta esto con entendimiento no está negociando gloria con Dios. Se reconoce miserable y salvado. No se mira como colaborador indispensable de su redención, sino como receptor de misericordia. La gracia es dulce cuando la miseria es reconocida. Mientras el hombre se crea digno, la gracia le parecerá un concepto; cuando se sabe perdido, la gracia se vuelve canción.

La gloria de Dios y la fe

Sola Fe también protege la gloria de Dios. La fe no es presentada en la Escritura como una obra meritoria, sino como el instrumento que recibe a Cristo. Por eso la fe excluye la jactancia. Si somos justificados por fe sin obras de la ley, entonces no podemos gloriarnos en nuestra obediencia como fundamento.

Pablo afirma:

“Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.” Romanos 3:28, Reina-Valera 1960.

La fe mira fuera de sí. Mira a Cristo. Por eso, cuando la fe es entendida correctamente, no compite con la gloria de Dios. La exalta. El creyente no dice: “Mi fe fue mi mérito”. Dice: “Cristo fue mi justicia”. No dice: “Dios me aceptó por la calidad de mi confianza”. Dice: “Dios me aceptó en el Amado”.

En el capítulo anterior vimos que la fe es la mano vacía que recibe a Cristo. Ahora debemos añadir que esa mano vacía no puede levantarse en vanidad como si hubiera comprado lo recibido. Si un mendigo recibe pan, no se jacta de haber extendido la mano. Si un náufrago es rescatado, no se gloria en haber sido sacado del agua. Si un muerto recibe vida, no presume de su cooperación. La fe es real, necesaria y activa, pero no es gloria humana. Es dependencia.

Refuerza la Confesión de Fe de Westminster que la fe justifica no por sí misma, sino porque recibe y descansa en Cristo y su justicia:

“La fe, recibiendo y descansando en Cristo y su justicia, es el único instrumento de justificación.”

Confesión de Fe de Westminster (1646).

Recibir y descansar. Allí muere la jactancia. Quien recibe no presume de haber producido el regalo. Quien descansa no presume de sostener el fundamento. La fe glorifica a Dios porque reconoce que todo lo necesario está en Cristo.

La gloria de Dios y Cristo como único Mediador

Solo Cristo conduce directamente a Solo a Dios la Gloria. Si Cristo es el único Mediador, entonces ningún otro puede compartir su honor. Ningún santo, sacerdote, pastor, líder, profeta moderno, institución o sistema humano puede ocupar su lugar. Cristo no es mediador parcial. Es suficiente. Y porque es suficiente, la gloria de la salvación no puede distribuirse entre Cristo y otros mediadores.

Pedro proclamó:

“Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” Hechos 4:12, Reina-Valera 1960.

No hay otro nombre. Si no hay otro nombre, no hay otra gloria salvífica. Los instrumentos humanos pueden servir, predicar, acompañar y enseñar, pero no pueden salvar. El predicador no salva. La iglesia no salva por sí misma. La tradición no salva. La teología no salva. Cristo salva. Y cuando Cristo salva, Cristo recibe la gloria.

Esto debe purificar la iglesia. Toda comunidad cristiana corre el riesgo de exaltar instrumentos. Un pastor fiel puede convertirse, en la mente de algunos, en una figura casi mediadora. Una denominación puede convertirse en identidad salvadora. Una confesión puede ser usada como señal de superioridad. Un ministerio puede robar afectos que pertenecen a Cristo. Solo a Dios la Gloria nos llama a poner cada instrumento en su lugar y a devolver el centro al Salvador.

Refuerza el Catecismo de Heidelberg que buscar salvación en otro lugar, aunque se hable bien de Cristo, niega en la práctica su suficiencia:

“O Jesús no es un Salvador completo, o quienes por verdadera fe reciben a este Salvador deben tener en Él todo lo necesario.”

Catecismo de Heidelberg (1563).

Si Cristo es Salvador completo, entonces la gloria de la salvación completa le pertenece a Él. No acudimos a Cristo para una parte y a nosotros para otra. No recibimos perdón de Cristo y justicia final de nuestras obras. No recibimos acceso al Padre por Cristo y seguridad última por otro mediador. En Él tenemos todo lo necesario.

La gloria de Dios en la vida cotidiana

Solo a Dios la Gloria no se limita a la doctrina de la salvación. También gobierna la vida cotidiana. El cristiano no vive para sí mismo en ningún área. Su trabajo, familia, descanso, decisiones, dinero, sufrimiento, servicio, estudios, conversaciones y ministerio deben ser reorientados hacia Dios. La gloria de Dios no es un tema de culto dominical solamente; es el propósito de toda la vida.

Pablo escribe:

“Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios.” 1 Corintios 10:31, Reina-Valera 1960.

La amplitud de este texto es impresionante. Comer, beber o hacer cualquier otra cosa. La gloria de Dios alcanza lo ordinario. No solo predicar, orar o cantar. Comer. Beber. Trabajar. Criar hijos. Hablar con el cónyuge. Comprar. Vender. Descansar. Corregir. Servir. Estudiar. Todo debe ser hecho para la gloria de Dios.

Esto destruye la división falsa entre lo espiritual y lo cotidiano. El creyente no glorifica a Dios solo cuando está en una reunión de iglesia. Puede glorificar a Dios siendo honesto en el trabajo, paciente en su casa, fiel en lo pequeño, justo con sus empleados, responsable con su palabra, humilde cuando se equivoca, generoso con el necesitado, diligente en su vocación. La gloria de Dios se ve cuando una vida entera queda sometida al Señor.

Refuerza Abraham Kuyper, teólogo reformado neerlandés, que no hay área de la vida sobre la cual Cristo no reclame señorío:

“No hay una pulgada cuadrada en todo el dominio de nuestra existencia humana sobre la cual Cristo no clame: ¡Mía!”

Abraham Kuyper (1837–1920).

Esta frase expande nuestra visión. Solo a Dios la Gloria no pertenece únicamente al templo, al púlpito o al seminario. Pertenece a la casa, la universidad, el taller, la oficina, la mesa, el matrimonio, la crianza, la cultura, la política, el comercio y el descanso. Cristo reclama todo. El creyente no tiene zonas neutrales donde pueda vivir para su propia gloria sin rendir cuentas a Dios.

La gloria de Dios y la humildad

Una vida orientada a la gloria de Dios debe ser humilde. No puede ser de otra manera. Si Dios es el centro, yo no lo soy. Si todo lo recibí, no puedo presumir como si no lo hubiera recibido. Si mi salvación fue por gracia, mi conocimiento también debe ser administrado con mansedumbre. Si mi

doctrina es bíblica, debe hacerme más reverente, no más arrogante.

Pablo pregunta:

“Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” 1 Corintios 4:7, Reina-Valera 1960.

Esta pregunta atraviesa el corazón. ¿Qué tienes que no hayas recibido? Inteligencia, oportunidades, familia, dones, fe, arrepentimiento, entendimiento bíblico, perseverancia, ministerio, recursos, tiempo, salud, todo lo recibimos. Incluso aquello por lo que trabajamos fue posible porque Dios sostuvo nuestra vida. La gratitud es la muerte del orgullo.

Esta verdad es especialmente necesaria para quienes aman la doctrina. Hay una forma carnal de aprender teología: acumular conceptos para sentirse superior. Pero la verdad de Dios no fue dada para alimentar vanidad. Fue dada para formar adoradores. Si mi conocimiento de la soberanía de Dios me vuelve duro, burlón o impaciente, algo está desordenado en mi alma. La doctrina que exalta a Dios debe humillarme.

Refuerza Thomas Watson, puritano inglés, que todo bien en nosotros procede de la gracia y debe regresar en alabanza:

“Todo lo que tenemos es de la gracia; todo lo que esperamos es de la gracia.”

Thomas Watson (c. 1620–1686).

Si todo es de la gracia, todo debe volver a Dios en gloria. No se puede recibir gracia con una mano y levantar orgullo con

la otra. El alma que entiende la gracia aprende a bajar la voz cuando habla de sí misma y a levantarla cuando habla de Dios.

La gloria de Dios y la adoración verdadera

Solo a Dios la Gloria también reforma nuestra adoración. Si Dios es el fin, el culto no debe estar centrado en entretener al hombre, sino en honrar a Dios conforme a su Palabra. La adoración no es un espectáculo para satisfacer preferencias humanas. Es respuesta reverente al Dios santo que se revela y salva. La pregunta principal no debería ser: “¿Me gustó?”. Debería ser: “¿Fue Dios honrado?”.

El salmista dice:

“Grande es Jehová, y digno de suprema alabanza; Y su grandeza es inescrutable. ” Salmo 145:3, Reina-Valera 1960.

Este versículo resume el espíritu de la adoración bíblica. Dios es grande. Dios es digno. Su grandeza es inescrutable. La adoración comienza allí: no en nuestras preferencias, no en nuestro ánimo, no en la capacidad humana de producir ambiente, sino en la grandeza de Dios.

La adoración verdadera no ignora el gozo; lo profundiza. No elimina la emoción; la purifica. No apaga el afecto; lo orienta. Pero se niega a convertir la emoción humana en medida final. Una adoración centrada en Dios puede tocar profundamente el corazón, pero su objetivo no es manipular sentimientos. Su objetivo es glorificar a Dios en espíritu y en verdad.

Refuerza Juan Calvino que la adoración debe estar gobernada por lo que Dios ha revelado y no por la imaginación humana:

“Dios desaprueba todos los modos de adoración no aprobados expresamente por su Palabra.”

Esta frase puede sonar fuerte, pero nace de una preocupación santa: Dios debe ser adorado como Él manda, no como la criatura inventa. Solo a Dios la Gloria implica que aun nuestra adoración debe someterse a Dios. No glorificamos a Dios dándole lo que nosotros preferimos mientras ignoramos lo que Él ha dicho. La gloria de Dios demanda reverencia.

La gloria de Dios en el sufrimiento

Una de las pruebas más profundas de esta doctrina aparece en el sufrimiento. Es fácil decir “Solo a Dios la Gloria” cuando todo parece ordenado. Pero ¿qué ocurre cuando llegan pérdidas, enfermedades, injusticias, fracasos, traiciones o debilidades persistentes? La Escritura no trata el sufrimiento como un accidente fuera del gobierno de Dios. Tampoco lo minimiza. Nos enseña que aun en medio del dolor, Dios está obrando para su gloria y para el bien de los suyos.

Pablo escribe:

*“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.”
Romanos 8:28, Reina-Valera 1960.*

Todas las cosas. No solo las agradables. No solo las comprensibles. No solo las que elegiríamos. Dios obra aun en aquello que nos quebranta. Esto no significa que el mal sea bueno en sí mismo, ni que el dolor sea liviano. Significa que Dios es tan soberano que incluso lo que el pecado y la aflicción intentan destruir, Él lo gobierna para sus propósitos santos.

El sufrimiento glorifica a Dios cuando el creyente lo atraviesa dependiendo de Cristo. Cuando el mundo ve que Dios es suficiente en la pérdida, que Cristo es tesoro en la debilidad,

que la esperanza eterna sostiene en el dolor, la gloria de Dios brilla de una manera particular. Hay lágrimas que adoran. Hay fidelidad en la oscuridad que predica más fuerte que muchas palabras.

Refuerza John Piper, en continuidad con Edwards, que Dios es glorificado cuando es atesorado por encima de sus dones:

“Cristo es más glorificado en nosotros cuando lo atesoramos por encima de todo.”

John Piper (1946–).

El sufrimiento revela qué atesoramos. Cuando los dones son removidos, queda expuesto si Dios era medio o fin. El creyente no siempre responde perfectamente; puede llorar, temblar y preguntar. Pero la gracia lo sostiene para decir, aun con voz quebrada: Dios sigue siendo digno.

La gloria de Dios y la misión

Solo a Dios la Gloria no encierra a la iglesia en contemplación pasiva. La impulsa a la misión. Si Dios merece gloria de todas las naciones, entonces el evangelio debe ser anunciado a todas las naciones. La misión no existe principalmente porque los hombres son valiosos, aunque lo son como criaturas hechas a imagen de Dios. La misión existe porque Dios es digno de ser conocido, amado y adorado por todos los pueblos.

El salmista canta:

“Cantad a Jehová, bendecid su nombre; Anunciad de día en día su salvación. Proclamad entre las naciones su gloria, En todos los pueblos sus maravillas. ” Salmo 96:2–3, Reina-Valera 1960.

Notemos la relación entre salvación y gloria. Anunciad su salvación. Contad su gloria. Evangelismo y doxología van juntos. No anunciamos el evangelio simplemente para aumentar números, expandir instituciones o fortalecer marcas ministeriales. Anunciamos a Cristo para que Dios sea glorificado entre las naciones.

Esta verdad transforma la motivación evangelística. No evangelizamos porque creamos que todo depende finalmente de nuestra habilidad. Evangelizamos porque Dios ha ordenado salvar por medio de la predicación. No evangelizamos para que los hombres celebren nuestra eficacia. Evangelizamos para que Dios reciba adoración. No evangelizamos con arrogancia, sino con súplica, porque nosotros también fuimos alcanzados por gracia.

Refuerza William Carey, bautista particular y misionero, que la confianza en Dios debe producir esfuerzo misionero:

*“Espera grandes cosas de Dios; emprende
grandes cosas para Dios.”*

William Carey (1761–1834).

Carey demuestra que la soberanía de Dios y la gloria de Dios no matan la misión. La sostienen. Si Dios tiene pueblo de toda lengua y nación, entonces la predicación no es inútil. Si Cristo compró con su sangre a personas de todo pueblo, entonces el evangelio debe ir hasta ellas. Si el fin es la gloria de Dios, la iglesia no puede vivir encerrada en comodidad.

La gloria de Dios y la vida de la iglesia

La iglesia existe para la gloria de Dios. No existe principalmente para sostener actividades, tradiciones, programas, edificios o preferencias. Todo eso debe servir al

fin mayor: que Dios sea glorificado en Cristo por medio de su pueblo. Una iglesia puede tener mucha actividad y poca adoración verdadera. Puede tener estructura y poca reverencia. Puede tener música, predicación, reuniones y ministerios, pero si Cristo no es exaltado y Dios no es glorificado, algo esencial se ha perdido.

Pablo escribe:

“a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.” Efesios 3:21, Reina-Valera 1960.

Dios recibe gloria en la iglesia por Cristo Jesús. La iglesia no es fin en sí misma. Es el pueblo donde la gloria de Dios debe ser visible. Cuando la iglesia predica fielmente, Dios es glorificado. Cuando ama santamente, Dios es glorificado. Cuando disciplina con justicia y misericordia, Dios es glorificado. Cuando sirve sin buscar aplauso, Dios es glorificado. Cuando sufre con esperanza, Dios es glorificado. Cuando se arrepiente de su pecado, Dios es glorificado.

Esto corrige el éxito eclesiástico mal entendido. No todo crecimiento numérico glorifica a Dios si se obtiene diluyendo el evangelio. No toda emoción colectiva glorifica a Dios si se produce manipulando a las personas. No toda fama ministerial glorifica a Dios si exalta al hombre. La iglesia debe preguntarse continuamente: ¿esto honra a Dios? ¿Esto exalta a Cristo? ¿Esto se somete a la Escritura? ¿Esto produce adoradores o consumidores religiosos?

Refuerza Herman Bavinck que toda doctrina cristiana debe desembocar en adoración:

“La dogmática no es otra cosa que pensar los pensamientos de Dios después de Él.”

Si la teología es pensar los pensamientos de Dios después de Él, entonces no puede terminar en vanidad intelectual. Debe terminar en adoración obediente. La iglesia que estudia bien, pero no adora mejor, ha perdido el rumbo. La doctrina existe para que Dios sea conocido y glorificado.

La gloria robada y la idolatría del yo

El pecado es, en el fondo, un intento de robar gloria. El hombre caído quiere ocupar el lugar de Dios. Quiere decidir el bien y el mal autónomamente. Quiere vivir para su nombre, su comodidad, su placer, su reconocimiento, su autonomía. Incluso puede usar religión para ese fin. La idolatría no siempre aparece como adoración a una estatua. Muchas veces aparece como adoración al yo.

Pablo describe el pecado humano así:

“Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido.” Romanos 1:21, Reina-Valera 1960.

No le glorificaron como a Dios. Esa es una raíz del pecado. El hombre no da a Dios la gloria debida. No da gracias. Se vuelve vano en sus razonamientos. Su corazón se oscurece. La ingratitud y la falta de adoración no son defectos pequeños; son rebelión contra el Creador.

La salvación, entonces, no solo nos libra del castigo. Nos libra de una vida centrada en nosotros mismos. Dios no salva adoradores de ídolos para que sigan viviendo para su propia gloria con una capa religiosa. Dios salva para restaurar la adoración verdadera. El evangelio no solo perdona culpables; hace adoradores.

Refuerza Jonathan Edwards que la verdadera religión consiste en afectos santos orientados hacia Dios:

“La verdadera religión, en gran parte, consiste en afectos santos.”

Jonathan Edwards (1703–1758).

Esto significa que la gloria de Dios no debe ser una idea fría. Debe tocar nuestros amores. No basta afirmar que Dios merece gloria mientras el corazón permanece cautivado por la gloria propia. La gracia transforma lo que amamos. Nos enseña a ver la gloria de Dios como más deseable que la aprobación humana.

La gloria de Dios y la gratitud

Una de las marcas de una vida orientada a la gloria de Dios es la gratitud. Si todo lo hemos recibido, entonces todo debe volver a Dios en agradecimiento. La queja constante revela un corazón que cree merecer más. La gratitud revela un corazón que sabe que todo es gracia.

El salmista exclama:

“

No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, Sino a tu nombre da gloria, Por tu misericordia, por tu verdad.” Salmo 115:1, Reina-Valera 1960.

Este texto debería ser una oración constante del creyente. No a nosotros. La repetición es necesaria porque el corazón insiste: a nosotros, un poco a nosotros. El salmo responde: no a nosotros, no a nosotros, sino a tu nombre. ¿Por qué? Por tu misericordia y por tu verdad. La gloria pertenece a Dios porque la misericordia es suya y la fidelidad es suya.

Esta oración puede acompañar toda la vida cristiana. Después de predicar: no a nosotros. Después de servir: no a nosotros. Después de ver fruto: no a nosotros. Después de entender una doctrina: no a nosotros. Después de perseverar en una prueba: no a nosotros. Después de recibir reconocimiento: no a nosotros. Después de terminar una carrera: no a nosotros. Solo a tu nombre da gloria.

Refuerza Isaac Watts, himnista reformado, la rendición total del creyente ante el amor de Cristo:

*“Amor tan asombroso, tan divino, demanda
mi alma, mi vida, mi todo.”*

Isaac Watts (1674–1748).

Cuando el alma entiende la misericordia de Dios, no responde con cálculo mínimo. Responde con entrega. La gloria de Dios no es solo una doctrina para afirmar, sino una vida para rendir. Si Cristo se dio por nosotros, ¿cómo podríamos vivir para nuestra propia gloria como si nada hubiera ocurrido?

Dios no comparte su gloria con ídolos

La Escritura es clara: Dios no comparte su gloria con ídolos. Esto no significa que Dios no honre a sus siervos en el sentido correcto, ni que no recompense la fidelidad por gracia. Significa que la gloria suprema, la adoración, el crédito último y el honor absoluto pertenecen solo a Él.

Isaías registra las palabras de Dios:

“Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas.” Isaías 42:8, Reina-Valera 1960.

Dios no entrega su gloria a otro. Esta verdad debe estremecernos. La idolatría es grave porque roba gloria. La

autosuficiencia es grave porque roba gloria. El legalismo es grave porque roba gloria. El humanismo religioso es grave porque roba gloria. Incluso una teología correcta usada para exaltarnos a nosotros mismos se convierte en una contradicción peligrosa.

Solo a Dios la Gloria nos llama a vivir con temor santo. No se trata de borrar toda gratitud hacia instrumentos humanos. Podemos agradecer a pastores, maestros, padres, amigos y hermanos que Dios usó. Pero debemos verlos como instrumentos, no como fuentes últimas. Dios puede usar a un amigo para acercarnos al evangelio, un padre para regalarnos una Biblia, un predicador para despertarnos, un maestro para aclararnos doctrina, una iglesia para formarnos; pero detrás de todos los medios, Dios es quien obra. A Él sea la gloria.

Refuerza Agustín de Hipona que todo bien verdadero debe ser referido a Dios como fuente:

“Todo bien nuestro viene de Dios.”

Agustín de Hipona (354–430).

Esta frase parece sencilla, pero si la creemos, cambiará nuestra forma de vivir. ¿Hay fe? Viene de Dios. ¿Hay arrepentimiento? Viene de Dios. ¿Hay fruto? Viene de Dios. ¿Hay perseverancia? Viene de Dios. ¿Hay servicio útil? Viene de Dios. ¿Hay entendimiento? Viene de Dios. Entonces toda gloria debe volver a Dios.

La gloria de Dios y la seguridad del creyente

Solo a Dios la Gloria también sostiene la seguridad del creyente. Si la salvación tuviera como fin último la gloria del hombre, dependería de fundamentos inestables. Pero si Dios salva para la gloria de su nombre, entonces Él mismo está comprometido con completar su obra. Dios no abandona lo que comenzó, porque su fidelidad está en juego. Esto no significa que el creyente se vuelve pasivo, sino que descansa en la fidelidad de Dios.

Pablo escribe:

“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo;” Filipenses 1:6, Reina-Valera 1960.

El que comenzó, perfeccionará. El fundamento de la confianza no es la fuerza del creyente, sino la fidelidad de Dios. Esto glorifica a Dios porque muestra que la salvación no solo comienza por gracia, sino que es guardada por gracia. Dios no deja su obra a medio camino.

Cuando lleguemos a la perseverancia de los santos, veremos esto con más detalle. Pero desde ahora podemos decir que la seguridad cristiana no es confianza arrogante en uno mismo. Es confianza humilde en Dios. El creyente no dice: “Yo jamás fallaré”. Dice: “Dios es fiel”. No dice: “Mi mano es fuerte”. Dice: “Cristo me sostiene”. No dice: “Mi gloria está asegurada por mi virtud”. Dice: “La gloria de Dios está comprometida en cumplir su propósito”.

Refuerza John Murray que la salvación es de Dios tanto en su origen como en su aplicación:

“La salvación es del Señor en su aplicación no menos que en su concepción y realización.”

Esta frase nos ayuda a ver la unidad de la obra divina. Dios planea, Cristo realiza, el Espíritu aplica. La salvación no queda fragmentada ni abandonada a la autonomía humana. Por eso la gloria es de Dios en cada etapa.

La gloria de Dios y la eternidad

La historia termina en adoración. La meta final no es simplemente que los hombres sean felices en un sentido vacío, sino que sean felices en Dios, viendo su gloria, adorándolo sin pecado, disfrutándolo para siempre. La eternidad no será centrada en el hombre. Será centrada en Dios y en el Cordero. Y en ese centro el hombre redimido encontrará su gozo perfecto.

Apocalipsis nos muestra la adoración celestial:

“Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.” Apocalipsis 4:11, Reina-Valera 1960.

Y también:

“que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.” Apocalipsis 5:12, Reina-Valera 1960.

La creación adora al Creador. La redención adora al Cordero. Dios recibe gloria por crear y por salvar. La eternidad será la consumación de Solo a Dios la Gloria. Allí ya no habrá orgullo compitiendo, ni pecado robando afectos, ni criaturas exigiendo el centro. Todo estará ordenado. Dios será visto como digno, y los redimidos se gozarán en darle gloria.

Este destino debe afectar nuestra vida ahora. Si la eternidad será adoración centrada en Dios, la vida cristiana presente es

entrenamiento para esa adoración. Cada acto de obediencia, cada renuncia al orgullo, cada confesión de pecado, cada canto sincero, cada servicio oculto, cada acto de gratitud, cada predicación fiel, cada oración humilde es una anticipación de la vida para la cual fuimos redimidos.

Refuerza Edwards que la felicidad de la criatura se encuentra en contemplar y disfrutar la gloria de Dios:

“La felicidad de la criatura consiste en regocijarse en Dios.”

Jonathan Edwards (1703–1758).

La gloria de Dios no es enemiga de nuestro gozo. Es su hogar. El pecado nos engañó haciéndonos creer que vivir para nuestra gloria nos haría felices. Pero vivir para la gloria propia nos esclaviza, nos compara, nos llena de temor, nos vuelve ansiosos por aprobación. Vivir para la gloria de Dios libera al alma de la tiranía del yo.

Una doctrina que nos lleva al suelo y luego al cielo

Solo a Dios la Gloria nos lleva al suelo porque nos humilla. Nos muestra que no somos el centro. Nos quita los méritos. Nos saca del trono. Nos hace reconocer que todo lo bueno que tenemos fue recibido. Nos obliga a confesar que aun nuestra fe, arrepentimiento, obediencia y perseverancia son fruto de la gracia de Dios.

Pero también nos levanta al cielo porque nos da el fin más alto posible: vivir para Dios. El hombre moderno intenta encontrarse a sí mismo mirándose a sí mismo, y termina más perdido. La Escritura nos enseña que nos encontramos correctamente cuando dejamos de ser el centro y vivimos para la gloria de nuestro Creador y Redentor.

Jesús mismo no buscó gloria humana autónoma.

“Pero yo no busco mi gloria; hay quien la busca, y juzga.” Juan 8:50, Reina-Valera 1960.

Cristo, el único verdaderamente digno de gloria, vivió en perfecta obediencia al Padre. No buscó gloria según la lógica caída del mundo. Se humilló. Obedeció. Fue a la cruz. Y el Padre lo exaltó. Si el Hijo encarnado caminó en humildad perfecta, ¿cómo podría el creyente vivir para su propia exaltación?

La vida cristiana es una lenta muerte a la gloria propia y un creciente despertar a la gloria de Dios. Cada vez que el Espíritu nos muestra orgullo, nos está invitando a libertad. Cada vez que la Palabra nos corrige, nos está devolviendo al propósito correcto. Cada vez que Cristo es exaltado ante nuestros ojos, el yo pierde su falso brillo.

Refuerza Bavinck que toda la obra de Dios tiene como fin que Él sea conocido y glorificado:

“Todo procede de Dios, todo es por Dios y todo tiende hacia Dios.”

Herman Bavinck (1854–1921).

Esta frase resume muy bien la visión cristiana de la realidad. Procede de Dios, es sostenido por Dios y vuelve hacia Dios. La salvación no rompe este patrón; lo revela con una belleza particular. Fuimos creados por Dios, caímos contra Dios, fuimos redimidos por Dios y seremos llevados finalmente a Dios.

Conclusión: no a nosotros

Solo a Dios la Gloria es el cierre natural de las cinco solas. La Escritura tiene la autoridad final para que Dios hable y el hombre escuche. La gracia tiene el origen de la salvación para que Dios sea reconocido como misericordioso. La fe recibe a Cristo para que el hombre no se gloríe en obras. Cristo es el único Mediador para que ningún otro comparta su honor. Y todo termina en la gloria de Dios, porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas.

Esta doctrina no debe quedarse en la mente. Debe bajar al corazón, quebrar el orgullo y reformar la vida. Debe cambiar la forma en que predicamos, cantamos, servimos, sufrimos, trabajamos, estudiamos, criamos, lideramos, damos testimonio y enfrentamos la muerte. El creyente debe aprender a preguntarse: ¿esto glorifica a Dios? ¿Esto exalta a Cristo? ¿Esto nace de la gratitud o del deseo de reconocimiento? ¿Estoy buscando que Dios sea visto o que mi nombre sea levantado?

La salvación bíblica no deja al hombre con una corona para sí mismo. Lo deja con una canción. Y la canción no dice: “A mí sea la gloria por haber entendido”. No dice: “A mí sea la gloria por haber decidido mejor”. No dice: “A mí sea la gloria por haber perseverado con mi fuerza”. La canción dice:

“No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, Sino a tu nombre da gloria, Por tu misericordia, por tu verdad. .” Salmo 115:1, Reina-Valera 1960.

Esa debe ser la oración de este libro. No a nosotros. No al autor. No a los reformadores. No a los predicadores. No a una tradición como fin en sí misma. No a una etiqueta doctrinal. No a la capacidad humana. No a la voluntad del hombre. No a nuestras obras. No a nuestro entendimiento. A tu nombre da gloria.

Si al final de este camino entendemos mejor las doctrinas de la gracia, pero no adoramos más profundamente a Dios, habremos entendido mal. Si aprendemos a defender la elección, la expiación definida, el llamamiento eficaz y la perseverancia, pero nos volvemos más duros, más orgullosos o impacientes, algo se torció. La doctrina que dice que toda la gloria es de Dios debe producir hombres y mujeres humildes, reverentes, agradecidos y centrados en Cristo.

Solo a Dios la Gloria no es el final de una discusión. Es el comienzo de una vida rendida.

Y cuando toda jactancia humana sea finalmente silenciada, cuando toda rodilla se doble, cuando toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, cuando los redimidos vean al Cordero cara a cara, entonces entenderemos con una claridad que ahora apenas comenzamos a saborear:

La salvación fue de Dios.

La gloria siempre fue de Dios.

Y será de Dios para siempre.

Citas y fuentes para este capítulo

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960.
- Catecismo Menor de Westminster, pregunta 1, sobre el fin principal del hombre.
- Confesión de Fe de Westminster, doctrina de la gloria de Dios, la creación, la providencia y la salvación.
- Cánones de Dort, primer punto de doctrina, sobre la elección gratuita según el beneplácito de Dios.

- Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, especialmente libro I sobre el conocimiento de Dios y de nosotros mismos, y enseñanzas sobre la adoración.
- Jonathan Edwards, *A Dissertation Concerning the End for Which God Created the World y Religious Affections*.
- Charles Haddon Spurgeon, sermones y escritos doxológicos sobre la gracia y la gloria de Dios.
- John Newton, himno “Amazing Grace”.
- Isaac Watts, himno “When I Survey the Wondrous Cross”.
- Abraham Kuyper, discursos sobre el señorío universal de Cristo.
- Thomas Watson, escritos puritanos sobre la gracia, la gratitud y la vida cristiana.
- Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*, especialmente su visión de Dios como principio y fin de todas las cosas.
- John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*.
- John Stott, *The Cross of Christ*.
- William Carey, llamado misionero y teología bautista particular.
- John Piper, desarrollo contemporáneo de la teología de la gloria de Dios en continuidad con Jonathan Edwards.

Capítulo 6: Historia de las doctrinas de la gracia

De la controversia arminiana al Sínodo de Dort

Después de caminar por las cinco solas, estamos listos para entrar en las doctrinas de la gracia. Pero antes de estudiar cada doctrina en particular, conviene detenernos en la historia. No porque la historia tenga más autoridad que la Escritura, sino porque muchas veces la historia nos ayuda a entender por qué ciertas doctrinas fueron formuladas con tanta precisión. Las doctrinas no aparecen en el vacío. Muchas veces, la iglesia se ve obligada a hablar con más claridad cuando un error, una tensión o una confusión amenaza con oscurecer el evangelio.

Esto ocurrió con las doctrinas de la gracia.

Muchos creyentes escuchan la expresión “cinco puntos del calvinismo” y piensan de inmediato en Juan Calvino, como si él se hubiera sentado a escribir cinco puntos ordenados bajo el acróstico TULIP. Otros escuchan “arminianismo” y piensan que Jacobo Arminio formuló personalmente los cinco artículos que más tarde serían respondidos en Dort. Pero la historia es más matizada. Y cuando uno la mira con cuidado, descubre algo importante: las llamadas doctrinas de la gracia no nacieron como una obsesión especulativa de hombres que querían discutir por discutir. Fueron una respuesta teológica, confesional y bíblica ante una controversia real que tocaba el corazón de la salvación.

Conviene decirlo desde el comienzo: los cinco puntos del calvinismo, o doctrinas de la gracia, no nacen necesariamente de quien recibe su nombre. No fueron gestados directamente por Calvino como un esquema de cinco puntos. Más bien, históricamente, aparecen como respuesta a una tesis arminiana que se levantó después de la Reforma, dentro de iglesias que ya confesaban doctrinas reformadas. Por eso, cuando hablemos de depravación total, elección

incondicional, expiación limitada, gracia irresistible y perseverancia de los santos, no debemos imaginarlas primero como un sistema frío inventado para ganar una disputa. Debemos verlas como una defensa de la gracia, una forma de proteger la gloria de Dios en la salvación.

Esta aclaración cambia el tono. No estamos entrando a una pelea de bandos. Estamos entrando a una conversación antigua, seria y necesaria. Una conversación donde hombres piadosos, hombres confundidos, hombres sinceros, hombres polémicos, iglesias enteras y concilios tuvieron que enfrentarse a una pregunta fundamental: ¿la salvación pertenece finalmente a Dios o queda, en su punto decisivo, en manos del hombre?

Esa pregunta sigue viva.

No solo vive en libros de teología. Vive en pulpitos, canciones, invitaciones evangelísticas, frases comunes, conversaciones de iglesia, clases bíblicas y testimonios personales. Vive cuando alguien dice: “Dios hizo su parte, ahora tú debes hacer la tuya”, sin explicar bien qué significa eso. Vive cuando se presenta a Cristo como un Salvador que intenta salvar, pero no salva eficazmente a nadie a menos que el hombre active la obra. Vive cuando la fe se trata como una capacidad autónoma del corazón caído. Vive cuando la gracia se reduce a una ayuda disponible y no a una obra poderosa de Dios.

Por eso necesitamos historia. No para vivir atrapados en el siglo XVII, sino para reconocer que muchas discusiones actuales ya fueron enfrentadas antes. La iglesia no siempre necesita inventar nuevas respuestas; muchas veces necesita recordar las respuestas bíblicas que Dios permitió que su pueblo formulara en medio de la controversia.

Arminio, los arminianos y una necesaria distinción

Jacobo Arminio nació en 1560 y murió en 1609. Fue un teólogo holandés formado dentro del mundo reformado. Su nombre quedó unido para siempre al arminianismo, pero es importante distinguir entre Arminio, los remonstrantes posteriores, el arminianismo clásico, el arminianismo práctico, las versiones populares distorsionadas y el pelagianismo. Si mezclamos todo, haremos una caricatura. Y una caricatura puede ser útil para ganar aplausos, pero no para servir a la verdad.

No todo arminiano clásico es pelagiano. No todo pentecostal es conscientemente arminiano. No todo creyente que usa lenguaje de “libre albedrío” entiende las implicancias históricas de lo que dice. Y no todo hermano que rechaza inicialmente las doctrinas de la gracia lo hace por mala fe. Muchos las rechazan porque nunca las han escuchado bien presentadas. Otros las rechazan porque han visto a personas defenderlas con orgullo. Otros porque temen que destruyan la responsabilidad humana, el evangelismo o el amor de Dios. A esos lectores no se les debe aplastar; se les debe invitar a mirar la Escritura.

Pero también debemos decir la verdad. Hay versiones distorsionadas de la salvación que, aunque usen lenguaje evangélico, terminan colocando el punto decisivo en el hombre. Hay formas prácticas de arminianismo que en la vida cotidiana suenan más cercanas al semipelagianismo que al arminianismo clásico. Hay ambientes pentecostales donde se afirma la gracia con la boca, pero se predica como si la salvación dependiera finalmente de una decisión autónoma, emocional y momentánea. Y hay errores antiguos, como el pelagianismo, que vuelven a aparecer con ropa moderna, enseñando que el hombre posee en sí mismo la capacidad suficiente para volverse a Dios.

Por eso, en este libro convendrá distinguir.

El **arminianismo clásico** es una postura histórica que intenta afirmar la necesidad de la gracia, pero entiende la elección como condicionada por la fe prevista y suele sostener que la gracia puede ser resistida. En sus mejores representantes, no pretende negar la importancia de la gracia, aunque a nuestro juicio no logra sostener bíblicamente la profundidad de la incapacidad humana ni la eficacia de la gracia salvadora.

El **arminianismo práctico** aparece cuando creyentes o iglesias, sin estudiar formalmente a Arminio, hablan y evangelizan como si Dios dependiera de la autorización final del hombre para salvar. Puede estar presente en frases, llamados, canciones y hábitos de predicación. No siempre es un sistema consciente; muchas veces es una forma heredada de hablar.

El **arminianismo distorsionado** va más lejos. Puede convertir la salvación en una negociación, la fe en mérito, la decisión en fundamento de seguridad y la perseverancia en algo enteramente sostenido por la fuerza humana. Allí el evangelio comienza a perder su centro.

El **pentecostalismo popular**, especialmente en ciertos contextos latinoamericanos, suele mezclar énfasis en experiencia, decisión, altar, emoción, perseverancia por esfuerzo y posibilidad de perder la salvación. Pero sería injusto tratar a todos los pentecostales como si fueran iguales. Hay hermanos pentecostales que aman profundamente a Cristo, creen la Biblia, oran con fervor y tienen un sentido serio de santidad. El problema no es el fervor; el problema es cuando el fervor no es gobernado por una doctrina bíblica sólida.

El **pelagianismo**, en cambio, es otra cosa. Es un error antiguo mucho más radical. En términos simples, Pelagio sostuvo una

visión del hombre mucho más optimista, como si el ser humano pudiera obedecer a Dios sin necesidad de una gracia regeneradora interior. La iglesia antigua vio el peligro: si el hombre puede volver a Dios desde sus propias fuerzas, la gracia deja de ser gracia y Cristo se vuelve menos necesario.

Agustín se enfrentó a ese error no porque quisiera negar la responsabilidad humana, sino porque entendía que la salvación debía ser obra de la gracia de Dios desde el comienzo. Su oración resume la dependencia radical del pecador:

“Da lo que mandas, y manda lo que quieras.”

Agustín de Hipona (354–430).

Esta frase atraviesa los siglos porque reconoce algo que el orgullo humano resiste: Dios no solo debe decirnos qué hacer; debe darnos la gracia para amar y hacer lo que Él manda. El hombre caído no necesita solo instrucción. Necesita vida. No necesita solo dirección. Necesita un corazón nuevo.

La Reforma y el suelo donde nace la controversia

La Reforma protestante del siglo XVI recuperó verdades que habían sido oscurecidas por siglos de tradición, abusos y sistemas de mérito. Como ya vimos en los capítulos anteriores, las cinco solas no fueron inventos caprichosos de hombres que buscaban una nueva identidad. Fueron una forma de resumir convicciones bíblicas fundamentales: Sola Escritura, Sola Gracia, Sola Fe, Solo Cristo y Solo a Dios la Gloria.

La intención más profunda de los reformadores era volver a la Escritura. Ningún reformador serio quiso ser la autoridad final. Lutero no quiso reemplazar al papa con Lutero. Calvino no quiso reemplazar la tradición romana con el nombre de Calvino. La Reforma, en su mejor sentido, no fue un llamado a seguir hombres, sino a someter toda conciencia a la Palabra de Dios.

Lutero lo expresó con palabras que siguen golpeando la conciencia cristiana:

“Mi conciencia está cautiva a la Palabra de Dios. No puedo ni quiero retractarme de nada.”

Martín Lutero (1483–1546).

Esta convicción es esencial para entender lo que ocurriría más tarde en Dort. El asunto no era si una tradición teológica debía imponerse por fuerza. El asunto era si las iglesias reformadas debían conservar una doctrina de la salvación que, a su juicio, nacía de la Escritura, o modificarla en dirección a una comprensión más condicionada por la respuesta humana.

Las iglesias reformadas de los Países Bajos habían abrazado confesiones como la Confesión Belga y el Catecismo de Heidelberg. Estas confesiones enseñaban una visión robusta de la gracia, la soberanía de Dios, la incapacidad humana, la suficiencia de Cristo y la perseverancia de los creyentes. En ese contexto surge la controversia arminiana. No fue una discusión entre cristianos sin marco doctrinal. Fue una disputa dentro de iglesias confesionales que ya habían definido públicamente su fe.

La historia nos recuerda algo que muchas iglesias olvidan: las confesiones no son la autoridad final, pero sí sirven como protección. Cuando una iglesia no sabe lo que cree, cualquier enseñanza nueva puede presentarse como simple “matiz”. Cuando la iglesia conoce su confesión, puede preguntar si ese matiz realmente armoniza con la Escritura y con la fe que ha profesado.

La Remonstrancia de 1610

Después de la muerte de Jacobo Arminio en 1609, sus seguidores organizaron sus puntos doctrinales en una declaración presentada en 1610. Estos seguidores llegaron a ser conocidos como **remonstrantes**, por la Remonstrancia o protesta que presentaron. Posterior a la muerte de Jacobo Arminio, los estudiantes o simpatizantes de este profesor holandés plantearon cinco puntos principales referidos a su doctrina. En ese momento, muchas iglesias protestantes habían acogido la Confesión Belga y el Catecismo de Heidelberg, documentos apegados a una enseñanza reformada; sin embargo, los arminianos presentaron sus cinco puntos para modificar ese marco doctrinal.

Estos cinco puntos pueden resumirse así:

Primero, una visión del **libre albedrío o capacidad humana**, donde el hombre afectado por la caída todavía mantiene cierta capacidad espiritual para responder libremente al bien y ejercer fe en Dios.

Segundo, la **elección condicional**, según la cual Dios escoge a aquellos que prevé que creerán. En otras palabras, la elección se entiende condicionada por la fe prevista.

Tercero, la **redención universal**, entendida como una muerte de Cristo por toda la humanidad de manera potencial, de tal

modo que la cruz hace posible la salvación, pero no asegura eficazmente la salvación de nadie en particular.

Cuarto, una visión de la obra del Espíritu Santo que puede ser **resistida eficazmente** por la voluntad humana, de manera que el propósito del Espíritu de traer a una persona a Cristo puede ser frustrado.

Quinto, la posibilidad de la **caída de la gracia**, es decir, que el hombre verdaderamente creyente podría finalmente perder la salvación.

Es importante decirlo con cuidado: estos puntos no siempre fueron expresados con la misma fuerza por todos los arminianos. Algunos arminianos clásicos han querido mantener una doctrina seria de la gracia preveniente, la corrupción humana y la necesidad de la obra de Dios. Pero el impulso general del sistema remonstrante colocaba la diferencia decisiva entre el salvo y el perdido en la respuesta prevista o sostenida del hombre. Y allí fue donde la tradición reformada vio un peligro profundo.

Una idea puede sonar razonable y, aun así, desplazar el centro de la gloria. Puede parecer que protege la responsabilidad humana, pero terminar debilitando la iniciativa de Dios. Puede tener lógica interna, pero no resistir el peso de textos como Efesios 1, Romanos 8, Romanos 9, Juan 6, Juan 10 o Hechos 13:48. El problema no es si una postura resulta comprensible para la mente humana; el problema es si la Escritura la sostiene.

Refuerza la tradición reformada moderna que los llamados cinco puntos no fueron una autoexpresión original del calvinismo, sino una respuesta a los cinco puntos arminianos:

“Los cinco puntos no son una autoexpresión reformada, sino una respuesta reformada a los cinco puntos arminianos.”

R. Scott Clark (1961–).

Esta observación nos ayuda a evitar un error común. Las doctrinas de la gracia no deben ser presentadas como si fueran toda la teología reformada. La teología reformada es mucho más amplia: doctrina de Dios, pacto, iglesia, sacramentos, adoración, providencia, ley, evangelio, vida cristiana. Pero los cinco puntos sí sirven como una respuesta precisa a una controversia soteriológica: ¿cómo salva Dios?

El Sínodo de Dort: una respuesta a una crisis

Los cinco puntos del arminianismo fueron presentados al estado, y finalmente se convocó un sínodo nacional para examinar estas enseñanzas a la luz de la Escritura. El Sínodo de Dort se reunió en la ciudad de Dordrecht entre 1618 y 1619. Aunque fue un sínodo nacional de las iglesias reformadas de los Países Bajos, tuvo carácter internacional, con delegados de otros países reformados. No fue una conversación ligera ni una reunión improvisada. Fue una asamblea larga, seria, con muchas sesiones y con implicancias eclesiales y políticas profundas.

El Sínodo de Dort tuvo 154 sesiones durante un periodo de siete meses, y que no se logró reconciliar el punto de vista arminiano con la doctrina reformada. A partir de esa controversia se formularon los cánones, no como una exposición completa de toda la fe reformada, sino como respuesta a los cinco puntos en disputa.

Aquí conviene corregir una impresión común: Dort no inventó la gracia soberana. Dort no creó la elección. Dort no fabricó una doctrina nueva de la incapacidad humana. Dort no hizo aparecer la perseverancia de los santos. Lo que hizo fue confesar, ordenar y defender una lectura bíblica de la salvación frente a las objeciones remonstrantes.

Los Cánones de Dort tienen una estructura positiva y negativa. Primero declaran la doctrina bíblica tal como las iglesias reformadas la entendían. Luego rechazan errores específicos. Esto es importante. La iglesia no solo debe decir lo que cree; a veces debe decir también lo que no puede aceptar. No por deseo de pelear, sino para cuidar el evangelio.

El documento mismo dice que se trata de una explicación de los cinco artículos sobre los que surgieron diferencias en los Países Bajos, junto con la reprobación de errores que perturbaron a las iglesias durante un tiempo. Y en su conclusión pide que la doctrina sea tratada con reverencia, encaminada a la mayor gloria de Dios, a la santidad de vida y al consuelo de los espíritus abatidos.

Esa frase es una joya que debemos recuperar. Dort no quería que la doctrina fuera tratada como un juego intelectual. Quería que fuera dirigida a la gloria de Dios, la santidad de vida y el consuelo del pueblo de Dios. Cuando las doctrinas de la gracia no producen esas tres cosas, algo se ha deformado en nuestra manera de recibirlas.

El mismo Sínodo advierte cómo debía hablarse de estas doctrinas:

“Que la encaminen de palabra y por escrito a la mayor gloria de Dios, a la santidad de vida y al consuelo de los espíritus abatidos.”

Cánones de Dort (1619).

Esta frase debería estar escrita en la puerta de todo estudio sobre las doctrinas de la gracia. Mayor gloria de Dios. Santidad de vida. Consuelo de los abatidos. Si una persona usa estas doctrinas para alimentar orgullo, dureza o desprecio hacia otros creyentes, está usando mal un tesoro. La doctrina que exalta la gracia no debe producir hombres sin gracia.

Los Cánones de Dort y su tono real

Algunos imaginan los Cánones de Dort como un documento frío, áspero y meramente polémico. Pero al leerlos con calma, uno descubre algo distinto. Sí, son firmes. Sí, rechazan errores con claridad. Sí, usan lenguaje fuerte en algunos puntos. Pero también tienen un tono profundamente pastoral. Hablan de consuelo. Hablan de almas temerosas. Hablan de creyentes que aún no sienten una fe poderosa y que no deben desesperarse. Hablan de no investigar curiosamente los secretos de Dios. Hablan de predicar estas doctrinas con reverencia.

En el primer capítulo, los Cánones comienzan no con una especulación sobre la elección, sino con el pecado universal. Todos han pecado en Adán y son culpables de maldición y muerte eterna. Dios no habría hecho injusticia si hubiera dejado a toda la humanidad en pecado. Ese es el punto de partida. La pregunta no es: “¿Por qué Dios no salva a todos?”. La pregunta que nos deja sin aliento es: “¿Por qué Dios salva a alguno?”.

Luego Dort afirma el amor de Dios manifestado en el envío del Hijo:

“Pero, en esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a Su Hijo unigénito al mundo.”

Cánones de Dort (1619).

Esta secuencia importa. Pecado universal. Justicia de Dios. Amor de Dios en Cristo. Predicación del evangelio. Fe como don. Elección eterna. No es un documento que comience negando el evangelio libremente anunciado. Al contrario, Dort enseña que Dios envía mensajeros para que los hombres sean llamados a conversión y fe en Cristo crucificado. La gracia soberana no elimina la predicación; la establece como medio.

Los Cánones también dicen:

“A fin de que los hombres sean traídos a la fe, Dios, en su misericordia, envía mensajeros de esta buena nueva a quienes le place y cuando Él quiere.”

Cánones de Dort (1619).

La soberanía de Dios no está contra el evangelismo. Está detrás de él. Dios envía mensajeros. Dios llama por medio de la buena nueva. Dios trae a la fe. El predicador no sabe quiénes son los elegidos. Por eso predica a todos. El evangelio no se anuncia con un listado secreto en la mano, sino con una promesa verdadera: todo aquel que cree en Cristo será salvo.

Dort afirma esa promesa con claridad:

“Existe además la promesa del Evangelio de que todo aquel que crea en el Cristo crucificado no se pierda, sino que tenga vida eterna.”

Cánones de Dort (1619).

Esto es importante para el lector que teme que las doctrinas de la gracia cierren la puerta del evangelio. No la cierran. La puerta se abre en Cristo. El llamado es real. La promesa es verdadera. La responsabilidad del hombre permanece. La incredulidad es culpa del hombre, no de Dios. Pero si alguien cree, esa fe es don gratuito de Dios.

Aquí Dort une responsabilidad humana y gracia divina sin pedir permiso a nuestras categorías modernas:

“La causa o culpa de esa incredulidad, así como la de todos los demás pecados, no está de ninguna manera en Dios, sino en el hombre. Pero la fe en Jesucristo y la salvación por medio de Él son un don gratuito de Dios.”

Cánones de Dort (1619).

Esa frase tiene una precisión que necesitamos. La incredulidad es culpa del hombre. La fe es don de Dios. El pecado pertenece a la criatura. La salvación pertenece al Señor. La condenación no ocurre porque Dios sea injusto; ocurre porque el hombre es culpable. La salvación no ocurre porque el hombre sea mejor; ocurre porque Dios tuvo misericordia.

Las doctrinas de la gracia no nacen contra el evangelio

Uno de los malentendidos más fuertes es pensar que las doctrinas de la gracia hacen innecesaria la predicación. Pero Dort enseña exactamente lo contrario. Dios usa medios. Dios llama por el evangelio. Dios envía mensajeros. Dios promete vida eterna a todo aquel que cree. La elección no anula la predicación; asegura que la predicación dará fruto en aquellos que Dios ha determinado salvar.

Pablo lo expresa así:

“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” Romanos 10:14, Reina-Valera 1960.

La pregunta de Pablo está en el corazón de la misión. Si queremos que los hombres crean, deben oír. Si deben oír, alguien debe predicar. Si alguien predica, es porque Dios envía mensajeros. La soberanía divina no hace inútil el medio; lo vuelve esperanzador. Predicamos porque Dios salva por medio de la predicación.

Esto golpea tanto al hiper-calvinismo como al pragmatismo. Al hiper-calvinismo le dice: no uses la elección como excusa para callar. Al pragmatismo le dice: no uses métodos humanos como si la vida dependiera de tu técnica. Predica a Cristo. Llama a todos a arrepentimiento y fe. Confía en que Dios obrará en los suyos.

Refuerza Charles Spurgeon, quien sostuvo con fuerza la soberanía de Dios y al mismo tiempo predicó evangelísticamente con pasión:

“Si los pecadores han de ser condenados, al menos que salten al infierno sobre nuestros cuerpos.”

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

Esta frase no suena como fatalismo. Suena como urgencia. Spurgeon no vio contradicción entre la elección soberana y el llamado ferviente al pecador. La doctrina bíblica no apaga la compasión; la purifica. Nos recuerda que no salvamos por nuestra elocuencia, pero también que Dios usa nuestra predicación, nuestras lágrimas, nuestras oraciones y nuestro testimonio para llamar a los suyos.

Por qué Dort rechazó la elección condicional

El primer punto fuerte de la controversia fue la elección. Los remonstrantes entendían la elección como condicionada por la fe prevista. Dios habría elegido a aquellos que vio de antemano que creerían. A primera vista, esto parece resolver algunas tensiones. Conserva un lenguaje de elección, pero coloca la diferencia final en la respuesta humana prevista. Muchos cristianos encuentran esta explicación razonable porque parece proteger la libertad humana y la justicia de Dios.

Pero Dort vio un problema profundo. Si Dios escoge porque prevé fe, entonces la fe se convierte en la causa o condición determinante de la elección. La elección deja de ser fuente de todo bien salvador y pasa a depender de un bien previsto en el hombre. La gracia queda condicionada por algo que el hombre aportaría. La gloria empieza a dividirse.

Por eso los Cánones afirman:

“Esta misma elección fue hecha, no en virtud de prever la fe y la obediencia a la fe, la santidad o alguna otra buena cualidad o aptitud, como causa o condición, previamente requeridas en el hombre.”

Cánones de Dort (1619).

Y luego añaden una frase decisiva:

“La elección es la fuente de todo bien salvador.”

Cánones de Dort (1619).

Si la elección es fuente de todo bien salvador, entonces la fe no es la causa que mueve a Dios a elegir. La fe es fruto de la elección. La santidad no es una condición vista de antemano que explica por qué Dios escogió. La santidad es fruto de la elección. La perseverancia no es el mérito previsto que asegura la elección. La perseverancia es fruto de la gracia preservadora de Dios.

Este punto será central en el capítulo sobre elección incondicional. Pero la historia ya nos prepara. La discusión no era sobre si la fe importa. Todos afirmaban que el hombre debe creer. La discusión era más profunda: ¿la fe nace finalmente de una capacidad autónoma del hombre o de la gracia electiva de Dios? ¿Dios escoge porque prevé fe, o Dios da fe porque escogió por gracia?

Efesios dice:

“según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él,” Efesios 1:4, Reina-Valera 1960.

No fuimos escogidos porque ya éramos santos, sino para que fuésemos santos. Ese orden importa. La elección no encuentra santidad; la produce. No encuentra fe autónoma; concede fe. No encuentra mérito; muestra misericordia.

Por qué Dort rechazó una redención meramente potencial

El segundo gran punto fue la muerte de Cristo. La pregunta no era si la muerte de Cristo tiene valor infinito. Dort afirma claramente que la muerte del Hijo de Dios es de virtud y dignidad infinitas, suficientemente abundante para expiar los pecados del mundo entero. La pregunta era otra: ¿cuál fue la intención de Dios en la cruz? ¿Cristo murió solo para hacer posible la salvación, o murió para salvar eficazmente a su pueblo?

Los Cánones dicen:

“Esta muerte del Hijo de Dios es la ofrenda y la satisfacción única y perfecta por los pecados, y de una virtud y dignidad infinitas, y sobradamente suficiente como expiación de los pecados del mundo entero.”

Cánones de Dort (1619).

Esta frase evita una caricatura. La doctrina reformada no enseña que la muerte de Cristo sea pequeña o insuficiente. Su valor es infinito porque la persona que murió es el Hijo de

Dios encarnado. La discusión está en el propósito y aplicación de esa muerte.

Luego Dort afirma que el propósito del Padre fue que la muerte de Cristo salvase eficazmente a los predestinados:

“Dios quiso que Cristo, por la sangre de Su cruz, salvase eficazmente, de entre todos los pueblos, tribus, linajes y lenguas, a todos aquellos, y únicamente a aquellos, que desde la eternidad fueron escogidos para salvación.”

Cánones de Dort (1619).

Aquí vemos por qué la expresión “expiación limitada” puede resultar confusa si no se explica bien. No se trata de limitar el valor de la cruz. Se trata de afirmar la eficacia de la cruz. Cristo no murió simplemente para crear una posibilidad abstracta. Murió para redimir. Murió por sus ovejas. Murió por su iglesia. Murió para comprar la fe, el perdón, la santificación y la perseverancia de su pueblo.

Jesús dijo:

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas.”
Juan 10:11, Reina-Valera 1960.

Dort rechazó la idea de una cruz que podría no salvar finalmente a nadie. En la reprobación de errores del segundo capítulo, denuncia la enseñanza según la cual Cristo pudo haber muerto con una obra completa, aunque la redención lograda jamás hubiese sido aplicada a hombre alguno. Esa idea, dicen los Cánones, menosprecia la sabiduría del Padre y los méritos de Cristo.

Cristo no es un Salvador potencial esperando que el hombre haga eficaz su obra. Cristo es Salvador. La fe no hace que la cruz sea poderosa; la fe recibe la salvación que Cristo compró. La cruz no es una posibilidad vacía; es redención consumada.

Por qué Dort rechazó el optimismo sobre la voluntad caída

El tercer y cuarto puntos fueron tratados juntos: la depravación del hombre, su conversión a Dios y la manera en que esta se realiza. Aquí el contraste con el arminianismo práctico y con el pelagianismo se vuelve muy importante. La pregunta es: ¿qué quedó del hombre después de la caída? ¿Está enfermo o muerto? ¿Está debilitado o esclavizado? ¿Puede usar correctamente su voluntad para volver a Dios, o necesita una obra regeneradora del Espíritu?

Dort afirma que, después de la caída, el hombre atrajo sobre sí ceguera, oscuridad, vanidad y perversión de juicio en su entendimiento; maldad, rebeldía y dureza en su voluntad y corazón; e impureza en sus afectos. No es una descripción superficial. La caída afectó todo el ser humano.

Luego declara:

“Todos los hombres son concebidos en pecado y, al nacer como hijos de ira, incapaces de algún bien saludable o salvífico, e inclinados al mal, muertos en pecados y esclavos del pecado.”

Cánones de Dort (1619).

Esta frase prepara la doctrina de la depravación total. No significa que el hombre sea tan malo como podría ser, ni que no pueda hacer actos externos de bondad civil, ni que haya

perdido la imagen de Dios en sentido absoluto. Significa que, respecto al bien espiritual salvador, el hombre no tiene capacidad natural para volver a Dios. Está muerto en pecados y esclavo del pecado.

Pablo dice:

“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados.” Efesios 2:1, Reina-Valera 1960.

Dort no niega que el hombre conserve alguna luz de la naturaleza. Reconoce que hay cierto conocimiento de Dios, de cosas naturales, de distinción entre lo lícito e ilícito, y cierta práctica de virtud externa. Pero también afirma que esa luz no puede llevar al conocimiento salvador de Dios ni convertir al hombre. Esto es importante para distinguir la doctrina reformada de una visión simplista del hombre. El hombre caído no es un demonio. Pero tampoco es espiritualmente neutral. Conserva humanidad, razón, conciencia y responsabilidad; pero está moralmente inclinado contra Dios.

Aquí aparece la diferencia entre arminianismo clásico y pelagianismo. El arminianismo clásico suele afirmar que el hombre necesita gracia preveniente para responder. No necesariamente dice que el hombre puede salvarse sin gracia. Pero la tradición reformada pregunta: ¿esa gracia preveniente realmente regenera, o solo restaura una capacidad neutral? ¿La diferencia final la produce Dios o el hombre? Dort responde que la conversión verdadera requiere una operación sobrenatural, poderosa y eficaz del Espíritu Santo.

Los Cánones describen esa obra con palabras hermosas:

“Él abre el corazón que está cerrado; Él quebranta lo que es duro; Él circuncida lo que es incircunciso; Él infunde en la voluntad propiedades nuevas.”

Cánones de Dort (1619).

No es una gracia que solo aconseja desde afuera. Es una gracia que entra hasta lo íntimo. No destruye la voluntad como si el hombre dejara de ser hombre, sino que la sana, la vivifica y la inclina. La gracia no convierte al pecador en piedra arrastrada contra su deseo; cambia su deseo. Allí donde antes había oposición, comienza una obediencia voluntaria y sincera.

Gracia irresistible no significa violencia contra la voluntad

Uno de los temores más comunes ante las doctrinas de la gracia es pensar que la gracia irresistible convierte al hombre en robot. Dort responde a esa caricatura con gran precisión. Después de afirmar la eficacia de la regeneración, aclara que el pecado no quitó la naturaleza del hombre, sino que la corrompió y la mató espiritualmente. Y la gracia divina del nuevo nacimiento no obra en los hombres como en cosas insensibles, ni destruye la voluntad.

El documento dice:

“Esta gracia divina del nuevo nacimiento tampoco obra en los hombres como en una cosa insensible y muerta, ni destruye la voluntad y sus propiedades, ni las obliga en contra de su gusto, sino que las vivifica espiritualmente, las sana, las vuelve mejores y las doblega con amor y a la vez con fuerza.”

Cánones de Dort (1619).

Esta frase debería resolver muchas objeciones. La gracia irresistible no significa que Dios obliga al hombre a venir a Cristo odiando a Cristo. Significa que Dios cambia el corazón para que el pecador vea la belleza de Cristo y venga voluntariamente. Dios no salva violando la voluntad; salva liberándola de su esclavitud.

Jesús dijo:

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero.” Juan 6:44, Reina-Valera 1960.

La incapacidad está ahí: ninguno puede venir. La acción soberana está ahí: si el Padre no le trajere. La promesa está ahí: yo le resucitaré. Esta es la gracia que Dort defendió. No una ayuda débil que espera el permiso final de una voluntad muerta, sino una obra poderosa y dulce que trae al pecador a Cristo.

Refuerza John Murray que el llamamiento eficaz no es mera invitación externa, sino una obra divina que introduce al pecador en comunión con Cristo:

“El llamamiento eficaz es el acto de Dios Padre por el cual llama a los hombres a la comunión de su Hijo.”

John Murray (1898–1975).

Esta verdad llegará con mayor fuerza en el capítulo sobre gracia irresistible. Por ahora basta ver que Dort no inventó una doctrina extraña. Respondió a una pregunta inevitable: si

el hombre está muerto en pecado, ¿cómo llega a creer? La respuesta no puede ser que el muerto se dio vida a sí mismo. La respuesta es gracia.

Por qué Dort defendió la perseverancia de los santos

El quinto punto de la controversia trató sobre la perseverancia. Si el hombre tiene capacidad autónoma para acercarse a Dios, parece lógico pensar que también puede alejarse definitivamente por esa misma libertad: si existe libre albedrío para acercarse, el hombre tendría libre albedrío para alejarse también. En el sistema remonstrante, la perseverancia queda en una tensión significativa.

Dort respondió afirmando que los verdaderos creyentes perseveran porque Dios los preserva. No porque sean fuertes en sí mismos. No porque no puedan caer en pecados graves. No porque vivan sin luchas. Sino porque Dios es fiel y no abandona la obra que comenzó.

Los Cánones dicen:

“Los convertidos no podrían perseverar firmemente en esa gracia, si fuesen abandonados a sus propias fuerzas. Pero fiel es Dios que misericordiosamente los confirma en la gracia que, una vez, les fue dada, y los guarda poderosamente hasta el fin.”

Cánones de Dort (1619).

Esta frase no alimenta descuido. Al contrario, Dort reconoce que los creyentes pueden caer, entristecer al Espíritu, herir su conciencia y perder por un tiempo el sentimiento de la gracia. Pero Dios los restaura por su Palabra y Espíritu. La

perseverancia de los santos no es una licencia para pecar; es la fidelidad de Dios sosteniendo a sus hijos.

Jesús dijo:

“y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.” Juan 10:28, Reina-Valera 1960.

La seguridad descansa en la mano del Pastor. Esto no destruye la exhortación a velar y orar. La sostiene. Los medios importan. Dort afirma que Dios guarda, prosigue y consuma su obra por el oír, leer y reflexionar en el evangelio, por amonestaciones, amenazas, promesas y el uso de los sacramentos. Dios no preserva a los suyos llevándolos a despreciar los medios, sino sosteniéndolos por medio de ellos.

Esta doctrina es odiada por quienes la caricaturizan como libertinaje, pero amada por las almas que saben cuán débiles son. Si mi perseverancia final dependiera de mi propia fuerza, estaría perdido. Pero si Dios guarda, hay esperanza.

Dort y las calumnias contra la doctrina reformada

La conclusión de los Cánones es especialmente valiosa porque muestra que las caricaturas actuales no son nuevas. Ya en el siglo XVII se acusaba a la doctrina reformada de hacer a Dios autor del pecado, de fomentar descuido carnal, de producir desesperación, de negar la responsabilidad humana y de convertir a Dios en tirano. Estas acusaciones siguen circulando hoy, a veces con otras palabras.

El Sínodo respondió diciendo que las iglesias reformadas no reconocen esas caricaturas, sino que las rechazan y detestan de todo corazón. Luego pidió que se juzgara la fe reformada no por calumnias ni por frases torcidas de algunos individuos, sino por las confesiones públicas de las iglesias y por la declaración doctrinal establecida.

Esa advertencia es muy necesaria. Muchos rechazan las doctrinas de la gracia no por lo que enseñan realmente, sino por lo que escucharon que enseñaban. Algunos oyen: “Dios escoge”, y entienden: “Dios es injusto”. Oyen: “Cristo murió eficazmente por sus ovejas”, y entienden: “Cristo no tiene amor”. Oyen: “Dios llama eficazmente”, y entienden: “El hombre es un robot”. Oyen: “Los santos perseveran”, y entienden: “Puedes vivir en pecado sin consecuencias”. Pero esas no son las doctrinas reformadas; son caricaturas.

Dort exhorta a juzgar por las confesiones públicas, no por calumnias. Ese principio debe acompañarnos en este libro. También debemos aplicarlo al hablar del arminianismo. No debemos juzgar al arminiano clásico por la peor versión distorsionada que encontremos en internet. Tampoco debemos juzgar a las iglesias pentecostales por sus expresiones más extremas. La verdad no necesita caricaturas para brillar. La Escritura es suficiente.

El Sínodo advierte:

*“Juzgar de la fe de las Iglesias Reformadas, no
por las calumnias que se han desatado aquí y
allá.”*

Cánones de Dort (1619).

Esa frase nos enseña una ética del debate. No se honra a Cristo venciendo a un hombre de paja. Si vamos a contrastar doctrinas, debemos hacerlo con honestidad. El error debe ser señalado, sí. Pero señalado con precisión. El hermano confundido no debe ser tratado como enemigo. La persona que ama a Cristo, pero no entiende estas doctrinas debe ser guiada, no humillada.

Arminianismo clásico, práctico y distorsionado

A partir de este punto, en los capítulos siguientes haremos contrastes. Pero esos contrastes deben ser ordenados. Por eso conviene dejar claro cómo usaremos los términos.

Cuando hablemos del **arminianismo clásico**, nos referiremos a la tradición que, siguiendo la línea de Arminio y los remonstrantes, afirma la elección condicionada por la fe prevista, la posibilidad de resistir la gracia, una expiación universal en intención y, en muchas versiones, la posibilidad de apostasía final. En sus mejores representantes, esta postura intenta sostener la necesidad de la gracia y no debe ser confundida automáticamente con pelagianismo. Sin embargo, desde la perspectiva reformada, no logra hacer justicia a la profundidad de la corrupción humana ni a la eficacia de la gracia divina.

Cuando hablemos del **arminianismo práctico**, nos referiremos a ese modo común de hablar que, sin una estructura teológica formal, coloca el centro de la salvación en la decisión humana. Aparece en frases como: “Dios ya hizo todo lo que podía hacer; ahora depende completamente de ti”. Esa frase puede parecer evangelística, pero si se toma sin matices, presenta a Dios como esperando impotentemente ante una voluntad caída.

Cuando hablemos del **arminianismo distorsionado**, nos referiremos a formas más problemáticas que convierten la decisión en mérito, la fe en obra, la perseverancia en puro esfuerzo humano y la pérdida de salvación en una amenaza constante que puede destruir el descanso en Cristo. Allí ya no estamos solo ante una diferencia fina, sino ante un debilitamiento serio del evangelio.

Cuando mencionemos ciertos énfasis **pentecostales populares**, lo haremos con cuidado. Muchos creyentes

pentecostales aman a Cristo sinceramente. Muchos tienen celo por la oración, por la santidad y por la evangelización. Pero algunos ambientes han desarrollado una soteriología práctica donde la emoción, el altar, la decisión y la perseverancia por esfuerzo ocupan un lugar que debería ser gobernado con más precisión por la Escritura. No se trata de despreciar el fervor, sino de pedir que el fervor se arrodille ante la Palabra.

Cuando hablemos de **pelagianismo**, nos referiremos al error antiguo que exalta la capacidad natural del hombre y reduce la necesidad de la gracia interior. Esta postura fue rechazada por la iglesia antigua y sigue apareciendo cada vez que el hombre es presentado como moral y espiritualmente capaz de volver a Dios sin una obra regeneradora soberana.

Esta separación nos ayudará a no mezclar todo. El lector que viene de un contexto arminiano o pentecostal no necesita sentirse atacado antes de escuchar el argumento. Pero también necesita ver que ciertas formas de hablar, por comunes que sean, pueden no hacer justicia a la Escritura.

Una frase puede ser popular y estar profundamente equivocada. Una tradición puede ser querida y necesitar reforma. Una experiencia puede ser intensa y necesitar ser probada por la Palabra. El amor a la verdad no debe volvernos crueles; el amor a las personas no debe volvernos imprecisos.

Los cinco puntos reformados como respuesta

Dort respondió a los cinco puntos remonstrantes con cinco cabezas de doctrina. Con el tiempo, estas respuestas llegaron a resumirse popularmente en cinco doctrinas: depravación total, elección incondicional, expiación limitada, gracia irresistible y perseverancia de los santos. El acróstico TULIP vino mucho después como herramienta pedagógica, no como

estructura original del sínodo. Aun así, ha servido para recordar el orden general.

Pero no debemos olvidar que estas doctrinas no son cinco piezas sueltas. Forman una unidad. Si el hombre está muerto en pecado, entonces necesita una gracia que no dependa de su iniciativa. Si Dios escoge por gracia, entonces la elección no puede depender de méritos previstos. Si Cristo redime eficazmente, entonces su cruz no es una posibilidad incierta. Si el Espíritu llama eficazmente, entonces la voluntad es transformada, no simplemente aconsejada desde afuera. Si Dios comienza la obra, entonces la preserva hasta el fin.

Estos sistemas son fenomenales en la forma en que se plantean, y que de algún modo hacen inevitable que los cristianos se ubiquen en uno de los dos puntos. Aunque la frase puede sonar fuerte, toca algo real: todo cristiano tiene alguna respuesta a estas preguntas, aunque nunca haya estudiado los términos. ¿Qué tan caído está el hombre? ¿Por qué cree una persona y otra no? ¿Por quién murió Cristo? ¿Puede la gracia salvadora fallar? ¿Puede perderse finalmente alguien verdaderamente salvado por Dios?

No responder también es responder. Evangelizar, predicar, orar, aconsejar y dar seguridad a un creyente siempre presupone alguna doctrina de la salvación. La pregunta es si esa doctrina viene de la Escritura o de costumbres heredadas.

Refuerza R. C. Sproul que la teología reformada no intenta elevar un sistema humano, sino someterse a la majestad de Dios en la salvación:

*“La teología reformada es una teología
centrada en Dios.”*

R. C. Sproul (1939–2017).

Ese es el corazón. No se trata de amar un acróstico. Se trata de ver a Dios en el centro. Dios en la creación. Dios en la caída juzgando justamente. Dios en la elección mostrando misericordia. Dios en Cristo redimiendo eficazmente. Dios en el Espíritu dando vida. Dios preservando a los suyos. Dios recibiendo toda la gloria.

Una controversia histórica para una necesidad actual

¿Por qué dedicar un capítulo entero a esta historia? Porque muchos entran a las doctrinas de la gracia con prejuicios. Algunos creen que son invención de Calvino. Otros creen que son una obsesión de teólogos fríos. Otros creen que nacieron para atacar al evangelismo. Otros creen que destruyen el llamado a creer. Otros creen que solo sirven para dividir. La historia de Dort corrige esas impresiones.

Las doctrinas de la gracia nacen, en su formulación clásica de cinco puntos, como una respuesta a una controversia específica. Pero su contenido pretende ser bíblico, no meramente histórico. Dort no dice: “Crean esto porque lo dice una tradición”. Dice, en esencia: juzguen por la Escritura. Y eso es exactamente lo que debemos hacer.

Este libro no pretende que el lector acepte las doctrinas de la gracia porque un sínodo las formuló. Los sínodos pueden errar. Las confesiones pueden ser revisadas por la Palabra. Los teólogos pueden equivocarse. Sola Escritura sigue en pie. Pero cuando una asamblea de iglesias, con Biblia abierta,

responde a errores que tocan la salvación, conviene escuchar con atención.

La historia también nos enseña a no ser ingenuos. Algunas doctrinas pueden sonar muy piadosas y, sin embargo, desplazar la gloria de Dios. Hay que decir que Dios eligió porque previó nuestra fe puede parecer humilde, pero puede terminar haciendo de la fe una causa originada en el hombre. Hay que decir que Cristo murió igual por todos puede parecer más amoroso, pero puede terminar convirtiendo la cruz en una obra que no salva eficazmente a nadie por sí misma. Hay que decir que la gracia puede ser resistida finalmente puede parecer que protege la libertad, pero puede terminar subordinando la obra del Espíritu a la voluntad caída. Hay que decir que un creyente verdadero puede perderse finalmente puede parecer que protege la santidad, pero puede terminar debilitando la fidelidad preservadora de Dios.

Estas son preguntas serias. No se resuelven con consignas. Se resuelven con Escritura.

Un contraste sin ataque

En los capítulos que siguen, veremos contrastes. Pero el contraste no debe sonar como desprecio. Un lector que viene de un trasfondo pentecostal, arminiano o simplemente evangélico popular no debe sentirse tratado como enemigo. Yo mismo sé lo que significa venir de un ambiente donde estas doctrinas no eran enseñadas ni bien vistas. Muchas veces la resistencia inicial no nace de rebeldía, sino de temor: temor a que Dios parezca injusto, temor a que el evangelismo pierda sentido, temor a que Cristo parezca menos amoroso, temor a que la seguridad produzca descuido.

Esos temores merecen ser respondidos. No con burla. Con Biblia. Con paciencia. Con claridad. Con firmeza. Hay frases que no necesitan gritar para atravesar el corazón. Si Dios lo

dice, basta. Si el texto pesa, no necesita que lo empujemos con arrogancia.

La verdad no se vuelve más verdadera porque la digamos con dureza. Y el error no se vuelve menos error porque lo tratemos con respeto. Podemos hacer ambas cosas: hablar con amor y hablar con precisión. Cristo fue lleno de gracia y de verdad. La iglesia no debe escoger una sin la otra.

Pablo instruye a Timoteo:

“que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad,” 2 Timoteo 2:25, Reina-Valera 1960.

La mansedumbre no es debilidad doctrinal. Es confianza en que Dios es quien abre los ojos. Nadie abraza las doctrinas de la gracia verdaderamente si Dios no lo humilla ante la Escritura. Por eso no necesitamos aplastar al lector. Debemos ponerlo frente al texto y orar que Dios haga lo que solo Dios puede hacer.

Conclusión: una puerta hacia las doctrinas de la gracia

La historia de Dort nos deja varias convicciones antes de avanzar.

Primero, las doctrinas de la gracia no fueron inventadas por Calvino como un capricho personal. Su formulación como cinco puntos surgió en respuesta a una controversia posterior, especialmente frente a los artículos remonstrantes.

Segundo, el arminianismo debe ser tratado con precisión. No todo arminiano es pelagiano, no todo pentecostal es arminiano formal, y no todo creyente confundido debe ser tratado como adversario. Pero también debemos reconocer

que ciertos énfasis pueden desplazar la gloria de Dios y debilitar la gracia bíblica.

Tercero, Dort no fue una negación del evangelio libremente anunciado. Los Cánones afirman la predicación, el llamado a la fe, la promesa a todo aquel que cree y la culpa humana de la incredulidad.

Cuarto, Dort defendió la soberanía de la gracia en cada punto: la elección como fuente de todo bien salvador, la cruz como redención eficaz, la regeneración como obra poderosa del Espíritu y la perseverancia como fidelidad preservadora de Dios.

Quinto, estas doctrinas deben ser tratadas para la gloria de Dios, la santidad de vida y el consuelo de los abatidos. Si no producen eso, no las estamos usando bien.

Ahora podemos avanzar. El próximo capítulo abrirá la primera doctrina de la gracia: **Depravación Total**. Allí veremos el diagnóstico bíblico del hombre. Y este diagnóstico es necesario, porque nadie entenderá la medicina de la gracia mientras siga creyendo que su enfermedad es leve. Nadie celebrará la resurrección si todavía piensa que solo necesitaba una ayuda. Nadie abrazará la soberanía de la gracia si todavía imagina que su voluntad caída era el punto sano desde donde podía volver a Dios.

La historia nos trajo hasta la puerta. Ahora la Escritura debe abrirla.

Citas y fuentes para este capítulo

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960.
- *Cánones de Dort* o *Cánones de Dordrecht*, 1619.
- Jacobo Arminio, escritos históricos relacionados con la controversia remonstrante.
- Los Cinco Artículos de la Remonstrancia, 1610.
- Confesión Belga, 1561.
- Catecismo de Heidelberg, 1563.
- Agustín de Hipona, escritos contra el pelagianismo.
- Martín Lutero, declaración ante la Dieta de Worms, 1521.
- Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*.
- Charles Haddon Spurgeon, sermones evangelísticos y doctrinales sobre gracia soberana.
- John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*.
- R. C. Sproul, *What Is Reformed Theology?*.
- R. Scott Clark, estudios históricos sobre los Cánones de Dort y la teología reformada.
- Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*.
- Louis Berkhof, *Systematic Theology*.
- Roger E. Olson, estudios sobre arminianismo clásico.
- Keith D. Stanglin y Thomas H. McCall, estudios históricos sobre Arminio y el arminianismo.

Capítulo 7: Depravación Total

La imposibilidad del hombre de acercarse a Dios por sí mismo

Entramos ahora en la primera de las doctrinas de la gracia: **Depravación Total**. Para algunos, este nombre suena demasiado fuerte. Para otros, parece una acusación exagerada contra la humanidad. Algunos prefieren llamarla depravación radical, corrupción total, incapacidad moral o imposibilidad espiritual. En mi caso, una expresión me parece especialmente útil para explicar el corazón de esta doctrina: **imposibilidad de acercarse a Dios**.

No porque el hombre no tenga mente. No porque no tenga voluntad. No porque sea una máquina. No porque no tome decisiones reales. No porque sea tan malvado como podría llegar a ser en cada acto. La doctrina no enseña que todos los hombres son igualmente perversos en conducta externa, ni que no puedan mostrar afecto natural, hacer obras civiles buenas, cuidar a sus hijos, trabajar honestamente o sentir culpa. La doctrina enseña algo más profundo: que el pecado afectó todo el ser humano, de tal manera que, sin la gracia regeneradora de Dios, el hombre no quiere ni puede venir a Cristo de manera salvadora.

Si no entendemos esto, entenderemos mal todo lo que sigue. La elección parecerá injusta. La expiación definida parecerá innecesaria. La gracia irresistible parecerá violenta. La perseverancia parecerá exagerada. Pero cuando vemos el diagnóstico bíblico del hombre, la gracia comienza a brillar de otra manera. Nadie celebra una resurrección si todavía piensa que solo necesitaba una ayuda. Nadie se maravilla de ser sacado del sepulcro si todavía cree que podía salir caminando por sí mismo.

La tesis que dio origen a este libro lo decía con fuerza: **Es importante considerar y entender completamente el concepto de depravación total. Para algunos es controversial, pero**

debemos entender nuestra condición espiritual en cuanto a la salvación y nuestra posición actual. El cristiano debe valorar su verdadera condición espiritual. Si esta no se considera de manera adecuada, podría llegar a una conclusión errada. Si vemos el pecado como algo superficial o algo que no afecta de manera intrínseca al ser humano, podríamos hacer una vista superficial y no tomar el peso real de nuestra condición.

Aquí está el punto. Una visión superficial del pecado produce una visión superficial de la gracia. Si el pecado es solo una mancha externa, basta con limpieza externa. Si el pecado es solo ignorancia, basta con información. Si el pecado es solo debilidad, basta con motivación. Pero si el pecado es muerte espiritual, entonces necesitamos vida. Si el pecado esclaviza la voluntad, entonces necesitamos liberación. Si el pecado oscurece la mente, entonces necesitamos iluminación. Si el pecado endurece el corazón, entonces necesitamos un corazón nuevo.

La Escritura no describe al hombre natural como un enfermo que apenas necesita medicina, sino como un muerto que necesita resurrección.

“Y de ella recibisteis vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados.” Efesios 2:1, Reina-Valera 1960.

Muertos. Esa palabra debe detenernos. Pablo no dice: adormecidos. No dice: moralmente desorientados solamente. No dice: espiritualmente heridos, pero con suficiente fuerza para levantarse. Dice muertos. Y si el hombre está muerto en delitos y pecados, entonces la primera obra de la salvación no puede nacer del muerto. Tiene que venir de Dios.

Qué significa y qué no significa depravación total

Antes de avanzar, debemos quitar algunos malentendidos. Depravación total no significa que el hombre sea tan malo

como podría ser. Hay personas que no conocen a Cristo y, sin embargo, son buenos vecinos, padres responsables, trabajadores esforzados, amigos leales o ciudadanos respetuosos. La doctrina no niega eso. Tampoco significa que cada persona comete todos los pecados posibles. Dios, en su providencia, restringe el mal por medio de la conciencia, la familia, la ley, la cultura, el temor a las consecuencias y la gracia común.

Tampoco significa que el hombre haya perdido la imagen de Dios en sentido absoluto. El hombre sigue siendo criatura de Dios, responsable delante de Dios, dotado de razón, voluntad y conciencia. Por eso el homicidio es grave, la injusticia es grave, el abuso es grave, la mentira es grave: el hombre sigue siendo imagen de Dios, aunque caída, dañada y corrompida.

Depravación total significa que la caída afectó la totalidad del ser humano: mente, voluntad, afectos, deseos, cuerpo, conciencia, razón y relaciones. No hay una habitación intacta dentro del hombre desde la cual pueda decidir autónomamente amar a Dios sobre todas las cosas. No hay una isla pura dentro del corazón caído donde la voluntad permanezca espiritualmente neutral. El pecado no solo toca la conducta; gobierna los amores. Y mientras el amor supremo del hombre no sea Dios, sus decisiones, incluso las religiosas, estarán torcidas.

Los Cánones de Dort describen la caída de una manera penetrante. Dicen que el hombre, al apartarse de Dios por insinuación del diablo y por su voluntad libre, se privó de los excelentes dones con que fue creado, y atrajo sobre sí ceguera, oscuridad, vanidad y perversión de juicio en su entendimiento; maldad, rebeldía y dureza en su voluntad y corazón; e impureza en todos sus afectos.

Luego resumen el estado del hombre caído así:

*“Todos los hombres son concebidos en pecado
y, al nacer como hijos de ira, incapaces de
algún bien saludable o salvífico.”*

Cánones de Dort (1619).

La frase es exacta: incapaces de algún bien saludable o salvífico. No dice incapaces de todo bien civil o externo. Dice incapaces de bien salvador. El problema es espiritual. El hombre puede elegir muchas cosas. Puede escoger comida, oficio, lugar, amistades, proyectos, incluso religión externa. Pero no puede, desde su naturaleza caída, escoger a Cristo como tesoro supremo sin la obra vivificadora del Espíritu Santo.

Aquí se debe hacer una distinción que muchas veces se pierde: la voluntad del hombre no está destruida como facultad; está esclavizada como orientación. El hombre quiere, decide, actúa, ama y rechaza. Pero quiere, decide, actúa, ama y rechaza según un corazón caído. La voluntad no flota en el vacío. La voluntad sigue al corazón. Y si el corazón ama las tinieblas, la voluntad no escogerá la luz como luz, a menos que Dios cambie ese corazón.

Refuerza R. C. Sproul, al preferir hablar de depravación radical, que el pecado afecta la raíz misma de nuestra humanidad:

*“Nuestra corrupción es radical, en el sentido
de que alcanza la raíz.”*

R. C. Sproul (1939–2017).

La palabra radical viene de raíz. La corrupción no es solo superficial. No es pintura dañada sobre una estructura sana. El problema llegó a la raíz. Por eso la solución no puede ser cosmética. Dios no vino a mejorar la apariencia espiritual del hombre; vino a dar vida a muertos.

El pecado no es superficial

Si vemos el pecado como algo superficial o como un asunto que no afecta intrínsecamente al ser humano, terminaremos con una conclusión errada. Esta advertencia es vital. Muchos sistemas religiosos aceptan que el hombre falla, pero no aceptan que esté muerto. Aceptan que necesita ayuda, pero no que necesita resurrección. Aceptan que necesita perdón, pero no que necesita un nuevo nacimiento. Aceptan que necesita instrucción, pero no que necesita regeneración.

La Escritura no nos deja suavizar el diagnóstico. Pablo escribe:

“Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios. ” Romanos 3:10-11, Reina-Valera 1960.

No hay justo. No hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Esta es una declaración devastadora. Alguien podría decir: “Pero yo conozco personas que buscan a Dios”. La pregunta es: ¿qué buscan realmente? Muchas personas buscan alivio, respuestas, sanidad, prosperidad, paz emocional, sentido de vida, solución matrimonial, estabilidad financiera o protección espiritual. Pueden acercarse a lo religioso buscando beneficios de Dios sin querer a Dios mismo. El hombre puede buscar los dones de Dios y al mismo tiempo huir del Dios de los dones.

La tesis original lo expresó de manera muy clara: **El hombre está corrompido en lo más profundo de todo su ser. Esto**

produce que, aunque el hombre pueda procurar la salvación o acercarse a Dios, lo hará de acuerdo con sus propios intereses, propósitos o deseos. Por ejemplo, alguien que desea acercarse a Dios y tiene problemas financieros, emocionales, de matrimonio o de salud. Tal persona en realidad busca los beneficios de Dios por sobre Dios mismo.

Esta frase entra directo al corazón. No toda búsqueda religiosa es búsqueda de Dios. Uno puede buscar un dios útil, pero no al Dios santo. Puede buscar consuelo sin arrepentimiento, perdón sin señorío, cielo sin santidad, Cristo como medicina para el dolor, pero no como tesoro supremo. El corazón humano es capaz de usar el lenguaje espiritual para seguir centrado en sí mismo.

Jesús dijo:

“y no queréis venir a mí para que tengáis vida.” Juan 5:40, Reina-Valera 1960.

No queréis. Aquí la incapacidad no es meramente intelectual; es moral. El hombre no viene porque no quiere venir. Y no quiere venir porque su corazón ama otra cosa. La depravación total no enseña que el hombre desea sinceramente venir a Cristo y Dios se lo impide. Enseña que el hombre, dejado a sí mismo, no desea a Cristo como Cristo. Puede desear alivio, milagro, pan, protección, religión, pertenencia; pero no se rinde al Hijo de Dios como Salvador y Señor si el Padre no lo trae.

La caída fue real

Para entender la depravación total debemos volver al Edén. Si la caída fue apenas un símbolo, una ilustración moral o una narración sin realidad histórica, entonces la doctrina del pecado original se vuelve borrosa. Pero la Escritura presenta

a Adán como cabeza representativa de la humanidad. En él, el pecado entra al mundo, y por el pecado la muerte.

Pablo escribe:

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.” Romanos 5:12, Reina-Valera 1960.

La muerte no es natural en el sentido último. Es salario del pecado. La historia humana no es simplemente la historia de individuos que cometen errores aislados; es la historia de una raza caída en Adán. El pecado no es solo imitación externa. Es corrupción heredada. Nacemos en una humanidad caída. Pecamos porque somos pecadores, y demostramos que somos pecadores porque pecamos.

Hoy dudan incluso de la existencia histórica de Adán y Eva, o tratan la caída como una ilustración. Pero aun mirando empíricamente nuestra época, vemos la caída radical del hombre. No hay ser humano habilitado por sí mismo para acercarse voluntariamente a Cristo de manera salvadora. El Antiguo Testamento muestra continuamente a la humanidad manifestando su condición pecadora, caída, sin capacidad suficiente para acercarse a Dios y dejar su pecado.

La Escritura no permite una visión ingenua del hombre. Desde Génesis, vemos homicidio, orgullo, violencia, corrupción, idolatría, rebelión, incredulidad y autosuficiencia. Antes del diluvio, el diagnóstico divino fue terrible:

“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.” Génesis 6:5, Reina-Valera 1960.

Todo designio. De continuo. Solamente el mal. Esta frase no significa que cada ser humano realiza siempre el máximo mal externo posible, pero sí revela la dirección profunda del

corazón caído. La mente no está neutral. Los pensamientos no son moralmente inocentes. La imaginación del corazón está torcida.

Después del diluvio, el problema no desaparece. Dios dice:

“El intento del corazón del hombre es malo desde su juventud.” Génesis 8:21, Reina-Valera 1960.

El juicio del diluvio no regeneró la humanidad. La raíz seguía allí. El hombre no necesita solo un nuevo ambiente. Adán cayó en un jardín perfecto. Israel cayó con ley, templo, sacrificios y profetas. Nosotros caemos con Biblias, sermones, historia y advertencias. El problema no está primero afuera. Está en el corazón.

Refuerza Agustín, en su combate contra Pelagio, que el pecado de Adán no dejó intacta la humanidad:

“Todos estábamos en aquel un hombre.”

Agustín de Hipona (354–430).

La frase apunta al sentido representativo de Adán. La humanidad no nace moralmente neutral, como si cada persona comenzara de nuevo en un Edén propio. Nacemos en una historia caída, con una naturaleza caída, responsables ante Dios y necesitados de redención.

El corazón como centro del problema

La Biblia no ubica el problema humano solo en acciones externas. Lo ubica en el corazón. El corazón, en lenguaje bíblico, no es meramente el asiento de las emociones. Es el

centro de la persona: deseos, pensamientos, voluntad, afectos, inclinaciones y orientación espiritual. Por eso la regeneración no es una mejora superficial; es una obra en el corazón.

Jeremías declara:

“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” Jeremías 17:9, Reina-Valera 1960.

Este texto destruye la confianza moderna en la intuición interior. La cultura dice: “Sigue tu corazón”. La Escritura dice: “Tu corazón es engañoso”. La cultura dice: “Mira dentro de ti para encontrar la verdad”. La Escritura dice que dentro de nosotros hay oscuridad. La cultura dice que el hombre se corrompe principalmente por estructuras externas. La Escritura dice que del corazón salen los males.

Jesús enseñó:

“Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, ²² los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez.” Marcos 7:21-22, Reina-Valera 1960.

No salen primero de la sociedad, aunque la sociedad influye. No salen primero de la falta de educación, aunque la educación puede restringir ciertos males. No salen primero de la pobreza, riqueza, cultura o crianza, aunque todo eso puede ser usado por el pecado. Salen del corazón. El problema humano no es solo falta de información, sino corrupción interior.

Por eso la voluntad no puede ser tratada como una facultad pura, aislada del corazón. El libre albedrío, entendido como una voluntad espiritualmente neutral capaz de escoger a Cristo desde sí misma, no resiste este diagnóstico. Si el

corazón es engañoso, la voluntad que nace de ese corazón no será espiritualmente recta. Si la fuente está contaminada, el río no será puro.

Refuerza Juan Calvino que el corazón humano fabrica ídolos constantemente:

*“El corazón del hombre es una fábrica
perpetua de ídolos.”*

Juan Calvino (1509–1564).

Esta frase no necesita gritar. Uno la lee y se siente descubierto. El hombre no es una voluntad neutral contemplando opciones espirituales desde una pureza intacta. Es un adorador torcido. Si no adora al Dios verdadero, adorará algo creado. Y aun cuando se acerca a lo religioso, puede convertir sus deseos, experiencias, líderes, emociones o doctrinas en ídolos.

La mente caída no entiende las cosas de Dios

La depravación total alcanza también la mente. No significa que el hombre no pueda razonar, estudiar, crear, construir, investigar o desarrollar ciencias. La imagen de Dios no fue borrada. Pero en cuanto a las cosas espirituales, la mente natural no recibe ni entiende adecuadamente lo que es de Dios.

Pablo escribe:

“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.” 1 Corintios 2:14, Reina-Valera 1960.

Aquí tenemos dos expresiones importantes: no percibe y no puede entender. No es solo que no quiere; también no puede. Pero esta incapacidad no es como la de un hombre que quiere volar y no tiene alas. Es una incapacidad moral y espiritual. Las cosas del Espíritu le parecen locura porque su corazón no está inclinado a Dios.

Esta es una de las razones por las que el evangelio puede ser tan claro y, aun así, rechazado. El problema no es que la cruz sea insuficientemente poderosa o que Cristo sea poco glorioso. El problema es que el hombre natural no ve esa gloria como gloria. Puede ver religión, historia, ética o belleza literaria. Pero no ve a Cristo como tesoro salvador si el Espíritu no abre los ojos.

Pablo dice en otro lugar:

“en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.” 2 Corintios 4:4, Reina-Valera 1960.

El evangelio tiene luz. Cristo tiene gloria. Pero el entendimiento incrédulo está cegado. Esto explica por qué la predicación bíblica debe depender del poder de Dios y no solo de la habilidad humana. Podemos argumentar, explicar, persuadir, ordenar ideas, responder objeciones y usar ilustraciones. Debemos hacerlo bien. Pero solo Dios puede decir: “Sea la luz”.

Refuerza Jonathan Edwards que la mente puede conocer cosas religiosas externamente y aun así carecer de un sentido espiritual de su belleza:

“Hay una diferencia entre tener una opinión y tener un sentido espiritual.”

Una persona puede saber que Cristo murió y no ver la gloria de la cruz. Puede explicar doctrinas y no amar al Dios de la doctrina. Puede entender argumentos reformados y seguir sin haber sido quebrantada. La depravación no se resuelve con datos solamente. Necesitamos que el Espíritu dé luz espiritual.

La voluntad caída y el asunto del libre albedrío

Llegamos ahora a un tema sensible: el libre albedrío. En muchos ambientes evangélicos, esta expresión se usa como si fuera una verdad bíblica evidente. Se dice: “Dios respeta el libre albedrío”, “Dios no puede salvar si el hombre no se lo permite”, “la decisión final es tuya”, “Dios ya hizo todo, ahora depende de ti”. Algunas de estas frases buscan proteger la responsabilidad humana, pero pueden terminar diciendo más de lo que la Escritura dice y menos de lo que la Escritura exige.

Debemos ser precisos. La teología reformada no niega que el hombre toma decisiones reales. No niega que el hombre elige voluntariamente. No niega que el hombre sea responsable. No enseña que el ser humano sea un robot o una piedra. El hombre escoge. Pero escoge según lo que ama. Decide según su naturaleza. Actúa voluntariamente, pero su voluntad está esclavizada al pecado hasta que Dios la liberta.

Martín Lutero escribió su obra **La esclavitud de la voluntad** contra Erasmo precisamente porque vio que este asunto tocaba el centro del evangelio. Para Lutero, hablar de una voluntad libre con poder espiritual para volverse a Dios era abrir una puerta al mérito humano.

Refuerza Lutero que el problema del libre albedrío no era un asunto secundario, sino una cuestión vital para la gracia:

*“Lo que se busca por medio del libre albedrío
es hacer lugar para los méritos.”*

Martín Lutero (1483–1546).

Esa frase es fuerte porque descubre el peligro. Si la voluntad caída conserva una capacidad decisiva para producir fe salvadora sin regeneración, entonces el hombre tiene una razón para gloriarse. Puede decir: “Dios ofreció, pero yo hice la diferencia”. La gracia sería importante, pero no decisiva. Cristo habría hecho posible la salvación, pero el hombre la haría efectiva desde una voluntad autónoma.

La Escritura, en cambio, dice:

“Así que no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.” Romanos 9:16, Reina-Valera 1960.

No es del que quiere. Esto no niega que el hombre quiera. Niega que el querer humano sea la causa última de la misericordia salvadora. El hombre salvado llega a querer a Cristo, pero quiere porque Dios tuvo misericordia primero. La voluntad no queda anulada; queda conquistada por gracia.

¿De dónde viene la idea de una voluntad autónoma?

Aquí debemos tratar con cuidado una afirmación que suele hacerse en círculos reformados: que cierta idea de libre albedrío proviene más de la filosofía pagana que de la Escritura. Hay que decirlo bien. No toda reflexión sobre responsabilidad humana es pagana. La Biblia enseña mandatos, llamados, decisiones, responsabilidad y culpa. El problema no es afirmar que el hombre elige; el problema es

definir la libertad como autonomía espiritual última, como si la voluntad humana pudiera determinarse a sí misma hacia Dios sin una obra regeneradora previa.

Esa idea de autonomía encaja muy naturalmente con la razón humana. Parece lógica. Si Dios manda, entonces el hombre debe poder obedecer por sí mismo. Si Dios llama, entonces el hombre debe tener igual capacidad de aceptar o rechazar desde una neutralidad moral. Si Dios juzga, entonces la voluntad debe ser independiente de toda inclinación esclavizante. Esa lógica parece ordenada, pero no necesariamente es bíblica. La razón caída suele preferir una libertad que deje al hombre con el punto decisivo en sus manos.

Antes del cristianismo, los filósofos griegos ya discutían extensamente sobre elección, voluntariedad, destino, necesidad y responsabilidad. Aristóteles habló de actos voluntarios e involuntarios. Los estoicos desarrollaron una visión donde todo estaba ordenado por destino, pero el sabio era libre en un sentido interior. Epicuro introdujo su idea del desvío atómico para proteger la posibilidad de responsabilidad frente al determinismo. Es decir, la pregunta por la libertad humana no nace primero en la iglesia; pertenece también a la historia de la razón filosófica antigua.

El peligro aparece cuando esa razón filosófica se convierte en juez sobre la revelación. Si comienzo con una definición filosófica de libertad y luego obligo a la Biblia a ajustarse a ella, ya no estoy bajo Sola Escritura. Estoy usando la Escritura como confirmación de una idea previa. La pregunta no debe ser primero: “¿Qué definición de libertad me parece más lógica?”. Debe ser: “¿Cómo describe la Escritura al hombre caído?”.

Refuerza Calvino que la filosofía humana, cuando gobierna sobre la revelación, no puede sanar la ceguera espiritual:

*“La mente humana es, por decirlo así, una
fábrica perpetua de ídolos.”*

Juan Calvino (1509–1564).

La razón natural puede crear ídolos intelectuales. Uno de ellos es la autonomía. El hombre quiere verse como dueño final de su destino, incluso delante de Dios. Muchas religiones del mundo apelan a esa misma lógica: el hombre debe escalar, purificarse, decidir, equilibrar, cumplir, ascender, disciplinarse o liberarse por medio de su propio esfuerzo, conocimiento o voluntad. El cristianismo bíblico no niega la responsabilidad, pero declara que la salvación no nace de la capacidad espiritual del hombre, sino de la misericordia de Dios.

El pelagianismo fue la entrada más clara de este optimismo antropológico dentro de la discusión cristiana antigua. Pelagio sostenía que Dios no mandaría lo imposible y que el hombre debía tener capacidad moral para obedecer. Eso parece lógico. Pero Agustín vio que esa lógica no hacía justicia a la profundidad del pecado ni a la necesidad de la gracia. La Escritura no dice: “El hombre puede porque Dios manda”. Dice que Dios manda, el hombre debe obedecer, y sin gracia no quiere ni puede hacerlo salvadora mente.

“conviérteme, y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios.”
Jeremías 31:18, Reina-Valera 1960.

Esta oración no nace de una voluntad autónoma que se cree capaz de volver por sí misma. Nace de la conciencia de

necesidad. Conviérteme, y seré convertido. Haz en mí lo que yo no puedo producir desde mí.

Otras religiones y la lógica de la capacidad humana

Cuando uno mira otras religiones, encuentra muchas formas de salvación o liberación donde el hombre conserva un papel decisivo en su propia ascensión espiritual. En algunas tradiciones, el hombre debe purificarse por obras, disciplinas, rituales o conocimiento. En otras, debe equilibrar su vida moral para mejorar su destino. En otras, la salvación depende de someterse a mandatos y acumular méritos. En otras, el problema principal no es la culpa ante un Dios santo, sino la ignorancia, el desorden, el apego o la falta de iluminación.

No todas estas religiones enseñan lo mismo, y sería irresponsable simplificarlas como si fueran idénticas. Pero hay un patrón común en muchas formas religiosas naturales: el ser humano conserva dentro de sí el principio activo de su propia mejora espiritual. La salvación, iluminación, liberación o recompensa depende en gran medida de su disciplina, decisión, mérito, conocimiento o esfuerzo. La gracia, si aparece, no suele tener la forma de una resurrección soberana de muertos espirituales.

En ese sentido, la idea de una voluntad autónoma con capacidad espiritual para dar el paso decisivo hacia Dios se parece más a la lógica religiosa natural que al evangelio bíblico. La religión natural dice: “Haz esto y vivirás”. El evangelio dice: “Estabas muerto, y Dios te dio vida”. La religión natural dice: “El hombre asciende”. El evangelio dice: “Dios desciende”. La religión natural dice: “La diferencia final está en tu voluntad”. El evangelio dice: “Por gracia sois salvos”.

Pablo destruye la jactancia humana con una pregunta:

“Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” 1 Corintios 4:7, Reina-Valera 1960.

¿Qué tienes que no hayas recibido? Si la fe distingue al creyente del incrédulo, entonces la pregunta es inevitable: ¿la recibiste o la produjiste autónomamente? Si la recibiste, no hay jactancia. Si la produjiste desde ti mismo como diferencia última, la gloria empieza a moverse.

Refuerza B. B. Warfield que el cristianismo bíblico no es una religión de autosalvación, sino de redención divina:

“El cristianismo es una religión de redención.”

Benjamín Breckinridge Warfield (1851–1921).

Redención significa que alguien debe rescatarnos. No somos nuestros propios libertadores. No somos espiritualmente sanos buscando orientación. No somos neutrales evaluando a Cristo desde un balcón de independencia moral. Somos esclavos que necesitan libertad, muertos que necesitan vida, culpables que necesitan justicia ajena.

La voluntad es real, pero está esclavizada

La teología reformada no niega la voluntad. Niega que la voluntad caída sea espiritualmente libre para escoger a Dios sin gracia. Esta distinción es vital. Cuando el hombre peca, peca voluntariamente. Nadie lo obliga desde afuera contra lo que desea. El pecado procede de sus deseos. Por eso es culpable. Pero esos deseos están torcidos. La esclavitud no está en que el hombre haga lo que no quiere; está en que quiere lo que lo esclaviza.

Jesús dijo:

“Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.” Juan 8:34, Reina-Valera 1960.

Esclavo del pecado. No simplemente influenciado por el pecado. No meramente rodeado de pecado. Esclavo. Y un esclavo no se libera a sí mismo por declarar que es libre. Necesita que el Hijo lo liberte.

Jesús continúa:

“Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.” Juan 8:36, Reina-Valera 1960.

Aquí está la libertad bíblica. No es autonomía caída. No es independencia de Dios. No es capacidad neutral de escoger entre Cristo y el pecado desde un corazón imparcial. La verdadera libertad es ser liberado por el Hijo. La libertad cristiana no consiste en que el hombre conserve el trono de su voluntad; consiste en que Cristo rompe las cadenas que hacían que el hombre amara su propia esclavitud.

Refuerza Lutero que la voluntad caída no es libre respecto a Dios, sino cautiva hasta que la gracia la liberta:

“El libre albedrío después de la caída es solo un nombre.”

Martín Lutero (1483–1546).

Lutero no negaba que el hombre eligiera qué comer, qué vestir, dónde caminar o cómo organizar asuntos terrenales. Su disputa era sobre la capacidad espiritual del hombre para volverse a Dios y agradarle salvadora mente sin gracia. En ese terreno, hablar de libre albedrío como poder autónomo era, para Lutero, un nombre vacío.

Jonathan Edwards, tiempo después, ayudó a formular el asunto con precisión filosófica y bíblica. La voluntad escoge según la inclinación más fuerte. El hombre siempre elige lo que, en ese momento, desea más. Por eso el problema no es que la voluntad no funcione; el problema es lo que el corazón ama.

Refuerza Edwards que la voluntad no opera en independencia de los afectos y motivos del alma:

“La voluntad siempre sigue la inclinación más fuerte.”

Jonathan Edwards (1703–1758).

Si esto es así, entonces el hombre caído necesita más que una opción externa. Necesita nuevos afectos. Necesita ver a Cristo como hermoso. Necesita que Dios cambie lo que ama. La gracia no solo informa a la voluntad; transforma el corazón del cual la voluntad se mueve.

Los textos de elección humana

Alguien podría decir: “Pero la Biblia manda escoger”. Y es verdad. La Escritura contiene llamados reales a escoger, venir, creer, arrepentirse, obedecer y volver a Dios. Deuteronomio 30:19 y Josué 24:15, que suelen ser usados para defender una noción amplia de libre albedrío.

“A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia;” Deuteronomio 30:19, Reina-Valera 1960.

“Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando

estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová.” Josué 24:15, Reina-Valera 1960.

Estos textos deben ser recibidos. No debemos esquivarlos. Dios llama al hombre a escoger. El hombre es responsable. La predicación bíblica debe llamar a los pecadores a arrepentirse y creer. Pero una cosa es afirmar responsabilidad y otra muy distinta afirmar capacidad moral autónoma. El mandato revela deber, no necesariamente poder. Dios puede mandar lo que el hombre debe hacer, aunque el hombre, por su pecado, no quiera ni pueda hacerlo sin gracia.

La ley manda amar a Dios con todo el corazón. ¿Puede el hombre caído cumplir eso perfectamente desde sí mismo? No. Pero sigue siendo su deber. La incapacidad moral no elimina la obligación; revela la profundidad de la culpa. Si un hombre debe amar a Dios y no lo ama porque odia la luz, su incapacidad no lo excusa. Lo condena.

Jesús manda:

“arrepentíos, y creed en el evangelio.” Marcos 1:15, Reina-Valera 1960.

El mandato es real. Todos deben arrepentirse y creer. Pero la Escritura también enseña que Dios concede arrepentimiento y fe. La responsabilidad humana y la soberanía divina no deben ser enfrentadas como enemigas. La Biblia sostiene ambas. El problema surge cuando tomamos los mandatos bíblicos y deducimos de ellos una capacidad natural que otros textos niegan explícitamente.

Refuerza Juan Calvino que los mandamientos de Dios muestran no solo lo que debemos hacer, sino también cuánto necesitamos su gracia:

“La ley nos muestra nuestra impotencia.”

Juan Calvino (1509–1564).

Los llamados bíblicos no son pruebas de autonomía espiritual. Son el estándar santo de Dios confrontando al hombre. Y cuando ese estándar nos deja sin fuerzas, nos lleva a clamar por gracia.

Nadie puede venir si el Padre no lo trae

Si hubiera un texto que pusiera el asunto en términos directos, sería Juan 6:44. Jesús no dice: “Nadie quiere venir, aunque todos pueden”. Tampoco dice: “Nadie viene porque falta información”. Dice:

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero.” Juan 6:44, Reina-Valera 1960.

Ninguno puede. La incapacidad es universal. Venir a Cristo es creer en Él, recibirlo, abrazarlo como Salvador y Señor. Jesús dice que nadie puede hacerlo si el Padre no lo trae. La palabra “puede” corta la raíz de la autosuficiencia. No estamos ante una mera dificultad. Estamos ante incapacidad.

Pero el texto también es profundamente consolador. Si el Padre trae, el Hijo resucita en el día postrero. La salvación no depende de la fuerza del muerto, sino de la acción del Padre y la fidelidad del Hijo. El hombre viene, sí. Pero viene porque fue traído. Cree, sí. Pero cree porque le fue concedido. Responde, sí. Pero responde porque la gracia llegó antes.

Jesús dice también:

“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera.” Juan 6:37, Reina-Valera 1960.

Todo lo que el Padre da al Hijo vendrá. No quizá vendrá. Vendrá. Y el que viene no será echado fuera. Este texto une soberanía y promesa. El Padre da un pueblo al Hijo; ese pueblo viene; Cristo recibe al que viene. Nadie que viene debe temer ser rechazado. Nadie que no viene puede culpar a Dios por su incredulidad. La culpa de no venir es del hombre; la gracia de venir es de Dios.

Dort lo expresa así:

“La culpa de que muchos, siendo llamados por el ministerio del Evangelio, no se alleguen ni se conviertan, no está en el Evangelio, ni en Cristo.”

Cánones de Dort (1619).

Esta frase guarda el equilibrio. Si el hombre no viene, la culpa es suya. No está en Cristo, como si Cristo fuera insuficiente. No está en el evangelio, como si el mensaje fuera defectuoso. No está en Dios, como si Dios fuera injusto. Está en el corazón que rechaza. Pero si el hombre viene, la gloria es de Dios.

Muertos como Lázaro

Somos como Lázaro en el sepulcro. Lázaro no estaba enfermo esperando que Jesús le diera la mano. No estaba semivivo intentando salir. Estaba muerto. Atado. Sin iniciativa. Sin respuesta. Sin vida.

La tesis dice: **Debemos reconocer que somos como Lázaro en su sepulcro, que no existe nada en nosotros. Nos encontramos atados de pies y manos, completamente**

imposibilitados. Así como en Lázaro no existía ningún indicio de vida, así también en nosotros no existe ningún indicio de vida con el que podamos buscar de forma activa a Dios.

Jesús clamó:

“¡Lázaro, ven fuera!” Juan 11:43, Reina-Valera 1960.

La voz de Cristo hizo lo que mandó. El mandato no encontró vida; produjo la respuesta porque el poder de Cristo dio vida. Esta es una hermosa imagen de la gracia. El evangelio llama a muertos. Y cuando el Espíritu acompaña ese llamado con poder, los muertos viven. No se levantan para recibir vida; reciben vida y se levantan.

Esto no significa que la conversión sea mecánica. Cuando Dios da vida, el hombre cree en realidad, viene en realidad, ama en realidad, se arrepiente realmente. Pero la vida precede a la respuesta. La resurrección no es cooperación entre el cadáver y Cristo. Es obra del Hijo de Dios.

Refuerza Agustín que la gracia no solo ayuda a la voluntad, sino que la despierta para amar a Dios:

“Dios obra en nosotros el querer.”

Agustín de Hipona (354–430).

La frase recuerda Filipenses 2:13. Dios no solo espera que queramos. Obra el querer y el hacer por su buena voluntad. La voluntad renovada actúa, pero actúa porque Dios la vivificó.

El hombre pasivo en el nuevo nacimiento

El hombre es un ente pasivo en la salvación, en el sentido de que no toma la iniciativa. El hombre no es pasivo en toda la

vida cristiana. El creyente cree, se arrepiente, obedece, ora, lucha, corre, persevera. Pero en el nuevo nacimiento, como origen de la vida espiritual, el hombre no se engendra a sí mismo. Nadie decide nacer. Nadie se resucita. Nadie se da corazón nuevo.

Jesús dijo a Nicodemo:

“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.” Juan 3:3, Reina-Valera 1960.

No puede ver. Otra vez incapacidad. Sin nuevo nacimiento, el reino no es visto correctamente. Nicodemo era religioso, maestro de Israel, conocedor de la ley. Pero necesitaba nacer de nuevo. La religión externa no basta. La educación bíblica no basta. La posición eclesial no basta. El hombre necesita una obra soberana del Espíritu.

Jesús añade:

“El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.” Juan 3:8, Reina-Valera 1960.

El nuevo nacimiento es obra del Espíritu. Soberana, misteriosa, eficaz. No controlamos al Espíritu como quien controla una técnica. No producimos regeneración por presión emocional. No hacemos nacer de nuevo a nadie por manipulación. Predicamos la Palabra, llamamos a creer, oramos, y dependemos del Espíritu que sopla donde quiere.

Los Cánones de Dort describen la regeneración así:

“Este nuevo nacimiento no es obrado en nosotros por medio de la predicación externa solamente.”

La predicación externa es necesaria como medio ordinario, pero no suficiente por sí sola si el Espíritu no obra internamente. Muchos oyen el mismo sermón. Unos se endurecen, otros son atravesados. La diferencia no está en que unos tenían por naturaleza un corazón mejor. La diferencia está en la gracia de Dios.

Dort continúa diciendo que esta obra es sobrenatural, poderosa, suave, milagrosa, oculta e inexpressable. Esa combinación es hermosa: poderosa y suave. Dios no viola; vivifica. No destruye la voluntad; la sana. No negocia con la muerte; da vida.

La ley no puede dar vida

La depravación total también nos ayuda a entender el lugar de la ley. La ley de Dios es santa, justa y buena. El problema no está en la ley, sino en nosotros. La ley revela el pecado, expone la culpa y muestra lo que Dios demanda, pero no da poder para salir de la miseria. Puede mostrar el diagnóstico, pero no es la medicina salvadora.

Pablo escribe:

“¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios? En ninguna manera; porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley.” Gálatas 3:21, Reina-Valera 1960.

Si la ley pudiera dar vida, la justicia sería por la ley. Pero no puede vivificar al pecador. La ley puede mandar vida, describir vida y condenar la falta de vida; no puede resucitar. Por eso necesitamos el evangelio.

Dort expresa esta verdad con claridad:

“La Ley descubre la magnitud del pecado y convence más y más al hombre de su culpa, no indica, sin embargo, el remedio.”

Cánones de Dort (1619).

La ley nos deja sin excusa. El evangelio nos muestra a Cristo. El hombre no puede adquirir por la ley la gracia que justifica. Esta distinción es necesaria porque muchas personas creen que la solución al pecado es simplemente más mandamiento. Pero el mandamiento sin regeneración solo revela más profundamente la corrupción. El hombre necesita gracia.

Refuerza Lutero que la ley, cuando hace su obra, lleva al hombre a desesperar de su propia justicia:

“La ley dice: haz esto, y nunca está hecho.”

Martín Lutero (1483–1546).

Esa frase hiere al legalismo. El legalista cree que la ley es escalera para subir a Dios. Pero la ley, frente al pecador, se vuelve espejo que muestra su culpa. Entonces el alma deja de presumir y comienza a clamar por Cristo.

La depravación total y el arminianismo clásico

Aquí debemos volver al contraste con el arminianismo clásico. El arminiano serio no suele negar que el hombre necesita gracia. Generalmente afirma que la caída afectó al hombre y que Dios concede una gracia preveniente que restaura la capacidad de responder al evangelio. En ese sentido, no debe ser confundido automáticamente con Pelagio. Pero desde la perspectiva reformada, la pregunta es

si esa gracia preveniente es enseñada claramente en la Escritura como una restauración universal de capacidad, o si funciona como una solución lógica para preservar una idea previa de libre albedrío.

El arminianismo clásico quiere decir: el hombre está caído, pero Dios da gracia suficiente para que todos puedan responder libremente; algunos cooperan con esa gracia y otros no. La pregunta reformada es: ¿qué hace que uno coopere y otro no? Si ambos recibieron la misma gracia suficiente, ¿por qué uno cree y otro no? Si la respuesta final está en la voluntad de uno, entonces la diferencia última queda en el hombre.

La Escritura pregunta:

“Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” 1 Corintios 4:7, Reina-Valera 1960.

La teología reformada responde: si creo, es porque recibí gracia eficaz. No me distinguí a mí mismo. No hice mejor uso de una gracia igual. Dios me dio vida. Dios abrió mi corazón. Dios me concedió fe.

Dort rechaza la idea de que la gracia y la voluntad libre sean causas parciales que obran conjuntamente el comienzo de la conversión, como si Dios ayudara eficazmente solo cuando la voluntad humana se mueve primero.

Los Cánones dicen que ese error es contrario a Pablo:

“Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por Su buena voluntad.”

*Cánones de Dort (1619), citando Filipenses
2:13.*

No se trata de negar que el hombre quiera. Se trata de preguntar quién produce ese querer salvador. La respuesta bíblica no deja la gloria al hombre. Dios produce el querer y el hacer.

El arminianismo práctico en la vida de la iglesia

Muchas iglesias no estudian a Arminio, no leen la Remonstrancia y no se identifican formalmente como arminianas. Pero en la práctica, hablan como si la salvación dependiera finalmente de la voluntad autónoma del hombre. Esta forma práctica puede aparecer en llamados evangelísticos, canciones, testimonios o frases comunes. Algunas expresiones parecen piadosas, pero necesitan ser examinadas.

Cuando se dice: “Cristo ya hizo todo; ahora tú haces efectiva la salvación”, debemos preguntar qué significa. Si significa que el pecador debe creer, es bíblico. Pero si significa que Cristo solo creó una posibilidad y el hombre caído, desde sí mismo, activa finalmente la salvación, entonces la cruz queda reducida a una obra potencial y la fe se convierte en el punto decisivo autónomo.

Cuando se dice: “Dios no puede hacer nada más hasta que tú decidas”, debemos estremecernos. ¿El Dios que resucita muertos queda detenido ante la voluntad caída? ¿El Espíritu Santo puede ser frustrado cuando decide dar vida? ¿Cristo llama a Lázaro, pero Lázaro debe primero permitirle poder? La Escritura presenta a un Dios más grande que nuestras frases.

Pablo dice:

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, ⁵ aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos),” Efesios 2:4-5, Reina-Valera 1960.

Aun estando muertos. Dios dio vida. Allí se rompe la lógica de la autosalvación. La fe viene después como respuesta viva, pero la vida vino de Dios.

Hay una frase que atraviesa muchas seguridades humanas: si mi salvación depende finalmente de mi voluntad caída, estoy perdido antes de comenzar. Pero si depende de la misericordia de Dios, hay esperanza aun para muertos.

El pentecostalismo popular y la experiencia de la decisión

En muchos ambientes pentecostales populares, el lenguaje del libre albedrío se mezcla con la experiencia del altar, el llamado emocional, el temor a perder la salvación y una fuerte insistencia en la decisión humana. Debemos hablar de esto con respeto. Muchos creyentes en esos ambientes aman a Cristo, oran con fervor, evangelizan con pasión y tienen celo por la santidad. No se trata de ridiculizar su historia ni su devoción.

Pero también es cierto que, en algunos contextos, la doctrina de la salvación se vuelve inestable. La seguridad puede depender de cómo me sentí en una reunión. La conversión puede ser reducida a pasar adelante. La perseverancia puede ser presentada como pura fuerza personal. La gracia puede sonar como ayuda para quien decide, más que como vida para quien está muerto. El Espíritu puede ser descrito más como alguien que insiste desde afuera que como aquel que da nuevo nacimiento.

La depravación total corrige esa visión. No niega que el pecador debe responder. No niega que haya momentos

intensos y lágrimas reales. No niega que Dios use predicaciones fervientes. Pero insiste en que el nuevo nacimiento no se produce por atmósfera emocional. Un hombre puede llorar y seguir muerto. Puede levantar la mano y seguir sin Cristo. Puede pasar al altar y no haber sido regenerado. Y también puede ser regenerado en silencio, bajo la predicación fiel, sin espectáculo alguno.

Jesús dijo:

“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.” Juan 3:3, Reina-Valera 1960.

No dijo: el que no pase adelante. No dijo: el que no repita una frase. No dijo: el que no viva una experiencia emocional intensa. Dijo: nacer de nuevo. El asunto es más profundo que una decisión externa. Es una obra del Espíritu.

Esto no debe producir desprecio por los llamados evangelísticos, sino seriedad. Llamemos a todos a Cristo. Pero no demos falsa seguridad por una acción externa. Digamos al pecador: ven a Cristo, cree en Cristo, arrepiéntete, mira al Salvador. Y oremos para que Dios haga lo que solo Dios puede hacer: abrir el corazón.

Pelagianismo: cuando la gracia deja de ser necesaria

El pelagianismo es más grave que el arminianismo clásico. Pelagio negaba o debilitaba profundamente la doctrina del pecado original y sostenía una visión del hombre donde la capacidad moral para obedecer a Dios permanecía esencialmente intacta. La gracia se volvía ayuda, instrucción

o perdón, pero no una necesidad absoluta de regeneración interior.

La iglesia antigua rechazó esta visión porque entendió que, si el hombre puede obedecer y volver a Dios desde sí mismo, Cristo deja de ser Salvador en sentido pleno y pasa a ser principalmente maestro o ejemplo. La cruz pierde su necesidad profunda. La regeneración se vuelve opcional. La gracia deja de ser resurrección y se convierte en asesoría espiritual.

Dort identifica ciertos errores como pelagianos precisamente cuando exaltan la fuerza de la libre voluntad. En su rechazo de errores, dice que enseñar que la voluntad por sí misma nunca estuvo corrompida, sino solo impedida por oscuridad del entendimiento y desorden de inclinaciones, tiende a enaltecer las fuerzas de la libre voluntad.

Los Cánones lo llaman:

“Una innovación y un error, que tiende a enaltecer las fuerzas de la libre voluntad.”

Cánones de Dort (1619).

El peligro del pelagianismo no está solo en su historia antigua. Está en su atractivo permanente. El hombre quiere creer que puede. Quiere creer que conserva dentro de sí la llave. Quiere creer que Dios manda porque el hombre, desde sí mismo, puede cumplir. Pero la Escritura dice que el hombre necesita nacer de nuevo.

Refuerza Warfield que el conflicto entre Agustín y Pelagio fue una batalla sobre la gracia:

*“Pelagianismo es la rehabilitación del
paganismo en la iglesia.”*

Benjamín Breckinridge Warfield (1851–1921).

Esta frase es fuerte. No debe usarse livianamente contra cualquier hermano confundido. Pero sí muestra cómo algunos reformados entendieron el peligro: cuando la autosuficiencia moral entra en la iglesia, el cristianismo comienza a respirar el aire de la religión natural. La gracia deja de ser soberana; el hombre vuelve al centro.

Incapacidad moral, no excusa moral

Una objeción común aparece inmediatamente: si el hombre no puede venir a Cristo sin gracia, ¿cómo puede ser culpable por no venir? La respuesta está en entender la diferencia entre incapacidad natural e incapacidad moral. Si alguien no puede hacer algo porque carece de facultades naturales, su responsabilidad puede ser distinta. Pero si no puede porque su corazón ama lo contrario, esa incapacidad es culpable.

Por ejemplo, un hombre no puede amar a Dios porque ama su pecado. No puede venir a la luz porque ama las tinieblas. Esa incapacidad no lo excusa; lo condena. No es inocente por odiar lo que debería amar. Su problema no es que quiera a Cristo y no pueda alcanzarlo. Su problema es que no quiere a Cristo como Cristo.

Jesús lo dijo así:

“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.”
Juan 3:19, Reina-Valera 1960.

Amaron más las tinieblas. Allí está la raíz. La condenación no es que hombres inocentes quisieron la luz y fueron rechazados. La condenación es que la luz vino y los hombres amaron las tinieblas. La voluntad sigue al amor. Por eso necesitamos que Dios cambie nuestros amores.

Jonathan Edwards trabajó esta distinción con profundidad. La incapacidad del pecador no es como la de una persona encadenada físicamente contra su deseo de obedecer. Es la incapacidad de un corazón que no desea la santidad de Dios. El hombre hace lo que quiere, pero quiere mal.

Refuerza Edwards que la incapacidad espiritual del pecador es moral, no una falta de facultades humanas:

“La incapacidad consiste en la falta de inclinación.”

Jonathan Edwards (1703–1758).

Esto nos ayuda a responder con equilibrio. El hombre es responsable porque peca voluntariamente. Pero necesita gracia porque voluntariamente ama lo que lo destruye. Solo Dios puede cambiar esa inclinación.

La gracia que abre el corazón

Si el diagnóstico es tan profundo, la esperanza también debe ser profunda. La depravación total no nos deja en desesperación si va acompañada del evangelio. Nos muestra que no podemos salvarnos, pero también prepara el alma para ver que Dios sí puede salvar. La incapacidad humana no es el final de la historia. Es el escenario donde la gracia soberana se muestra gloriosa.

Hechos nos da un ejemplo precioso en la conversión de Lidia:

“Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.” Hechos 16:14, Reina-Valera 1960.

Pablo predicaba. Lidia oía. Pero el Señor abrió el corazón. No fue solo persuasión externa. No fue solo capacidad humana. Dios abrió el corazón para que atendiera al mensaje. Esta es una imagen hermosa de la gracia. La Palabra llega al oído, pero Dios abre el corazón.

Dort describe la conversión verdadera diciendo:

“Él abre el corazón que está cerrado; Él quebranta lo que es duro.”

Cánones de Dort (1619).

El corazón cerrado no se abre a sí mismo. Lo duro no se quebranta a sí mismo. Dios obra. Y cuando Dios obra, el hombre responde. La gracia no produce una pasividad muerta después de la regeneración; produce fe viva. El corazón abierto atiende. La voluntad renovada cree. El pecador vivificado viene a Cristo.

Por eso esta doctrina debe humillarnos y consolarnos al mismo tiempo. Nos humilla porque nos dice que no fuimos más sabios. Nos consuela porque nos dice que Dios puede salvar incluso al más duro. Si la salvación dependiera de encontrar una pequeña chispa de vida espiritual en el hombre, muchos estarían sin esperanza. Pero si Dios resucita muertos, nadie está fuera del alcance de su poder.

La depravación total y la evangelización

Algunos temen que esta doctrina mate el evangelismo. En realidad, lo purifica. Si el hombre está muerto, entonces sabemos que no podemos manipularlo hacia la vida. No descansamos en técnicas, presión emocional, música, ambiente, carisma del predicador o estrategias psicológicas. Predicamos la Palabra y dependemos del Espíritu.

Pablo dice:

*“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”
Romanos 10:17, Reina-Valera 1960.*

La doctrina de la depravación total no nos dice que callemos. Nos dice que prediquemos con dependencia. Si Dios ha ordenado salvar por medio del evangelio, entonces llamamos a todos los hombres a arrepentirse y creer. Pero mientras llamamos, sabemos que solo Dios puede dar vida. Esto nos libra de la arrogancia cuando alguien se convierte y de la desesperación cuando alguien rechaza.

El predicador que cree en la depravación total no mira al pecador como un cliente que debe ser persuadido con marketing religioso. Lo mira como muerto que necesita la voz de Cristo. Por eso predica con claridad, ruega con amor, ora con lágrimas y espera en Dios.

Refuerza Spurgeon que la dependencia de Dios no apaga el llamado evangelístico:

*“Predica a Cristo al pecador, y deja el
resultado con Dios.”*

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

No es frialdad. Es fe. Predicamos a Cristo porque Dios usa la predicación. Dejamos el resultado con Dios porque solo Dios da vida. La depravación total no convierte al evangelista en fatalista; lo convierte en hombre de oración.

La doctrina que humilla y consuela

La depravación total nos humilla porque nos muestra quiénes éramos. No éramos buscadores neutrales. No éramos enfermos leves. No éramos personas bien encaminadas que necesitaban un ajuste. Estábamos muertos en delitos y pecados. Éramos esclavos del pecado. Teníamos la mente oscurecida, el corazón endurecido y la voluntad inclinada contra Dios.

Pero también nos consuela porque nos muestra cuán poderosa es la gracia. Si Dios me salvó estando muerto, entonces mi salvación no descansa en mi capacidad inicial. Si Dios me dio vida cuando yo no lo buscaba, entonces no puedo atribuirme la gloria. Si Dios abrió mis ojos cuando yo amaba las tinieblas, entonces toda mi historia cristiana es misericordia.

Pablo dice:

“Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención;”
1 Corintios 1:30, Reina-Valera 1960.

Por Él estamos en Cristo. Esa frase basta para destruir el orgullo. No estamos en Cristo por nuestra superioridad. No estamos en Cristo porque nuestra voluntad era más noble. No estamos en Cristo porque hicimos mejor uso de una oportunidad neutral. Estamos en Cristo por Dios.

Para que podamos ver cualquier belleza en Cristo, debemos revivir por una obra del Espíritu Santo. Esa frase resume el corazón de este capítulo. Cristo siempre fue hermoso, pero

nosotros no lo veíamos. Cristo siempre fue suficiente, pero nosotros no lo queríamos. Cristo siempre fue el tesoro, pero nosotros preferíamos nuestras sombras. Entonces Dios dio vida.

Hay una frase que nos deja sin corona y con canción: no desperté a la gracia; la gracia me despertó a mí.

Conclusión: muertos que viven por gracia

Depravación Total no es una doctrina diseñada para destruir la dignidad humana, sino para destruir la autosuficiencia humana. No niega que el hombre sea imagen de Dios. Niega que el hombre caído conserve poder espiritual autónomo para venir a Cristo sin gracia. No niega que el hombre decida. Niega que sus decisiones nazcan de un corazón neutral. No niega responsabilidad. Niega mérito.

Esta doctrina nos enseña que el pecado afectó todo nuestro ser. La mente no entiende las cosas del Espíritu. El corazón es engañoso. La voluntad está esclavizada. Los afectos están desordenados. El hombre no busca a Dios como Dios. Puede buscar religión, ayuda, consuelo, beneficios o soluciones, pero no vendrá a Cristo salvadora mente a menos que el Padre lo traiga.

El libre albedrío, entendido como capacidad de tomar decisiones reales en asuntos ordinarios, no es el problema. El problema es el libre albedrío entendido como autonomía espiritual final, como si el muerto pudiera producir el primer latido, como si el esclavo pudiera romper sus cadenas, como si el ciego pudiera darse vista, como si el corazón de piedra pudiera volverse carne por su propia determinación.

La Escritura nos muestra otra cosa. Dios da vida. Dios abre el corazón. Dios concede fe. Dios cambia la voluntad. Dios llama eficazmente. Dios salva.

Por eso esta doctrina no debe dejarnos discutiendo con frialdad, sino adorando con humildad. Si somos salvos, no fue porque estábamos menos muertos. No fue porque teníamos una chispa escondida. No fue porque nuestra voluntad era espiritualmente superior. Fue porque Dios, siendo rico en misericordia, nos dio vida juntamente con Cristo.

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, ⁵ aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos),” Efesios 2:4-5, Reina-Valera 1960.

Ahí está el evangelio brillando sobre el sepulcro. Estábamos muertos. Mas Dios. No hay dos palabras más dulces para un pecador sin esperanza.

Mas Dios.

Cuando el hombre no podía subir, Dios descendió. Cuando el hombre no quería venir, Dios abrió el corazón. Cuando el hombre no veía belleza, Dios dio luz. Cuando el hombre estaba atado, Cristo llamó con voz de vida. Cuando el hombre estaba muerto, el Espíritu vivificó.

La depravación total no es el final oscuro de la historia. Es el fondo negro sobre el cual la gracia soberana resplandece con más fuerza.

Citas y fuentes para este capítulo

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960.
- Tesis final, José Luis Calixto Avendaño Méndez, sección “Capítulo 1 Depravación total” y “El libre albedrío, contrario a la depravación total”.
- *Cánones de Dort*, capítulos tercero y cuarto: “De la depravación del hombre, de su conversión a Dios y de la manera de realizarse esta última”.
- Agustín de Hipona, escritos contra el pelagianismo.
- Martín Lutero, *De servo arbitrio* o *La esclavitud de la voluntad*.
- Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, libro II, sobre el conocimiento del hombre y la esclavitud de la voluntad.
- Jonathan Edwards, *Freedom of the Will*.
- R. C. Sproul, enseñanzas sobre depravación radical y la condición caída del hombre.
- B. B. Warfield, estudios sobre Agustín, Pelagio y la gracia.
- Charles Haddon Spurgeon, sermones evangelísticos sobre la incapacidad humana y la gracia soberana.
- John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, sección sobre llamamiento eficaz y regeneración.
- Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*, doctrina del pecado y de la gracia.
- Louis Berkhof, *Systematic Theology*, doctrina del pecado original, depravación e incapacidad humana.

Capítulo 8: Elección Incondicional

Cuando la gracia comienza antes que nosotros

Después de mirar la depravación total, la doctrina de la elección incondicional aparece no como una idea extraña, sino como una consecuencia inevitable de la gracia. Si el hombre está muerto en delitos y pecados, si no busca a Dios, si no puede venir a Cristo a menos que el Padre lo traiga, entonces la salvación no puede comenzar en la voluntad del hombre. Tiene que comenzar en Dios.

Esto no significa que el hombre no crea, no se arrepienta, no venga a Cristo o no responda al evangelio. El hombre cree verdaderamente. El hombre se arrepiente verdaderamente. El hombre viene verdaderamente. Pero la pregunta es más profunda: ¿por qué viene? ¿Por qué cree? ¿Por qué se arrepiente? ¿Por qué uno que amaba las tinieblas llega a amar la luz? ¿Por qué un muerto espiritual llega a vivir? ¿Por qué un enemigo llega a reconciliarse? Si respondemos que la diferencia final está en una capacidad autónoma del hombre, ya hemos empezado a devolverle al hombre una parte de la gloria que la Escritura le quita.

La elección incondicional nos dice que, antes de que nosotros escogiéramos a Dios, Dios nos escogió en Cristo. Antes de que nosotros creyéramos, Dios había determinado darnos fe. Antes de que nosotros corriéramos a Él, Dios había determinado tener misericordia. Antes de que nosotros existiéramos, Dios había amado a su pueblo con amor eterno. La salvación no comienza cuando el pecador decide buscar a Dios. Comienza en la eternidad, en el consejo santo, sabio, libre y misericordioso del Señor.

La tesis que dio origen a este libro lo expresa de manera directa: **Dependiendo de la actitud, en rechazo o aceptación de la doctrina de la depravación total, determinará en gran medida cómo aceptamos la doctrina de la elección**

incondicional. Esta frase es muy importante. Quien todavía cree que el hombre caído conserva una capacidad espiritual decisiva para escoger a Dios por sí mismo, probablemente verá la elección como innecesaria o injusta. Pero quien entiende que el hombre está muerto, ciego, sordo, sin entendimiento espiritual e inclinado naturalmente al pecado, comienza a ver la elección como misericordia pura.

La elección incondicional no es Dios mirando una humanidad neutral y escogiendo arbitrariamente a algunos sin motivo santo. Tampoco es Dios mirando personas buenas y malas para premiar a las mejores. La elección incondicional es Dios mirando una humanidad caída, culpable, condenada en Adán y voluntariamente rebelde, y decidiendo salvar a algunos por pura gracia, no por algo previsto en ellos, sino por el beneplácito de su voluntad.

Pablo lo dice así:

“según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él,” Efesios 1:4, Reina-Valera 1960.

Antes de la fundación del mundo. En Cristo. Para santidad. No porque ya éramos santos, sino para que fuésemos santos. No porque Dios vio una fe autónoma naciendo de nuestra naturaleza caída, sino porque quiso producir en nosotros todo bien salvador. La elección no encuentra al hombre limpio; lo escoge para lavarlo. No encuentra al hombre creyente por sí mismo; lo escoge para llevarlo a la fe. No encuentra al hombre santo; lo escoge para hacerlo santo.

Hay una frase que deja al alma sin excusas y sin corona: Dios no me eligió porque vio en mí algo digno; me eligió para mostrar en mí cuánto puede hacer su gracia con alguien indigno.

Qué significa elección incondicional

La palabra “incondicional” puede producir confusión. Algunos piensan que significa que Dios elige sin razón alguna, como un acto caprichoso. Esa no es la doctrina reformada. Dios nunca actúa sin sabiduría. Dios nunca actúa por capricho. Dios nunca decide de manera irracional. La elección incondicional no significa que Dios no tenga razones; significa que esas razones no están en algún mérito, virtud, fe prevista, obediencia prevista o mejor disposición del pecador.

La condición negada no está en Dios, sino en el hombre. No decimos que Dios eligió sin propósito. Decimos que no eligió por una condición prevista en nosotros. No decimos que la elección sea irracional. Decimos que su razón última pertenece al consejo santo de Dios, no a un valor encontrado en la criatura caída. No decimos que Dios no vio nada. Dios lo vio todo. Vio nuestro pecado, nuestra incredulidad, nuestras idolatrías, nuestras caídas, nuestras resistencias, nuestras contradicciones, nuestra futura fe y obediencia. Pero esa fe y esa obediencia no fueron la causa de la elección; fueron el fruto de la elección.

Los Cánones de Dort afirman esta verdad con precisión:

“La elección es la fuente de todo bien salvador.”

Cánones de Dort (1619).

Si la elección es la fuente de todo bien salvador, entonces la fe no puede ser la fuente de la elección. La fe es un bien salvador. El arrepentimiento es un bien salvador. La santidad es un bien salvador. La perseverancia es un bien salvador. Si todo bien salvador fluye de la elección, entonces Dios no

escogió porque vio fe naciendo independientemente en nosotros; escogió para darnos fe. No escogió porque vio santidad autónoma; escogió para llevarnos a santidad. No escogió porque vio perseverancia humana autosostenida; escogió para preservarnos por gracia.

La Confesión de Fe de Westminster resume la elección como parte del decreto eterno de Dios, para manifestación de su gloria. La Confesión Bautista de Londres de 1689, en la misma línea, enseña que aquellos destinados para vida eterna fueron escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo, por pura gracia y amor, sin que ninguna otra cosa en la criatura sirviera como condición o causa que moviera a Dios a ello.

Refuerza la Confesión Bautista de Londres de 1689 que la elección no fue movida por algo en nosotros:

*“Sin que ninguna otra cosa en la criatura,
como condición o causa, le moviera a ello.”*

Confesión Bautista de Londres de 1689.

Esta frase es una espada contra el orgullo. Ninguna otra cosa en la criatura. Ni linaje, ni inteligencia, ni sensibilidad, ni moralidad, ni decisión prevista, ni lágrimas previstas, ni fe vista como producto independiente. Si algo bueno aparece luego en el creyente, no fue causa de la elección, sino regalo de la gracia que eligió.

La elección nace en Dios, no en la previsión del mérito humano

La tesis original dice: **La elección de Dios está dada desde la eternidad. Cuando hablamos de elección incondicional, hablamos de que no existen condiciones particulares para**

dicha elección. Esto echa por tierra cualquier suposición que diga que Dios vio algo en nosotros para salvarnos. Porque puede ser salvo el más moral legalista como el más perdido drogadicto o delincuente.

Esta comparación es necesaria. La elección incondicional humilla tanto al religioso moralista como al pecador escandaloso. El legalista no fue escogido por ser más correcto. El drogadicto no fue excluido por ser demasiado sucio. El delincuente no está fuera del alcance de la gracia por su pasado. El fariseo no está más cerca de la elección por su apariencia. La elección no se basa en la comparación horizontal entre pecadores. Se basa en la misericordia soberana de Dios.

Pablo, hablando de Jacob y Esaú, llega a una de las declaraciones más claras de la Escritura:

“(pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama),” Romanos 9:11, Reina-Valera 1960.

El texto cuida el orden. No habían nacido. No habían hecho bien ni mal. ¿Para qué se dice esto? Para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama. Pablo quiere proteger la elección de toda explicación basada en obras. No deja que miremos a Jacob y Esaú para encontrar en uno una virtud previa que explique la misericordia de Dios. La explicación está en el que llama.

Luego Pablo añade:

“Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí.” Romanos 9:13, Reina-Valera 1960.

Este texto debe ser tratado con reverencia. No es una frase para usar con frialdad. Es una puerta hacia la profundidad de Dios. No debe producir arrogancia en el creyente, sino temblor. Si Jacob fue amado, no fue porque fuera más digno por naturaleza. La historia de Jacob está llena de sombras. Si Dios lo amó, fue por misericordia soberana.

Dabney, al tratar este pasaje, insiste en que Romanos 9 se dirige directamente contra la elección condicionada en méritos previstos. Su argumento es que, si Dios elige por la fe prevista, entonces esa fe tendría que existir como causa independiente; pero si el hombre está muerto en pecado, tal fe solo puede ser resultado del propósito de Dios. El carro no tira del caballo. La fe no causa la elección; la elección produce la fe.

Refuerza Robert L. Dabney que la elección no puede fundarse en una fe que solo existe porque Dios la da:

“El efecto no puede ser causa de su causa.”

Robert L. Dabney (1820–1898).

Esta frase corta el nudo. Si la fe salvadora es don de Dios, no puede ser la causa última de la elección de Dios. Si Dios prevé mi fe porque Él mismo determinó concederla, entonces su previsión no convierte la fe en causa de su decreto. Dios no mira pasivamente el futuro para aprender quién creará. Dios conoce el futuro porque gobierna todas las cosas conforme al consejo de su voluntad.

La objeción arminiana: elección condicional

Debemos escuchar bien al arminianismo antes de responder. El arminiano clásico no necesariamente niega la elección.

Muchos arminianos afirman que Dios elige, pero sostienen que la elección es condicional: Dios elige a quienes prevé que creerán en Cristo. Otros, especialmente en versiones más recientes, hablan de elección corporativa: Dios elige a Cristo como el Elegido y a la iglesia en Él, de modo que los individuos participan de la elección al unirse a Cristo por fe.

Brian Abasciano, en su presentación de los cinco puntos del arminianismo, explica que la elección condicional sostiene que Dios elige salvar a aquellos que creen en el evangelio de Jesucristo. También argumenta que la elección está “en Cristo” y que la unión con Cristo, recibida por fe, sería la condición por la cual una persona participa de esa elección. Esta presentación es más cuidadosa que muchas versiones populares, porque intenta mantener a Cristo en el centro, afirmar la necesidad de la gracia y evitar que la fe sea considerada una obra meritoria.

Es importante reconocer eso. No debemos caricaturizar al arminiano clásico como si siempre enseñara salvación por obras. Muchos arminianos aman sinceramente la gracia, predicar a Cristo, afirman la necesidad de la fe y reconocen la incapacidad del hombre aparte de la gracia. Incluso el resumen arminiano-wesleyano reconoce la incapacidad natural del ser humano y la necesidad de una gracia previa que permita responder.

Pero el desacuerdo permanece. La pregunta no es si el arminiano usa la palabra gracia. La pregunta es si esa gracia es finalmente eficaz o solo habilitante. La pregunta es si la diferencia última entre el creyente y el incrédulo está en Dios o en el hombre. Si dos personas reciben la misma gracia proveniente, escuchan el mismo evangelio, son igualmente habilitadas, y una cree mientras la otra no, ¿qué explica la diferencia final? Si la respuesta es: “una hizo mejor uso de su libertad”, entonces el punto decisivo vuelve al hombre.

El arminianismo intenta decir que la fe no es meritosa. Y en un sentido, tiene razón: la fe no compra la salvación. Pero si la fe surge finalmente de una autodeterminación decisiva no producida eficazmente por Dios, entonces, aunque no sea mérito de pago, sí se vuelve la diferencia última que distingue al salvo del perdido. La pregunta de Pablo vuelve a sonar:

“Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? 1 Corintios 4:7, Reina-Valera 1960.

¿Qué te distingue? Si respondemos: mi fe, todavía debemos preguntar: ¿la recibiste o la produjiste como diferencia decisiva? Si la recibiste, la gloria es de Dios. Si la produjiste desde una voluntad finalmente autónoma, el hombre conserva una razón para distinguirse.

Aquí el contraste debe ser claro, pero no ofensivo. El arminiano clásico quiere proteger la responsabilidad humana y la sinceridad del llamado del evangelio. Esa preocupación no debe despreciarse. Pero desde la perspectiva reformada, la elección condicional termina protegiendo la responsabilidad humana al costo de debilitar la profundidad de la gracia soberana. Quiere evitar que Dios parezca arbitrario, pero termina haciendo que la elección dependa de algo previsto en la criatura.

La gracia preveniente y su límite

El pensamiento arminiano-wesleyano suele responder a la depravación total con la doctrina de la gracia preveniente. Según esta visión, el hombre caído no puede responder a Dios por sí mismo, pero Dios concede una gracia que precede a la conversión, despierta, ilumina, llama y restaura una capacidad real para responder. La persona, entonces, puede aceptar o rechazar esa gracia.

El resumen arminiano-wesleyano de la santidad lo expresa diciendo que la gracia preventiva opera en favor de cada persona antes de que reconozca su necesidad, y que el ser humano puede resistir o rechazar esa gracia. También afirma que Arminio y Wesley presentan un Dios que ofrece libremente su gracia salvadora, sin la cual nadie podría ser salvo, y que esa gracia concede capacidad de responder positiva o negativamente.

Otra vez debemos ser justos. Esta visión no es pelagianismo puro. No dice simplemente que el hombre puede salvarse solo. No dice que no necesita gracia. Pero la pregunta sigue siendo: ¿esa gracia realmente salva, o solo hace posible que el hombre decida? ¿Dios abre el corazón de manera eficaz como en Lidia, o solo pone a todos en una condición donde el desenlace depende finalmente de ellos? ¿La gracia resucita muertos o solo les ofrece una oportunidad restaurada?

La Escritura no presenta la gracia salvadora como una posibilidad neutral. La presenta como una obra poderosa. Pablo dice:

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos),” Efesios 2:4-5, Reina-Valera 1960.

Dios dio vida. No solo ofreció vida. No solo creó condiciones para que el muerto decidiera vivir. Dio vida. Y cuando Dios da vida, el muerto vive. Esta es la diferencia entre gracia meramente habilitante y gracia eficaz. La gracia preveniente arminiana intenta preservar la responsabilidad, pero la gracia bíblica, sin negar responsabilidad, produce vida real.

Los Cánones de Dort rechazan que la elección dependa de condiciones previas como el uso correcto de la luz natural, humildad, disposición o fe prevista. También rechazan que el

beneplácito de Dios consista simplemente en escoger la fe como condición de salvación entre muchas posibles, como si Dios eligiera un sistema y luego dejara el resultado final a la decisión humana.

Dort advierte que esa explicación desvía a los hombres de la justificación gratuita y de la sencillez de la Escritura:

“Se hacen inválidos el beneplácito de Dios y el mérito de Cristo.”

Cánones de Dort (1619).

La frase es fuerte porque la preocupación es profunda. Si el punto decisivo queda finalmente en el hombre, el beneplácito de Dios pierde su fuerza y el mérito de Cristo queda condicionado por la voluntad humana. El evangelio ya no descansa enteramente en lo que Dios quiso y Cristo compró, sino en si el hombre permite finalmente que eso se aplique.

La elección en Cristo

Algunos arminianos argumentan que Efesios 1 enseña elección “en Cristo”, y por tanto elección condicionada a la unión con Cristo por fe. Debemos afirmar con fuerza la primera parte: la elección es en Cristo. La doctrina reformada no enseña una elección desnuda, separada del Hijo. Dios no escogió a su pueblo aparte de Cristo. Dios nos escogió en Él. Cristo es el Mediador de la elección, el Amado en quien somos aceptos, el fundamento de toda bendición espiritual.

Pablo escribe:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo,” Efesios 1:3, Reina-Valera 1960.

Y luego:

“según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él,” Efesios 1:4, Reina-Valera 1960.

La pregunta es qué significa “en Él”. ¿Significa que Dios previó quiénes se unirían a Cristo por una fe finalmente autodeterminada y entonces los eligió? ¿O significa que Dios escogió un pueblo en unión decretal con Cristo, para que en el tiempo fueran llamados, unidos a Él por fe, redimidos, adoptados y santificados? La lectura reformada entiende que la unión con Cristo misma es parte del don salvador que fluye de la elección. Dios no elige porque nos ve unidos a Cristo por una fe originada en nosotros; nos elige en Cristo para llevarnos efectivamente a esa unión por medio de la fe.

El contexto de Efesios 1 apunta hacia el beneplácito divino, no hacia una condición humana prevista. Pablo habla de predestinación conforme al puro afecto de su voluntad, de alabanza de la gloria de su gracia, de misterio de su voluntad, de propósito, de consejo. El peso del pasaje no cae en el hombre, sino en Dios.

“en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad,” Efesios 1:5, Reina-Valera 1960.

Según el puro afecto de su voluntad. Esta frase no nos invita a buscar una condición final en el hombre. Nos lleva al beneplácito de Dios. La adopción no se origina en nuestra previsibilidad espiritual, sino en su voluntad amorosa.

Pablo continúa:

“En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad,” Efesios 1:11, Reina-Valera 1960.

Todas las cosas según el consejo de su voluntad. Si Dios hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad, la salvación no puede ser la única gran realidad que depende finalmente del consejo autónomo del hombre. El hombre cree, sí. Pero cree porque Dios, conforme a su propósito, lo lleva a Cristo.

Refuerza Herman Bavinck que la elección no debe separarse de Cristo, sino entenderse como una elección en Él y para Él:

“Cristo es el centro de la elección.”

Herman Bavinck (1854–1921).

Esta frase nos protege de una elección abstracta. La elección no es una lista fría escondida en la eternidad. Es el amor del Padre dando un pueblo al Hijo, para que el Hijo lo redima y el Espíritu lo vivifique. En Cristo fuimos escogidos; por Cristo fuimos redimidos; hacia Cristo somos atraídos; para Cristo vivimos.

Presciencia: ¿simple previsión o amor previo?

Uno de los argumentos centrales de la elección condicional es la presciencia. Se dice: Dios eligió porque sabía de antemano quiénes creerían. Textos como Romanos 8:29 y 1 Pedro 1:2 son usados frecuentemente para sostener esta idea.

“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.” Romanos 8:29, Reina-Valera 1960.

“elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas.” 1 Pedro 1:2, Reina-Valera 1960.

La palabra presciencia puede incluir conocimiento anticipado, sin duda. Dios conoce todo. Dios conoce el futuro perfectamente. Pero en la Escritura, “conocer” muchas veces tiene un sentido relacional, electivo y amoroso. Cuando Dios dice de Israel: “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra”, no está diciendo que ignoraba la existencia de las demás naciones. Está hablando de una relación especial de pacto.

“A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por tanto, os castigaré por todas vuestras maldades.” Amós 3:2, Reina-Valera 1960.

Cuando Jesús dice a los falsos profesantes: “Nunca os conocí”, no quiere decir que no sabía quiénes eran. Quiere decir que nunca los reconoció como suyos en comunión salvadora.

“Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” Mateo 7:23, Reina-Valera 1960.

Por eso, cuando Pablo dice “a los que antes conocí”, no necesitamos entenderlo como “a los que previó que creerían por sí mismos”. Puede significar “a los que amó de antemano”, “a los que reconoció de antemano como suyos”, “a los que puso en relación de gracia antes del tiempo”. Y el texto no dice que Dios predestinó a los que antes vio creyendo; dice que a los que antes conocí, también predestinó.

La cadena de Romanos 8 no deja cabos sueltos:

“Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.” Romanos 8:30, Reina-Valera 1960.

Todos los predestinados son llamados, todos los llamados son justificados, todos los justificados son glorificados. La cadena no presenta una posibilidad incierta. Presenta una obra divina eficaz desde la predestinación hasta la glorificación. Si la elección dependiera finalmente de una fe contingente que Dios solo prevé, la cadena perdería su fuerza como consuelo. Pero Pablo la usa precisamente para fortalecer la seguridad del creyente.

Refuerza John Murray que la presciencia en Romanos 8 tiene un sentido personal y distintivo, no meramente informativo:

“La presciencia es amor distintivo.”

John Murray (1898–1975).

Dios no mira el futuro como un espectador que aprende qué hará el hombre. Dios conoce porque gobierna. Dios ama de antemano porque decidió amar. Dios predestina porque su propósito no depende de la inconstancia de la criatura.

Romanos 9: el texto que no se deja domesticar

Romanos 9 ha sido, por siglos, uno de los campos de batalla más importantes en esta doctrina. Muchos intentan suavizarlo diciendo que Pablo no habla de salvación individual, sino solo de naciones o privilegios históricos. Es cierto que en Romanos 9 aparecen elementos corporativos e históricos: Israel, los patriarcas, la descendencia, las promesas. Pero reducir el capítulo solo a privilegios nacionales no hace justicia al argumento de Pablo.

Pablo está tratando la angustia de que muchos israelitas no han recibido al Mesías. La pregunta de fondo es si la Palabra de Dios ha fallado. Su respuesta es que no todos los descendientes físicos de Israel son el verdadero Israel. Luego muestra que Dios siempre ha distinguido dentro de la descendencia visible: Isaac, no Ismael; Jacob, no Esaú. Y hace esta distinción antes de que los niños hicieran bien o mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciera.

El argumento culmina así:

“Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.” Romanos 9:16, Reina-Valera 1960.

No es del que quiere. No es del que corre. Es de Dios que tiene misericordia. Si Pablo quisiera enseñar elección condicionada finalmente en el querer humano previsto, esta frase sería extraña. Pero si quiere enseñar que la misericordia salvadora descansa en la voluntad soberana de Dios, la frase es transparente.

Pablo anticipa la objeción humana:

“Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad?” Romanos 9:19, Reina-Valera 1960.

Esta objeción no surge normalmente contra una elección basada en la fe prevista. Si Pablo estuviera enseñando que Dios elige porque prevé quién creerá por su libre respuesta, la objeción sería distinta. Pero la objeción aparece precisamente porque Pablo ha presentado una soberanía divina que hiere el orgullo humano. ¿Cómo puede Dios hallar culpa si su voluntad permanece? Pablo no responde reduciendo la soberanía. Responde recordando la condición de criatura del objeto.

“Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: Por qué me has hecho así?” Romanos 9:20, Reina-Valera 1960.

Esta respuesta no aplasta una pregunta honesta, pero sí humilla una acusación arrogante. Hay preguntas que nacen del deseo de entender, y Dios las trata con paciencia. Pero hay preguntas que nacen de querer sentar a Dios en el banquillo del acusado. Pablo no permite eso. El barro no juzga al alfarero.

Dabney observa que muchos intentan evadir Romanos 9 diciendo que Jacob y Esaú representan solo naciones. Pero responde que los patriarcas están unidos a sus posteridades y que Pablo trata realidades que afectan salvación y perdición, no meros privilegios externos. Su énfasis central es que la elección no descansa en el que quiere ni en el que corre.

Refuerza Robert L. Dabney que Romanos 9 se dirige contra la elección condicionada al querer humano:

“No depende del que quiere ni del que corre.”

*Robert L. Dabney (1820–1898), comentando
Romanos 9:16.*

El texto no permite que la voluntad humana se sienta en el trono final. La voluntad humana existe y responde, pero la misericordia de Dios reina antes, debajo y sobre esa respuesta.

Hechos 13:48 y los ordenados para vida eterna

Otro texto que aparece en los Cánones de Dort es Hechos 13:48:

“Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna.” Hechos 13:48, Reina-Valera 1960.

El texto no dice: “fueron ordenados para vida eterna todos los que creyeron”, aunque la fe ciertamente es el medio por el cual recibieron la salvación. Dice: creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna. El orden del lenguaje apunta a que la ordenación divina precede y explica la fe. La fe no aparece como causa del decreto, sino como fruto en el tiempo.

Esto no hace innecesaria la predicación. El texto ocurre precisamente en un contexto de predicación apostólica. Pablo y Bernabé anuncian la Palabra; algunos rechazan; los gentiles se alegran; y creen los ordenados para vida eterna. La elección no elimina el anuncio. Lo hace fructífero.

Aquí se rompe otra caricatura. Algunos dicen: “Si Dios ya escogió, ¿para qué predicar?”. Hechos 13 responde: porque Dios usa la predicación para llamar a los que ha ordenado para vida eterna. El predicador no sabe quiénes son. Por eso predica a todos. El evangelio se ofrece sinceramente a todos. Todo aquel que cree será salvo. Pero cuando alguien cree, la Escritura nos enseña a mirar detrás de la fe y adorar la gracia que lo ordenó para vida.

Los Cánones de Dort citan este texto para sostener que la elección no puede ser anulada, cambiada, revocada ni destruida. Si Dios ordena para vida eterna, su propósito permanece. No somos salvos por casualidad. No somos salvos porque la historia se le escapó de las manos a Dios. Somos salvos porque la misericordia eterna descendió al tiempo.

Una frase atraviesa el orgullo humano: la fe es el primer acto consciente del alma vivificada, pero no el primer acto de la salvación. Antes de mi fe estuvo la gracia eterna de Dios.

Juan 15:16: “No me elegisteis vosotros a mí”

Jesús dijo a sus discípulos:

“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé.” Juan 15:16, Reina-Valera 1960.

Este texto tiene un contexto particular: Jesús habla a sus discípulos y a su misión apostólica. Pero el principio revela algo del modo en que Cristo trata a los suyos. No fueron ellos quienes tuvieron la iniciativa final. Cristo los eligió. Cristo los puso para llevar fruto. La elección produce fruto; el fruto no produce la elección.

Este orden es vital. Muchos piensan: Dios me escogió porque vio que yo llevaría fruto. Jesús dice: yo os elegí y os puse para que llevéis fruto. El fruto es propósito y resultado, no causa. La santidad es necesaria, pero como fruto de la elección. Las buenas obras son necesarias, pero como camino preparado por Dios, no como fundamento de su decisión eterna.

Pablo dice algo similar:

“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.” Efesios 2:10, Reina-Valera 1960.

Fuimos creados en Cristo para buenas obras. Dios las preparó. Nosotros andamos en ellas. Otra vez, el orden es gracia antes que fruto. La elección no produce pasividad.

Produce obediencia. No produce descuido. Produce santidad. No produce orgullo. Produce gratitud.

Los Cánones de Dort advierten que la doctrina de la elección debe llevar a humillación, adoración, purificación y amor ardiente hacia Dios. También advierten contra quienes hablan vana y ligeramente de la elección sin desear andar en los caminos de los elegidos. Esa advertencia debe ser escuchada. La elección no es licencia para vivir carnalmente; es llamado a vivir como quien fue amado primero.

Dort lo expresa así:

“Los hijos de Dios toman mayor motivo para humillarse ante Él.”

Cánones de Dort (1619).

La elección bien entendida no infla. Dobla las rodillas. Si alguien usa la elección para sentirse superior, todavía no ha entendido lo que la elección le está diciendo: no había nada en ti que obligara a Dios a escogerte.

Spurgeon y el descubrimiento de que Dios estaba detrás de todo

Charles Spurgeon relata que nació arminiano, como todos por naturaleza, y que al comienzo pensaba que él había buscado al Señor por sí mismo. Pero luego comenzó a preguntarse: ¿cómo empecé a buscar? ¿Cómo empecé a orar? ¿Cómo empecé a leer las Escrituras? Y entonces vio que Dios estaba en el fondo de todo. Esa experiencia no reemplaza la Escritura, pero ilustra lo que muchos creyentes descubren cuando miran hacia atrás con ojos de gracia.

Refuerza Spurgeon:

“Yo atribuyo mi cambio enteramente a Dios.”

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

Esa frase resume la elección aplicada a la experiencia. Al principio, muchos creyentes dicen: “Yo busqué a Dios”. Luego aprenden a decir: “Lo busqué porque Él me buscó primero”. Al principio dicen: “Yo abrí mi corazón”. Luego entienden: “El Señor abrió mi corazón”. Al principio dicen: “Yo decidí”. Luego confiesan: “Dios obró en mí el querer”.

Spurgeon también dice algo que conecta directamente con la elección:

*“Si Dios no me hubiera elegido, yo nunca lo
habría elegido a Él.”*

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

Esta frase no nace de especulación fría. Nace de conocerse a sí mismo delante de Dios. Quien ha visto su propia depravación no imagina que su voluntad caída habría escogido a Cristo sin gracia. Quien conoce su corazón sabe que, si Dios lo hubiera dejado solo, habría seguido amando su pecado. La elección no es un problema para ese creyente; es su única explicación.

Spurgeon no niega que él vino a Cristo. Pero mirando más profundo, confiesa que Cristo puso su voluntad en él. Esta es la manera correcta de narrar la conversión. El hombre actúa, pero Dios inicia. El hombre cree, pero Dios concede. El hombre viene, pero el Padre trae. El hombre ama, pero Dios amó primero.

“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero.” 1 Juan 4:19, Reina-Valera 1960.

La prioridad del amor de Dios es el fundamento de toda respuesta humana. El amor del creyente es real, pero no primero. La fe es real, pero no primera. La decisión es real, pero no primera. Dios es primero.

La elección no es arbitrariedad

Una objeción común dice: “Si la elección no depende de la fe prevista, entonces Dios elige arbitrariamente”. Esta objeción parece fuerte, pero descansa en una suposición equivocada: que, si la razón no está en nosotros, entonces no hay razón. Pero esa conclusión no sigue. Dios puede tener razones santas, sabias y perfectas que no ha revelado. Que yo no conozca todas las razones de Dios no significa que Dios actúe sin razón.

Dabney responde a este punto con cuidado. Dice que no enseñamos que Dios no tenga razón para su elección. Eso sería impío. Dios es demasiado sabio y justo para actuar por capricho. La cuestión es que la razón no puede ser la previsión de méritos personales, porque todo mérito salvador en Jacob, o en cualquier creyente, es producido por la gracia posterior a la elección.

Refuerza Dabney:

“Dios tiene motivos razonables para cada uno de sus propósitos.”

Robert L. Dabney (1820–1898).

Esta frase protege la santidad de Dios. La elección no es capricho. La elección es misterio santo. Hay una diferencia

enorme entre misterio y arbitrariedad. Misterio significa que Dios sabe más que nosotros. Arbitrariedad significa ausencia de sabiduría. La Escritura enseña lo primero, no lo segundo.

Pablo no nos invita a resolver todos los secretos del consejo divino. Nos invita a adorar:

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” Romanos 11:33, Reina-Valera 1960.

Los juicios de Dios son incomprensibles, no injustos. Sus caminos son inescrutables, no torcidos. La elección nos lleva hasta una profundidad donde la criatura debe quitarse las sandalias. No todo lo que Dios sabe nos ha sido revelado. Pero lo revelado basta para confiar: Dios es justo, Dios es sabio, Dios es santo, Dios es misericordioso.

El lector que lucha con esta doctrina no necesita fingir que no siente tensión. La tensión existe porque somos criaturas mirando el océano desde la orilla. Pero la pregunta no es si mi mente puede agotar el misterio. La pregunta es si voy a someterme a la Escritura cuando la Escritura habla.

La elección no niega la responsabilidad humana

Otra objeción frecuente es: “Si Dios elige, entonces el hombre no es responsable”. Pero la Biblia nunca concluye eso. La Escritura enseña la elección soberana y la responsabilidad humana sin pedirnos permiso filosófico. El hombre que rechaza a Cristo es culpable porque rechaza voluntariamente la luz. No es un inocente que quería venir y fue impedido por Dios. Es un pecador que ama las tinieblas.

Jesús dijo:

“y no queréis venir a mí para que tengáis vida.” Juan 5:40, Reina-Valera 1960.

No queréis. Esa frase conserva la responsabilidad humana. El hombre no viene porque no quiere. Y no quiere porque su corazón está torcido. La elección no crea la incredulidad del incrédulo. La incredulidad brota de su propio corazón. Si Dios deja a un pecador en su pecado, no le hace injusticia. Le da lo que voluntariamente ama y justamente merece.

Pablo dice:

“Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: Por qué me has hecho así?” Romanos 9:20, Reina-Valera 1960.

La criatura no tiene derecho a acusar al Creador. Pero esta respuesta no elimina la responsabilidad. Romanos 9, 10 y 11 deben leerse juntos. Pablo defiende la soberanía de Dios en Romanos 9, llama a creer en Romanos 10 y muestra el misterio de los propósitos de Dios sobre Israel y los gentiles en Romanos 11. La soberanía no cancela el llamado. El llamado no cancela la soberanía.

“porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.” Romanos 10:13, Reina-Valera 1960.

Todo aquel. Esa promesa es sincera. No hay pecador que venga a Cristo y sea rechazado porque no estaba en una lista escondida. El que viene, viene porque fue dado al Hijo, y el Hijo no lo echa fuera. La puerta del evangelio se anuncia abierta: cree en Cristo y serás salvo. La doctrina de la elección explica por qué alguien entra; no prohíbe entrar a quien quiere venir.

Jesús une ambas verdades:

“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera.” Juan 6:37, Reina-Valera 1960.

El Padre da. El pecador viene. Cristo recibe. Si uno de estos elementos falta, no estamos oyendo a Jesús completo. La elección no debe ser usada para cerrar la invitación. La invitación no debe ser usada para negar la elección. Ambas salen de la boca del mismo Salvador.

La elección y la justicia de Dios

Muchos preguntan: “¿Es justo que Dios elija a algunos y no a todos?”. La pregunta toca fibras profundas. Pero debemos empezar donde empieza la Biblia: todos han pecado. Todos merecen juicio. Dios no debe salvación a nadie. Si Dios condenara justamente a toda la humanidad caída, no habría injusticia. La sorpresa bíblica no es que Dios no salve a todos; la sorpresa es que salve a alguno.

Pablo dice:

“por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios,” Romanos 3:23, Reina-Valera 1960.

Y también:

“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” Romanos 6:23, Reina-Valera 1960.

La muerte es paga. La vida eterna es dádiva. La paga se debe; la dádiva se entrega libremente. Nadie puede exigir gracia como salario. Si se exige, deja de ser gracia. Dios no está obligado a tener misericordia. Misericordia obligada no es misericordia. La elección no trata de Dios negando justicia a inocentes, sino de Dios mostrando misericordia a culpables.

Pablo anticipa la pregunta:

“¿Qué, pues, diremos? ¿Qué hay injusticia en Dios? En ninguna manera.” Romanos 9:14, Reina-Valera 1960.

La respuesta apostólica es clara: en ninguna manera. Luego cita a Dios diciendo:

“Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca.” Romanos 9:15, Reina-Valera 1960.

Dios tiene derecho a mostrar misericordia. Si el juez perdonara injustamente pasando por alto el pecado, habría problema. Pero Dios no perdona así. Perdona en Cristo, donde la justicia fue satisfecha. La elección no niega la justicia; descansa en una misericordia que será ejecutada justamente por medio de la obra del Hijo.

La cruz nos impide acusar a Dios de indiferencia o injusticia. Dios no salvó a los elegidos ignorando su pecado. Los salvó poniendo su pecado sobre Cristo. La elección no es un atajo alrededor de la justicia; es el propósito eterno que lleva al Calvario.

La elección y la fe prevista

Volvamos a la idea de la fe prevista. Muchos cristianos dicen: “Dios escogió a los que sabía que iban a creer”. Esta idea parece proteger algo valioso: la importancia de la fe. Pero la doctrina reformada no disminuye la fe. La coloca en el lugar correcto. La fe es necesaria como instrumento de salvación, pero no es la causa de la elección.

Pablo dice:

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios;” Efesios 2:8, Reina-Valera 1960.

Si la salvación por medio de la fe es don de Dios, entonces la fe salvadora no puede ser el aporte autónomo que Dios prevé como base de elección. Dios no nos elige porque prevé que

produciremos fe desde nosotros mismos. Nos elige para darnos fe mediante el llamamiento eficaz del Espíritu.

Hechos también dice:

“Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!” Hechos 11:18, Reina-Valera 1960.

Dios da arrepentimiento para vida. Si el arrepentimiento es dado, no puede ser la causa independiente que explica la elección. Pablo dice algo similar a Timoteo:

“que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad,” 2 Timoteo 2:25, Reina-Valera 1960.

Dios da arrepentimiento. Dios da fe. Dios abre el corazón. Entonces, cuando Dios prevé nuestra fe, prevé su propio regalo. La previsión de un regalo no convierte al receptor en causa del regalo.

Spurgeon lo dijo con agudeza al preguntarse qué pudo prever Cristo acerca de su fe. ¿Vio que él obtendría esa fe por sí mismo? Su respuesta fue no; ningún creyente puede decir que creyó en Jesús sin la ayuda del Espíritu Santo.

Refuerza Spurgeon:

*“No he conocido a ninguno que pudiera decir:
Yo creí sin la ayuda del Espíritu Santo.”*

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

Si todos los creyentes reconocen que la fe vino por la obra del Espíritu, entonces la elección basada en una fe autónoma

prevista pierde su fundamento. La fe existe porque Dios quiso salvar. No Dios quiso salvar porque la fe existía primero.

La elección y el amor eterno

La elección no es solo decreto; es amor eterno. Algunos hablan de elección como si fuera un mecanismo impersonal. La Escritura la presenta como una obra del Dios vivo, que ama, adopta, redime y guarda. Dios no eligió números. Eligió personas. No eligió masas sin rostro. Eligió un pueblo para su Hijo.

Jeremías registra estas palabras:

“Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia.”
Jeremías 31:3, Reina-Valera 1960.

Amor eterno. Antes de nuestra existencia, antes de nuestras obras, antes de nuestra fe, antes de nuestras caídas, antes de nuestras lágrimas, Dios amó a su pueblo. Este amor no es frágil. No nace en el tiempo como reacción a nuestra conducta. Es eterno, y por eso sostiene misericordia en el tiempo.

Spurgeon describió la elección como una fuente de ríos de misericordia. Aunque su lenguaje es poético, la idea es bíblica: todos los ríos de gracia en el tiempo nacen de la fuente eterna del amor de Dios. Si hoy creo, es porque fui amado. Si hoy oro, es porque fui atraído. Si hoy amo a Cristo, es porque Cristo me amó primero.

Esto no debe producir curiosidad malsana sobre los secretos de Dios. Debe producir adoración. Los Cánones de Dort advierten que la seguridad de la elección no se obtiene escudriñando curiosamente los misterios de Dios, sino mirando los frutos que la Palabra indica: fe verdadera en

Cristo, temor filial de Dios, tristeza por el pecado, hambre y sed de justicia.

Dort dice:

“Los elegidos son asegurados de esta elección eterna a su debido tiempo.”

Cánones de Dort (1619).

La seguridad no viene mirando a una lista escondida. Viene mirando a Cristo y viendo la obra de gracia que Él produce. El creyente no debe preguntarse primero: “¿Estoy en el decreto?”. Debe preguntarse: “¿Estoy en Cristo?”. Si estás en Cristo por fe verdadera, esa fe es fruto de una gracia que comenzó antes que tú.

La elección no destruye la evangelización

Otra preocupación común es que la elección destruya el evangelismo. Pero la Escritura y la historia dicen lo contrario. Pablo creyó en la elección y predicó incansablemente. Jesús enseñó que nadie puede venir si el Padre no lo trae, y aun así llamó a venir. Spurgeon defendió la elección y predicó con lágrimas a los pecadores. Carey creyó en la soberanía de Dios y fue impulsado a la misión.

Pablo escribe:

“Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna.” 2 Timoteo 2:10, Reina-Valera 1960.

Este texto es notable. Pablo no dice: “Como hay escogidos, no necesito sufrir”. Dice: sufro por amor de los escogidos, para que consigan la salvación. La elección no elimina medios; garantiza que los medios tendrán fruto. Los

escogidos deben oír el evangelio, creer, arrepentirse, ser discipulados, perseverar. Dios no solo ordena el fin; ordena también los medios.

La elección da esperanza al evangelismo porque nos dice que el éxito final no descansa en la habilidad humana. Si dependiera de nosotros, nadie sería salvo. Si dependiera de la voluntad caída, nadie vendría. Pero Dios tiene pueblo. Cristo tiene ovejas. El Espíritu abre corazones. Por eso predicamos con valentía.

Jesús dijo a Pablo en Corinto:

“Entonces el Señor dijo a Pablo en visión de noche: No temas, sino habla, y no calles; ¹⁰ porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad.” Hechos 18:9-10, Reina-Valera 1960.

“Yo tengo mucho pueblo en esta ciudad”. Esa fue la razón para seguir predicando, no para callar. Cristo tenía pueblo allí, aunque todavía no todos habían creído. La predicación sería el medio para llamarlos. La elección no duerme al evangelista; lo despierta. Hay muertos que vivirán cuando la voz de Cristo los llame por medio del evangelio.

Una frase nos devuelve la calma en la misión: no predicamos porque podamos dar vida, sino porque Dios da vida por medio de la predicación.

La elección y la humildad del creyente

Si una doctrina puede ser usada mal, la elección puede serlo. Hay quienes la toman como bandera de superioridad. Hablan de “los elegidos” con un tono que parece olvidar que la elección no se basó en nada digno en ellos. Esa actitud es una contradicción. La elección incondicional debería ser una de las doctrinas más humillantes del cristianismo.

Pablo pregunta:

¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe.” Romanos 3:27, Reina-Valera 1960.

La elección excluye la jactancia porque nos dice que la razón última de nuestra salvación no está en nosotros. Si fui escogido antes de hacer bien o mal, si fui escogido en Cristo antes de la fundación del mundo, si fui escogido no por obras sino por el que llama, entonces no tengo de qué presumir. La elección me deja con las manos vacías y los ojos levantados.

Dort enseña que la certeza de la elección da motivo para humillarse, adorar la profundidad de la misericordia de Dios, purificarse y amar ardientemente a quien nos amó primero. Ese es el fruto correcto. Si la elección no produce eso, el problema no está en la doctrina; está en el corazón que la usa mal.

La elección también produce compasión. Si yo no me salvé por ser mejor, no puedo mirar al incrédulo como si yo hubiera producido mi diferencia. Si Dios tuvo paciencia conmigo, debo ser paciente con otros. Si Dios venció mi resistencia, puedo orar por el resistente. Si Dios abrió mis ojos, puedo predicar con esperanza al ciego. La elección no debe endurecer el trato hacia otros; debe ablandarlo.

Refuerza John Newton, con su conocida sensibilidad hacia la gracia, que el creyente debe recordar de dónde fue sacado:

“No soy lo que debo ser, pero no soy lo que era.”

John Newton (1725–1807).

La elección no nos dice que ya somos todo lo que deberíamos. Nos dice que Dios comenzó una obra que no nació de nosotros y que no terminará abandonada a nosotros. Esa conciencia produce paciencia, gratitud y ternura.

La elección y el consuelo del creyente débil

La elección no solo humilla; consuela. Al creyente débil le dice que su salvación no nació de su fuerza. Al creyente que lucha con dudas le dice que Dios no improvisó su misericordia. Al que teme caer le dice que el Dios que escogió también llama, justifica y glorifica. Al que mira su pecado con tristeza le recuerda que la elección no se basó en una previsión de perfección humana, sino en gracia.

Pablo no presenta la predestinación en Romanos 8 como un tema para discusión fría. La presenta en un contexto de sufrimiento, debilidad, gemidos, esperanza e intercesión. Luego levanta la cadena de oro:

“Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.” Romanos 8:30, Reina-Valera 1960.

Luego pregunta:

“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” Romanos 8:31, Reina-Valera 1960.

La elección no es una piedra para lanzar; es una almohada para el alma cansada. Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Si Dios nos amó antes del tiempo, ¿nos soltará en el tiempo? Si Dios nos dio a su Hijo, ¿nos negará la gracia necesaria para llegar al final?

Pablo continúa:

“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica.” Romanos 8:33, Reina-Valera 1960.

Los escogidos de Dios pueden ser acusados por su conciencia, por el enemigo, por el mundo, por recuerdos dolorosos y por pecados reales. Pero Dios es el que justifica. La elección no niega la necesidad de arrepentimiento diario; niega que las acusaciones puedan destruir el propósito eterno de Dios en Cristo.

Spurgeon decía que cuando sabe que Dios salva con salvación eterna, justicia y amor eternos, entonces se maravilla de que una bendición así le haya sido otorgada. Esa maravilla es el tono correcto. La elección no es un mapa para mirar con orgullo a otros; es una carta de amor eterno que nos hace llorar de gratitud.

La elección y la santidad

Algunos temen que la elección produzca descuido moral. Pero Pablo enseña exactamente lo contrario:

“según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él,” Efesios 1:4, Reina-Valera 1960.

Fuimos escogidos para santidad. La elección no es solo rescate del infierno; es rescate del pecado. Dios no escogió a su pueblo para dejarlo igual. Lo escogió para hacerlo conforme a Cristo. Una persona que usa la elección como excusa para vivir en pecado está contradiciendo el propósito mismo de la elección.

Pedro también escribe:

“elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas.” 1 Pedro 1:2, Reina-Valera 1960.

Elegidos para obedecer. La obediencia no es causa meritoria de la elección, pero sí es fruto necesario. Dios no elige porque prevé obediencia autónoma; elige para producir obediencia por el Espíritu. El rociamiento con la sangre de Cristo y la santificación del Espíritu caminan juntos.

Los Cánones de Dort advierten contra quienes se jactan vana y ligeramente de la elección sin desear andar en los caminos de los elegidos. Esa advertencia es necesaria hoy. Hay una forma de hablar de gracia que no tiene gracia; una forma de hablar de elección que no tiene santidad; una forma de hablar de soberanía que no tiene reverencia. Eso no es fruto de entender la elección, sino de manipularla.

La elección verdadera produce hambre de justicia. Si Dios me escogió para ser santo, no puedo hacer paz con aquello de lo que fui rescatado. Si fui amado desde la eternidad, mi vida presenté debe aprender a responder con obediencia agradecida.

La elección y el arminianismo práctico

Más allá del arminianismo clásico, existe un arminianismo práctico que muchas veces no se reconoce como sistema. Aparece cuando el evangelio se presenta como si Dios estuviera esperando impotentemente la autorización final del hombre. Aparece cuando la seguridad descansa en “yo decidí” más que en “Dios me dio vida”. Aparece cuando se dice que Dios votó por ti, Satanás votó contra ti, y tú tienes el voto decisivo. Esa frase puede sonar llamativa, pero coloca al hombre en el trono de la salvación.

La elección incondicional rompe ese esquema. La salvación no es una elección democrática entre Dios, Satanás y el hombre. Dios no compite por votos. Dios reina. Cristo no

intenta salvar sin saber si logrará hacerlo. Cristo salva. El Espíritu no espera indefinidamente ante una puerta que el muerto debe abrir por sí mismo. El Espíritu da vida y abre el corazón.

Esto no significa que el llamado evangelístico deba desaparecer. Significa que debe ser reformado por la Escritura. No digamos al pecador que tiene el poder final. Digámosle que venga a Cristo. Digámosle que crea. Digámosle que se arrepienta. Digámosle que todo aquel que invoca el nombre del Señor será salvo. Pero mientras predicamos, oremos: Señor, abre el corazón. Señor, da vida. Señor, concede arrepentimiento. Señor, llama eficazmente.

La diferencia es profunda. El arminianismo práctico mira al pecador como quien tiene la llave final. La doctrina de la gracia mira al pecador como quien debe responder, pero cuya respuesta salvadora solo nacerá si Dios obra. Una predicación centrada en el hombre presiona. Una predicación centrada en la gracia llama, ruega y depende de Dios.

“Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.” Hechos 16:14, Reina-Valera 1960.

Pablo habló. Lidia oyó. El Señor abrió. Ese orden debería enseñar a todo predicador a confiar menos en la técnica y más en Dios.

La elección y el temor a que Dios no ame

Algunos rechazan la elección porque temen que disminuya el amor de Dios. Pero la elección no disminuye el amor; lo hace más profundo. La elección dice que Dios no esperó a que fuéramos dignos. Nos amó cuando no había nada amable en nosotros. Nos amó desde antes de la fundación del mundo.

Nos amó en Cristo. Nos amó con un amor que no se rinde ante nuestra muerte espiritual.

El arminiano suele temer que la elección incondicional haga que Dios parezca menos amoroso. Pero un amor que solo ofrece posibilidad y deja el resultado final en manos de muertos espirituales no es más consolador. Si Dios me ama solo dando una oportunidad que mi corazón caído siempre rechazaría, ¿dónde está mi esperanza? El amor soberano no solo ofrece; rescata. No solo llama externamente; trae. No solo mira desde lejos; desciende hasta el sepulcro.

Pablo dice:

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.” Romanos 5:8, Reina-Valera 1960.

El amor de Dios no esperó nuestra mejora. Cristo murió por pecadores. Y el propósito eterno de Dios aseguró que esa muerte no quedará como posibilidad vacía para su pueblo, sino como redención eficaz que será aplicada por el Espíritu.

La elección tampoco significa que no podamos decir a todo pecador que hay salvación en Cristo. El evangelio se anuncia sinceramente: cree en el Señor Jesucristo y serás salvo. Nadie que venga será echado fuera. La elección no debilita esa promesa. La sostiene, porque asegura que habrá quienes vengan.

Elección, misterio y adoración

Llegamos al borde del misterio. Hay preguntas que la Escritura responde, y hay preguntas que la Escritura no responde completamente. Dios nos revela que eligió por gracia, en Cristo, antes de la fundación del mundo. Nos revela que no fue por obras. Nos revela que no depende del que quiere ni del que corre. Nos revela que los que predestinó

serán glorificados. Nos revela que debemos predicar a todos y llamar a todos a creer. Nos revela que el hombre es responsable por su incredulidad. Nos revela que quien viene a Cristo no será echado fuera.

Pero no nos revela todo lo que quisiéramos saber sobre sus razones secretas. No nos invita a curiosear en lo que pertenece a Dios. Nos invita a recibir lo revelado con reverencia.

Moisés dijo:

“Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley.” Deuteronomio 29:29, Reina-Valera 1960.

Las cosas secretas pertenecen a Dios. Las reveladas son para nosotros. Esta frase debe guardar nuestros pasos. La elección no debe llevarnos a especular más allá de la Escritura. Tampoco debe llevarnos a negar lo que la Escritura sí dice porque nos incomoda. Humildad no es negar la doctrina; humildad es aceptarla dentro de los límites que Dios puso.

Dort enseña que esta doctrina debe exponerse con discernimiento, reverencia piadosa, sin investigación curiosa de los caminos del Altísimo, para honor del nombre de Dios y consuelo de su pueblo. Esa es la actitud correcta. No liviandad. No morbo. No dureza. Reverencia.

Una doctrina tan alta no debe ser sostenida con manos sucias de orgullo. Si vamos a tocar la elección, debemos hacerlo de rodillas.

Conclusión: escogidos para que toda la gloria sea de Dios

La elección incondicional nos enseña que la salvación comenzó en Dios. No comenzó en nuestra búsqueda, porque no buscábamos a Dios. No comenzó en nuestra fe, porque la fe fue don. No comenzó en nuestra santidad, porque fuimos escogidos para ser santos. No comenzó en nuestra perseverancia, porque Dios preserva a los suyos. No comenzó en nuestra voluntad, porque no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.

Esta doctrina no debe producir frialdad. Debe producir asombro. El creyente que entiende la elección no se levanta diciendo: “Yo soy mejor”. Se inclina diciendo: “¿Por qué a mí, Señor?”. No mira al perdido con desprecio. Lo mira con compasión, sabiendo que él mismo habría seguido perdido si Dios no lo hubiera llamado. No se encierra en la especulación. Predica, ora, ama, sirve, evangeliza y descansa.

La elección incondicional nos dice que Dios no improvisó nuestra salvación. Antes de que el mundo existiera, antes de que respiráramos, antes de que pecáramos conscientemente, antes de que pronunciáramos una oración, antes de que entiéramos una doctrina, Dios nos escogió en Cristo. Y en el tiempo, esa elección se manifestó cuando el evangelio llegó, el Espíritu abrió el corazón, la fe nació, Cristo fue abrazado y la vida comenzó.

Si alguien pregunta: “¿Cómo sé si soy elegido?”, no debe intentar subir al cielo para mirar los decretos secretos de Dios. Debe mirar a Cristo. ¿Has venido a Cristo? ¿Descansas en Él? ¿Lo recibes como tu única justicia? ¿Hay en ti tristeza por el pecado, hambre de santidad, deseo de obedecer, amor por el Salvador? Entonces mira esas señales no como mérito, sino como frutos de gracia. No son la raíz de la elección, pero sí pueden ser evidencias de que Dios ha obrado.

Y si todavía no vienes a Cristo, no uses la elección como excusa. La Escritura no te manda descifrar el decreto; te manda creer en el Hijo. Ven a Cristo. El que viene a Él no será echado fuera. Si vienes, descubrirás que detrás de tus pasos estaba la gracia eterna del Padre.

La elección incondicional deja al hombre sin jactancia y a Dios con toda la gloria. Nos dice que fuimos amados antes de amar. Buscados antes de buscar. Escogidos antes de escoger. Dados al Hijo antes de venir al Hijo. Guardados en el propósito de Dios antes de sentirnos seguros en nuestra propia conciencia.

Al final, el creyente aprende a cantar con una humildad que no nació de la carne:

No fui yo quien encendió la primera luz.

No fui yo quien abrió el primer camino.

No fui yo quien produjo el primer latido espiritual.

No fui yo quien hizo la diferencia.

Fue Dios.

“Porque de él, y por él, y en él, son todas las cosas. A él sea gloria por siglos. Amén.” Romanos 11:36, Reina-Valera 1960.

Citas y fuentes para este capítulo

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960.
- Tesis final, José Luis Calixto Avendaño Méndez, sección “Capítulo 2 Elección incondicional”.
- *Cánones de Dort*, primer punto de doctrina: “De la divina elección y reprobación”.
- Confesión de Fe de Westminster, capítulo 3: “Del decreto eterno de Dios”.
- Confesión Bautista de Londres de 1689, capítulo 3: “Del decreto de Dios”.
- Charles Haddon Spurgeon, *Una defensa del calvinismo*.
- Robert L. Dabney, *Los cinco puntos del calvinismo*.
- Brian Abasciano, *Los Cinco Puntos del Arminianismo: The FACTS of Salvation*.
- Jerald E. Rice, “La comprensión arminiano-wesleyana de la santidad en la vida cristiana”.
- Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, doctrina de la elección.
- Agustín de Hipona, escritos contra el pelagianismo y sobre la gracia.
- John Murray, *Redemption Accomplished and Applied* y comentarios sobre Romanos.
- Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*.
- Louis Berkhof, *Systematic Theology*.

- R. C. Sproul, enseñanzas sobre elección, predestinación y soberanía de Dios.
- Jonathan Edwards, escritos sobre la voluntad, la gracia y la gloria de Dios.
- John Newton, cartas e himnos sobre la gracia soberana.

Capítulo 9: Expiación Limitada

La redención particular y la cruz que realmente salva

La doctrina de la **Expiación Limitada** nos lleva al centro mismo de las doctrinas de la gracia, y más aún, al centro del evangelio: la muerte de Cristo. Hasta aquí hemos visto que el hombre está muerto en delitos y pecados, imposibilitado de venir a Dios por sí mismo. También hemos visto que Dios, desde la eternidad, escogió en Cristo a un pueblo, no por obras previstas, no por una fe autónoma anticipada, sino por el puro afecto de su voluntad. Ahora debemos preguntar: ¿qué hizo Cristo en la cruz? ¿Murió simplemente para hacer posible la salvación de todos, o murió para salvar eficazmente a los que el Padre le dio?

Esta pregunta no es secundaria. No estamos discutiendo una curiosidad teológica. Estamos hablando de la intención de la cruz, de la naturaleza de la redención, de la eficacia de la sangre de Cristo y de la justicia de Dios. Si Cristo murió por pecados concretos, ¿fueron realmente pagados? Si cargó la ira de Dios por alguien, ¿puede esa misma persona sufrir eternamente la misma ira por esos mismos pecados? Si Cristo es sustituto, ¿a quién sustituyó? Si Él compró con su sangre, ¿qué compró realmente? Si puso su vida por sus ovejas, ¿quiénes son esas ovejas?

Esta doctrina nos lleva inevitablemente al centro de las doctrinas y al centro mismo del evangelio, porque trata de la muerte de Cristo y de su sacrificio en la cruz. Allí se llega al clímax, al momento clave de la salvación del hombre. No es una discusión aislada, sino el punto donde las doctrinas anteriores se encuentran con la cruz. Si el hombre está perdido y sin esperanza de autosalvación, y si Dios escogió soberanamente a quienes salvar, entonces la obra de Cristo no puede ser entendida como una obra incierta, genérica o meramente potencial. Debe ser entendida como una expiación

completa, perfecta y eficaz por los pecados de aquellos que fueron elegidos desde la eternidad.

La expresión “expiación limitada” puede sonar débil o incluso incómoda. Pareciera decir que estamos reduciendo la cruz. Pero la doctrina no limita el valor de la muerte de Cristo. La muerte del Hijo de Dios tiene valor infinito, porque la persona que murió es infinita en dignidad. No hay pobreza en la sangre de Cristo. No hay escasez en su mérito. No hay insuficiencia en su obediencia. La pregunta no es si Cristo pudo haber salvado a más, si Dios así lo hubiese querido. La pregunta es a quiénes quiso salvar Cristo en la cruz, por quiénes intercedió, por quiénes se entregó, qué obtuvo con su sangre y a quiénes aplica eficazmente esa redención.

Por eso muchos prefieren llamar a esta doctrina **Redención Particular** o **Expiación Definida**. “Limitada” puede confundir, porque todos limitan la expiación en algún sentido. El arminiano clásico limita su eficacia: Cristo murió por todos, pero su muerte no salva efectivamente a todos. El reformado limita su intención salvífica particular: Cristo murió con el propósito cierto de salvar a su pueblo, y aquello que quiso hacer, lo hizo. La pregunta no es si habrá algún límite; la pregunta es dónde lo pone la Escritura. ¿En el poder de la cruz o en su diseño? ¿En la eficacia de Cristo o en la intención divina?

Dabney ayuda a aclarar esta distinción: el sacrificio de Cristo es uno, glorioso, indivisible, infinito e inagotable; pero la reconciliación efectiva se aplica a creyentes concretos. Dicho de otra forma: el valor de la cruz no es limitado; su aplicación redentora es particular. Cristo no derramó una sangre insuficiente. Derramó una sangre infinitamente suficiente, con una intención definida y eficaz.

Refuerza Robert L. Dabney:

*“El sacrificio de Cristo es uno: el único,
glorioso e indivisible acto del divino
Redentor.”*

Robert L. Dabney (1820–1898).

Esa frase nos protege de una caricatura. La redención particular no enseña que la cruz sea pequeña. Enseña que la cruz salva de verdad. No enseña que Cristo sea un Salvador limitado en poder. Enseña que Cristo es un Salvador eficaz en propósito. No enseña que la sangre de Cristo apenas alcance para algunos. Enseña que esa sangre compró realmente a su pueblo.

El problema: Dios no puede pasar por alto el pecado

La expiación nace de una necesidad moral y judicial. El hombre pecó. La humanidad cayó en Adán. La condenación alcanzó a todos los hombres. Dios no puede pasar por alto su justicia para perdonarnos. Cada transgresión tiene su justa retribución. El hombre debía morir bajo la ira de Dios. Pero Cristo, en sumisión voluntaria, fue llevado a la muerte de cruz. Allí sufrió la justicia de Dios en toda su expresión, fue tratado como pecador y obtuvo la salvación que como Salvador había determinado.

Dios no perdona negando su justicia. Dios no salva fingiendo que el pecado no ocurrió. Dios no mira la culpa humana y dice simplemente: “No importa”. Si Dios hiciera eso, dejaría de ser justo. La misericordia bíblica no consiste en Dios ignorando el pecado, sino en Dios castigando el pecado en Cristo para justificar justamente al creyente.

Pablo escribe:

“a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados,” Romanos 3:25, Reina-Valera 1960.

Cristo fue propuesto como propiciación. Esta palabra nos lleva al corazón de la cruz. La propiciación no es solo limpieza externa. Implica satisfacción de la justicia divina y apartamiento de la ira de Dios. El pecado merece ira santa, y Cristo la soporta por su pueblo. La cruz no es solo una demostración de amor; es el lugar donde el amor de Dios salva sin traicionar la justicia de Dios.

Pablo continúa:

“con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.” Romanos 3:26, Reina-Valera 1960.

Dios es justo y justificador. Esa unión solo es posible por la sustitución de Cristo. Si Dios justificara al impío sin satisfacción, sería injusto. Si Dios castigara al pecador sin misericordia, no habría salvación. En la cruz, Dios castiga el pecado y salva al pecador. La justicia no es suspendida; es satisfecha. La misericordia no es barata; fue comprada con sangre.

Aquí la expiación limitada adquiere fuerza. Si Cristo realmente fue propiciación por pecados concretos, entonces esos pecados fueron tratados judicialmente. Si realmente soportó la ira por su pueblo, su pueblo no puede quedar bajo la misma ira condenatoria. Si Cristo pagó la deuda, la deuda quedó pagada. Si el Fiador respondió por los suyos, Dios no volverá a exigir el mismo pago de aquellos por quienes Cristo fue fiador.

Una frase nos obliga a mirar la cruz con seriedad: o Cristo llevó mi condenación, o yo la llevaré; pero la justicia de Dios no cobra dos veces la misma deuda.

Adán, Cristo y la lógica de la representación

Romanos 5 muestra cómo por la transgresión de uno vino la condenación, y cómo por un acto de justicia viene la justificación. Pablo está trabajando con una lógica de representación. Adán representó a la humanidad caída; Cristo representa a su pueblo redimido. El primer Adán trajo condenación. El último Adán trae justicia y vida.

“Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida.” Romanos 5:18, Reina-Valera 1960.

Este texto suele ser usado para defender una universalidad absoluta de la expiación. Pero el contexto no enseña universalismo. No todos los seres humanos son finalmente justificados. Por tanto, debemos entender el paralelismo correctamente. En Adán, todos los representados por Adán caen bajo condenación. En Cristo, todos los representados por Cristo reciben justificación de vida. La pregunta es: ¿quiénes están en Cristo? La Escritura responde: los que le fueron dados por el Padre, los que creen, los que son llamados, los que son de sus ovejas, los que pertenecen a su iglesia.

Pablo dice:

“Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.” Romanos 5:19, Reina-Valera 1960.

Los muchos en Adán son constituidos pecadores. Los muchos en Cristo son constituidos justos. La obra de Cristo no es más débil que la obra de Adán. Si Adán realmente trajo condenación a los suyos, Cristo realmente trae justicia a los suyos. No hace posible una justicia que luego depende finalmente de una voluntad muerta; obtiene justicia para aquellos a quienes representa.

Esto fortalece la doctrina. Cristo no muere como representante abstracto de una humanidad que podría o no ser salva. Muere como cabeza del nuevo pacto. Muere por su pueblo. Muere por su esposa. Muere por sus ovejas. Muere por los hijos que el Padre le dio. Su obediencia no queda flotando en el aire, esperando que alguien le dé eficacia. Su obediencia asegura la justificación de los que están unidos a Él.

El antiguo pacto y la sombra de la expiación

El concepto de expiación no aparece por primera vez en el Nuevo Testamento. Viene cargado de historia bíblica, sacrificios, sangre, altar, sacerdote, propiciatorio y día de expiación. Dios preparó al pueblo para entender que el pecado requiere muerte, que la culpa necesita ser cubierta, que la ira debe ser apartada y que el acceso a Dios no se toma por iniciativa humana.

El término hebreo relacionado con expiar, *kaphar*, suele vincularse con cubrir, expiar, propiciar, pacificar. aparece muchas veces en el Antiguo Testamento, especialmente en contextos de sacrificio, y que en Levítico 16 aparece repetidamente en el gran Día de la Expiación. Allí, una vez al año, el sumo sacerdote entraba al Lugar Santísimo, no sin sangre, para hacer expiación por sí mismo y por el pueblo.

La ley establecía:

“Si su ofrenda fuere holocausto vacuno, macho sin defecto lo ofrecerá; de su voluntad lo ofrecerá a la puerta del tabernáculo de reunión delante de Jehová. ⁴ Y pondrá su mano sobre la cabeza del holocausto, y será aceptado para expiación suya.” Levítico 1:3-4, Reina-Valera 1960.

La imposición de manos no era un gesto vacío. Señalaba identificación, transferencia simbólica, sustitución. El animal inocente moría en lugar del culpable. La sangre era derramada. La vida era entregada. El pecador no se acercaba a Dios sin mediación, sin sangre, sin sacrificio. Todo el sistema gritaba una verdad que el hombre moderno no quiere escuchar: el pecado no se arregla con buenas intenciones; el pecado requiere satisfacción.

En Levítico 4, el sacerdote hacía con el novillo de la ofrenda por el pecado lo mismo que con el otro novillo, y así hacía expiación por el pueblo, y ellos eran perdonados.

“Y hará de aquel becerro como hizo con el becerro de la expiación; lo mismo hará de él; así hará el sacerdote expiación por ellos, y obtendrán perdón.” Levítico 4:20, Reina-Valera 1960.

La frase es sencilla y fuerte: hará expiación por ellos, y obtendrán perdón. La expiación no era un teatro sin efecto. En el marco del antiguo pacto, producía una limpieza ceremonial real, una cobertura determinada para el pueblo del pacto. Pero al mismo tiempo, esos sacrificios eran repetidos. Su repetición mostraba su insuficiencia definitiva. La sangre de animales no podía quitar finalmente el pecado. Era sombra, figura, anuncio, pedagogía.

En el arca del pacto, el propiciatorio era la cubierta donde se realizaba la propiciación anual. Dios decía:

“Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca

del testimonio, todo lo que yo te mandare para los hijos de Israel.” Éxodo 25:22, Reina-Valera 1960.

Aarón no podía entrar en cualquier tiempo detrás del velo, delante del propiciatorio, porque Dios aparecía allí en la nube.

“Y Jehová dijo a Moisés: Di a Aarón tu hermano, que no en todo tiempo entre en el santuario detrás del velo, delante del propiciatorio que está sobre el arca, para que no muera; porque yo apareceré en la nube sobre el propiciatorio.” Levítico 16:2, Reina-Valera 1960.

Aquí hay santidad, peligro, sangre y mediación. Nadie entra como quiere. Nadie se acerca por su propia dignidad. Nadie abre el velo por iniciativa humana. El acceso a Dios requiere expiación. El propiciatorio era el lugar donde la sangre era presentada ante Dios. Todo apuntaba a Cristo.

Hebreos mira hacia atrás y dice:

“y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio; de las cuales cosas no se puede ahora hablar en detalle.” Hebreos 9:5, Reina-Valera 1960.

Cristo es el cumplimiento. Él no solo trae sangre. Él trae su propia sangre. Él no entra en un santuario hecho por manos. Entra en el verdadero. Él no repite sacrificios. Se ofrece una vez para siempre. Él no cubre de manera provisional. Quita el pecado de su pueblo de forma definitiva.

La insuficiencia de los sacrificios antiguos y la perfección de Cristo

La repetición de los sacrificios antiguos mostraba que eran provisionales. Cada día, cada año, una y otra vez, se ofrecía sangre. El pueblo era educado en la gravedad del pecado, pero también en la esperanza de un sacrificio mejor. La sangre de animales señalaba hacia una sangre más preciosa.

El sacerdote humano señalaba hacia un sacerdote perfecto. El altar señalaba hacia la cruz. El día de expiación señalaba hacia el día en que Cristo diría: consumado es.

Hebreos enseña:

“Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan.” Hebreos 10:1, Reina-Valera 1960.

Y luego añade:

“porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados.” Hebreos 10:4, Reina-Valera 1960.

Los sacrificios antiguos no eran falsos; eran sombras. No eran inútiles; eran pedagógicos. No eran definitivos; eran preparatorios. Pero Cristo no vino a repetir la sombra. Vino a cumplirla. Él es el Cordero, el sacerdote, el altar, la sangre, el sacrificio y el acceso.

Hebreos declara:

“En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.” Hebreos 10:10, Reina-Valera 1960.

Una sola vez. Aquí hay fuerza doctrinal. Si la ofrenda de Cristo santifica a los suyos por una sola vez, entonces su sacrificio no es una posibilidad débil. Su sacrificio consigue lo que los sacrificios antiguos no podían conseguir. No abre simplemente una puerta incierta; obtiene una santificación real para el pueblo que representa.

Más adelante dice:

“porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.” Hebreos 10:14, Reina-Valera 1960.

Una sola ofrenda. Perfectos para siempre. Los santificados. La cruz no es un intento. La cruz no es un gesto incompleto. La cruz no es una obra esperando que el hombre la complete. La cruz es el sacrificio perfecto del Hijo de Dios, eficaz para todos aquellos por quienes fue ofrecido.

Aquí se levanta una pregunta que no puede esquivarse: si Cristo con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados, ¿son todos los seres humanos hechos perfectos para siempre? Si no, entonces la ofrenda, en su intención sacerdotal eficaz, tiene un pueblo determinado. No por falta de valor, sino por diseño redentor.

Cristo, propiciación por su sangre

Romanos 3:25 y en el término propiciación. Esto es clave. La cruz no solo expresa amor, ni solo revela injusticia humana, ni solo muestra solidaridad con el sufrimiento. La cruz es propiciatoria. Cristo absorbe la ira merecida por pecadores. Cristo satisface la justicia divina. Cristo se coloca en el lugar de los culpables para que ellos sean recibidos como justos.

1 Juan 2:2:

“Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.” 1 Juan 2:2, Reina-Valera 1960.

Este texto suele ser usado contra la expiación limitada. Debemos recibirlo con cuidado. Juan no está enseñando universalismo, porque no todos son finalmente salvos. Tampoco puede estar diciendo que Cristo propició de la misma manera los pecados de cada persona sin excepción, porque entonces la ira de Dios ya habría sido apartada judicialmente de todos, y nadie podría ser condenado justamente por pecados ya propiciados. Entonces, ¿qué significa?

En el contexto apostólico, “todo el mundo” muchas veces expande el alcance más allá de una comunidad inmediata. Cristo no es propiciación solo por los creyentes judíos, ni solo por un grupo local, ni solo por una nación, ni solo por nosotros en contraste con otros creyentes. Es el Salvador de personas de todo el mundo, de toda lengua, pueblo, tribu y nación. La redención particular no es redención tribal. No es pequeña. No está confinada a Israel ni a una etnia. Es particular en personas, universal en alcance de pueblos.

Juan mismo, en Apocalipsis, muestra el resultado:

“y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación;”
Apocalipsis 5:9, Reina-Valera 1960.

Cristo redimió con su sangre, no meramente hizo redimibles. Y los redimidos vienen de todo linaje, lengua, pueblo y nación. Ese es el “mundo” que la gracia alcanza: no todos sin excepción, sino todos sin distinción. No una raza solamente. No una clase social solamente. No un pueblo solamente. Cristo compró una multitud internacional, multiétnica, imposible de contar, pero determinada por Dios.

El Siervo sufriente verá linaje

Isaías 53 es uno de los textos más poderosos para la expiación definida. Los sacrificios del antiguo pacto señalaban a la ofrenda de Cristo en el Gólgota y que Isaías describe al Siervo como ofrenda de expiación. Allí el profeta no presenta una muerte sin resultado cierto. Presenta una muerte que produce fruto determinado.

“Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el

pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.” Isaías 53:10, Reina-Valera 1960.

Cuando ponga su vida en expiación, verá linaje. La voluntad de Jehová prosperará en su mano. La cruz no fracasa. El Siervo no muere intentando salvar sin saber si su muerte logrará algo. Él verá descendencia. Verá el fruto de su aflicción. Verá el pueblo por el cual fue quebrantado.

Isaías continúa:

“Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos.” Isaías 53:11, Reina-Valera 1960.

Justificará a muchos. Llevará las iniquidades de ellos. No solo ofrecerá una posibilidad a muchos. No solo hará disponible una justificación que puede quedar sin efecto. Justificará. Llevará. Verá. Será saciado. La satisfacción del Siervo depende de que su obra cumpla su propósito. El Cristo crucificado no será eternamente frustrado mirando una cruz que quiso salvar a todos de la misma manera, pero no consiguió salvar eficazmente a la mayoría. Verá el fruto de su obra y será saciado.

Esta es una frase que atraviesa la debilidad de la expiación meramente potencial: Cristo no murió para hacer salvables a sus ovejas; murió para salvarlas.

El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo

Juan el Bautista declaró:

“El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” Juan 1:29, Reina-Valera 1960.

Juan identifica a Cristo con el lenguaje sacrificial. Él es el Cordero de Dios. No es un mero maestro. No es solo profeta.

No es solo ejemplo moral. Es Cordero. Viene a quitar el pecado. Nuevamente debemos preguntar: ¿qué significa quitar? Si Cristo quita el pecado de cada ser humano sin excepción en el mismo sentido, entonces nadie permanece bajo culpa. Pero la Escritura enseña condenación para quienes permanecen en incredulidad. Por tanto, “mundo” no puede significar aquí salvación efectiva universal de cada individuo.

El sentido es que Cristo no es Cordero para Israel solamente. Es Cordero para el mundo. Su obra tiene alcance internacional, cósmico, no provincial. El pecado no será tratado por los sacrificios repetidos de Israel, sino por el Cordero definitivo enviado por Dios. Él quitará el pecado de su pueblo en todo el mundo.

Esto armoniza con las palabras del ángel a José:

“Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS,^[a] porque él salvará a su pueblo de sus pecados.” Mateo 1:21, Reina-Valera 1960.

No dice simplemente que intentará salvar a su pueblo. No dice que hará posible que su pueblo se salve si activa la obra. Dice: salvará a su pueblo de sus pecados. Cristo no solo abre una oportunidad; cumple una misión. El nombre Jesús está unido a una obra eficaz: Él salvará.

La redención particular no disminuye la gloria de Cristo como Cordero. La aumenta ante nuestros ojos, porque nos muestra que el Cordero realmente quita el pecado de los suyos. No deja el pecado apenas cubierto con una posibilidad. Lo quita. Lo carga. Lo paga. Lo remueve judicialmente.

“El buen pastor da su vida por las ovejas”

Jesús mismo habla de su muerte con un alcance particular:

*“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas.”
Juan 10:11, Reina-Valera 1960.*

Jesús da su vida voluntariamente por sus ovejas como ofrenda a Dios. Este texto es central. Cristo no dice simplemente que da su vida por las personas en abstracto. Dice: por las ovejas. Más adelante añade:

“así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas.” Juan 10:15, Reina-Valera 1960.

Luego habla a quienes no creen:

“pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho.” Juan 10:26, Reina-Valera 1960.

El orden es impresionante. No dice: “No sois mis ovejas porque no creéis”, aunque la incredulidad evidencia que no pertenecen a Él. Dice: “No creéis, porque no sois de mis ovejas”. Las ovejas oyen su voz. Las ovejas son conocidas por Él. Las ovejas reciben vida eterna. Las ovejas no perecerán jamás. Y por esas ovejas el Pastor pone su vida.

“y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.” Juan 10:28, Reina-Valera 1960.

Aquí la muerte de Cristo, el conocimiento de Cristo, la fe de las ovejas y la seguridad final están unidas. El Pastor muere por las ovejas. Las ovejas oyen su voz. El Pastor les da vida eterna. Nadie las arrebata. No hay aquí una cruz incierta, una voz impotente y una mano débil. Hay un Pastor eficaz.

Dort cita Juan 10 contra la idea de que el Padre ordenó al Hijo a la cruz sin un propósito cierto y determinado de salvar a alguien. Esa idea menosprecia la sabiduría del Padre y los méritos de Cristo. El Salvador dice: pongo mi vida por las ovejas. Él sabe por quién muere. Él conoce a los suyos. Él no derrama su sangre sin designio definido.

Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella

La iglesia no es el móvil de la salvación; Cristo es el móvil. Pero la iglesia es la obra visible de la expiación de Cristo. Los pecadores salvados por su sangre son reunidos en un cuerpo, una comunidad redimida. La cruz no produce individuos aislados que viven una espiritualidad privada. Cristo compra un pueblo.

Pablo dice a los ancianos de Éfeso:

“Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.” Hechos 20:28, Reina-Valera 1960.

La iglesia fue comprada con sangre. No meramente posibilitada. Comprada. La palabra tiene peso. Cristo no pagó un precio incierto. Compró. Adquirió. Ganó para sí a su pueblo. La iglesia existe porque Cristo derramó sangre eficazmente por ella.

Pablo usa el matrimonio como imagen:

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella,” Efesios 5:25, Reina-Valera 1960.

Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella. Hay particularidad de amor y particularidad de entrega. Luego Pablo explica el propósito:

“para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra,²⁷ a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.” Efesios 5:26-27, Reina-Valera 1960.

Cristo se entregó para santificarla, limpiarla y presentársela gloriosa. Su muerte tiene un propósito definido y ese propósito se cumple. La iglesia será presentada sin mancha. No porque ella sea fuerte, sino porque Cristo la compró y la purifica.

Aquí aparece una belleza profunda. La redención particular no es una doctrina fría acerca de límites. Es la historia de un Esposo que ama a su esposa, se entrega por ella, la lava, la embellece y la presenta gloriosa. Hay que decir que Cristo murió por su iglesia de manera especial no reduce el amor de Cristo; lo hace nupcial, determinado, fiel, eficaz.

La cruz y la sustitución penal

Cristo fue tratado como el más vil y despreciable pecador, que llevó el castigo y obtuvo salvación. Esta es la doctrina de la sustitución penal. Cristo no solo murió como mártir. No solo murió para conmovernos. No solo murió como ejemplo de entrega. Murió bajo la justicia de Dios, cargando culpa ajena, soportando la maldición que correspondía a su pueblo.

Pablo escribe:

“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.” 2 Corintios 5:21, Reina-Valera 1960.

Cristo no conoció pecado. No fue pecador en sí mismo. Pero fue hecho pecado por nosotros, es decir, tratado judicialmente como portador de culpa. ¿Para qué? Para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él. Hay doble imputación: nuestro pecado contado a Cristo, su justicia contada a nosotros. Si Cristo cargó el pecado de alguien y esa persona recibe su justicia, la salvación no queda incierta. La sustitución logra el intercambio.

Pablo dice también:

“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero),” Gálatas 3:13, Reina-Valera 1960.

Cristo nos redimió. No solo hizo posible redención. Nos redimió. Fue hecho maldición por nosotros. ¿Por quién es? Por aquellos que reciben la bendición de Abraham y la promesa del Espíritu mediante la fe. La cruz no es una maldición genérica sin resultado. Es una sustitución eficaz.

Si Cristo fue hecho maldición por una persona, esa persona no puede quedar finalmente bajo la maldición de la ley. Si Cristo fue hecho pecado por una persona, esa persona será hecha justicia de Dios en Él. Si Cristo redimió de la maldición, los redimidos no quedan en esclavitud condenatoria. La lógica de la sustitución penal exige eficacia.

Una expiación universal e igualmente intencionada para todos enfrenta una tensión grave: Cristo habría sido hecho maldición por personas que finalmente permanecen bajo maldición. Habría pagado por pecados que luego serán pagados otra vez por el pecador. Habría soportado condenación en lugar de quienes igualmente serán condenados. Esa tensión no es pequeña. Toca la justicia de Dios y la naturaleza de la sustitución.

El clamor de abandono y la ira absorbida

Cristo, perfecto y precioso sobre toda la creación, padece como malhechor. Allí clama como abandonado bajo la manifestación más terrible de la ira de Dios. Esta descripción debe conservar su peso. La cruz no fue una ceremonia simbólica. Fue juicio. Fue tinieblas. Fue abandono judicial. Fue maldición.

Mateo registra:

“Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena.” Mateo 27:45, Reina-Valera 1960.

Luego:

“Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Mateo 27:46, Reina-Valera 1960.

Estas palabras no deben ser leídas superficialmente. Cristo no dejó de ser amado por el Padre en su naturaleza divina. La Trinidad no se quebró. Pero en su oficio mediador, como sustituto cargando el pecado de su pueblo, Cristo experimentó el abandono judicial de Dios. El rostro de bendición se ocultó. La ira debida al pecado cayó sobre Él.

Esto fue doloroso y hermoso a la vez: doloroso porque Cristo fue condenado por nuestras rebeliones; hermoso porque por esa condenación se nos dio acceso a la vida eterna. En la cruz se muestra la gravedad de nuestro pecado y la profundidad del amor redentor. Si el pecado fuera leve, la cruz sería exagerada. Si Dios pudiera perdonar sin satisfacción, la cruz sería innecesaria. Pero la cruz fue necesaria porque la justicia de Dios es real.

Después del clamor, la creación misma parece testificar:

“Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron;⁵² y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron;” Mateo 27:51-52, Reina-Valera 1960.

El velo se rasga. El acceso queda abierto. El temblor anuncia que algo cósmico ha ocurrido. La muerte de Cristo no es una posibilidad religiosa más. Es el sacrificio definitivo del Hijo de Dios. Y si ese sacrificio abre acceso, lo abre para aquellos por quienes fue ofrecido.

La resurrección: la aceptación pública del sacrificio

La expiación no puede separarse de la resurrección. aunque Cristo fue considerado como herido de Dios en la cruz, en la resurrección fue declarado Hijo de Dios con poder. Después de soportar la pena justa por el pecado, Jesús resucitó como el justo en quien Dios halla contentamiento. La resurrección muestra que el sacrificio fue aceptado.

Pedro predica:

“A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.” Hechos 2:32, Reina-Valera 1960.

Y luego:

“Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.” Hechos 2:36, Reina-Valera 1960.

El crucificado es Señor y Cristo. La resurrección no solo es victoria sobre la muerte; es vindicación del Hijo, confirmación de su obra, declaración pública de que la justicia fue satisfecha. Cristo no quedó bajo maldición. Fue exaltado. El Padre recibió su sacrificio. El Mediador vive para interceder por aquellos por quienes murió.

Pablo conecta la resurrección con nuestra esperanza:

“y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera.” 1 Tesalonicenses 1:10, Reina-Valera 1960.

Nos libró de la ira venidera. Este verbo no suena potencial. Cristo libra. El creyente no espera la segunda venida con terror condenatorio, porque Cristo ya absorbió la ira que le correspondía. La expiación definida no mira solo al pasado de la cruz, sino al futuro del juicio. Quienes fueron cubiertos por

la sangre del Cordero no enfrentarán la ira como condenación.

El argumento arminiano de la expiación ilimitada

Ahora debemos considerar el contraste. El arminianismo clásico sostiene, en general, que Cristo murió por todos los seres humanos sin excepción, proveyendo expiación para todos, pero que la aplicación efectiva de esa expiación está condicionada a la fe. Brian Abasciano presenta esta postura afirmando que Dios ha provisto perdón y salvación para cada persona por medio de la muerte de Cristo, y cita textos como Juan 3:16, hebreos 2:9, 1 Juan 2:2, 1 Timoteo 2:4-6, Juan 1:29, 2 Corintios 5:14-15 y otros.

Debemos admitir que esta postura intenta proteger verdades bíblicas reales: el amor de Dios, la oferta sincera del evangelio, el llamado universal al arrepentimiento, la predicación a todas las naciones y el lenguaje amplio de textos como “mundo” y “todos”. No debemos responder con burla. La preocupación arminiana nace, muchas veces, del deseo de preservar la amplitud del evangelio. Pero desde la perspectiva reformada, el problema es que esta postura no logra explicar adecuadamente la eficacia de la cruz, la naturaleza de la sustitución y el propósito definido del Padre y del Hijo.

Si Cristo murió con la misma intención redentora por todos los hombres, entonces muchos por quienes murió serán finalmente condenados. Si Cristo pagó en el mismo sentido por los pecados de todos, entonces muchos pecados pagados volverán a ser castigados en los pecadores. Si Cristo propició en el mismo sentido la ira de Dios por todos, entonces la ira de Dios permanece sobre aquellos por quienes fue propiciada. Si Cristo redimió en el mismo sentido a todos, entonces muchos redimidos perecerán no redimidos.

El arminiano responde que la expiación es provista para todos, pero aplicada solo a quienes creen. El reformado responde que la aplicación por fe no se niega; lo que se niega es que Cristo haya muerto con el mismo diseño salvador por quienes finalmente no serán salvos. La fe misma fue comprada por Cristo para su pueblo. La cruz no solo compra perdón; compra el camino completo de salvación, incluyendo llamamiento, fe, arrepentimiento, justificación, santificación y glorificación.

Dort rechaza la idea de que Cristo no mereció para nadie de manera cierta la salvación y la fe por la cual esa satisfacción es apropiada. Esa postura, dice Dort, vuelve a traer un error pelagiano, porque deja el cumplimiento final pendiente de la libre voluntad del hombre.

Refuerza Dort:

“Cristo por su satisfacción no ha merecido para nadie, de un modo cierto, la salvación misma y la fe.”

Cánones de Dort (1619), reprobando este error.

El rechazo es doctrinalmente potente. La cruz no solo adquirió una posibilidad. Cristo mereció la salvación de su pueblo y también la fe por la cual esa salvación es recibida. Si la fe no fue comprada por Cristo, entonces queda como aporte decisivo del hombre. Si fue comprada, la gloria vuelve al Cordero.

“Mundo” y “todos”: amplitud sin universalismo

Los textos con “mundo” y “todos” deben tratarse con honestidad. No podemos simplemente ignorarlos. Juan 3:16

dice que Dios amó al mundo. Juan 1:29 llama a Cristo el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. 1 Juan 2:2 dice que Él es propiciación no solo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo. 1 Timoteo 2 habla de Dios queriendo que todos los hombres sean salvos y de Cristo dándose en rescate por todos.

La pregunta es si esos términos siempre significan cada individuo sin excepción. La respuesta bíblica es no. “Mundo” puede significar humanidad caída en general, no solo Israel, personas de todas las naciones, el orden humano rebelde, o el alcance internacional de la obra de Cristo. “Todos” puede significar todos sin distinción, todo tipo de personas, todos los grupos, no necesariamente todos sin excepción.

En 1 Timoteo 2, por ejemplo, Pablo manda orar por todos los hombres, y especifica por reyes y por todos los que están en eminencia. El punto parece ser que la iglesia no debe restringir su oración a una clase social o religiosa. Dios salva a todo tipo de personas: reyes, gobernantes, judíos, gentiles, pobres, ricos, esclavos, libres. Cristo es mediador no de un grupo étnico solamente, sino de hombres de toda clase y nación.

“Porque hay un Dios, asimismo un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre; el cual se dio a sí mismo en precio del rescate por todos, para testimonio en sus tiempos.” 1 Timoteo 2:5-6, Reina-Valera 1960.

El rescate por todos no debe leerse desconectado del propósito de Dios de reunir un pueblo de todas las naciones. Si “todos” significara cada individuo sin excepción en sentido redentor eficaz, entonces todos serían rescatados finalmente. Si no todos son salvos, debemos interpretar “todos” según el contexto. El rescate alcanza a todos los tipos de hombres, no solo a una nación.

Lo mismo ocurre con Juan 3:16:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna.” Juan 3:16, Reina-Valera 1960.

Este texto no dice que todos sin excepción serán salvos. Dice que todo aquel que cree no se perderá. La universalidad está en la oferta y en la ruptura de fronteras: no solo judíos, no solo una élite, no solo una nación. El mundo caído, rebelde, indigno, recibe la manifestación del amor de Dios en el envío del Hijo. Y todos los que creen reciben vida eterna. La pregunta sigue siendo: ¿por qué creen? Las doctrinas anteriores ya respondieron: porque el Padre los trae, porque son dados al Hijo, porque el Espíritu les da vida.

Suficiente para todos, eficaz para los elegidos

Una formulación clásica ayuda a ordenar el tema: la muerte de Cristo es **suficiente para todos, eficaz para los elegidos**. Esta frase no resuelve todo por sí sola, pero protege dos verdades. Primero, el valor de la muerte de Cristo es infinito. Segundo, su propósito salvador eficaz se dirige a aquellos que el Padre dio al Hijo.

Dabney insiste en que debemos librarnos del error de imaginar la expiación como una bolsa de monedas que se reparte entre pobres, de manera que, si hay más pobres, la bolsa se vacía. La expiación no funciona así. Es un acto indivisible de Dios. Su valor no se mide por número de beneficiarios. Si Dios hubiera querido salvar a todos, el sacrificio de Cristo habría sido suficiente para todos. Pero el diseño de Dios fue salvar eficazmente a su pueblo.

Refuerza Dabney:

“Aunque la expiación es infinita, la redención es particular.”

Robert L. Dabney (1820–1898).

Esta frase expresa la distinción correcta. No estamos diciendo que Cristo sea pequeño. Estamos diciendo que su redención tiene nombre, rostro, pueblo, iglesia, ovejas, esposa. La sangre de Cristo no es una sustancia impersonal disponible como mercancía religiosa. Es la sangre del pacto, derramada por muchos para remisión de pecados.

Jesús dijo:

“porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.” Mateo 26:28, Reina-Valera 1960.

Por muchos. Para remisión. La sangre del nuevo pacto no solo ofrece remisión posible; asegura remisión para los muchos por quienes se derrama. En la Cena del Señor, la iglesia no celebra una posibilidad incierta. Celebra una redención lograda.

Juan 17: la intercesión particular del Mediador

La obra sacerdotal de Cristo incluye sacrificio e intercesión. No debemos separar lo que Dios unió. Cristo muere como sacerdote y vive para interceder. La pregunta es: ¿por quién intercede de manera sacerdotal? En Juan 17, Jesús ora de forma particular por los que el Padre le dio.

“Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son,” Juan 17:9, Reina-Valera 1960.

Estas palabras son claras. Jesús distingue entre el mundo y los que el Padre le dio. Ruega por los suyos. Esto no significa

que Jesús nunca manifieste compasión hacia el mundo ni que el evangelio no deba ser predicado a todos. Significa que su intercesión sacerdotal particular está dirigida a aquellos que el Padre le entregó.

Más adelante ora:

“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.” Juan 17:24, Reina-Valera 1960.

La intercesión de Cristo no falla. Lo que el Hijo pide al Padre conforme al pacto redentor, lo recibe. Si Cristo intercede particularmente por los que el Padre le dio, y si su sacrificio e intercesión son dos aspectos de su sacerdocio, entonces su muerte tiene el mismo enfoque sacerdotal: los suyos.

Hebreos dice:

“por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.” Hebreos 7:25, Reina-Valera 1960.

Salvar eternamente. Interceder por ellos. Los que se acercan por Él son salvados completamente porque el sacerdote vive. La cruz y la intercesión no son desconectadas. Cristo no muere por todos de la misma manera y luego intercede solo por algunos. Su sacerdocio tiene unidad. Se ofrece por su pueblo e intercede por su pueblo.

Cristo no fracasa como Salvador

Si la salvación fuera universal en intención igualitaria, tendríamos a un Dios fracasado, porque muchos se han ido a la eternidad sin interés por Dios, hacia condenación. Si Cristo murió por un número determinado de personas, entonces Cristo pagó la deuda de los salvados, la deuda de los

rescatados. La ley quebrantada quedó satisfecha en razón de la obra del Fiador.

Esta afirmación debe decirse con reverencia, pero también con claridad. La muerte de Cristo no puede ser tratada como un fracaso parcial. Si Cristo quiso salvar a todos por igual en la cruz y la mayoría no será salva, entonces su intención salvífica fue frustrada en millones. Pero la Escritura no presenta al Hijo como un Salvador frustrado. Presenta al Hijo como quien cumple la voluntad del Padre.

Jesús dijo:

“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera.” Juan 6:37, Reina-Valera 1960.

Y añade:

“Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero.” Juan 6:39, Reina-Valera 1960.

Todo lo que el Padre da vendrá. Nada de lo dado será perdido. Cristo lo resucitará en el día postrero. Esta es misión cumplida, no intención frustrada. La redención particular está sostenida por la unidad entre el Padre y el Hijo: el Padre da un pueblo, el Hijo recibe y guarda a ese pueblo, el Espíritu aplica la obra en el tiempo.

Una cruz que solo hace posible salvación puede ser finalmente rechazada por todos. Una cruz que redime eficazmente garantiza una multitud que nadie puede contar. La primera deja el resultado último en manos de la voluntad caída. La segunda deja la gloria en manos del Cordero.

La expiación y la iglesia visible en el tiempo

Cristo no murió para producir una salvación meramente individualista. Murió por pecadores que luego serían reunidos

como iglesia. Esta iglesia no se define por fronteras nacionales, estatus económico, etnia, color de piel o clase social, sino por la obra de Dios reflejada en los salvados.

Pablo escribe:

“Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación,” Efesios 2:14, Reina-Valera 1960.

La cruz no solo perdona individuos; crea un pueblo reconciliado. Judíos y gentiles, antes separados, son unidos en Cristo. La sangre de Cristo derriba paredes que la carne jamás podría derribar. La iglesia no nace primero del acuerdo humano, sino de la obra expiatoria de Cristo aplicada por el Espíritu.

Más adelante Pablo dice:

“y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades.” Efesios 2:16, Reina-Valera 1960.

Por la cruz. En un mismo cuerpo. Matando enemistades. La expiación definida tiene un resultado visible: la iglesia. No una iglesia limitada a un país, cultura o temperamento, sino una comunidad comprada por sangre. La unidad cristiana no nace de afinidades naturales, sino de redención. Personas que nunca se habrían escogido naturalmente son hechas familia porque fueron compradas por el mismo Cordero.

Esto también da fuerza práctica a la doctrina. Si Cristo compró a la iglesia con su sangre, no puedo tratar la iglesia como accesorio. No puedo amar la doctrina de la expiación y despreciar el pueblo que esa expiación compró. No puedo decir que Cristo murió por su esposa y vivir indiferente a la esposa. La redención particular produce comunión particular.

La objeción emocional: “¿Y mis familiares?”

¿son todos salvos? ¿Quiénes serán salvos? ¿Mis familiares serán salvos? Estas preguntas no son frías. Nacen del amor, del temor y del dolor. Hablar de expiación limitada puede tocar una herida profunda cuando pensamos en seres queridos. Por eso debemos hablar con verdad, pero también con ternura.

La doctrina no nos autoriza a mirar a nadie como imposible de salvar. No sabemos quiénes son los elegidos. No conocemos los decretos secretos de Dios. Sabemos que Cristo salva eficazmente a su pueblo y que el evangelio debe ser predicado a todos. Por tanto, oramos por nuestros familiares, les hablamos de Cristo, les mostramos el evangelio, y descansamos en que Dios salva de verdad.

La expiación definida no reduce nuestra esperanza evangelística. La aumenta. Si la salvación dependiera finalmente de la voluntad caída de nuestros seres queridos, estaríamos sin esperanza. Pero si Cristo compró a los suyos y el Espíritu aplica eficazmente esa redención, entonces podemos orar aun por los más duros. Nadie es demasiado muerto para el que resucita muertos. Nadie es demasiado rebelde para el que conquistó a Saulo de Tarso.

Pablo dice:

“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.” 1 Timoteo 1:15, Reina-Valera 1960.

Cristo vino a salvar pecadores. No a salvar personas fáciles. No a salvar corazones casi vivos. No a salvar voluntades naturalmente dispuestas. Pecadores. La redención particular no dice que Cristo salva a pocos porque su sangre es débil.

Dice que salva eficazmente a todos los que el Padre le dio, incluso cuando para nosotros parecían imposibles.

El alcance misionero de la redención particular

Algunos piensan que esta doctrina debilita la misión. Pero Apocalipsis 5:9 muestra lo contrario: Cristo compró con su sangre personas de todo linaje, lengua, pueblo y nación. Eso significa que la misión no es incierta. Hay redimidos en las naciones. El evangelio debe ir hasta los confines de la tierra porque el Cordero compró un pueblo internacional.

Jesús dijo:

“Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.” Mateo 24:14, Reina-Valera 1960.

La predicación universal es el medio por el cual Dios llama a los redimidos. No sabemos quiénes son; predicamos a todos. No manipulamos; anunciamos. No confiamos en técnica; confiamos en el Espíritu. No limitamos el llamado; proclamamos a Cristo libremente. Todo pecador que cree será salvo. Y todo pecador que cree descubrirá que su fe fue comprada por el mismo Cristo que murió por él.

La redención particular da seguridad a la misión: Cristo recibirá la recompensa de su sufrimiento. El Cordero tendrá su pueblo. La sangre no fue derramada en vano. Las naciones no son terreno neutral donde quizás algo ocurra. Son el campo donde el Pastor llama a sus ovejas por medio de la voz del evangelio.

Cristo, nuestra Pascua

“Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros.” 1 Corintios 5:7, Reina-Valera 1960.

Cristo es nuestra Pascua. En Éxodo, la sangre del cordero pascual no fue puesta en cada casa egipcia, sino en las casas del pueblo del pacto. Donde había sangre, había protección del juicio. El cordero moría, y los primogénitos vivían. La sangre distinguía, protegía, cubría. La Pascua no era una posibilidad universal sin aplicación. Era sustitución concreta.

Cristo cumple esa figura. Él es el Cordero pascual definitivo. Su sangre protege del juicio a todos aquellos por quienes fue derramada y aplicada. No hay condenación para los que están en Cristo Jesús, porque la sangre del Cordero ya respondió por ellos.

Pablo dice:

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.” Romanos 8:1, Reina-Valera 1960.

Ninguna condenación. Esta frase solo puede sostenerse porque hubo condenación en otro lugar. Cristo fue condenado por nosotros. Cristo cargó nuestra maldición. Cristo fue nuestra Pascua. Y por eso la muerte no pasa sobre nosotros como juicio final.

La sangre preciosa del Cordero

Pedro escribe:

“sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata,¹⁹ sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación,” 1 Pedro 1:18-19, Reina-Valera 1960.

Pedro aplica a Cristo la imagen del cordero y habla de su sangre preciosa. No fuimos rescatados con oro o plata. La redención tiene precio, y el precio fue sangre. Pero no

cualquier sangre: sangre preciosa, sangre de Cristo, Cordero sin mancha.

Rescatar significa liberar mediante pago. Si Cristo pagó el rescate, los rescatados son liberados. La redención bíblica no es un cupón que puede usarse o perderse según la voluntad final del cautivo. Es una compra efectiva. El esclavo no se rescata a sí mismo. El precio lo paga otro.

Aquí la doctrina golpea el corazón: no pertenezco a Cristo porque me hice digno de ser comprado; pertenezco a Cristo porque Él pagó por mí cuando yo no podía comprarme ni con todas mis obras.

Pablo dice:

“Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.” 1 Corintios 6:20, Reina-Valera 1960.

Comprados por precio. Esa compra produce pertenencia. La redención particular no solo responde una pregunta doctrinal; define identidad. Si Cristo me compró, ya no soy mío. Si su sangre pagó por mí, mi cuerpo y mi espíritu pertenecen a Dios. La expiación produce santidad.

La cruz no solo ofrece: obtiene

El corazón de esta doctrina puede resumirse así: la cruz no solo ofrece salvación, la obtiene. Cristo no solo abrió la posibilidad de que alguien sea salvo; aseguró la salvación de su pueblo. Compró su perdón, su fe, su arrepentimiento, su adopción, su santificación y su perseverancia. La obra de Cristo no es separable de la aplicación del Espíritu. Lo que el

Hijo compró, el Espíritu aplica. Lo que el Padre planeó, el Hijo ejecutó y el Espíritu hace efectivo.

Los Cánones de Dort enseñan que Dios quiso que Cristo, por la sangre de su cruz, salvase eficazmente de entre todos los pueblos, tribus, linajes y lenguas a todos aquellos, y únicamente aquellos, que desde la eternidad fueron escogidos para salvación. Esta frase une elección, cruz y aplicación. No hay contradicción entre el decreto del Padre, la muerte del Hijo y la obra del Espíritu.

Refuerza Dort:

“Dios quiso que Cristo, por la sangre de su cruz, salvase eficazmente.”

Cánones de Dort (1619).

La palabra clave es eficazmente. La cruz hace lo que Dios quiso que hiciera. No se queda corta. No depende de que la voluntad caída complete lo que el Hijo dejó pendiente. Cristo compró la salvación de su pueblo y el Espíritu la aplica en el tiempo.

Por eso la expiación limitada no es una doctrina que reduzca la cruz. Es una doctrina que se niega a reducirla a posibilidad. Una posibilidad no salva. Una oferta rechazada no redime. Una sangre que no logra liberar no puede llamarse rescate en sentido pleno. Pero Cristo sí salva. Cristo sí redime. Cristo sí compra. Cristo sí propicia. Cristo sí reconcilia. Cristo sí justifica.

Conclusión: la cruz con nombre y propósito

La expiación limitada no pregunta si la sangre de Cristo tiene valor suficiente para salvar a todos. Lo tiene. La pregunta es

si Dios quiso, por medio de esa sangre, salvar eficazmente a un pueblo determinado. La Escritura responde que Cristo dio su vida por sus ovejas, amó a la iglesia y se entregó por ella, compró con su sangre a personas de todo linaje y lengua y pueblo y nación, fue hecho pecado por nosotros, fue hecho maldición por nosotros, y con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.

Esta doctrina está en el centro del evangelio. Cristo no murió como un símbolo. No murió como un intento. No murió como una posibilidad vacía. Murió cargando la ira de Dios, satisfaciendo la justicia divina, cumpliendo las sombras del Antiguo Testamento, abriendo el acceso al Padre, comprando la iglesia, redimiendo a su pueblo y asegurando la salvación de los que el Padre le dio.

Si la cruz fuera solo posibilidad, nuestra esperanza seguiría descansando en algún punto de nosotros. Pero si la cruz es redención lograda, entonces el creyente puede descansar. Mi salvación no pende de una obra incompleta. No descansa en mi capacidad de activar la sangre. No depende finalmente de mi fuerza. Descansa en Cristo crucificado y resucitado.

El Cordero fue inmolado, y su sangre compró un pueblo.

El Pastor puso su vida, y sus ovejas vivirán.

El Esposo se entregó, y su iglesia será presentada gloriosa.

El Fiador pagó, y la deuda no volverá a reclamarse a los redimidos.

El Siervo sufrió, y verá linaje.

Cristo no será un Salvador frustrado.

Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho.

“Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos.” Isaías 53:11, Reina-Valera 1960.

Citas y fuentes para este capítulo

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960.
- Tesis final, José Luis Calixto Avendaño Méndez, sección “Capítulo 3 Expiación limitada”, especialmente 3.1, 3.2, 3.2.1 y 3.2.2.
- *Cánones de Dort*, segundo punto de doctrina: “De la muerte de Cristo y la redención de los hombres por ella”.
- Robert L. Dabney, *Los cinco puntos del calvinismo*, sección “Redención particular”.
- Charles Haddon Spurgeon, *Una defensa del calvinismo*.
- Brian Abasciano, *Los Cinco Puntos del Arminianismo: The FACTS of Salvation*, sección “Expiación ilimitada”.
- Confesión de Fe de Westminster, capítulo 8: “De Cristo el Mediador”.
- Confesión Bautista de Londres de 1689, capítulo 8: “De Cristo el Mediador”.
- Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, doctrina de la obra mediadora de Cristo.
- John Owen, *The Death of Death in the Death of Christ*.
- John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*.
- Louis Berkhof, *Systematic Theology*, sección sobre la expiación.
- Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*, doctrina de la obra de Cristo.

- R. C. Sproul, enseñanzas sobre la expiación definida y la sustitución penal.

Capítulo 10: Gracia Irresistible

El llamamiento eficaz de Dios

La doctrina de la **Gracia Irresistible**, también conocida como **Llamamiento Eficaz**, es una de las más hermosas de las doctrinas de la gracia. No porque sea fácil de aceptar al primer oído, ni porque no tenga dificultades para quien ha sido formado en un lenguaje centrado en la decisión humana, sino porque nos muestra a Dios actuando con misericordia sobre un hombre muerto, incapaz, resistente y ciego. Nos muestra a Dios no solo ofreciendo salvación desde lejos, sino entrando hasta lo más profundo del corazón para dar vida donde no había vida.

Esta doctrina nos permite ver el amor de un Dios soberano, misericordioso, justo, tardo para la ira, grande en amor y santo, mirando a un hombre muerto, incapaz de escogerlo libremente por su propia decisión humana, y extendiendo su brazo de misericordia hacia una humanidad que va camino a la perdición. Dios llama irresistiblemente a aquellos que Él salvaría. No hay nada más grande ni más potente que un Dios que llama al hombre. Eso abate cualquier muestra de orgullo. Si alguien es atraído por otro, ¿qué mérito tiene? Ninguno.

Esta doctrina no nació de la literatura humanista, ni de un intento filosófico por forzar un sistema sobre la Biblia. Tiene sus pies firmemente plantados en la Escritura. Si Sola Escritura ha sido el fundamento de este camino, entonces debemos dejar que los textos bíblicos nos enseñen qué ocurre cuando Dios llama. No basta decir: “Yo creo que el hombre debe decidir”. La pregunta es: ¿qué dice la Biblia sobre la condición del hombre y sobre la eficacia del llamado de Dios? ¿Qué ocurre cuando Dios llama según su propósito? ¿Puede el muerto producir vida? ¿Puede el ciego darse vista? ¿Puede el corazón de piedra convertirse a sí mismo en corazón de carne?

La gracia irresistible no significa que el hombre jamás resiste el evangelio en ningún sentido. La Escritura muestra a hombres resistiendo la predicación, rechazando profetas, endureciendo su cerviz, despreciando la Palabra y entristeciendo al Espíritu. La doctrina no niega esa resistencia. Lo que afirma es más preciso: cuando Dios decide aplicar eficazmente la salvación comprada por Cristo a uno de sus elegidos, esa obra interna del Espíritu no fracasa. Dios no se limita a aconsejar externamente al muerto. Dios le da vida. No solo golpea la puerta de un corazón cerrado. Abre el corazón. No solo muestra la belleza de Cristo desde afuera. Da ojos para ver esa belleza.

Aquí debemos distinguir entre el **llamamiento externo** y el **llamamiento interno**. El llamamiento externo ocurre cuando el evangelio es predicado, leído, anunciado o explicado. Muchos lo oyen. Algunos lo rechazan inmediatamente. Otros se emocionan. Otros entienden intelectualmente. Otros sienten culpa por un tiempo. Otros se acercan a una iglesia, cambian ciertas conductas o admiran la doctrina. Pero ese llamamiento externo, por sí solo, no salva. Para que haya conversión verdadera debe ocurrir una obra interna, soberana y vivificadora del Espíritu Santo. El mensaje debe llegar no solo al oído, sino al corazón. Y el corazón no se abre a sí mismo. Dios lo abre.

Una frase nos deja sin corona: no fue mi oído el que dio vida al mensaje; fue Dios quien abrió el corazón para que el mensaje cobrara vida en mí.

La cadena de oro de la salvación

El texto más importante para comenzar es Romanos 8:30. Aquí Pablo une predestinación, llamamiento, justificación y glorificación en una cadena indivisible. No está hablando de una posibilidad general, sino de una obra divina eficaz.

“Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.” Romanos 8:30, Reina-Valera 1960.

Este versículo debe ser leído lentamente. Los mismos que Dios predestinó son los que llama. Los mismos que llama son los que justifica. Los mismos que justifica son los que glorifica. No hay pérdidas en la cadena. No hay un grupo predestinado que nunca sea llamado. No hay un grupo llamado en este sentido que no sea justificado. No hay un grupo justificado que no sea glorificado. El llamado de Romanos 8:30 no puede ser solo el llamamiento externo, porque muchos oyen externamente el evangelio y no son justificados. Este llamado es eficaz. Es el llamado por el cual Dios trae a los suyos a Cristo de tal manera que llegan a la justificación.

Tenemos al único Dios tomando la iniciativa en nuestra salvación. El hombre, en el asunto de la regeneración, no es quien inicia la vida. Dios llama conforme a su propio propósito. Él predestina, Él llama, Él justifica y Él glorifica. En esa cadena no aparece el hombre como causa de su nuevo nacimiento, sino como receptor de una obra que lo alcanza, lo transforma y lo lleva a Cristo.

Los Cánones de Dort, al responder a quienes rompían esta cadena, afirman que separar una elección para fe de una elección para salvación destruye esta cadena de oro. No se puede decir que Dios eligió a algunos solo para una posibilidad o para un llamado que puede quedar sin efecto final. En la Escritura, los predestinados son llamados, y los llamados son justificados.

Refuerzan los Cánones de Dort que la cadena de Romanos 8:30 no puede ser destruida por una gracia incierta:

“Se destruye esta cadena de oro de nuestra salvación.”

Cánones de Dort (1619).

Esta frase es doctrinalmente poderosa. La salvación no es una cadena de barro donde cada eslabón depende finalmente de la voluntad caída. Es una cadena de oro forjada por Dios. El que predestinó, llama. El que llama, justifica. El que justifica, glorifica. El creyente puede temblar, pero la cadena no tiembla. Puede no entender todos los misterios, pero la obra de Dios permanece.

Llamados conforme a su propósito

Romanos 8 no solo dice que Dios llama. Dice que llama conforme a su propósito. Un poco antes, Pablo escribe:

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.”
Romanos 8:28, Reina-Valera 1960.

Los creyentes son descritos como aquellos que aman a Dios y, al mismo tiempo, como aquellos que son llamados conforme a su propósito. El amor del creyente es real, pero no es la primera causa. Amamos porque fuimos llamados. Respondemos porque Dios actuó. El propósito no nace en nosotros; nace en Dios.

El llamado no es fortuito, no es un llamado para perecer, sino un llamado para ser salvados, santificados y llevados a experimentar la gloria de Dios en toda su expresión. Él nos llamó desde la eternidad y nos llevará a la eternidad. Dios activamente nos sostendrá, activamente nos mantendrá, activamente nos impulsará al proceso de santificación, activamente nos dará fuerzas para vencer.

Esto muestra que el llamamiento eficaz no es un punto aislado entre elección y perseverancia. Es el puente vivo entre el decreto eterno y la experiencia del creyente. Dios escogió desde la eternidad, Cristo redimió en la cruz, y el Espíritu llama eficazmente en el tiempo. El llamado no es una invitación débil que espera si el muerto quiere levantarse. Es la voz del Dios vivo que produce lo que manda.

Pablo escribe:

“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor.” 1 Corintios 1:9, Reina-Valera 1960.

Fuimos llamados a la comunión con Cristo. No solo a una decisión externa. No solo a una religión. No solo a un sistema doctrinal. A la comunión con el Hijo. Y el que llama es fiel. Esta fidelidad de Dios es la garantía del llamado. Si Dios llama eficazmente a la comunión con su Hijo, no lo hace para abandonar después al llamado en manos de su propia debilidad.

También dice Pablo:

“a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo.” 2 Tesalonicenses 2:14, Reina-Valera 1960.

El medio es el evangelio. El fin es alcanzar la gloria de Cristo. Dios no llama eficazmente al margen de la Palabra, sino por medio del evangelio. Esto corrige tanto el misticismo sin Escritura como el racionalismo sin Espíritu. Dios usa la predicación, pero la predicación externa necesita la operación interna del Espíritu. El evangelio llega al oído; Dios lo hace penetrar hasta el alma.

El llamamiento externo y el llamamiento interno

No todas las personas hacen caso al llamado del evangelio. No todas llegan a ser convencidas de sus pecados y de su necesidad de Cristo. Esto explica que existen dos llamados: un llamado externo y un llamado interno.

El llamamiento externo puede ser ilustrado como el predicador anunciando la Palabra de Dios y trazándola con precisión. Puede ocurrir en una iglesia, al aire libre, en una conversación, en una lectura bíblica, en un libro, en una clase, en una predicación sencilla o profunda. Este llamamiento puede producir diferentes reacciones. Una persona puede sentirse conmovida por el tono del predicador. Otra puede experimentar tristeza por su situación personal. Otra puede admirar la profundidad del mensaje. Otra puede sentirse culpable por un pecado específico. Otra puede incluso reformar externamente su vida por un tiempo.

Pero el llamamiento externo, aunque necesario, no es suficiente por sí solo para salvar. La respuesta al mensaje de un predicador podría ser resultado de una predicación llena de nuevos términos, de un predicador elocuente o simplemente de la pena, angustia o dolor que una persona atraviesa. Para experimentar la obra de salvación es necesario experimentar una obra desde lo más recóndito del corazón, desde el alma pecadora.

Jesús habló de distintas respuestas a la Palabra en la parábola del sembrador. Algunos oyen, pero viene el malo y arrebató lo sembrado. Otros reciben la palabra con gozo, pero no tienen raíz. Otros son ahogados por los afanes de este siglo y el engaño de las riquezas. Solo la buena tierra da fruto.

“Mas el que fue sembrado en buena tierra, este es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno.” Mateo 13:23, Reina-Valera 1960.

La diferencia no está en que la semilla sea otra, sino en la condición del terreno. El llamamiento externo puede llegar a muchos terrenos. Pero solo cuando Dios prepara el corazón hay fruto verdadero. La predicación es indispensable, pero no mecánica. No funciona como una técnica que produce conversiones por sí misma. Es el medio que el Espíritu usa soberanamente.

Refuerza la Confesión Bautista de Londres de 1689 que el llamamiento eficaz es obra de Dios por la Palabra y el Espíritu:

“A quienes Dios ha predestinado para vida, le agrada en su tiempo señalado llamarlos eficazmente por su Palabra y Espíritu.”

Confesión Bautista de Londres de 1689.

La frase une lo que nunca debemos separar: Palabra y Espíritu. La Palabra sin la obra interna del Espíritu puede ser entendida externamente y rechazada espiritualmente. El Espíritu no llama ordinariamente sin la Palabra, porque la fe viene por el oír. El llamamiento eficaz ocurre cuando Dios toma su evangelio y lo hace eficaz en el corazón.

La gracia irresistible no niega la resistencia externa

Una de las mayores confusiones con esta doctrina nace del nombre “irresistible”. Alguien escucha esa palabra y piensa que estamos diciendo que el hombre nunca resiste a Dios en ningún sentido. Pero la Escritura enseña claramente que los hombres resisten el mensaje, endurecen su cerviz y rechazan llamados externos. La doctrina reformada no niega esa resistencia. Lo que niega es que el propósito regenerador de

Dios pueda ser finalmente frustrado cuando Él decide salvar eficazmente.

Esteban dijo a los líderes religiosos:

“¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros.” Hechos 7:51, Reina-Valera 1960.

Este texto debe ser afirmado. Hay resistencia. Hay rechazo. Hay dureza. Hay oposición al Espíritu en su ministerio externo por medio de la Palabra y los profetas. El hombre natural no recibe con agrado lo que Dios dice. Puede escuchar años de predicación y resistir. Puede crecer en una iglesia y seguir muerto. Puede conocer doctrina y seguir sin haber nacido de nuevo.

Esta doctrina no dice que el hombre no pueda resistirse ante la predicación del evangelio. Afirma que, ante la predicación del evangelio y la obra soberana del Espíritu Santo, Dios transforma el corazón humano y lo hace nueva criatura. El hombre puede resistir el mensaje, puede pasar años oyéndolo una y otra vez, puede haber estado desde niño en una iglesia escuchando el evangelio. Pero si Dios no manifiesta su gracia soberana sobre el hombre, este jamás se convertirá verdaderamente.

También vemos resistencia en la historia de Israel:

“Mas ellos no obedecieron, antes endurecieron su cerviz, como la cerviz de sus padres, los cuales no creyeron en Jehová su Dios.” 2 Reyes 17:14, Reina-Valera 1960.

Y el salmista dice:

“¡¡Cuántas veces se rebelaron contra él en el desierto, Lo enojaron en el yermo!” Salmo 78:40, Reina-Valera 1960.

Estos textos no contradicen la gracia irresistible. La confirman por contraste. Si el hombre dejado a sí mismo siempre resiste, entonces necesitamos algo más que un llamado externo. Necesitamos una gracia que no se limite a ser consejo. Necesitamos una obra que venza la dureza sin violentar la humanidad, que libere la voluntad sin destruirla, que incline el corazón sin convertir al hombre en piedra arrastrada.

Dort rechaza la idea de que la gracia de conversión sea solo una suave moción o consejo. Dice que eso es pelagiano y contrario a la Escritura, porque la Biblia reconoce una manera de obrar del Espíritu más poderosa y divina. La gracia salvadora no es solo Dios prometiendo bienes eternos mientras Satanás promete temporales. Es Dios dando corazón nuevo.

Refuerzan los Cánones de Dort:

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros.”

Cánones de Dort (1619), citando Ezequiel 36:26.

Ahí está la diferencia. Consejo externo puede ser resistido. Mandato externo puede ser rechazado. Promesa externa puede ser despreciada. Pero cuando Dios da corazón nuevo, el hombre comienza a querer lo que antes no quería. La gracia irresistible no aplasta la voluntad; la resucita.

No violencia contra la voluntad, sino libertad de la voluntad

Otra caricatura común dice que la gracia irresistible convierte al hombre en robot. Esta objeción nace de imaginar que Dios obliga al pecador a venir a Cristo contra su deseo. Pero eso

no es lo que enseña la doctrina. Dios no arrastra al cielo a hombres que odian a Cristo y preferirían el infierno. Dios cambia el corazón de modo que Cristo se vuelve precioso. Dios abre los ojos de modo que la luz deja de ser aborrecida. Dios libera la voluntad de su esclavitud para que venga voluntariamente al Salvador.

Los Cánones de Dort son muy cuidadosos en esto. Afirman que la gracia del nuevo nacimiento no obra en los hombres como si fueran cosas insensibles o muertas, ni destruye la voluntad y sus propiedades, ni la obliga contra su gusto, sino que la vivifica espiritualmente, la sana, la mejora y la dobliga con amor y fuerza.

Refuerzan los Cánones de Dort:

“No destruye la voluntad y sus propiedades, ni las obliga en contra de su gusto, sino que las vivifica espiritualmente.”

Cánones de Dort (1619).

Esta frase debe ser guardada. Dios no destruye la voluntad; la vivifica. No la obliga contra su gusto; cambia su gusto. No anula al hombre; lo hace verdaderamente vivo. La conversión no es la pérdida de la humanidad, sino la restauración de la humanidad bajo Dios. El hombre caído cree que libertad es autonomía. La Escritura enseña que la verdadera libertad es ser liberado del pecado para amar a Dios.

Jesús dijo:

“Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.” Juan 8:36, Reina-Valera 1960.

La libertad verdadera no es poder permanecer muerto. No es capacidad de resistir eternamente la gracia. No es soberanía final de la voluntad caída. La libertad verdadera es ser libertado por el Hijo. El pecado esclaviza. La gracia liberta. Y cuando la gracia liberta, el hombre viene a Cristo no como esclavo forzado, sino como pecador despertado que por primera vez ve al Salvador como su tesoro.

Refuerza Agustín que la gracia no solo informa, sino que cambia el amor del corazón:

“Dame un corazón que ame, y entenderá lo que digo.”

Agustín de Hipona (354–430).

La frase toca el centro. El problema del hombre no es solo que no entienda argumentos; es que no ama la luz. Cuando Dios cambia el amor, cambia la voluntad. Cuando cambia la voluntad, el pecador viene. El llamado eficaz no es violencia; es amor poderoso.

El hombre natural no recibe las cosas del Espíritu

1 Corintios 2:14 es uno de los textos más importantes para demostrar la necesidad de una obra interna del Espíritu. El hombre natural puede comprender externamente la doctrina, captar enseñanzas, aprender términos, reconocer argumentos, incluso hacer exégesis. Pero si no experimenta el nuevo nacimiento, nada de eso lo salva.

Pablo dice:

“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque

se han de discernir espiritualmente.” 1 Corintios 2:14, Reina-Valera 1960.

No percibe. No puede entender. Le parecen locura. Esta incapacidad es espiritual. El hombre natural puede entender palabras, gramática, historia, filosofía, incluso teología como sistema. Pero no recibe las cosas del Espíritu como verdaderamente preciosas, porque carece de discernimiento espiritual. Puede ver la forma externa del evangelio, pero no su gloria.

Una frase atribuida a *A. W. Tozer*: *“El diablo es mejor teólogo que cualquiera de nosotros, y aún es un diablo”*. La idea es fuerte: tener teología correcta, en sí mismo, no salva. Nadie se salva por obras, y nadie se salva por precisión doctrinal sin nuevo nacimiento. Podemos comprender cada párrafo, hacer una exégesis correcta, considerar idiomas originales y contextos inmediatos, pero si no hemos experimentado la obra soberana de Dios en el nuevo nacimiento, no entraremos en el reino de los cielos.

Esa frase golpea especialmente a quienes aman la doctrina reformada. Uno puede entender la gracia irresistible y no haber sido conquistado por la gracia. Uno puede defender la elección y seguir buscando gloria propia. Uno puede explicar Romanos 8 y no estar en Cristo. La doctrina verdadera no reemplaza la vida espiritual. El conocimiento bíblico es precioso, pero solo el Espíritu da vida.

Jesús dijo:

“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.” Juan 3:3, Reina-Valera 1960.

No puede ver. Nicodemo era maestro de Israel. Tenía religión, Escritura, tradición, conocimiento, seriedad moral.

Pero necesitaba nacer de nuevo. El llamamiento eficaz es la aplicación de esa necesidad: Dios hace nacer de nuevo a los suyos por su Espíritu, mediante la Palabra.

El mundo no puede recibir al Espíritu

“el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.” Juan 14:17, Reina-Valera 1960.

El mundo no puede recibir al Espíritu de verdad. Otra vez, la Escritura usa el lenguaje de incapacidad. El problema no es una falta de oportunidad neutral. El mundo no ve ni conoce al Espíritu. Necesitamos que Dios haga algo más profundo que presentar información. Necesitamos que Él dé vida.

“Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios.” 1 Corintios 1:18, Reina-Valera 1960.

La misma palabra de la cruz produce dos percepciones: locura para los que se pierden, poder de Dios para los que son salvos. El mensaje no cambia. El Cristo predicado no cambia. La cruz no cambia. Lo que cambia es la obra de Dios en el receptor. Para el hombre natural, la cruz es necesidad; para el regenerado, es gloria.

Por eso no debemos confiar en adornar la cruz hasta que parezca aceptable al hombre natural. El hombre natural no necesita una cruz menos ofensiva. Necesita un corazón nuevo. Si quitamos el escándalo de la cruz para que el muerto la acepte, no le hemos dado vida; le hemos dado otra cosa que ya no es el evangelio. La gracia irresistible nos libera de manipular. Predicamos a Cristo crucificado y dependemos del Espíritu.

Refuerza Charles Spurgeon que la predicación debe confiar en el poder divino y no en la capacidad del predicador:

“La Palabra de Dios hará la obra de Dios.”

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

No porque la predicación sea mágica, sino porque Dios usa su Palabra cuando el Espíritu la aplica. El predicador siembra. Dios da crecimiento. El predicador llama. Dios abre el corazón. El predicador ruega. Dios vivifica.

Lidia: el corazón abierto por el Señor

La conversión de Lidia es una de las ilustraciones más literales, fenomenales y hermosas de la Escritura para entender la gracia irresistible. Allí se unen el llamamiento externo y el llamamiento interno de una manera sencilla y poderosa.

Lucas narra:

“Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.” Hechos 16:14, Reina-Valera 1960.

El texto tiene tres movimientos. Lidia estaba oyendo. Pablo estaba hablando. El Señor abrió el corazón. La predicación externa está presente. La atención de Lidia está presente. Pero la acción decisiva es del Señor. Él abrió su corazón para que atendiera a lo que Pablo decía.

No dice que Lidia abrió su corazón y entonces el Señor entró. Dice que el Señor abrió su corazón. No dice que la elocuencia de Pablo produjo por sí misma el nuevo nacimiento. Dice que Dios actuó. No dice que Lidia era espiritualmente autónoma. Dice que el Señor hizo que el mensaje fuera recibido.

Esto conjuga diversas cosas: la predicación del evangelio, el llamamiento externo y la experiencia personal. El Espíritu Santo obra en la persona para que el mensaje del evangelio cobre sentido en su vida. El texto no niega que Lidia escuchó. No niega que Pablo habló. No niega que ella respondió. Pero deja claro quién hizo la obra profunda: el Señor abrió el corazón.

Este relato es una medicina contra dos errores. Contra el error que desprecia la predicación, porque Dios abrió el corazón mientras Pablo hablaba. Y contra el error que atribuye todo al predicador o al oyente, porque Dios tuvo que abrir el corazón. Si el Señor no abre, el mensaje puede llegar al oído y no salvar el alma. Si el Señor abre, el mensaje entra con poder.

Refuerza John Murray que el llamamiento eficaz es una acción de Dios que introduce al pecador en comunión salvadora con Cristo:

“El llamamiento eficaz es un acto de Dios.”

John Murray (1898–1975).

Ese acto no se reduce a una invitación externa. Es una citación divina que logra su fin. Cuando Dios llama eficazmente, el pecador viene. No porque sea violentado, sino porque ha sido vivificado.

La voz que resucita muertos

La gracia irresistible puede ser vista también en la resurrección de Lázaro. Aunque esta ilustración sirve especialmente en depravación total, aquí vuelve con fuerza. Lázaro no se preparó para recibir vida. No cooperó desde el

sepulcro. No escuchó como un enfermo que todavía tenía fuerza natural. Estaba muerto.

Jesús clamó:

“Lázaro, ven fuera.” Juan 11:43, Reina-Valera 1960.

La voz de Cristo hizo lo que mandó. Este es el poder del llamamiento eficaz. El mandato de Cristo lleva consigo poder vivificador. Cuando Jesús llama al muerto, el muerto vive. Cuando llama al ciego, el ciego ve. Cuando llama a sus ovejas, sus ovejas oyen su voz.

Jesús ya había enseñado:

“De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán.” Juan 5:25, Reina-Valera 1960.

Los muertos oirán. Los que oyeren vivirán. No estamos hablando solo de resurrección futura, sino también de la voz vivificadora del Hijo en el presente. Los muertos espirituales viven cuando la voz de Cristo llega con poder. El evangelio, aplicado por el Espíritu, no es solo información sobre vida; es el medio por el cual Cristo llama a los suyos a vida.

Jesús dice también sobre sus ovejas:

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen,” Juan 10:27, Reina-Valera 1960.

Las ovejas oyen y siguen. No porque sean más inteligentes que las cabras. No porque tengan una virtud natural superior. Oyén porque son de Cristo. El Pastor conoce a las suyas, las llama, ellas oyen su voz y le siguen. El llamado eficaz no falla porque depende del Pastor, no de la capacidad natural de la oveja.

Una frase deja al alma en silencio: cuando Cristo llamó mi nombre, no despertó algo vivo en mí; su voz creó la vida que respondió.

El nuevo corazón prometido

El Antiguo Testamento ya había anunciado que la salvación del nuevo pacto requeriría una obra interna de Dios. No bastaba con ley externa, mandamientos escritos, advertencias proféticas y ceremonias religiosas. Israel demostró una y otra vez que el corazón humano resiste a Dios. Era necesario un corazón nuevo.

Ezequiel profetizó:

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.” Ezequiel 36:26, Reina-Valera 1960.

Notemos los verbos. Yo daré. Yo pondré. Yo quitaré. Yo daré. Dios es el sujeto activo. El corazón de piedra no se vuelve carne por autodeterminación. Dios lo quita. Dios pone espíritu nuevo. Dios da corazón nuevo. Esto no es solo consejo externo. Es cirugía espiritual soberana.

Luego Dios añade:

“Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.” Ezequiel 36:27, Reina-Valera 1960.

Haré que andéis. Esta frase puede incomodar al orgullo humano, pero es vida para quien sabe que no puede obedecer desde sí mismo. Dios no solo manda caminar. Hace caminar. No solo exige obediencia. Produce una nueva disposición para obedecer. La gracia irresistible no termina en una decisión momentánea; inicia una vida nueva.

Jeremías lo dice en forma de oración:

*“conviérteme, y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios.”
Jeremías 31:18, Reina-Valera 1960.*

Esta oración destruye la autosuficiencia. No dice: “Yo me convertiré primero, y luego tú me ayudarás”. Dice: *conviérteme, y seré convertido*. La conversión verdadera depende de la obra de Dios. El hombre convertido responde, pero responde porque fue convertido por gracia.

Dort cita precisamente estos textos contra la idea de que la gracia sea una simple moción o consejo. La Escritura habla de corazón nuevo, espíritu nuevo, corazón de piedra quitado, corazón de carne dado. No estamos ante una persuasión moral externa solamente; estamos ante una recreación espiritual.

El Padre trae al Hijo

Juan 6 es otro fundamento decisivo. Jesús enseña que nadie puede venir a Él si el Padre no lo trae.

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero.” Juan 6:44, Reina-Valera 1960.

“Ninguno puede”. Esa frase debe pesar. Venir a Cristo no depende de una capacidad natural. El hombre no puede venir si el Padre no lo trae. Pero el texto no se detiene en la incapacidad. Añade una promesa: “yo le resucitaré en el día postrero”. Los traídos por el Padre serán resucitados por el Hijo. El llamado eficaz tiene destino final.

Más adelante Jesús dice:

“Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre.” Juan 6:65, Reina-Valera 1960.

Venir a Cristo es dado. La fe es dada. La respuesta salvadora es dada. Esto no hace innecesaria la predicación. Jesús

mismo predica. Pero explica por qué algunos oyen y no vienen: no les ha sido dado del Padre. Y explica por qué otros vienen: el Padre los trae.

El arminianismo clásico suele interpretar este traer como una influencia preveniente que puede ser resistida por todos. Pero el contexto de Juan 6 no permite reducirlo a una gracia que solo habilita. Jesús dice que todo lo que el Padre le da vendrá a Él.

“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera.” Juan 6:37, Reina-Valera 1960.

Todo lo dado vendrá. El traer del Padre es eficaz. No todos son dados al Hijo en este sentido salvífico. Pero todos los dados vienen. Y el que viene no será echado fuera. Aquí hay una dulzura inmensa: la misma doctrina que humilla la voluntad humana consuela al pecador que viene. Si vienes a Cristo, no serás rechazado. Si vienes, no vengas mirando la calidad de tu venir; mira la promesa del Salvador.

El argumento arminiano y la gracia resistible

El cuarto punto del arminianismo, enseña que la obra del Espíritu Santo está limitada a la voluntad humana. Según esa postura, cuando el Espíritu empieza la obra de traer una persona a Cristo, podría ser eficazmente resistido y sus propósitos frustrados. El Espíritu Santo no podría impartir vida a menos que el ser humano lo permitiera voluntariamente.

Dicho con justicia, el arminianismo clásico no pretende negar toda gracia. Habla de gracia preveniente, de convicción, de iluminación, de una obra del Espíritu que capacita al hombre para responder. Quiere conservar la responsabilidad humana y evitar que la conversión parezca una coerción divina. Pero el problema permanece: si la gracia solo habilita y el hombre

determina finalmente si esa gracia tendrá éxito, entonces la acción de Dios queda subordinada a la voluntad caída.

Dort rechaza exactamente esta idea. En su reprobación de errores, denuncia la enseñanza según la cual, aun cumplidas todas las operaciones de la gracia que Dios usa para convertir, el hombre puede resistir de tal manera que impida su nuevo nacimiento, quedando en su propio poder ser renacido o no.

Refuerzan los Cánones de Dort:

“Esto no es otra cosa sino quitar todo el poder de la gracia de Dios en nuestra conversión.”

Cánones de Dort (1619).

La frase es fuerte porque el asunto es serio. Si el hombre tiene el poder final para hacer fallar la intención regeneradora del Espíritu, entonces la gracia no es irresistible; es meramente asistente. Dios aconseja, persuade, ilumina, llama, pero el muerto decide si vivirá. La doctrina reformada responde: no. Cuando Dios regenera, da vida. Cuando abre el corazón, el corazón se abre. Cuando llama eficazmente, el pecador viene.

Esto no hace al hombre menos responsable. Hace a Dios más glorioso. El hombre rechaza voluntariamente el llamado externo y es culpable por ello. Pero cuando Dios decide salvar, vence la resistencia no por violencia, sino por vivificación. El que antes no quería, ahora quiere. El que antes veía locura, ahora ve poder. El que antes amaba las tinieblas, ahora ama la luz.

La gracia irresistible y el pentecostalismo popular

En muchos ambientes pentecostales populares, esta doctrina parece difícil porque se ha formado una manera de hablar muy centrada en la decisión inmediata: “acepta”, “abre tu corazón”, “déjalo entrar”, “Dios no puede hacer nada si tú no se lo permites”. Algunas de estas frases buscan llamar al pecador a responder, y no debemos negar que el pecador debe responder. Pero cuando se usan sin precisión bíblica, pueden transmitir la idea de que Dios está detenido fuera de la voluntad humana, como un visitante impotente esperando autorización.

La Escritura presenta algo más grande. Cristo no espera que Lázaro se dé permiso para vivir. El Señor abre el corazón de Lidia. El Padre trae al Hijo. El Espíritu da nuevo nacimiento. Dios quita el corazón de piedra. Esto no elimina el llamado evangelístico. Lo purifica. Podemos llamar a todos a arrepentirse y creer sin decir que Dios es impotente ante el muerto.

El peligro del decisionismo no está en llamar a decidir por Cristo, sino en convertir esa decisión en explicación última de la salvación. Si alguien viene a Cristo, vino. Si alguien creyó, creyó. Pero luego debe aprender a decir: vine porque fui traído; creí porque me fue concedido; abrí los ojos porque Dios dio luz; respondí porque la gracia me despertó.

Pablo escribe:

“Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él,” Filipenses 1:29, Reina-Valera 1960.

Creer es concedido. La fe no es una llama autónoma nacida en la carne. Es regalo. El Espíritu no solo ruega desde afuera; concede vida, fe y arrepentimiento. Esta verdad no apaga el fervor pentecostal sano. Lo ordena. La oración se vuelve más profunda. La predicación se vuelve más dependiente. La

seguridad se vuelve menos emocional y más centrada en la obra de Dios.

Llamados para anunciar sus virtudes

1 Pedro 2:9. Este texto merece un lugar importante porque muestra la acción divina y el fruto humano. Pedro escribe:

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable;” 1 Pedro 2:9, Reina-Valera 1960.

El texto tiene una secuencia gloriosa. Somos linaje escogido. Somos pueblo adquirido. Anunciamos sus virtudes. ¿Por qué? Porque Él nos llamó de las tinieblas a su luz admirable. Dios escoge, adquiere, llama; nosotros anunciamos. El anuncio humano nace de una acción divina previa. No anunciamos para hacernos pueblo; anunciamos porque fuimos hechos pueblo. No proclamamos para salir de tinieblas; proclamamos porque fuimos llamados a la luz.

Dios es activo en todo el proceso: escoger, adquirir, llamarnos. Él toma la iniciativa. El análisis del verbo “llamar” en este texto destaca que Dios llama activamente. El llamado no es ilusión, no es simple posibilidad; es una realidad. La conclusión es que el hombre es pasivo en el proceso de regeneración, no porque después no actúe, sino porque no origina su vida espiritual.

Este texto también muestra el propósito misional de la gracia. La gracia irresistible no produce silencio. Produce proclamación. Fuimos llamados para anunciar. Dios nos sacó de tinieblas para que hablemos de su luz. La doctrina que muchos temen como enemiga del evangelismo es precisamente la doctrina que da origen a una proclamación humilde: anunciamos sus virtudes porque Él nos llamó.

Refuerza Juan Calvino que la gracia de Dios nos llama eficazmente para que vivamos como pueblo apartado para Él:

“El Señor nos llama para hacernos suyos.”

Juan Calvino (1509–1564).

Ser llamados no es solo ser invitados a una experiencia individual. Es ser sacados de un reino y puestos en otro. De tinieblas a luz. De muerte a vida. De esclavitud a libertad. De orgullo a adoración. El llamado eficaz crea un pueblo proclamador.

1 Pedro 5:10: llamados a su gloria eterna

1 Pedro 5:10 en un contexto de sufrimiento. Pedro escribe a creyentes afligidos, perseguidos, oprimidos y necesitados de firmeza. No les dice que miren primero a su fuerza interior. Les recuerda al Dios que los llamó.

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca.” 1 Pedro 5:10, Reina-Valera 1960.

Dios es llamado aquí “el Dios de toda gracia”. Él nos llamó a su gloria eterna en Cristo. El verbo llamado apunta a una acción de Dios, una realidad, no una posibilidad débil. El llamado no es fortuito ni orientado a perecer; es un llamado para salvación, santificación y gloria. Dios no llama a su gloria eterna para luego abandonar a los llamados a mitad del camino.

Pedro une llamamiento y perseverancia. El Dios que llama también perfecciona, afirma, fortalece y establece. Esto muestra cómo las doctrinas de la gracia se conectan entre sí.

El llamamiento eficaz no termina en el comienzo de la vida cristiana. Quien fue llamado por Dios será sostenido por Dios. Dios activamente nos sostendrá, activamente nos afirmará, activamente nos dará fuerza para vencer.

Este texto entra al corazón del creyente sufriente. Cuando la aflicción parece más real que la promesa, Pedro nos recuerda que fuimos llamados a gloria eterna. El sufrimiento es por un poco de tiempo; la gloria es eterna. La persecución puede sacudir, pero Dios afirma. El dolor puede debilitar, pero Dios fortalece. El enemigo puede acusar, pero Dios establece.

La gracia irresistible no es solo una doctrina sobre el momento de la conversión. Es el abrazo soberano de Dios que nos saca de tinieblas y no nos suelta hasta la gloria.

Hechos 13:48 y la fe de los ordenados para vida

Otro texto importante para conectar elección, llamamiento y fe es Hechos 13:48:

“Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna.” Hechos 13:48, Reina-Valera 1960.

El texto no dice que fueron ordenados para vida eterna todos los que primero produjeron fe autónoma. Dice que creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna. La predicación fue el medio. La ordenación divina explica el fruto. El gozo de los gentiles y su fe no flotan en el aire. Están bajo el propósito de Dios.

Este texto protege la misión y la soberanía. Pablo predicó. Los gentiles oyeron. La Palabra fue glorificada. Los ordenados creyeron. Si creemos en la gracia irresistible, no debemos predicar menos, sino más. No sabemos quiénes son los ordenados para vida eterna. Dios lo sabe. Nosotros anunciamos a todos. Él llama eficazmente a los suyos.

El medio humano para recibir fe es el oír la Palabra. Esto ya lo vimos en Sola Fe. Pero aquí se completa: el oír externo debe ser acompañado de la obra interna de Dios. Si Dios no trae al hombre a la fe en medio de la predicación, nada más lo hará. Podría existir una especie de fe, una emoción religiosa, una admiración moral, pero no una fe verdadera en Cristo que lleve a salvación.

“Luego la fe es por el oír; y el oír por la palabra de Dios.” Romanos 10:17, Reina-Valera 1960.

La gracia irresistible no sustituye la predicación. La hace necesaria y esperanzadora. Si Dios llama eficazmente por el evangelio, entonces cada sermón fiel puede ser el lugar donde un corazón cerrado sea abierto. Cada conversación puede ser usada por Dios. Cada Biblia leída puede volverse espada viva en manos del Espíritu.

2 Timoteo 1:9: llamado santo antes de los tiempos

Pablo escribe a Timoteo:

“quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos,” 2 Timoteo 1:9, Reina-Valera 1960.

Este texto es una columna. Dios nos salvó y llamó con llamamiento santo. No conforme a nuestras obras. Según su propósito y gracia. Dada en Cristo antes de los tiempos. Aquí el llamamiento no depende de obras, ni de mérito, ni de una respuesta prevista como fundamento autónomo. Depende del propósito y la gracia de Dios.

Los Cánones de Dort citan este texto contra los errores que convierten la fe en condición seleccionada por Dios dentro de un sistema donde la voluntad humana conserva el punto decisivo. Pablo dice lo contrario: no conforme a nuestras

obras, sino según su propósito y gracia. El llamado eficaz nace de una gracia anterior al tiempo.

Si no tuviéramos la Palabra de Dios, este actuar de Dios sería inescrutable e incomprensible. Pero en la Escritura vemos a Dios predestinando, llamando y eligiendo. La gracia irresistible puede incluso no ser comprendida plenamente por quien está siendo atraído por Dios, pero ocurre cuando Dios obra en el corazón.

Hay conversiones que, vistas desde fuera, parecen espontáneas. Una persona escucha un sermón, lee un texto, conversa con un hermano y de pronto Cristo se vuelve precioso. Pero detrás de ese momento hay una eternidad de gracia. Lo que parece repentino para nosotros fue preparado por Dios antes de los siglos.

Saulo de Tarso: gracia que conquista al enemigo

Su conversión ilustra con fuerza el llamamiento eficaz. Saulo no iba camino a Damasco buscando una experiencia espiritual cristiana. Iba persiguiendo a la iglesia. Respiraba amenazas y muerte. Tenía celo religioso, pero era enemigo de Cristo. Si la conversión dependiera de una disposición previa favorable, Saulo sería un caso perdido.

Lucas narra:

“y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Hechos 9:4, Reina-Valera 1960.

Cristo lo detuvo. Cristo lo llamó. Cristo lo humilló. Cristo lo transformó. El perseguidor se volvió apóstol. El enemigo se volvió siervo. No porque Saulo fuera más cercano al reino por naturaleza, sino porque Dios se complació en revelar a su Hijo en él.

Pablo mismo lo interpreta así:

“Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia,” Gálatas 1:15, Reina-Valera 1960.

Me llamó por su gracia. Pablo no atribuye su conversión a una chispa de nobleza interna. Dios lo apartó y lo llamó por gracia. Esta es la misma lógica de todas las conversiones verdaderas, aunque no todas sean dramáticas externamente. Algunos son llamados en medio de una crisis. Otros bajo enseñanza tranquila. Otros desde niños. Otros después de años de resistencia. Pero en todos, si hay vida verdadera, Dios llamó por gracia.

Refuerza Agustín, recordando su propia conversión, que Dios vence dulcemente las resistencias del corazón:

“Tarde te amé, hermosura tan antigua y nueva.”

Agustín de Hipona (354–430).

La gracia eficaz no solo cambia argumentos. Cambia amores. El que antes perseguía, ama. El que antes despreciaba, adora. El que antes huía, vuelve. El que antes encontraba necedad en la cruz, ahora ve poder de Dios.

La gracia irresistible y la oración

Si Dios llama eficazmente, entonces la oración por los perdidos cobra una profundidad nueva. Cuando oramos por un familiar, un amigo o un hijo, no oramos simplemente: “Señor, dale una oportunidad”. Oramos: “Señor, abre su corazón. Dale vida. Quítale el corazón de piedra. Concédale arrepentimiento. Llévalo a Cristo”. En el fondo, aun quienes niegan esta doctrina suelen orar como si fuera verdadera.

Nadie que ama a un perdido ora diciendo: “Señor, no intervengas demasiado en su voluntad”. Oramos pidiendo intervención. Pedimos que Dios convenza, quebrante, atraiga, despierte, salve. Esa oración presupone que Dios puede hacer más que ofrecer. Presupone que Dios puede cambiar el corazón.

Pablo instruye:

“que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad,” 2 Timoteo 2:25, Reina-Valera 1960.

Dios da arrepentimiento. Por eso oramos. La mansedumbre en la corrección nace de saber que solo Dios abre los ojos. No necesitamos aplastar al que se opone. Debemos hablar verdad, pero depender del Dios que concede arrepentimiento.

La gracia irresistible también nos libra de desesperar por los casos difíciles. Si la salvación dependiera finalmente de la suavidad del corazón natural, algunos parecerían imposibles. Pero Dios abrió el corazón de Lidia y derribó a Saulo. Dios puede llamar al religioso orgulloso, al incrédulo endurecido, al joven indiferente, al anciano escéptico, al hijo rebelde, al padre ateo, al amigo burlador. No hay muerto más muerto que otro para el Dios que da vida.

Una frase sostiene al que ora por años: el corazón más cerrado no es una puerta difícil para el Dios que creó el mundo con su voz.

El llamado eficaz y la seguridad del creyente

El llamamiento eficaz también fortalece la seguridad. Si Dios me llamó conforme a su propósito, entonces mi salvación no descansa en la fragilidad de mi primera respuesta. Descansa en la fidelidad del Dios que llamó. Si el llamado de Romanos

8:30 conduce a justificación y glorificación, entonces el llamado eficaz es parte de una obra que Dios terminará.

Pedro dice:

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable;” 1 Pedro 2:9, Reina-Valera 1960.

Fuimos llamados de tinieblas a luz. No estamos en la luz porque nos orientamos mejor en la oscuridad. Estamos en la luz porque fuimos llamados. Esa misma luz nos transforma y nos impulsa a anunciar.

Pablo dice:

“Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” 1 Tesalonicenses 5:24, Reina-Valera 1960.

El que llama es fiel. También lo hará. Esto conecta llamamiento y perseverancia. Dios no llama eficazmente para dejar a sus hijos a medio camino. Quien fue llamado será santificado. Quien fue traído será guardado. Quien fue vivificado será llevado a gloria.

Esta verdad no produce pasividad. Produce confianza activa. El creyente ora, lucha, obedece, se arrepiente, se congrega, resiste el pecado, predica, sirve. Pero lo hace sobre el fundamento de que Dios obró primero y seguirá obrando. La vida cristiana no es autosuficiencia religiosa; es dependencia continua del Dios que llama.

La gracia irresistible no es excusa para orgullo

Como todas las doctrinas de la gracia, esta puede ser mal usada. Alguien puede decir: “Dios me llamó eficazmente”, y comenzar a mirar con desprecio a quienes aún resisten. Eso es una contradicción. Si Dios tuvo que llamarte eficazmente,

significa que tú no eras mejor. Significa que tu corazón también estaba cerrado. Significa que tú también habrías resistido hasta el final si Dios no te hubiera vencido con misericordia.

Pablo pregunta:

“Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” 1 Corintios 4:7, Reina-Valera 1960.

¿Qué tienes que no hayas recibido? Si tienes fe, la recibiste. Si tienes arrepentimiento, lo recibiste. Si viste belleza en Cristo, tus ojos fueron abiertos. Si respondiste al evangelio, Dios dio vida. La gracia irresistible no nos hace superiores; nos hace deudores.

El que entiende esta doctrina debe ser paciente con el resistente. Debe orar por él, hablarle con verdad, no burlarse. El hombre natural no entiende las cosas del Espíritu. Nosotros tampoco las entendíamos hasta que Dios abrió nuestros ojos. La doctrina que nos dice que Dios venció nuestra resistencia debe enseñarnos a no tratar con desprecio la resistencia de otros.

Refuerza John Newton con una humildad que todo creyente reformado necesita:

“No soy lo que debo ser, pero no soy lo que era.”

John Newton (1725–1807).

La gracia nos encontró muertos, y aún nos está formando. No hay lugar para orgullo. Solo gratitud.

Conclusión: la gracia que vence para dar vida

La gracia irresistible no enseña que el hombre jamás resiste el llamado externo. La Escritura muestra esa resistencia una y otra vez. Los hombres endurecen su cerviz, rechazan la Palabra, resisten al Espíritu, oyen sermones sin convertirse, conocen doctrinas sin nacer de nuevo, sienten emociones sin abrazar a Cristo. El llamado externo es real, necesario y serio, pero no es suficiente si Dios no obra internamente.

La gracia irresistible enseña que, cuando Dios se propone salvar eficazmente a uno de los suyos, el Espíritu Santo vence la resistencia del corazón no por violencia contra la voluntad, sino por vivificación. Abre el corazón. Quita el corazón de piedra. Da corazón de carne. Ilumina la mente. Cambia los afectos. Concede fe. Produce arrepentimiento. Hace que Cristo, antes despreciado, sea visto como precioso.

Esta doctrina es fuerte, pero no fría. Es doctrinalmente robusta porque descansa en Romanos 8:30, Juan 6, Ezequiel 36, Hechos 16, 1 Corintios 2:14, 1 Pedro 2:9, 1 Pedro 5:10 y muchos otros textos. Pero también llega al corazón porque nos cuenta nuestra propia historia. Si somos cristianos, no somos cristianos porque fuimos menos ciegos, menos muertos o resistentes. Somos cristianos porque Dios nos llamó.

El Padre nos dio al Hijo.

El Hijo nos recibió.

El Espíritu abrió nuestro corazón.

La Palabra llegó al oído.

La gracia llegó al alma.

La luz entró en las tinieblas.

El muerto oyó la voz de Cristo.

Y vivimos.

“Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.” Romanos 8:30, Reina-Valera 1960.

Ahí está la cadena. Ahí está nuestra esperanza. Ahí está la obra de Dios de principio a fin.

No despertamos a Dios con nuestra decisión.

Dios despertó nuestra alma con su llamado.

No abrimos primero el corazón.

El Señor abrió el corazón.

No vencimos nuestra muerte.

Cristo nos llamó fuera del sepulcro.

Y cuando la gracia vence así, no deja al hombre con una medalla, sino con una canción.

Citas y fuentes para este capítulo

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960.
- Tesis final, José Luis Calixto Avendaño Méndez, sección “Capítulo 4 Gracia irresistible”, especialmente 4.1 “Planteamiento de la doctrina” y 4.2 “El argumento de la resistencia a la gracia y su explicación bíblica”.
- *Cánones de Dort*, capítulos tercero y cuarto: “De la depravación del hombre, de su conversión a Dios y de la manera de realizarse esta última”.
- Confesión de Fe de Westminster, capítulo 10: “Del llamamiento eficaz”.
- Confesión Bautista de Londres de 1689, capítulo 10: “Del llamamiento eficaz”.
- Robert L. Dabney, *Los cinco puntos del calvinismo*, sección “Naturaleza y agencia de la revolución moral: el llamamiento eficaz o regeneración”.
- Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, doctrina del llamamiento, la regeneración y la obra del Espíritu.
- Agustín de Hipona, escritos sobre gracia, conversión y voluntad.
- Martín Lutero, *La esclavitud de la voluntad*.
- John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, sección sobre llamamiento eficaz y regeneración.
- Charles Haddon Spurgeon, sermones sobre llamamiento eficaz, nuevo nacimiento y gracia soberana.

- Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*, doctrina de la regeneración y la gracia eficaz.
- Louis Berkhof, *Systematic Theology*, secciones sobre llamamiento externo, llamamiento eficaz y regeneración.
- R. C. Sproul, enseñanzas sobre gracia irresistible, regeneración y nuevo nacimiento.
- John Newton, cartas e himnos sobre gracia soberana.

Capítulo 11: Perseverancia de los Santos

La gracia que comienza sostiene y termina la salvación

Llegamos ahora a la quinta doctrina de la gracia: **Perseverancia de los Santos**. Después de haber visto la depravación total, la elección incondicional, la expiación limitada y la gracia irresistible, esta doctrina no aparece como un añadido forzado, sino como el cierre necesario de toda la obra de Dios en la salvación. Si el hombre estaba muerto y Dios le dio vida; si Dios escogió desde la eternidad; si Cristo murió eficazmente por su pueblo; si el Espíritu llamó con poder y abrió el corazón; entonces la pregunta final es inevitable: ¿puede fracasar esa salvación? ¿Puede perderse finalmente aquel a quien el Padre escogió, el Hijo redimió y el Espíritu vivificó?

La respuesta bíblica es: no.

Pero debemos decirlo bien. La perseverancia de los santos no significa que cualquier persona que haya hecho una oración, levantado una mano, pasado al frente, firmado una tarjeta, sido bautizada, ocupado un cargo en una iglesia, predicado, cantado, servido o aprendido doctrina reformada sea necesariamente salva y no pueda perderse. Esa caricatura no es perseverancia de los santos. Esa es una falsa seguridad que puede dormir a un alma camino a la condenación. La doctrina bíblica no dice que toda profesión persevera; dice que todo verdadero creyente, nacido de Dios, guardado por Cristo y sellado por el Espíritu, será preservado por Dios y perseverará en la fe hasta el fin.

Cuando alguien llega a este punto suele aparecer la frase “salvos siempre salvos”. Esa frase tiene un grado de verdad si se entiende correctamente: si Dios salvó realmente a un hombre, ese hombre será salvo para siempre. Pero también se ha distorsionado gravemente. Muchos la usan para justificar una vida pecaminosa, apuntando a una decisión del

pasado, una tarjeta completada, un acto bautismal, un cargo religioso o una trayectoria externa. Esa distorsión evidencia una postura peligrosa, porque convierte una doctrina santa en excusa para una vida sin fruto.

Aquí hay que hablar con fuerza. La perseverancia de los santos no es licencia para pecar; es promesa de que Dios no abandonará a los suyos en el pecado. No es permiso para vivir carnalmente; es garantía de que la gracia que salva también santifica. No es una excusa para dormir en la oscuridad; es la certeza de que Cristo guarda a sus ovejas y las lleva hasta la gloria.

Dabney resume esta doctrina citando la confesión reformada: quienes han sido aceptados por Dios en su Hijo amado, llamados eficazmente y santificados por su Espíritu, no pueden caer total ni finalmente del estado de gracia, sino que ciertamente perseverarán hasta el final y serán eternamente salvos. Esa perseverancia no descansa en el libre albedrío, sino en el decreto inmutable de Dios, el mérito e intercesión de Cristo, la permanencia del Espíritu y la naturaleza del pacto de gracia.

Refuerza Robert L. Dabney:

*“No atribuimos esta estabilidad de la gracia
en el creyente a ninguna excelencia de su
alma.”*

Robert L. Dabney (1820–1898).

Esta frase nos pone en el lugar correcto. La perseverancia no se explica porque el creyente sea fuerte en sí mismo. No se explica porque tenga una voluntad más estable que la de otros. No se explica porque sea incapaz de caer en pecados

graves. Se explica porque Dios guarda lo que Dios salva. La perseverancia de los santos es, en el fondo, la preservación de Dios.

El fin está determinado por el principio

John MacArthur, al tratar la seguridad eterna, observa que el final de la salvación está determinado por su principio. Nuestra salvación está segura hasta el final porque fue predestinada desde el principio para llegar a su consumación. Esta idea es profundamente bíblica. Si Dios no improvisó nuestra salvación, tampoco improvisará su culminación. Si Dios no comenzó la obra para dejarla a medio camino, entonces el creyente no descansa en una esperanza frágil, sino en un propósito eterno.

Pablo lo expresa en la llamada cadena de oro:

“Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.” Romanos 8:30, Reina-Valera 1960.

El texto no dice que algunos predestinados serán llamados, que algunos llamados serán justificados, o que algunos justificados tal vez serán glorificados. La cadena es completa. Los mismos que Dios predestina, llama; los mismos que llama, justifica; los mismos que justifica, glorifica. La glorificación aparece con tanta seguridad que Pablo la expresa como si ya estuviera consumada. Para Dios, el propósito está sellado.

Este texto debe gobernar toda la doctrina. La perseverancia de los santos no comienza mirando al creyente y preguntando si tendrá suficiente fuerza. Comienza mirando a Dios y preguntando si su propósito puede fallar. No se sostiene primero en la psicología del creyente, sino en la fidelidad del Dios que predestina, llama, justifica y glorifica.

MacArthur insiste en que la seguridad final descansa en el decreto de Dios en la eternidad pasada. No porque el hombre sea confiable, sino porque Dios lo es. No porque la fe del hombre sea autosostenida, sino porque el Dios que da la fe también la preserva. Si el principio de nuestra salvación fue eterno, soberano y divino, su final no puede depender de una fuerza humana autónoma.

Refuerza John MacArthur:

“El fin es determinado por el principio.”

John MacArthur (1939–2025).

Esta frase es breve, pero poderosa. Si el principio fue Dios, el fin será Dios. Si el principio fue gracia, el fin será gracia. Si el principio fue elección, el fin será glorificación. El creyente no llega al cielo porque se sostuvo a sí mismo con suficiente firmeza; llega porque Dios lo sostuvo con una gracia más fuerte que su debilidad.

Guardados por el poder de Dios

Pedro escribe a creyentes dispersos, sufrientes y necesitados de esperanza. No les entrega una seguridad basada en sus emociones, ni en su estabilidad interior, ni en su entorno favorable. Los lleva al poder de Dios.

“que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.” 1 Pedro 1:5, Reina-Valera 1960.

Guardados por el poder de Dios. Esta frase debe entrar al alma como agua fresca. El creyente es guardado. No está abandonado a su propia capacidad. No está caminando sobre una cuerda floja donde un error lo hará caer fuera de la gracia

para siempre. No está sosteniendo su salvación con dedos temblorosos. Es guardado por el poder de Dios mediante la fe.

Notemos el equilibrio. Dios guarda. Pero guarda por medio de la fe. La doctrina no elimina la fe perseverante. No dice que alguien puede abandonar finalmente a Cristo y seguir siendo salvo. Dice que Dios preserva a los suyos en la fe. La fe persevera porque Dios la guarda. El creyente continúa creyendo, no porque su fe sea indestructible en sí misma, sino porque Dios preserva aquello que Él mismo produjo.

El creyente será fortalecido constantemente por Dios mismo para vencer tentaciones, vencer el dominio del pecado y enfrentar esa carne remanente que Pablo describe cuando habla de la ley del pecado que todavía ve en sus miembros. Esta observación es muy importante: la perseverancia no niega la lucha. Al contrario, la presupone. Solo necesita perseverar quien atraviesa oposición. Solo necesita ser guardado quien enfrenta peligro.

Pedro no escribe a creyentes sin pruebas. Escribe a creyentes que son afligidos por diversas tentaciones. Pero les dice que su herencia es incorruptible, incontaminada, inmarcesible y reservada en los cielos. Luego añade que ellos mismos son guardados por el poder de Dios. La herencia está reservada para los creyentes, y los creyentes son guardados para la herencia.

Una frase atraviesa el temor del creyente: no solo hay una herencia guardada para mí; Dios me guarda para llegar a ella.

Cristo da vida eterna y nadie arrebatara sus ovejas

“y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.”²⁹ Mi Padre que me las dio, es mayor que

todos, y nadie las puede arrebatarse de la mano de mi Padre.” Juan 10:28-29, Reina-Valera 1960.

Cristo no dice: “Yo les ofrezco vida temporal mientras se mantengan suficientemente firmes”. Dice: “Yo les doy vida eterna”. Si es eterna, no puede terminar. Si puede terminar, no era eterna en el sentido prometido por Cristo. Luego añade: “no perecerán para siempre”. El lenguaje es absoluto. No perecerán. No serán arrebatadas. Están en la mano del Hijo y en la mano del Padre.

Este texto no coloca la seguridad en la fuerza de la oveja, sino en la mano del Pastor. Una oveja no vence al lobo por su musculatura. Vive porque el Pastor la guarda. La seguridad no está en que la oveja jamás tropiece, jamás se distraiga o jamás sea débil. La seguridad está en que Cristo conoce a sus ovejas, les da vida eterna y nadie puede arrebatárselas de su mano.

Antes de esa promesa, Jesús dice:

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen.” Juan 10:27, Reina-Valera 1960.

Las ovejas oyen, son conocidas y siguen. La perseverancia incluye seguimiento. Cristo no promete vida eterna a cabras que no oyen su voz y no lo siguen. Promete vida eterna a sus ovejas. Y sus ovejas, aunque débiles, oyen y siguen porque son conocidas por Él. La seguridad no está desconectada de la obediencia. La obediencia no es causa meritoria de la seguridad, pero sí fruto inevitable de pertenecer al Pastor.

Aquí debemos afirmar dos cosas al mismo tiempo. Primero, ninguna oveja verdadera se perderá. Segundo, quien vive cómodamente sin oír la voz de Cristo ni seguirlo no debe consolarse con esta promesa como si fuera oveja solo porque

una vez repitió una frase religiosa. La promesa es para las ovejas, y las ovejas siguen al Pastor.

Refuerza Juan Calvino que Cristo no solo inicia la salvación, sino que conserva a los suyos bajo su cuidado:

“Cristo no comienza una obra que luego abandona imperfecta.”

Juan Calvino (1509–1564).

El Pastor no pierde ovejas. Puede disciplinarlas, corregirlas, traerlas de vuelta, quebrantar su orgullo, restaurarlas de caídas dolorosas; pero no las pierde. Su mano es más fuerte que nuestros temores, más fuerte que nuestras debilidades, más fuerte que Satanás, más fuerte que el mundo y más fuerte que la muerte.

Nada nos separará del amor de Dios

Romanos 8:38–39, uno de los textos más consoladores de toda la Escritura:

“Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ³⁹ ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.” Romanos 8:38–39, Reina-Valera 1960.

Pablo no deja grietas. Ni muerte, ni vida. Ni poderes espirituales. Ni presente, ni futuro. Ni altura, ni profundidad. Ni ninguna criatura. Nada puede separarnos del amor de Dios en Cristo. Si algo creado pudiera separar finalmente al creyente del amor de Dios, Pablo estaría equivocado. Pero Pablo escribe bajo inspiración del Espíritu, y la promesa permanece.

Algunos podrían decir: “Pero yo mismo soy criatura; ¿podría yo separarme?”. Pablo dice: ninguna criatura. Eso incluye cualquier fuerza creada. Pero debemos entenderlo bien. Pablo no está diciendo que el creyente puede vivir en rebelión final contra Cristo y seguir seguro. Está diciendo que Dios preserva a los suyos de tal manera que ninguna fuerza logrará arrancarlos finalmente de su amor. Incluso cuando el creyente cae, Dios lo restaura. Incluso cuando es débil, Dios lo sostiene. Incluso cuando es atacado, Cristo intercede.

El contexto de Romanos 8 es decisivo. Pablo pregunta:

¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica.” Romanos 8:33, Reina-Valera 1960.

Y luego:

¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.” Romanos 8:34, Reina-Valera 1960.

La seguridad descansa en cuatro pilares: Cristo murió, Cristo resucitó, Cristo está a la diestra de Dios y Cristo intercede por nosotros. Si Cristo murió por los suyos, resucitó por los suyos, reina por los suyos e intercede por los suyos, ¿quién podrá condenarlos? La perseverancia no se sostiene en el ánimo cambiante del creyente, sino en el sacerdocio vivo del Salvador.

Dabney conecta precisamente Romanos 5:10 y Romanos 8:31-39 para mostrar que, si el amor elector del Padre y de Cristo fue lo suficientemente grande como para pagar el sacrificio del Calvario, no es creíble que después rechace los dones menores del llamamiento eficaz y la gracia sustentadora. Cristo no pagó el precio mayor para negar luego el cuidado menor.

Refuerza Robert L. Dabney:

*“Creemos que los santos se mantendrán
ciertamente firmes, porque el Dios que les
escogió sin duda les sostendrá.”*

Robert L. Dabney (1820–1898).

Esta frase pone la mirada donde debe estar. No perseveramos porque somos roca. Perseveramos porque estamos sobre la Roca.

Sellados para el día de la redención

Efesios 4:30:

*“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis
sellados para el día de la redención.” Efesios 4:30, Reina-Valera
1960.*

Este texto contiene una advertencia y una promesa. La advertencia es real: no entristezcan al Espíritu Santo. El creyente puede pecar, puede apagar su sensibilidad, puede resistir la obra santificadora en ciertos momentos, puede vivir de manera incoherente y sufrir disciplina. Pero la promesa también es real: está sellado para el día de la redención.

El sello del Espíritu indica pertenencia, autenticidad y garantía. Dios marca a los suyos como propiedad suya. No los sella hasta la próxima caída, ni hasta la próxima crisis emocional, ni hasta el próximo ataque del enemigo. Los sella para el día de la redención. El día final está en vista. La obra del Espíritu no se queda a medio camino.

Pablo ya había dicho antes:

“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa,” Efesios 1:13, Reina-Valera 1960.

Y añade:

“que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.” Efesios 1:14, Reina-Valera 1960.

El Espíritu es arras, garantía, adelanto de la herencia. Dios no da arras de una herencia que finalmente no entregará. El Espíritu en el creyente es anticipo de la redención consumada. La perseverancia de los santos está unida al sello del Espíritu y a la gloria de Dios. Si Dios selló para alabanza de su gloria, su gloria está comprometida en completar lo que comenzó.

Una frase deja sin suelo a la inseguridad carnal: el Espíritu no fue dado como visita pasajera, sino como sello hasta el día final.

El que comenzó la obra la perfeccionará

Pablo escribe a los filipenses:

“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo;” Filipenses 1:6, Reina-Valera 1960.

La confianza de Pablo no descansa en los filipenses como si fueran creyentes sin debilidad. Descansa en Dios. El que comenzó la buena obra la perfeccionará. Si Dios comenzó, Dios terminará. Si la obra fuera del hombre podría quebrarse. Pero es de Dios.

Este texto no elimina la responsabilidad de los filipenses. Más adelante Pablo les dirá que se ocupen en su salvación con

temor y temblor. Pero inmediatamente explicará por qué pueden hacerlo:

“porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.” Filipenses 2:13, Reina-Valera 1960.

El creyente obra porque Dios obra. Persevera porque Dios lo sostiene. Lucha porque Dios produce querer y hacer. La perseverancia bíblica no es quietismo. No dice: “Como Dios me guarda, no hago nada”. Dice: “Dios obra en mí; por tanto, camino, lucho, obedezco, oro, me arrepiento, persevero”.

Los Cánones de Dort lo expresan con equilibrio. Dios guarda, prosigue y consuma su obra por medio del oír, leer y reflexionar en el evangelio, así como por amonestaciones, amenazas, promesas y el uso de los medios de gracia. Esto es crucial. Dios preserva por medios. Preserva por la Palabra. Preserva por advertencias. Preserva por promesas. Preserva por la comunión. Preserva por la oración. Preserva por la disciplina paternal. Preserva por la iglesia.

Refuerzan los Cánones de Dort:

“Como agradó a Dios comenzar en nosotros esta obra suya de la gracia por la predicación del Evangelio, así la guarda, prosigue y consuma Él.”

Cánones de Dort (1619).

La doctrina no debe llevarnos a despreciar los medios. Quien dice: “Dios me guarda, no necesito congregarme, orar, leer, luchar, arrepentirme”, no está entendiendo la perseverancia; está tentando a Dios. Dios guarda a sus santos haciéndolos perseverar en los medios que Él mismo ordenó.

Perseverancia y santificación

El creyente será fortalecido para vencer tentaciones y el dominio del pecado, si el pecado no nos duele, es momento de examinar si realmente estamos en Cristo o si solo participamos de una vida religiosa, de reglas y dogmas. Esta observación debe estar en el centro del capítulo.

La perseverancia de los santos no es solo permanencia en una declaración pasada; es permanencia en Cristo, en la fe, en el arrepentimiento, en la lucha contra el pecado y en el camino de la santificación. Un creyente verdadero puede caer dolorosamente, pero no puede hacer paz definitiva con el pecado. Puede ser vencido temporalmente, pero no puede instalarse cómodamente en la rebelión como estilo de vida sin disciplina, sin dolor, sin retorno.

Juan escribe:

“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.” 1 Juan 3:9, Reina-Valera 1960.

Este texto no enseña perfección sin pecado en esta vida. Juan ya había dicho:

“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.” 1 Juan 1:8, Reina-Valera 1960.

La idea es que el nacido de Dios no practica el pecado como dominio continuo, cómodo y definitivo. La simiente de Dios permanece en él. La vida nueva no permite que el pecado reine como antes. La gracia que salva rompe el dominio del pecado, aunque la presencia del pecado permanezca hasta la glorificación.

Pablo describe esa lucha:

“Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; ²³ pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.” Romanos 7:22–23, Reina–Valera 1960.

El creyente lucha. A veces llora por su propia contradicción. A veces se siente miserable por su pecado. Pero precisamente ese dolor es señal de vida. Un muerto no lucha contra la muerte. Un corazón sin regeneración puede sentir remordimiento por consecuencias, pero no dolor santo por haber entristecido a Dios. La perseverancia no se ve en una vida sin batalla, sino en una vida que no abandona la batalla.

Thomas Watson, puritano inglés, habló con frecuencia de la santificación como evidencia de la gracia verdadera. La gracia no solo perdona, también purifica.

Refuerza Thomas Watson:

“La santificación es el comienzo de la gloria.”

Thomas Watson (c. 1620–1686).

La gloria futura ya comienza en semilla cuando Dios santifica al creyente. Por eso no puede existir una salvación que no transforme. Una seguridad sin santidad es presunción. Una doctrina de perseverancia sin lucha contra el pecado es una mentira con vocabulario reformado.

“Salvos siempre salvos”: una frase que necesita ser corregida

“salvos siempre salvos” es un uso distorsionado, un argumento falso. Esto debe ser tratado con mucha claridad. Hay una forma correcta de afirmar seguridad eterna: si Dios salvó realmente a alguien, lo guardará hasta el fin. Pero hay

una forma falsa de usar la frase: decir que alguien puede vivir deliberadamente en pecado, sin arrepentimiento, sin fruto, sin amor por Cristo, y aun así sentirse seguro porque un día hizo una decisión externa.

Dabney lo dice con dureza necesaria. No enseñamos que cualquier persona pueda creer que es justificada y que no volverá a condenación bajo la proposición “una vez en gracia, siempre en gracia”, aunque viva ahora en pecado intencionado y deliberado. Él llama esa idea una falsedad satánica. El punto es claro: quien vive deliberadamente en pecado sin arrepentimiento demuestra que nunca fue sostenido por la verdadera gracia.

Refuerza Robert L. Dabney:

“Ningún creyente inteligente puede abusar de esta doctrina convirtiéndola en pretexto para una seguridad carnal.”

Robert L. Dabney (1820–1898).

Esta frase debe cortar una falsa confianza. No hay perseverancia sin perseverar. No hay seguridad bíblica desconectada de Cristo. No hay vida eterna que no produzca vida nueva. No hay unión con Cristo que no produzca fruto. No hay justificación verdadera que deje al hombre en paz con el pecado como amo.

Jesús dijo:

“Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?” Mateo 7:16, Reina-Valera 1960.

Y también:

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.” Mateo 7:21, Reina-Valera 1960.

Estas palabras no enseñan salvación por obras. Enseñan que una profesión sin obediencia es falsa. Hay quienes dicen “Señor, Señor” y no pertenecen a Cristo. Hay quienes tienen lenguaje religioso, actividad religiosa y hasta experiencias impresionantes, pero no son conocidos por Cristo.

“Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” Mateo 7:23, Reina-Valera 1960.

Cristo no dice: “Los conocí y luego los perdí”. Dice: “Nunca os conocí”. Esa palabra es decisiva. Hay profesantes que caen porque nunca fueron verdaderamente suyos. No perdieron una salvación real; evidenciaron que su profesión no era fruto del nuevo nacimiento.

Los que creen por un tiempo

Una de las objeciones arminianas más comunes contra la perseverancia de los santos es que la Biblia muestra personas que creen por un tiempo y luego se apartan. El argumento merece atención. Jesús mismo habla de una fe temporal en la parábola del sembrador.

“Y el que fue sembrado en pedregales, este es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; ²¹ pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza.” Mateo 13:20-21, Reina-Valera 1960.

Hay una recepción con gozo. Hay una respuesta visible. Pero no hay raíz. Cuando llega la aflicción, se aparta. Los Cánones de Dort responden a quienes dicen que la fe temporal solo difiere de la fe salvadora en duración. Cristo, dicen, establece diferencias más profundas: unos no tienen raíz; otros sí. Unos

no llevan fruto; otros producen fruto. Unos reciben la semilla en tierra pedregosa; otros en buena tierra.

La fe temporal puede parecer real por un tiempo. Puede emocionarse. Puede hablar. Puede participar. Puede tener apariencia. Pero no tiene raíz. La fe salvadora, aunque puede ser débil, tiene raíz porque nace de la obra de Dios. La diferencia no está solo en cuánto dura, sino en qué es.

Juan lo expresa así:

“Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros.” 1 Juan 2:19, Reina-Valera 1960.

El texto no dice: “Eran de nosotros y luego dejaron de serlo”. Dice: “No eran de nosotros”. Su salida manifestó lo que ya era cierto. La apostasía final revela una realidad escondida: no pertenecían verdaderamente al pueblo regenerado.

Esto debe hacernos sobrios. No todo comienzo visible es nuevo nacimiento. No toda emoción es fe salvadora. No todo conocimiento doctrinal es vida espiritual. No toda reforma externa es regeneración. La perseverancia de los santos no niega que haya apóstatas; explica que la apostasía final revela una profesión falsa.

Advertencias reales para creyentes reales

Algunos preguntan: si Dios guarda a los suyos, ¿por qué hay tantas advertencias en la Biblia? La respuesta es que Dios usa advertencias como medios para preservar a sus santos. Las advertencias no son teatro. Son instrumentos reales en manos de Dios. El creyente verdadero las escucha, tiembla, se examina, se arrepiente y persevera. El falso creyente las desprecia o las usa temporalmente sin fruto profundo.

Hebreos advierte:

“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo;” Hebreos 3:12, Reina-Valera 1960.

Y añade:

“antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado.” Hebreos 3:13, Reina-Valera 1960.

Estas advertencias son reales. El pecado engaña. El corazón puede endurecerse. La comunidad debe exhortarse. Dios preserva a los suyos no quitando las advertencias, sino usándolas. Una doctrina que desprecia las advertencias bíblicas no es perseverancia reformada; es presunción.

Judas también exhorta:

“Mas vosotros, oh amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando por el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para vida eterna.” Judas 20-21, Reina-Valera 1960.

Y, al final de la misma carta, eleva la mirada a Dios:

“A aquel, pues, que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros delante de su gloria irreprensibles, con grande alegría.” Judas 24, Reina-Valera 1960.

Aquí está el equilibrio: conservaos en el amor de Dios; Dios es poderoso para guardaros. El creyente actúa porque Dios guarda. Dios guarda haciendo que el creyente ore, se edifique, espere la misericordia y permanezca. No hay contradicción. Hay medios y fin, responsabilidad y gracia, obediencia y poder divino.

John MacArthur conecta Judas con la seguridad eterna: Dios es poderoso para guardarnos sin caída y presentarnos irreprochables delante de su gloria. Eso no produce pasividad; produce adoración. Si Dios puede presentarnos irreprochables, entonces la perseverancia termina en alabanza, no en jactancia humana.

Refuerza John MacArthur:

“Dios es poderoso para guardarnos sin caída.”

John MacArthur (1939–2025).

Esta frase no suaviza las advertencias; las coloca en su lugar. El mismo Dios que advierte es el Dios que guarda. El mismo Dios que manda perseverar es el Dios que sostiene la perseverancia.

La posición arminiana sobre la pérdida de salvación

Debemos contrastar con justicia. El arminianismo clásico, especialmente en muchas de sus expresiones wesleyanas, sostiene que los creyentes deben perseverar en la fe y que existe la posibilidad real de apartarse finalmente. Sus defensores suelen argumentar que la salvación tiene dimensión pasada, presente y futura; que el creyente puede tener seguridad presente al confiar en Cristo, pero que debe continuar en la fe hasta el fin. También citan advertencias de hebreos, 2 Pedro, Judas y Apocalipsis para sostener que la apostasía final de un creyente verdadero es posible.

Esta postura no debe ser ridiculizada. Toma en serio advertencias bíblicas reales. Quiere evitar una seguridad carnal. Quiere llamar a la santidad. En ese sentido, ve correctamente un peligro: hay quienes usan la seguridad

eterna para justificar el pecado. Pero desde la perspectiva reformada, el arminianismo resuelve el peligro debilitando la eficacia de la gracia preservadora de Dios. Hace que la perseverancia final dependa, en última instancia, de la continuidad de la voluntad humana.

Los Cánones de Dort rechazan esta idea. Afirman que la perseverancia no es una condición del nuevo pacto que el hombre deba cumplir por su libre voluntad para su elección decisiva y justificación, sino un fruto de la elección y un don de Dios adquirido por la muerte, resurrección e intercesión de Cristo.

Refuerzan los Cánones de Dort:

“La perseverancia se sigue de la elección, y es dada a los elegidos en virtud de la muerte, resurrección e intercesión de Cristo.”

Cánones de Dort (1619).

Aquí está el punto doctrinal. La perseverancia no es el aporte final del hombre para completar la salvación. Es parte de la salvación comprada por Cristo. Si Cristo compró la fe, también compró la perseverancia de la fe. Si intercede por los suyos, su intercesión no falla. Si el Padre dio un pueblo al Hijo, el Hijo no lo perderá.

El arminianismo teme que esta doctrina produzca descuido. Pero la Biblia enseña que la verdadera seguridad produce purificación:

“Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.” 1 Juan 3:3, Reina-Valera 1960.

La esperanza bíblica no relaja la santidad; la enciende. El problema no es tener seguridad en Cristo. El problema es tener seguridad en una experiencia pasada sin Cristo presente.

Cristo oró para que nuestra fe no falte

La perseverancia de los santos descansa también en la intercesión de Cristo. Vemos esto de manera preciosa en el caso de Pedro. Jesús le dijo:

“Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; ³²pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos.” Lucas 22:31-32, Reina-Valera 1960.

Pedro caería gravemente. Negaría al Señor. Lloraría amargamente. Pero su fe no faltaría finalmente, no porque Pedro fuera fuerte, sino porque Cristo rogó por él. La intercesión de Cristo sostuvo a Pedro a través de una caída dolorosa. Pedro no perseveró porque nunca cayó; perseveró porque Cristo lo restauró.

Este texto es una medicina para creyentes quebrantados. Hay caídas que nos hacen pensar que todo terminó. Hay pecados que nos llenan de vergüenza. Hay temporadas de debilidad donde nos parece imposible volver. Pero si Cristo intercede por los suyos, la caída no tendrá la última palabra. El pecado puede herir profundamente, pero no puede vencer la oración eficaz del Mediador.

Los Cánones de Dort usan este texto contra quienes niegan que Cristo haya rogado por la perseverancia infalible de los creyentes. También citan Juan 17, donde Cristo ora:

“Padre santo, a los que me has dado, guárdalos por tu nombre.” Juan 17:11, Reina-Valera 1960.

Y más adelante:

“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.”
Juan 17:15, Reina-Valera 1960.

Cristo ora por los que el Padre le dio. Pide que sean guardados. ¿Puede fallar esa oración? Si el Hijo ora conforme a la voluntad del Padre por aquellos que el Padre le dio, esa intercesión es eficaz. La perseverancia no descansa en que nosotros intercedamos perfectamente por nosotros mismos, sino en que Cristo intercede perfectamente por nosotros.

John Owen, puritano, desarrolló profundamente la obra sacerdotal de Cristo. Para Owen, la intercesión de Cristo no es un deseo incierto, sino parte de su sacerdocio eficaz. Cristo presenta su obra consumada y asegura la aplicación de sus beneficios a los suyos.

Refuerza John Owen:

“La intercesión de Cristo es la continuación de su oblación.”

John Owen (1616–1683).

El Cristo que murió por su pueblo vive para sostenerlo. La cruz y la intercesión no se contradicen. Lo que compró con sangre, lo preserva con su sacerdocio vivo.

Dios disciplina a los que ama

La perseverancia no significa que Dios deja a sus hijos sin corrección. Al contrario, la disciplina paternal es uno de los medios por los cuales Dios guarda a los suyos. Cuando un creyente se desvía, Dios puede corregirlo con dolor. Esa corrección no es condenación; es amor santo.

Hebreos dice:

“Porque el Señor al que ama, disciplina, Y azota a todo el que recibe por hijo.” Hebreos 12:6, Reina-Valera 1960.

Y añade:

“Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?” Hebreos 12:7, Reina-Valera 1960.

La disciplina prueba filiación. Dios no abandona a sus hijos en el pecado. Los corrige porque los ama. Esta verdad debe ser tomada en serio por quienes usan mal “salvos siempre salvos”. Si puedes vivir en pecado sin disciplina, sin dolor, sin corrección, sin retorno, debes temblar. No porque Dios pierda hijos, sino porque tal vez nunca fuiste hijo.

Si el pecado no nos duele, debemos examinar si realmente estamos en Cristo o si solo somos parte de una vida de religión, reglas y dogmas. Un cristiano verdadero puede pecar, pero no puede vivir reconciliado con el pecado como si nada pasara. La gracia hace que lo que antes disfrutábamos ahora nos cause dolor, y en algunos casos repulsión. Esa transformación no es opcional. Es fruto de vida nueva.

David cayó gravemente, pero no quedó indiferente. El Salmo 51 muestra un corazón quebrantado:

“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, Y renueva un espíritu recto dentro de mí.” Salmo 51:10, Reina-Valera 1960.

Pedro negó a Cristo, pero lloró amargamente. El hijo pródigo se fue, pero volvió en sí y regresó al padre. Los verdaderos hijos pueden caer, pero la gracia los trae de vuelta. La disciplina puede doler, pero es misericordia. Un Dios que deja al pecador tranquilo en su rebelión no lo está tratando como hijo.

Perseverancia no es perfeccionismo

También debemos evitar otro error: pensar que perseverar significa no caer nunca, no dudar nunca, no luchar nunca, no tener temporadas de sequedad, no experimentar debilidad. Eso destruiría la esperanza de muchos creyentes sinceros. La perseverancia de los santos no enseña perfección sin pecado en esta vida. Enseña que Dios preserva a los suyos en la fe, los restaura de sus caídas y los conduce finalmente a la gloria.

Pablo mismo reconoce lucha interna, pero no desespera sin Cristo:

“¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?”²⁵ Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.” Romanos 7:24–25, Reina-Valera 1960.

El creyente no se salva por la ausencia de lucha, sino por Cristo. Su lucha no niega la gracia; muchas veces evidencia que hay vida. El incrédulo puede estar tranquilo en el pecado; el creyente no. El creyente gime, se arrepiente, clama, vuelve, lucha, se sostiene en Cristo.

Los Cánones de Dort reconocen que los creyentes pueden ser llevados a pecados graves, entristecer al Espíritu, interrumpir el ejercicio de la fe, herir gravemente su conciencia y perder por un tiempo el sentimiento de la gracia. Pero Dios no permite que sean totalmente abandonados ni que caigan del estado de adopción y justificación. Los restaura por su Palabra y Espíritu.

Esta enseñanza es necesaria para almas sensibles. Hay creyentes que, al ver su pecado, temen no ser de Cristo. A ellos no debemos darles una falsa paz barata, pero tampoco aplastarlos si hay arrepentimiento verdadero. La señal no es

que jamás caen; la señal es que no pueden vivir cómodamente caídos. La gracia los levanta.

Refuerza Richard Sibbes, puritano conocido por su ternura pastoral:

“Cristo no quebrará la caña cascada.”

Richard Sibbes (1577–1635).

El creyente débil no debe pensar que Cristo lo desecha por ser débil. Cristo reprende, sana, levanta y sostiene. La perseverancia no es para santos imaginarios sin heridas; es para ovejas reales guardadas por un Pastor real.

Perseverancia, medios de gracia e iglesia

La iglesia es la comunidad visible de los redimidos, no una institución que reemplaza a Cristo, sino una obra visible de la gracia de Dios. En la perseverancia, la iglesia ocupa un lugar importante como medio de edificación, exhortación, disciplina y consuelo.

El autor de hebreos dice:

“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; ²⁵ no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.” Hebreos 10:24–25, Reina-Valera 1960.

La perseverancia no es individualismo espiritual. Dios nos guarda también mediante hermanos que nos exhortan, nos corrigen, oran por nosotros, nos animan, nos confrontan y caminan con nosotros. Quien desprecia la iglesia y pretende perseverar aislado se expone a peligros innecesarios. La oveja separada del rebaño se vuelve presa fácil.

Los Cánones de Dort afirman que Dios guarda, prosigue y consuma su obra por el oír, leer y reflexionar en el evangelio, por amonestaciones, amenazas, promesas y sacramentos. Esto incluye una vida cristiana concreta, ordinaria, perseverante. No es misticismo sin medios. Es gracia que usa medios.

MacArthur, al hablar de la elección, recuerda que Pablo predicaba el evangelio para que los elegidos oyeran y creyeran, luego enseñaba la verdad para que crecieran en piedad, y finalmente los llenaba de esperanza futura. Esa estructura ayuda a pensar la perseverancia: salvación, santificación y esperanza. El creyente no solo necesita comenzar; necesita ser edificado y consolado hasta el fin.

Refuerza John MacArthur:

“Traemos el Evangelio, y después instruimos a los que creen.”

John MacArthur (1939–2025).

La perseverancia necesita doctrina, iglesia, esperanza, exhortación y Palabra. Dios no guarda a sus hijos por magia religiosa, sino por su Espíritu obrando mediante los medios que Él estableció.

La perseverancia y el consuelo de los abatidos

Esta doctrina no fue dada para inflar debates, sino para consolar almas. Los Cánones de Dort dicen que la doctrina de la perseverancia fue revelada superabundantemente en la Palabra para honor del nombre de Dios y consuelo de las almas piadosas. Esto es hermoso. Dios no nos dio esta

doctrina para que los orgullosos se sintieran invencibles, sino para que los quebrantados descansaran en su fidelidad.

Refuerzan los Cánones de Dort:

*“Para honor de Su Nombre y para consuelo de
las almas piadosas.”*

Cánones de Dort (1619).

El creyente abatido necesita saber que Dios no lo suelta. La madre que llora por su debilidad necesita saber que Cristo intercede. El joven que lucha contra un pecado persistente necesita saber que la gracia no lo invita a rendirse, sino a volver a pelear con esperanza. El anciano que mira atrás y ve fallas necesita saber que el que comenzó la obra la perfeccionará. El predicador cansado necesita saber que su salvación no depende de su rendimiento ministerial, sino de Cristo.

La seguridad bíblica produce humildad, no altanería. Dort afirma que cuando la confianza en la perseverancia revive en quienes son reincorporados de una caída, no produce descuido de la piedad, sino mayor cuidado en observar los caminos del Señor. La seguridad recuperada no vuelve al creyente liviano; lo vuelve agradecido.

Una frase entra al corazón cansado: Cristo no te sostuvo para que juegues con el pecado; te sostuvo para que vuelvas a caminar con Él.

La perseverancia y el temor santo

Aunque esta doctrina consuela, también debe producir temor santo. No un temor servil de condenación para el creyente, sino una reverencia seria ante Dios. Pablo dice:

“Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga.” 1 Corintios 10:12, Reina-Valera 1960.

El creyente no debe vivir confiando en sí mismo. Pedro pensó que nunca negaría al Señor, y cayó en una noche. David fue un hombre conforme al corazón de Dios, y cayó gravemente. Sansón jugó con su fuerza y despertó sin saber que Jehová se había apartado de él en aquel aspecto de su vida. La seguridad en Dios nunca debe convertirse en confianza carnal en nosotros mismos.

Pablo también escribe:

“ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor,” Filipenses 2:12, Reina-Valera 1960.

Y luego fundamenta:

“porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.” Filipenses 2:13, Reina-Valera 1960.

El temor y temblor no nacen de pensar que Dios es débil, sino de reconocer que Dios obra en nosotros. Hay algo santo y serio en la salvación. No se debe tratar la gracia como juguete. No se debe convertir la doctrina en excusa. No se debe hablar de perseverancia mientras se abraza lo que llevó a Cristo a la cruz.

Jóvenes de corte calvinista que, por estudiar soberanía de Dios y predestinación, terminan distorsionando la visión sana respecto a Dios y usando razonamientos peligrosos. Saber de soberanía no es lo mismo que rendirse al Soberano. Saber de gracia no es lo mismo que vivir como deudor de gracia. Una mente reformada con un corazón no quebrantado puede usar la doctrina para endurecerse.

La perseverancia verdadera se ve en una fe que continúa arrepintiéndose.

Preservación y perseverancia: dos caras de una misma doctrina

Algunos prefieren hablar de **preservación de los santos**, porque enfatiza la obra de Dios. Otros mantienen **perseverancia de los santos**, porque enfatiza que el creyente realmente continúa en la fe. Ambas expresiones, bien entendidas, son necesarias. Dios preserva; por eso los santos perseveran. Los santos perseveran; porque Dios los preserva.

Si solo hablamos de preservación sin perseverancia, podríamos caer en pasividad. Si solo hablamos de perseverancia sin preservación, podríamos caer en autosuficiencia. La Escritura sostiene ambas.

Pablo dice:

“Pero fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal.” 2 Tesalonicenses 3:3, Reina-Valera 1960.

Y Pedro llama a añadir virtud, conocimiento, templanza, paciencia, temor de Dios, amor fraternal y caridad:

“Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás.” 2 Pedro 1:10, Reina-Valera 1960.

Dios confirma y guarda. El creyente procura hacer firme su vocación y elección. No hace firme la elección en Dios como si el decreto fuera inestable; la hace firme en su conciencia, por los frutos que evidencian la obra de Dios. La obediencia no compra la elección; la confirma como fruto.

La Confesión de Westminster y la Confesión Bautista de 1689 enseñan que los verdaderos creyentes no pueden caer total ni finalmente del estado de gracia, sino que perseverarán hasta el fin. Pero también enseñan que pueden caer en

pecados graves y sufrir disciplina, pérdida de consuelo y daño en su testimonio. Esto evita dos extremos: la inseguridad que niega la fidelidad de Dios y la presunción que niega la seriedad del pecado.

Refuerza la Confesión de Fe de Westminster:

“Ciertamente perseverarán en ella hasta el final y serán salvos eternamente.”

Confesión de Fe de Westminster (1646).

No es una posibilidad. Es una promesa. Pero es promesa para verdaderos creyentes, no para profesantes vacíos.

El fundamento trinitario de la perseverancia

La perseverancia de los santos tiene fundamento trinitario. El Padre eligió. El Hijo redimió e intercede. El Espíritu sella y santifica. Si la salvación es obra del Dios trino, su preservación también lo es.

El Padre guarda porque los creyentes son suyos. Jesús oró:

“Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros.” Juan 17:11, Reina-Valera 1960.

El Hijo guarda porque las ovejas están en su mano:

“y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.” Juan 10:28, Reina-Valera 1960.

El Espíritu guarda porque sella para el día de la redención:

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.” Efesios 4:30, Reina-Valera 1960.

Esta triple obra destruye la idea de que la perseverancia descansa finalmente en el libre albedrío. ¿Puede la voluntad humana caída ser más fuerte que el propósito del Padre, la mano del Hijo y el sello del Espíritu? ¿Puede un verdadero creyente escapar finalmente de una salvación sostenida por el Dios trino? No. La salvación es del Señor desde el principio hasta el fin.

Spurgeon amaba resumir el calvinismo con una frase bíblica:

“La salvación es de Jehová.”

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

Si la salvación es de Jehová, la perseverancia también es de Jehová. No comenzamos por gracia para terminar por autonomía. No entramos por la puerta de Cristo para llegar al cielo por la fuerza de la carne. La gracia que inicia es la gracia que sostiene.

Perseverar mirando a Cristo

La perseverancia no se vive mirando constantemente nuestro pulso espiritual como si nuestra seguridad dependiera de medirnos cada día con angustia. Se vive mirando a Cristo. Sí, debemos examinarnos. Sí, debemos probar si estamos en la fe. Sí, debemos atender a los frutos. Pero la fe no se fortalece mirándose a sí misma como objeto final. Se fortalece mirando al Salvador.

Hebreos dice:

“puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.” Hebreos 12:2, Reina-Valera 1960.

Jesús es autor y consumidor de la fe. Él la inicia y la lleva a su fin. El creyente persevera mirando a Cristo, no mirando su propio mérito. Cuando mira demasiado a sí mismo, puede caer en orgullo o desesperación. Cuando mira a Cristo, encuentra justicia, intercesión, poder, perdón, ejemplo y esperanza.

La salvación comienza en el interior del hombre y que el propósito de Dios debe determinar completamente las actitudes ante su inquebrantable propósito de que aquellos que antes conoció sean finalmente unidos con su Salvador en la materialización de la salvación en su segunda venida. Esta frase conecta la perseverancia con la consumación. Dios no solo quiere que seamos perdonados; quiere que seamos finalmente unidos a Cristo en gloria.

Juan escribe:

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.” 1 Juan 3:2, Reina-Valera 1960.

Ese es el fin: ser semejantes a Cristo. La perseverancia no es apenas sobrevivir espiritualmente. Es ser llevado por Dios hasta la conformidad final con el Hijo. MacArthur, al hablar de la elección, recuerda que Dios escogió una novia para su Hijo, una humanidad redimida que adorará, servirá y reflejará la gloria de Cristo para siempre. Esa visión eleva la perseverancia: Dios nos guarda porque nos está preparando para el Hijo.

Seguridad sin autoengaño

¿Cómo puede una persona saber si su seguridad es bíblica o falsa? La respuesta no es buscar una experiencia extraordinaria ni intentar leer el decreto secreto de Dios. La respuesta es mirar a Cristo y examinar los frutos de la gracia.

¿Hay fe verdadera en Cristo? ¿Hay arrepentimiento? ¿Hay dolor por el pecado? ¿Hay hambre de justicia? ¿Hay deseo de obedecer? ¿Hay amor por los hermanos? ¿Hay perseverancia bajo disciplina? ¿Hay retorno después de caer?

Pablo dice:

“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” 2 Corintios 13:5, Reina-Valera 1960.

El examen bíblico no busca destruir la seguridad verdadera; busca destruir la falsa. Una seguridad que no soporta el examen de la Escritura no era seguridad, sino anestesia. La verdadera seguridad puede ser sacudida para ser purificada, pero descansa finalmente en Cristo.

Los Cánones de Dort enseñan que los elegidos son asegurados de su elección no escudriñando curiosamente los misterios profundos de Dios, sino advirtiéndolo en sí mismos los frutos infalibles indicados en la Palabra: verdadera fe en Cristo, temor filial de Dios, tristeza según Dios sobre el pecado, hambre y sed de justicia.

Refuerzan los Cánones de Dort:

“No cuando, por curiosidad, escudriñan los misterios y las profundidades de Dios.”

Cánones de Dort (1619).

La seguridad no viene por curiosidad sobre lo secreto, sino por fe en lo revelado. No debo preguntar primero: “¿Estoy escrito en el libro?”. Debo preguntar: “¿Estoy mirando a Cristo? ¿Creo su evangelio? ¿Su gracia produce fruto en mí?”.

Y si veo fruto, no debo coronarme. Debo adorar. El fruto no es causa de salvación; es evidencia de vida.

La perseverancia y la gloria de Dios

Finalmente, esta doctrina existe para la gloria de Dios. Si los santos perseveraran por su propia fuerza final, la gloria sería compartida. Pero si perseveran porque Dios los guarda, entonces toda la gloria vuelve a Él. La salvación no termina con el creyente diciendo: “Yo logré sostenerme”. Termina diciendo: “Dios me sostuvo”.

Pablo escribe:

“Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.” 1 Tesalonicenses 5:24, Reina-Valera 1960.

Él también lo hará. Dios no solo llama; Dios completa. La fidelidad de Dios es el suelo de la perseverancia. Por eso el cielo no será una sala de trofeos humanos, sino un templo de alabanza. Nadie cantará a su propia constancia. Nadie dirá: “Llegué porque fui fuerte”. Los redimidos cantarán al Cordero.

Judas termina su carta con una doxología:

“al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén.” Judas 25, Reina-Valera 1960.

La doxología viene después de decir que Dios es poderoso para guardarnos sin caída. La preservación termina en adoración. Dios guarda; Dios presenta irrepreensibles; Dios recibe gloria. Esta es la forma correcta de vivir la seguridad: no con arrogancia, sino con alabanza.

John Newton, después de una vida marcada por pecado, conversión y gracia, podía mirar atrás y reconocer que la gracia lo había traído y lo llevaría a casa. Su himno lo expresa

de manera inolvidable, aunque aquí basta recordar la idea: la gracia que lo salvó también lo conduciría finalmente al hogar. Esa es la perseverancia cantada.

Refuerza John Newton:

“La gracia me ha traído seguro hasta aquí.”

John Newton (1725–1807).

Y esa gracia llevará al creyente hasta el final. No porque el creyente merezca llegar, sino porque Cristo merece recibir a todos aquellos por quienes murió.

Conclusión: guardados para llegar a casa

La perseverancia de los santos no es una doctrina secundaria. Es el cierre glorioso de las doctrinas de la gracia. Si el hombre estaba muerto, Dios dio vida. Si Dios eligió, eligió para gloria. Si Cristo murió, murió para salvar eficazmente. Si el Espíritu llamó, llamó con poder. Y si Dios comenzó la obra, Dios la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.

Esta doctrina debe corregir la falsa seguridad. No todo el que dice “Señor, Señor” entrará en el reino. No toda profesión es regeneración. No toda emoción es fe. No toda decisión externa es nuevo nacimiento. No todo conocimiento doctrinal es vida espiritual. “Salvos siempre salvos”, usado para justificar pecado deliberado, es una distorsión peligrosa. El verdadero creyente persevera en fe, arrepentimiento y santificación.

Pero esta doctrina también debe consolar al creyente abatido. Tus caídas no son más fuertes que la intercesión de Cristo. Tus temores no son más fuertes que la mano del Pastor. Tus enemigos no son más fuertes que el amor de Dios. Tu

debilidad no es más fuerte que el sello del Espíritu. Si estás en Cristo, eres guardado por el poder de Dios.

La perseverancia no te dice: descansa en ti. Te dice: descansa en Cristo.

No te dice: juega con el pecado. Te dice: Dios te guardará luchando contra él.

No te dice: no importa cómo vivas. Te dice: Dios te santificará porque eres suyo.

No te dice: tu decisión pasada te salva, aunque no haya fruto. Te dice: Cristo salva de verdad, y su salvación produce vida.

El creyente llegará a casa. No porque el camino sea fácil. No porque nunca tropiece. No porque nunca lllore. No porque nunca sea disciplinado. Llegará porque el Padre lo escogió, el Hijo lo compró, el Espíritu lo selló, la Palabra lo sostiene, la gracia lo restaura y Dios no pierde lo que salva.

“Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.” Romanos 8:30, Reina-Valera 1960.

Ahí está la cadena completa.

Predestinado.

Llamado.

Justificado.

Glorificado.

Entre el primer eslabón y el último no está la fuerza del hombre, sino la fidelidad de Dios.

Y cuando el creyente llegué finalmente a la presencia de Cristo, no dirá: “Me sostuve”.

Dirá:

Fui guardado.

Fui sostenido.

Fui restaurado.

Fui llevado.

La gracia me encontró.

La gracia me sostuvo.

La gracia me trajo a casa.

Citas y fuentes para este capítulo

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960.
- Tesis final, José Luis Calixto Avendaño Méndez, sección “Capítulo 5 Perseverancia de los santos”, especialmente 5.1 “Planteamiento de la doctrina” y 5.2 “Salvos siempre salvos, un argumento falso”.
- *Cánones de Dort*, quinto punto de doctrina: “De la perseverancia de los santos”.
- Confesión de Fe de Westminster, capítulo 17: “De la perseverancia de los santos”.
- Confesión Bautista de Londres de 1689, capítulo 17: “De la perseverancia de los santos”.
- Robert L. Dabney, *Los cinco puntos del calvinismo*, sección “Perseverancia de los santos”.
- John MacArthur, *La doctrina de la elección*, partes 1–3, y *La doctrina del llamado eficaz de Dios*.
- Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, doctrina de la fe, la perseverancia y la providencia de Dios.
- John Owen, escritos sobre la intercesión de Cristo, la mortificación del pecado y la perseverancia de los santos.
- Thomas Watson, escritos puritanos sobre santificación, perseverancia y seguridad.
- Richard Sibbes, *The Bruised Reed*.
- Charles Haddon Spurgeon, sermones y escritos sobre seguridad, gracia soberana y perseverancia.

- John Newton, himnos y cartas sobre la gracia preservadora de Dios.
- John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, secciones sobre unión con Cristo, santificación y glorificación.
- Louis Berkhof, *Systematic Theology*, doctrina de la perseverancia de los santos.
- Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*, doctrina de la gracia, perseverancia y seguridad.
- R. C. Sproul, enseñanzas sobre seguridad eterna, elección y perseverancia.
- Brian Abasciano, *Los Cinco Puntos del Arminianismo*, sección sobre perseverancia condicional, usado como contraste doctrinal.
- Jerald E. Rice, “La comprensión arminiano-wesleyana de la santidad en la vida cristiana”, usado para contextualizar el contraste arminiano-wesleyano.

Capítulo 12: Objeciones Comunes

Escuchar bien antes de responder

Después de haber recorrido las cinco doctrinas de la gracia, conviene detenernos y escuchar las objeciones más comunes. No para abrir una discusión interminable, ni para convertir este libro en una pelea contra otros cristianos, sino para responder con honestidad a preguntas reales. Muchas personas no rechazan estas doctrinas por odio a la Biblia. A veces las rechazan porque nunca las oyeron bien explicadas. Otras veces porque las escucharon en boca de personas orgullosas. Otras porque vienen de una tradición donde se repitieron frases durante años: “Dios no obliga a nadie”, “Dios respeta el libre albedrío”, “si Cristo murió por todos, todos tienen la misma posibilidad”, “uno puede aceptar o rechazar a Cristo”, “Dios ya hizo su parte, ahora tú haces la tuya”.

Estas frases no nacen en el vacío. Tienen historia, cultura, himnos, predicaciones, experiencias de altar, campañas evangelísticas, llamados emocionales, enseñanzas de escuela dominical, conversaciones familiares y, hoy, videos, debates y canales de internet. Quien viene de un trasfondo pentecostal latinoamericano, bautista general, metodista, wesleyano, carismático o evangélico popular, muchas veces no se ve a sí mismo como “arminiano”. Simplemente dice: “Yo creo lo que siempre se enseñó en mi iglesia”.

Por eso este capítulo debe tener un tono doble: firme en la doctrina, pero justo con las personas. La verdad no necesita caricaturas. No necesitamos hacer que el arminiano clásico parezca pelagiano si no lo es. No necesitamos tratar al pentecostal piadoso como enemigo de la gracia. No necesitamos burlarnos del hermano que, al escuchar predestinación, siente temor o incomodidad. Pero tampoco debemos suavizar la enseñanza bíblica por miedo a incomodar tradiciones humanas.

Muchos cristianos, consciente o inconscientemente, se ubican entre el sistema arminiano y el sistema calvinista, aunque no conozcan los términos. Algunos creen que la salvación se pierde, pero también creen que el ser humano está completamente caído. Otros afirman libre albedrío, pero a la vez oran como si Dios pudiera atraer eficazmente. Gran parte de iglesias carismáticas y pentecostales no tienen una definición arminiana formal, pero creen que la salvación puede perderse, que Cristo murió por todo el mundo en el mismo sentido, que el hombre posee libre albedrío y que la predestinación debe entenderse de manera condicionada. También existen pentecostales que, sin conocer los términos del TULIP, sostienen afirmaciones muy cercanas a la gracia soberana.

Esa observación es muy real. En la práctica, mucha gente tiene una mezcla. No ha ordenado su doctrina, pero sí tiene intuiciones. El propósito de este capítulo no es humillar a quien viene de esa mezcla, sino ayudarlo a mirar cada objeción frente a la Escritura.

MacArthur, al presentar la elección, reconoce que muchas objeciones no son solo intelectuales, sino emocionales. Para algunos, la elección parece injusta; para otros, parece atacar la libertad humana; para otros, parece hacer a Dios duro o poco amoroso. Pero luego recuerda algo necesario: nuestra razón está caída, nuestras emociones están caídas y nuestro sentido de libertad también está caído. La verdad no se determina por lo que mi razón caída considera aceptable, sino por lo que Dios ha revelado.

Refuerza John MacArthur:

*“No soy Dios. Y mientras que las cosas quizás
no tengan sentido para mi razón; mi razón es
caída.”*

John MacArthur (1939–2025).

Este capítulo debe leerse desde allí. No se trata de apagar las preguntas, sino de someterlas a la Palabra. La fe no pide que dejemos de pensar. Pide que pensemos como criaturas delante de Dios.

Objeción 1: “Si Dios elige, entonces el hombre no es libre”

Esta objeción aparece en casi todos los ambientes no calvinistas. Se escucha en círculos arminianos clásicos, en iglesias bautistas generales, en iglesias pentecostales, en predicaciones carismáticas y en conversaciones sencillas de hermanos que dicen: “Dios nos dio libre albedrío; si Él escoge, entonces ya no somos libres”. En América Latina suele expresarse con frases como: “Dios no obliga a nadie”, “Dios es un caballero”, “Dios toca la puerta, pero tú tienes que abrir”, “Dios no se mete con tu decisión”.

Históricamente, esta objeción tiene raíces en el arminianismo remonstrante del siglo XVII en los Países Bajos, pero también en el pensamiento bautista general inglés, en tradiciones metodistas y wesleyanas, y más tarde en el pentecostalismo que heredó mucho del movimiento de santidad. En el mundo bautista general, particularmente en Inglaterra y luego en los Free Will Baptists de Estados Unidos, la idea de una expiación general y una respuesta libre del hombre llegó a ser parte de su identidad. En círculos pentecostales, especialmente los que vienen del avivamiento de santidad, la libertad humana se conecta con el llamado a decidir, consagrarse, apartarse del pecado y perseverar.

El problema es que la palabra “libre” suele usarse sin definir. Si por libre queremos decir que el hombre toma decisiones reales, la doctrina reformada lo afirma. Si por libre queremos decir que el hombre no es una piedra, un robot o un animal sin responsabilidad, también lo afirmamos. Pero si por libre queremos decir que la voluntad caída posee poder espiritual autónomo para escoger a Cristo sin regeneración, entonces la Escritura lo niega.

Jesús dijo:

“Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.” Juan 8:34, Reina-Valera 1960.

Un esclavo toma decisiones, pero no es libre en el sentido profundo. El pecador elige, pero elige según un corazón esclavizado. El problema no es que no tenga voluntad. El problema es que su voluntad sigue a sus amores caídos. La voluntad humana no flota en neutralidad. Brota del corazón. Y si el corazón ama las tinieblas, la voluntad no escogerá la luz como luz.

Jesús añadió:

“Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.” Juan 8:36, Reina-Valera 1960.

La verdadera libertad no es independencia de Dios. Es ser libertado por el Hijo. La gracia no destruye la libertad; la crea. Cuando Dios cambia el corazón, el hombre viene a Cristo voluntariamente, no forzado contra su deseo. Lo que cambia es el deseo. Antes veía a Cristo como locura; ahora lo ve como tesoro. Antes prefería las tinieblas; ahora ama la luz. Antes huía; ahora viene.

Dabney respondió a esta objeción diciendo que una voluntad establecida en la santidad no deja de ser libre. De lo

contrario, los santos en el cielo no serían libres, los ángeles santos no serían libres, la humanidad de Cristo no sería libre y Dios mismo no sería libre, porque Dios está eternamente determinado por su propia santidad. El problema está en una filosofía falsa que cree que libertad solo existe cuando la voluntad puede inclinarse igualmente al bien o al mal.

Refuerza Robert L. Dabney:

“La presencia y operación de un principio de rectitud no infringe el libre albedrío, sino que es esencial para cualquier verdadera libertad de la voluntad.”

Robert L. Dabney (1820–1898).

La libertad bíblica no es poder pecar. La libertad bíblica es poder amar a Dios. En el cielo seremos perfectamente libres precisamente porque ya no podremos pecar. La esclavitud no es estar determinado por la santidad; la esclavitud es estar dominado por el pecado.

Objeción 2: “Si Dios escoge a algunos, entonces Dios es injusto”

Esta objeción suele ser más emocional que técnica. Se escucha en ambientes arminianos, pentecostales, carismáticos y también en canales contemporáneos de YouTube contrarios al calvinismo. Algunos dicen: “Eso hace a Dios injusto”. Otros dicen: “Eso convierte a Dios en un dictador”. Otros preguntan: “¿Cómo puede Dios condenar a alguien si no lo escogió?”. En ciertos debates modernos, autores arminianos como Roger Olson han insistido en que el problema no es solo justicia, sino la bondad y amor de Dios si se acepta una visión fuerte de la predestinación.

Esta objeción también se escucha entre personas comunes: una madre piensa en sus hijos, un hermano piensa en su familia, un creyente recuerda a amigos incrédulos y siente el peso de la doctrina. No debemos burlarnos de eso. La pregunta no siempre nace de rebeldía. A veces nace de dolor. Pero el dolor tampoco puede convertirse en autoridad final sobre la Escritura.

Pablo anticipó esta objeción en Romanos 9:

“¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera.” Romanos 9:14, Reina-Valera 1960.

La respuesta apostólica no es: “No entendiste, Dios simplemente previó quiénes creerían por sí mismos”. Pablo no suaviza la elección convirtiéndola en previsión de mérito. Responde citando la libertad soberana de la misericordia divina:

“Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca.” Romanos 9:15, Reina-Valera 1960.

La clave está en entender qué es justicia y qué es misericordia. Justicia sería que todos los pecadores recibieran condenación. Misericordia es que Dios salve a culpables. Dios no le debe misericordia a nadie. Si la debiera, ya no sería misericordia. Si Dios salva a algunos, no comete injusticia contra los demás; muestra gracia inmerecida a quienes no podían reclamarla.

La objeción parte muchas veces de una imagen equivocada: como si Dios mirara a una humanidad inocente o neutral y negara salvación a personas que la merecían. Pero la Biblia comienza en otro lugar: todos pecaron. Todos están bajo culpa. Todos merecen juicio.

“por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios,” Romanos 3:23, Reina-Valera 1960.

El asombro bíblico no es que Dios no salve a todos. El asombro es que salve a alguno. Si esto no nos parece asombroso, todavía no hemos sentido el peso de nuestro pecado.

MacArthur observa que muchas personas sienten que la doctrina de la elección es una afrenta a su sentido de justicia. Pero el sentido humano de justicia no debe sentarse sobre Dios. La criatura no puede llamar injusto al Creador porque Él no se somete a nuestras categorías caídas.

Refuerza John MacArthur:

“Lo que satisface mi razón y mi emoción no es lo que determina la verdad.”

John MacArthur (1939–2025).

Objeción 3: “Si Dios ya escogió, ¿para qué evangelizar?”

Esta objeción aparece tanto en círculos arminianos como en iglesias pentecostales muy evangelísticas. En América Latina es especialmente fuerte porque muchas iglesias pentecostales y carismáticas han crecido con un alto sentido de misión, campañas, predicaciones al aire libre, llamados al altar y evangelismo personal. Desde ese trasfondo, alguien escucha “Dios escogió” y piensa: “Entonces ya no tiene sentido predicar”.

La objeción parece práctica, pero descansa en una falsa oposición. La Biblia no enfrenta elección y evangelismo. Los une. Dios no solo ordena el fin; también ordena los medios.

Si Dios quiere salvar a sus elegidos, también quiere llamarlos por medio de la predicación del evangelio.

Pablo escribe:

“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” Romanos 10:14, Reina-Valera 1960.

La elección no elimina esta cadena. La garantiza. Los elegidos deben oír. Deben creer. Deben invocar. Y para eso alguien debe predicar. Dios usa instrumentos humanos. El predicador no da vida, pero anuncia la Palabra que el Espíritu usa para dar vida.

Pablo mismo creía en la elección y evangelizaba con sufrimiento:

“Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna.” 2 Timoteo 2:10, Reina-Valera 1960.

Pablo no dijo: “Como hay escogidos, no sufriré”. Dijo: “Todo lo sufro por amor de los escogidos”. La elección le dio esperanza, no pereza. Sabía que su predicación no era en vano porque Dios tenía pueblo.

Cristo le dijo a Pablo en Corinto:

“No temas, sino habla, y no calles; ¹⁰ porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad.” Hechos 18:9-10, Reina-Valera 1960.

“Yo tengo mucho pueblo en esta ciudad” no fue razón para callar; fue razón para hablar. La doctrina de la elección no mata la misión. Mata la confianza en la manipulación. Nos hace predicar con claridad, orar con dependencia y descansar en que Dios abre corazones.

Spurgeon sostenía la elección con firmeza y, al mismo tiempo, predicaba con una urgencia evangelística extraordinaria.

Refuerza Charles Spurgeon:

“Si los pecadores han de ser condenados, al menos que salten al infierno sobre nuestros cuerpos.”

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

La soberanía de Dios no vuelve fría el alma del predicador. La vuelve dependiente. El que entiende la elección debe predicar más, no menos.

Objeción 4: “Dios ama a todos; por tanto, Cristo murió igualmente por todos”

Esta objeción nace principalmente de la doctrina de la expiación universal o general. Históricamente está presente en los bautistas generales ingleses del siglo XVII, en los Free Will Baptists, en arminianos clásicos, metodistas, wesleyanos, pentecostales y muchas iglesias carismáticas. En estos círculos se citan textos como Juan 3:16, 1 Juan 2:2, 1 Timoteo 2:4–6, hebreos 2:9 y Juan 1:29. En canales contemporáneos de YouTube, exponentes no calvinistas como Leighton Flowers suelen insistir en que textos como “mundo”, “todos” y “cualquiera” deben ser tomados como refutación directa de la expiación definida.

La preocupación detrás de la objeción es comprensible. Nadie quiere predicar un Cristo pequeño. Nadie quiere cerrar la puerta del evangelio. Nadie quiere negar que el evangelio debe ser ofrecido a todos. Pero la expiación definida no enseña que la cruz tenga poco valor, ni que no se predique a todos, ni que haya algún pecador que venga a Cristo y sea

rechazado. Enseña que Cristo murió con una intención redentora eficaz por su pueblo.

Juan 3:16 dice:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” Juan 3:16, Reina-Valera 1960.

El texto no dice que todos serán salvos. Dice que todo aquel que cree no se perderá. La amplitud es real: el evangelio no está encerrado en Israel ni en una clase de personas. Pero el texto no resuelve por sí solo la intención particular de la cruz. Debe leerse junto con otros textos donde Cristo habla de sus ovejas, su iglesia y los que el Padre le dio.

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas.” Juan 10:11, Reina-Valera 1960.

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella,” Efesios 5:25, Reina-Valera 1960.

“la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.” Hechos 20:28, Reina-Valera 1960.

La pregunta no es si el valor de la muerte de Cristo es suficiente para todos. Lo es. La pregunta es si Cristo quiso salvar eficazmente a todos de la misma manera, o si dio su vida de manera particular por sus ovejas. Todos limitan la expiación en algún sentido. El arminiano limita su eficacia: Cristo murió por todos, pero no salva efectivamente a todos. El reformado limita su diseño particular: Cristo murió para salvar eficazmente a los que el Padre le dio. La cruz no queda reducida; queda asegurada.

Refuerza John Owen, en su obra clásica sobre la muerte de Cristo:

“El Padre impuso su ira sobre Cristo, y Cristo la soportó por aquellos por quienes murió.”

John Owen (1616–1683).

Si Cristo realmente cargó la ira por alguien, esa persona no cargará eternamente la misma ira. La justicia de Dios no cobra dos veces la misma deuda.

Objeción 5: “La gracia irresistible hace al hombre un robot”

Esta objeción aparece en arminianos clásicos, pentecostales y carismáticos. En círculos populares suele expresarse así: “Dios no te obliga”, “Dios no quiere robots”, “el amor obligado no es amor”, “si Dios te fuerza a creer, entonces no hay relación”. En YouTube y redes sociales se repite mucho como una respuesta rápida contra la gracia eficaz.

Pero la objeción descansa en una caricatura. La gracia irresistible no enseña que Dios arrastra al pecador contra su voluntad mientras el pecador odia a Cristo. Enseña que Dios cambia el corazón, ilumina la mente, vivifica la voluntad y hace que Cristo sea deseable. El hombre viene voluntariamente, pero viene porque fue transformado.

Dios prometió:

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.” Ezequiel 36:26, Reina-Valera 1960.

El corazón de piedra no se convence a sí mismo. Dios lo quita. El corazón de carne no se fabrica a sí mismo. Dios lo da. Esta no es violencia contra la voluntad. Es resurrección de la voluntad.

Los Cánones de Dort explican esta obra con equilibrio: la gracia no obra en los hombres como si fueran cosas insensibles o muertas, ni destruye la voluntad, ni la obliga contra su gusto, sino que la vivifica, sana y doblega dulce y poderosamente.

Refuerzan los Cánones de Dort:

“No destruye la voluntad y sus propiedades, ni la obliga en contra de su gusto, sino que las vivifica espiritualmente.”

Cánones de Dort (1619).

Dios no convierte hombres en máquinas. Convierte esclavos en hijos. No destruye el amor; lo crea. No elimina la respuesta; la hace posible y verdadera. El robot no ama. El muerto tampoco. Dios no fabrica robots; resucita muertos para que amen.

Objeción 6: “Romanos 9 habla de naciones, no de individuos”

Esta objeción aparece en círculos arminianos académicos y populares. Algunos argumentan que Romanos 9 trata de Israel, Edom, roles históricos o privilegios nacionales, no de salvación individual. Esta respuesta intenta suavizar el peso del texto, especialmente cuando Pablo habla de Jacob y Esaú, de misericordia, endurecimiento y vasos de ira y misericordia.

Es cierto que Romanos 9 tiene elementos corporativos e históricos. Pablo está tratando el problema de Israel y las promesas de Dios. Pero reducir el capítulo solo a naciones no hace justicia al argumento. Pablo usa personas reales: Isaac, Ismael, Jacob, Esaú, Faraón. Y la pregunta de fondo no es meramente quién recibe una función histórica, sino si la

Palabra de Dios falló al ver que muchos israelitas no abrazaron al Mesías.

Pablo dice:

“(pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama),” Romanos 9:11, Reina-Valera 1960.

El texto cuida el punto: no habían nacido ni hecho bien o mal. ¿Para qué? Para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciera. Si solo se tratara de roles nacionales, la objeción de Romanos 9:19 sería extraña:

“Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad?” Romanos 9:19, Reina-Valera 1960.

La objeción aparece porque Pablo ha dicho algo más fuerte que una mera asignación histórica. Pablo no responde diciendo: “No se preocupen, solo hablo de naciones”. Responde:

“Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: Por qué me has hecho así?” Romanos 9:20, Reina-Valera 1960.

Dabney insistía en que Romanos 9 se dirige contra la elección condicionada al querer humano. El texto culmina:

“Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.” Romanos 9:16, Reina-Valera 1960.

Si no es del que quiere ni del que corre, entonces la voluntad humana no puede ser la causa final de la elección. La misericordia de Dios reina.

Objeción 7: “Presciencia significa que Dios eligió porque vio quién iba a creer”

Esta es quizá la explicación más común entre evangélicos populares, pentecostales, bautistas generales y arminianos moderados. Se dice: “Dios no escogió arbitrariamente; simplemente miró el futuro y vio quién iba a aceptarlo. A esos los eligió”. Esta idea parece equilibrada porque conserva la palabra elección, pero coloca el motivo final en la fe prevista del hombre.

MacArthur observa que esta explicación es lo que la mayoría de los cristianos cree y enseña: Dios mira hacia el futuro, ve quién creará, y entonces lo escoge. Pero luego hace la pregunta decisiva: ¿cómo van a resucitarse a sí mismos esos pecadores muertos para tomar esa decisión salvadora sin la ayuda de Dios? Si están muertos, ciegos y esclavizados, la fe no puede surgir autónomamente como condición previa de la elección.

Refuerza John MacArthur:

“¿Cómo es que estos pecadores muertos van a resucitarse a sí mismos para hacer esto sin la ayuda de Dios?”

John MacArthur (1939–2025).

La Escritura enseña que la fe es don:

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios;” Efesios 2:8, Reina-Valera 1960.

También enseña que Dios da arrepentimiento:

“Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!” Hechos 11:18, Reina-Valera 1960.

Si la fe y el arrepentimiento son dones de Dios, entonces Dios, al preverlos, está previendo su propia obra. La previsión de una fe que Él mismo concede no convierte esa fe en causa de la elección. La fe no causa la elección; la elección produce la fe en el tiempo.

Además, en la Biblia “conocer” muchas veces tiene sentido relacional, no solo informativo. Dios dijo de Israel:

“A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por tanto, os castigaré por todas vuestras maldades.” Amós 3:2, Reina-Valera 1960.

Dios no ignoraba a las demás naciones. “Conocer” aquí implica relación especial. Cuando Romanos 8 dice “a los que antes conoció”, no necesariamente significa “a los que vio que creerían autónomamente”, sino “a los que amó de antemano”.

Objeción 8: “Si la salvación no se pierde, entonces se puede vivir en pecado”

Esta objeción aparece con mucha fuerza en pentecostales, metodistas, wesleyanos, Free Will Baptists, algunas iglesias carismáticas y comunidades con fuerte énfasis en santidad práctica. En América Latina, donde muchas iglesias pentecostales han predicado contra el mundo, la carne, el alcohol, la inmoralidad y la tibieza, la doctrina de la seguridad eterna puede sonar como una invitación al libertinaje.

La objeción tiene una preocupación legítima: existe una falsa seguridad que dice “salvo siempre salvo” mientras vive sin arrepentimiento. Esa frase puede distorsionarse cuando una persona apunta a una decisión pasada, una tarjeta, un bautismo, un cargo o una experiencia religiosa para justificar una vida pecaminosa.

Pero esa distorsión no es perseverancia de los santos. La doctrina bíblica no dice que una profesión vacía salva. Dice que Dios preserva a los verdaderos creyentes y los hace perseverar en fe y santidad.

Jesús dijo:

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” Juan 10:27, Reina-Valera 1960.

Las ovejas siguen. No son perfectas, pero siguen. No son sin pecado, pero oyen la voz del Pastor. La promesa de seguridad viene inmediatamente:

“y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” Juan 10:28, Reina-Valera 1960.

La seguridad es para las ovejas que oyen y siguen, no para cabras que usan una oración pasada como amuleto religioso.

Juan también escribe:

“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.” 1 Juan 3:9, Reina-Valera 1960.

El nacido de Dios no practica el pecado como señor. Puede caer, pero no vivir instalado en la rebelión sin dolor, disciplina y retorno. La gracia que justifica también santifica. La seguridad bíblica no duerme la conciencia; despierta gratitud y pureza.

Refuerza Thomas Watson:

“La santificación es el comienzo de la gloria.”

Thomas Watson (c. 1620–1686).

Una salvación que no santifica no es la salvación bíblica. Por eso el creyente reformado debe rechazar con fuerza la seguridad carnal. La perseverancia no es permiso para pecar; es promesa de que Dios no dejará a sus hijos bajo el dominio final del pecado.

Objeción 9: “hebreos 6 y hebreos 10 enseñan que un creyente verdadero puede perderse”

Esta objeción aparece en arminianos clásicos, Free Will Baptists, pentecostales y muchos creyentes que leen las advertencias de hebreos con seriedad. Textos como hebreos 6:4–6 y hebreos 10:26–29 parecen describir personas que participaron de grandes privilegios espirituales y luego cayeron.

Debemos reconocer algo: las advertencias son reales. No son decoración. No son teatro. Dios usa advertencias para preservar a los suyos. Pero la pregunta es si describen la pérdida final de una salvación verdadera o la apostasía de personas que estuvieron cerca de las bendiciones del pacto, participaron externamente de la comunidad y recibieron mucha luz, pero nunca fueron regeneradas.

Hebreos también dice:

“Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación, aunque hablamos así.” Hebreos 6:9, Reina-Valera 1960.

El autor distingue entre las advertencias severas y las cosas que acompañan la salvación. Hay experiencias religiosas profundas que no equivalen necesariamente a regeneración. Una persona puede ser iluminada externamente, participar de la vida de la iglesia, probar la bondad de la Palabra, ver obras del Espíritu en la comunidad y aun así no tener fe salvadora.

Juan lo expresa de forma clara:

“Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros.” 1 Juan 2:19, Reina-Valera 1960.

Los apóstatas no eran verdaderamente de nosotros. Su salida reveló su condición. No toda cercanía a la iglesia es unión con Cristo. No toda emoción es nuevo nacimiento. No toda participación en dones o actividades equivale a vida espiritual.

Dabney responde que las advertencias son razonables porque los creyentes, si fueran dejados a sus propios poderes naturales, caerían. Dios los preserva usando medios racionales: exhortaciones, advertencias, promesas y disciplina. Las advertencias no demuestran que Dios secretamente permitirá que sus santos se pierdan; demuestran que Dios los guarda usando esos medios.

Refuerza Robert L. Dabney:

“Las advertencias son razonables, ya que los creyentes podrían caer si se les dejara a sus propios poderes naturales.”

Robert L. Dabney (1820–1898).

La advertencia es el guardarraíl de Dios en el camino. El hecho de que Dios ponga guardarraíles no significa que quiera que su hijo caiga al precipicio. Significa que lo guarda.

Objeción 10: “La doctrina reformada hace a Dios autor del pecado”

Esta objeción aparece con frecuencia en debates arminianos y en canales contrarios al calvinismo. Algunos dicen: “Si Dios decreta todo, entonces Dios es autor del pecado”. Otros lo expresan de forma más popular: “Si todo está predestinado, entonces el pecado es culpa de Dios”. Esta objeción es seria porque toca la santidad de Dios.

La doctrina reformada debe ser clara: Dios decreta todo lo que ocurre, pero no es autor del pecado en el sentido de ser moralmente culpable, tentador, corruptor o ejecutor malvado del pecado. Dios gobierna incluso las acciones pecaminosas de las criaturas sin pecar Él mismo. Las criaturas pecan voluntariamente y son responsables de sus actos.

El ejemplo más grande es la cruz. Pedro predicó:

“A éste, entregado por determinado consejo y providencia de Dios, prendisteis y matasteis por manos de los inicuos, crucificándole.” Hechos 2:23, Reina-Valera 1960.

La muerte de Cristo ocurrió por determinado consejo y providencia de Dios. Pero los hombres que lo crucificaron son llamados inicuos y responsables. Dios decretó el evento más santo de la historia mediante actos humanos pecaminosos, sin ser autor moral del pecado de ellos.

Más adelante, la iglesia ora:

“Porque verdaderamente se juntaron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, al cual ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los Gentiles y los pueblos de Israel, para hacer lo que tu mano y tu consejo habían antes determinado que había de ser hecho.” Hechos 4:27-28, Reina-Valera 1960.

Herodes, Pilato, gentiles e Israel hicieron lo que la mano y el consejo de Dios habían determinado. Dios gobierna. Ellos pecan. Dios cumple salvación. Ellos son responsables. La

Escritura no siente la necesidad de escoger entre soberanía divina y responsabilidad humana. Afirma ambas.

La Confesión de Westminster lo expresa cuidadosamente: Dios ordenó todo lo que sucede, pero de tal manera que no es autor del pecado ni violenta la voluntad de las criaturas. Esta precisión es necesaria. No debemos hablar de la soberanía de Dios con torpeza. Dios es santo. Dios gobierna el pecado sin pecar.

Refuerza la Confesión de Fe de Westminster:

“Dios no es autor del pecado, ni se violenta la voluntad de las criaturas.”

Confesión de Fe de Westminster (1646).

Si la cruz no resuelve todo el misterio, al menos nos muestra que la Biblia no permite negar la soberanía de Dios por miedo a este problema. Dios gobierna incluso el mal para cumplir su bien perfecto.

Objeción 11: “Estas doctrinas son frías; apagan el amor y la adoración”

Esta objeción se escucha mucho en ambientes pentecostales y carismáticos, donde la experiencia, el fervor, la oración intensa, la adoración expresiva y los testimonios de transformación tienen un lugar central. Algunos temen que las doctrinas de la gracia conviertan la fe en una idea cerebral, seca, sin lágrimas, sin oración y sin pasión.

El temor no nace de la nada. Hay personas que han presentado estas doctrinas con frialdad, orgullo y dureza. Han convertido la gracia soberana en un tema para ganar discusiones, no para adorar. Eso existe, y debe ser

rechazado. Pero el mal uso de una doctrina no invalida la doctrina. La elección, la expiación definida, el llamamiento eficaz y la perseverancia deberían producir más adoración, no menos.

Pablo, después de hablar de los misterios de la soberanía de Dios en Romanos 9–11, no termina con sequedad intelectual. Termina adorando:

“¡ Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” Romanos 11:33, Reina-Valera 1960.

Y luego:

“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.” Romanos 11:36, Reina-Valera 1960.

La soberanía de Dios lleva a doxología. Si una persona estudia elección y no adora, estudió mal. Si aprende depravación total y no se humilla, aprendió mal. Si defiende expiación limitada y no ama más al Cordero, entendió mal. Si cree en gracia irresistible y trata con desprecio a otros, traicionó la doctrina. Si cree en perseverancia y juega con el pecado, no ha entendido la gracia.

Jonathan Edwards, quien defendía la soberanía de Dios con profundidad, también escribió sobre los afectos religiosos. La verdadera doctrina no apaga los afectos santos; los purifica.

Refuerza Jonathan Edwards:

“La verdadera religión, en gran parte, consiste en afectos santos.”

Jonathan Edwards (1703–1758).

No necesitamos escoger entre doctrina y fuego espiritual. Necesitamos fuego gobernado por la verdad y verdad encendida por la gloria de Dios.

Objeción 12: “Esto es una doctrina gringa, presbiteriana o importada; no es para nosotros”

En América Latina, especialmente en contextos pentecostales, a veces se escucha que las doctrinas de la gracia son algo importado, frío, norteamericano, académico o presbiteriano. En Chile, donde el pentecostalismo tiene una historia profunda desde comienzos del siglo XX y una identidad popular muy fuerte, algunas personas sienten que la teología reformada es ajena a la espiritualidad evangélica local. En Brasil, Centroamérica y otros países latinoamericanos, el crecimiento pentecostal también ha moldeado una cultura evangélica donde la experiencia, el testimonio, la sanidad, el altar y la decisión tienen gran peso.

Pero esta objeción confunde cultura con autoridad. La pregunta no es si una doctrina nos parece cercana a nuestra tradición local. La pregunta es si está en la Escritura. Sola Escritura nos obliga a evaluar tanto las doctrinas reformadas como las tradiciones pentecostales, bautistas, carismáticas o presbiterianas bajo la Palabra de Dios.

Además, las doctrinas de la gracia no nacieron en Estados Unidos. Sus raíces bíblicas son apostólicas. Históricamente fueron defendidas por Agustín en el norte de África contra Pelagio, por reformadores europeos como Lutero y Calvino, por confesiones reformadas en Países Bajos, Suiza, Inglaterra y Escocia, por puritanos ingleses, por bautistas particulares, por predicadores como Spurgeon en Inglaterra, por teólogos holandeses como Bavinck, por escoceses como John Murray, por estadounidenses como Edwards, Warfield y otros. No pertenecen a un país. Pertenecen a la Escritura.

La iglesia latinoamericana no necesita copiar una cultura reformada extranjera. Necesita someterse a la Biblia. Si una doctrina es bíblica, no importa si llegó por un libro, un predicador, un seminario, un amigo o una conversación. La pregunta no es de dónde vino culturalmente, sino si Dios la enseñó.

Los bereanos no preguntaron primero si la doctrina les parecía de su tradición. Examinaron las Escrituras:

“Y estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.” Hechos 17:11, Reina-Valera 1960.

Ese debe ser el camino. No aceptar por moda reformada. No rechazar por tradición pentecostal. Escudriñar la Escritura.

Objeción 13: “Dios quiere que todos sean salvos; por tanto, no puede haber elección particular”

Esta objeción suele apoyarse en textos como 1 Timoteo 2:4 y 2 Pedro 3:9. Es común en arminianos, pentecostales, bautistas generales y canales apologeticos no calvinistas. La idea es sencilla: si Dios quiere que todos sean salvos, entonces no pudo escoger a algunos de manera particular.

Pablo escribe:

“el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.” 1 Timoteo 2:4, Reina-Valera 1960.

Y Pedro escribe:

“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.” 2 Pedro 3:9, Reina-Valera 1960.

Estos textos deben ser recibidos, no esquivados. Pero deben interpretarse dentro de toda la Escritura. En 1 Timoteo 2, Pablo exhorta a orar por todos los hombres, incluyendo reyes y autoridades. El énfasis parece ser que Dios salva a todo tipo de personas, no solo a un grupo social, étnico o político. En 2 Pedro 3, el contexto habla de la paciencia de Dios “para con nosotros”, es decir, hacia su pueblo, esperando hasta que todos los suyos lleguen al arrepentimiento.

Además, la Biblia puede hablar de la voluntad de Dios en distintos sentidos. Dios manda a todos arrepentirse y no se complace en la muerte del impío como algo deseable en sí mismo. Sin embargo, también decreta soberanamente todo lo que ocurre y cumple sus propósitos. Si no distinguimos estos sentidos, terminamos en contradicción, porque no todos son salvos, aunque Dios es todopoderoso.

MacArthur reconoce estos textos y al mismo tiempo afirma que la elección es enseñada de manera inescapable en las Escrituras. El desafío no es usar un texto para borrar otro, sino creer todo lo que Dios dice.

Refuerza John MacArthur:

“Debido a que creemos en la doctrina de la elección, no significa que no creemos en la responsabilidad humana.”

John MacArthur (1939–2025).

La Biblia enseña llamado universal y elección particular. Debemos predicar a todos. Debemos rogar a todos. Debemos decir a todo pecador: ven a Cristo. Y debemos confesar que, si alguien viene, vino porque el Padre lo trajo.

Objeción 14: “Entonces, ¿qué pasa con los niños, los que nunca oyeron o las personas con discapacidad mental?”

Esta objeción suele aparecer en conversaciones comunes más que en tratados académicos. Es una pregunta de compasión. Padres, maestros, jóvenes y creyentes sensibles la hacen con temor: “Si Dios elige, ¿qué pasa con los niños que mueren?”, “¿qué pasa con alguien que nunca oyó?”, “¿qué pasa con una persona que no puede comprender?”.

Debemos responder con humildad. La Escritura no nos revela todo lo que quisiéramos saber sobre cada caso. Pero sí revela suficiente para confiar en el carácter de Dios. Dios es justo. Dios es bueno. Dios no comete errores. Dios no condena injustamente. Dios siempre hace lo recto.

Abraham dijo:

“Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío, y que sea el justo tratado como el impío; nunca tal hagas. El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” Génesis 18:25, Reina-Valera 1960.

Esa pregunta sostiene la fe cuando no tenemos todos los detalles. No debemos inventar respuestas donde Dios no habló con precisión. Tampoco debemos usar los casos difíciles para negar lo que Dios sí reveló sobre elección, pecado, Cristo y salvación. Las cosas secretas pertenecen a Dios; las reveladas a nosotros.

“Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley.” Deuteronomio 29:29, Reina-Valera 1960.

Lo revelado es claro: todos necesitan a Cristo; el evangelio debe ser predicado; Dios salva por gracia; Dios es justo;

nadie será condenado injustamente; Cristo es suficiente; el Juez de toda la tierra hará lo recto.

Esta respuesta puede no satisfacer toda curiosidad, pero sí debe sostener la confianza. No somos más misericordiosos que Dios. Si algo nos duele, a Dios no le falta compasión. Si algo nos parece difícil, a Dios no le falta sabiduría. Nuestro deber es predicar a los que podemos alcanzar y confiar en Dios respecto de lo que no podemos controlar.

Objeción 15: “Estas doctrinas dividen la iglesia”

Esta objeción aparece en ambientes evangélicos amplios, especialmente donde se valora la unidad práctica por sobre la precisión doctrinal. Algunos dicen: “No hablemos de esto; divide”, “lo importante es Cristo”, “esas son discusiones de seminario”, “la gente necesita amor, no teología”.

La preocupación por la unidad es buena. La Biblia manda preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Pero la unidad cristiana no se preserva ignorando la verdad. Se preserva en la verdad. Las doctrinas de la gracia no deben enseñarse con espíritu divisivo, pero tampoco deben callarse porque incomodan.

Pablo escribió:

“solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz;” Efesios 4:3, Reina-Valera 1960.

Pero también dijo:

“que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina.” 2 Timoteo 4:2, Reina-Valera 1960.

Paciencia y doctrina. No una sin la otra. La doctrina sin paciencia hiere innecesariamente. La paciencia sin doctrina deja al pueblo sin alimento sólido.

El problema no es enseñar la verdad, sino enseñar la verdad sin amor, sin humildad, sin contexto, sin sensibilidad y sin recordar que uno mismo fue alcanzado por gracia. Si las doctrinas de la gracia dividen por orgullo, el pecado está en el orgullo. Si incomodan porque confrontan tradiciones humanas, la solución no es callarlas, sino enseñarlas mejor.

Roger Olson ha insistido correctamente en que no se debe criticar una teología mediante caricaturas. Esa advertencia debe ser recibida por ambos lados. Un calvinista no debe caricaturizar al arminiano. Un arminiano no debe caricaturizar al calvinista. La verdad se honra cuando se representa justamente al otro antes de responder.

Refuerza Roger Olson:

“La crítica justa es válida; la tergiversación para criticar es inválida.”

Roger E. Olson (1952–).

Este libro no busca pelear por pelear. Busca persuadir con Escritura.

Objeción 16: “Yo conozco personas calvinistas orgullosas; por eso rechazo esa doctrina”

Esta objeción es muy común y, lamentablemente, muchas veces nace de experiencias reales. Algunas personas han conocido creyentes reformados que tratan a los demás con desprecio, se burlan de pentecostales, hablan con superioridad, usan términos técnicos para humillar, corrigen sin amor y parecen más interesados en ganar debates que en ganar almas.

Esa actitud debe ser condenada. Pero el pecado de quienes defienden mal una doctrina no refuta la doctrina. Si alguien predica la gracia sin gracia, no demuestra que la gracia soberana sea falsa. Demuestra que esa persona necesita ser humillada por la misma doctrina que dice creer.

Pablo pregunta:

“Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” 1 Corintios 4:7, Reina-Valera 1960.

Si todo fue recibido, no hay lugar para orgullo. El calvinismo verdadero debería hacer al hombre más humilde, no más arrogante. Si Dios me escogió sin mérito, si Cristo murió por mí cuando yo era pecador, si el Espíritu venció mi resistencia, si Dios me preserva, entonces no tengo base para mirar a nadie desde arriba.

John Newton, quien conoció profundamente la gracia, escribió con una mansedumbre que muchos necesitamos recuperar.

Refuerza John Newton:

“Soy un gran pecador, y Cristo es un gran Salvador.”

John Newton (1725–1807).

No somos expertos superiores mirando ignorantes. Somos pecadores rescatados mostrando a otros la gracia que nos rescató.

Conclusión: objeciones que nos llevan de vuelta a la Escritura

Las objeciones a las doctrinas de la gracia no son nuevas. Algunas vienen del arminianismo clásico de los Países Bajos.

Otras del bautismo general inglés y de los Free Will Baptists. Otras del metodismo y del movimiento de santidad. Otras del pentecostalismo clásico, conservador y carismático, especialmente en contextos donde el llamado al altar, la decisión humana, la posibilidad de perder salvación y el lenguaje de “Dios respeta tu libre albedrío” se volvieron parte del ambiente. Otras vienen de YouTube, podcasts, debates y canales apologéticos contemporáneos. Otras, más sencillas, vienen del corazón de cualquier creyente que lucha con preguntas honestas.

Pero todas deben llevarnos al mismo lugar: la Escritura.

No debemos responder con caricaturas. No debemos ganar discusiones perdiendo el espíritu de Cristo. No debemos tratar al arminiano como pelagiano si no lo es. No debemos despreciar al pentecostal piadoso porque no conoce Dort. No debemos suponer que todo carismático rechaza la soberanía de Dios. Pero tampoco debemos dejar que la tradición, la emoción o la costumbre gobiernen sobre la Palabra.

La Escritura dice que el hombre está muerto en delitos y pecados. La Escritura dice que Dios escogió antes de la fundación del mundo. La Escritura dice que Cristo dio su vida por sus ovejas y compró la iglesia con su sangre. La Escritura dice que nadie puede venir si el Padre no lo trae. La Escritura dice que los llamados son justificados y glorificados. La Escritura dice que las ovejas no perecerán jamás. La Escritura dice que debemos predicar a todos, llamar a todos, orar por todos y descansar en Dios.

Al final, las objeciones no deben convertirse en excusas para huir de la verdad. Deben convertirse en puertas para examinar más profundamente el texto bíblico. La pregunta no es qué tradición me resulta más familiar. La pregunta es qué enseña Dios.

Si el lector todavía lucha, no está solo. Muchos hemos luchado. Hemos sentido el peso emocional de la elección, la dificultad de la expiación definida, el choque de la gracia irresistible con nuestro sentido de libertad, el temor de que la perseverancia se convierta en excusa para pecado. Pero una y otra vez la Escritura nos lleva a postrarnos.

No todo misterio debe ser resuelto para ser creído.

No toda tensión debe ser eliminada para ser adorada.

No toda objeción debe tener la respuesta que mi razón caída exige.

Pero toda doctrina debe inclinarse ante la Palabra de Dios.

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” Romanos 11:33, Reina-Valera 1960.

Ese es el lugar correcto para terminar una discusión sobre la gracia soberana.

No en la arrogancia.

No en la burla.

No en la victoria argumental.

Sino en adoración.

Citas y fuentes para este capítulo

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

- Tesis final, José Luis Calixto Avendaño Méndez, especialmente la reseña histórica de los cinco puntos arminianos y las observaciones sobre iglesias carismáticas-pentecostales.
- John MacArthur, *La doctrina de la elección*, partes 1-3, y *La doctrina del llamado eficaz de Dios*.
- *Cánones de Dort*, especialmente los capítulos sobre elección, redención, conversión y perseverancia.
- Confesión de Fe de Westminster.
- Confesión Bautista de Londres de 1689.
- Robert L. Dabney, *Los cinco puntos del calvinismo*.
- Charles Haddon Spurgeon, sermones y escritos sobre gracia soberana, evangelismo y elección.
- John Owen, *The Death of Death in the Death of Christ* y *The Doctrine of the Saints' Perseverance Explained and Confirmed*.
- Jonathan Edwards, *Religious Affections* y *Freedom of the Will*.
- Thomas Watson, escritos puritanos sobre santificación y seguridad.
- Richard Sibbes, *The Bruised Reed*.
- John Newton, cartas e himnos sobre la gracia.
- Roger E. Olson, escritos de defensa arminiana y advertencias contra caricaturizar posiciones teológicas.
- Brian Abasciano, *The FACTS of Salvation* y escritos de la Society of Evangelical Arminians.

- Documentos de las Asambleas de Dios sobre seguridad del creyente y salvación.
- Fuentes históricas sobre bautistas generales, Free Will Baptists, metodismo, movimiento de santidad, pentecostalismo y carismatismo latinoamericano.

Capítulo 13: Doctrinas de la gracia y vida cristiana

Cuando la doctrina baja del púlpito al corazón

Después de haber recorrido las cinco doctrinas de la gracia y de haber respondido algunas objeciones comunes, necesitamos hacernos una pregunta honesta: ¿qué hacen estas doctrinas en la vida real? ¿Sirven solo para ordenar argumentos? ¿Sirven solo para ganar debates? ¿Sirven solo para poner una etiqueta teológica sobre nuestra identidad? ¿O están destinadas a formar adoradores más humildes, creyentes más santos, familias más dependientes de Dios, iglesias más centradas en Cristo y evangelistas más confiados en el poder del Espíritu?

Si las doctrinas de la gracia no llegan a la vida cristiana, algo ha quedado incompleto. La verdad bíblica nunca fue dada para ser almacenada como un trofeo intelectual. Dios no nos revela la profundidad de nuestra depravación para que sepamos usar un término. Nos la revela para humillarnos y hacernos depender de Cristo. Dios no nos revela la elección para que nos sintamos superiores, sino para que adoremos la misericordia que nos escogió sin mérito. Dios no nos revela la expiación definida para que discutamos con frialdad sobre el alcance de la cruz, sino para que miremos al Cordero que realmente compró a su pueblo. Dios no nos revela el llamamiento eficaz para que despreciemos a quienes aún resisten, sino para que oremos con esperanza por corazones cerrados. Dios no nos revela la perseverancia para que juguemos con el pecado, sino para que descansemos en el Dios que guarda y nos levantemos a luchar con gratitud.

Este libro insistía, una y otra vez, en que las doctrinas de la gracia exaltan a Dios, humillan al hombre y dejan como único canal para llegar a Dios a Jesucristo. Esa frase debe volverse vida. Si la doctrina exalta a Dios, entonces debe producir adoración. Si humilla al hombre, entonces debe producir mansedumbre. Si deja a Cristo como único camino, entonces

debe producir fe, gratitud y dependencia. Si no produce eso, no necesariamente el problema está en la doctrina; puede estar en el corazón que la está usando mal.

El apóstol Pablo no trataba la doctrina como una abstracción. Cuando terminaba de exponer verdades profundas, respondía con adoración, obediencia y vida práctica. Después de contemplar la soberanía de Dios en Romanos 9 al 11, no termina diciendo: “Ahora gané la discusión”. Termina adorando:

“¡ Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” Romanos 11:33, Reina-Valera 1960.

Y luego conecta esa adoración con una vida entregada:

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.” Romanos 12:1, Reina-Valera 1960.

Ese “así que” es crucial. La doctrina lleva al culto. La misericordia lleva a la entrega del cuerpo. La gracia soberana no termina en una mente inflada, sino en una vida rendida. Si Dios tuvo misericordia, entonces mi cuerpo, mi tiempo, mi familia, mi trabajo, mis palabras, mis decisiones, mis recursos y mis afectos pertenecen a Él.

Una frase nos pone en el lugar correcto: la doctrina que no termina en adoración se quedó a mitad de camino.

La depravación total y la humildad diaria

La depravación total no solo nos dice cómo éramos antes de Cristo. También nos enseña cómo vivir después de haber sido alcanzados por la gracia. Aunque el creyente ha sido regenerado, todavía carga con la carne remanente. Todavía

necesita luchar contra el orgullo, la autosuficiencia, la ira, la impaciencia, la envidia, la sensualidad, la incredulidad y la tendencia a justificarse. La doctrina de la depravación total nos vuelve sospechosos de nosotros mismos en el buen sentido. Nos enseña a no confiar ciegamente en nuestro corazón.

Jeremías declara:

“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” Jeremías 17:9, Reina-Valera 1960.

Esta palabra no deja de ser útil cuando nos volvemos creyentes. El corazón regenerado ya no está dominado por el pecado como antes, pero el creyente todavía debe vigilarse. Todavía puede autoengañarse. Todavía puede justificar pecados con lenguaje espiritual. Todavía puede usar doctrina sana para cubrir actitudes enfermas. Todavía puede llamar “celo por la verdad” a lo que en realidad es orgullo. Todavía puede llamar “discernimiento” a lo que en realidad es dureza. Todavía puede llamar “convicción” a lo que en realidad es falta de amor.

La depravación total nos libra de una vida cristiana ingenua. Nos enseña a orar: “Señor, examíname”. David dijo:

“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; Pruébame y conoce mis pensamientos; ²⁴ Y ve si hay en mí camino de perversidad, Y guíame en el camino eterno. ” Salmo 139:23-24, Reina-Valera 1960.

Un creyente que entiende la profundidad del pecado no se escandaliza de que necesita ser examinado por Dios. Sabe que puede estar equivocado sobre sí mismo. Sabe que su corazón puede esconder motivaciones torcidas. Sabe que necesita luz del Espíritu. Esto produce humildad.

En la vida diaria, esta doctrina cambia el trato con otros. Si sé que fui salvado de una condición de muerte espiritual, no puedo mirar a otros con superioridad. Si Dios tuvo paciencia conmigo, debo tener paciencia con quienes aún no entienden. Si mi corazón fue abierto por gracia, no puedo burlarme del que todavía está cerrado. Si mi fe fue don, no puedo tratar como inferior al que aún duda.

Pablo pregunta:

“Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” 1 Corintios 4:7, Reina-Valera 1960.

Esta pregunta debe acompañar cada conversación doctrinal. ¿Qué tienes que no hayas recibido? ¿Conocimiento bíblico? Recibido. ¿Fe? Recibida. ¿Arrepentimiento? Recibido. ¿Discernimiento? Recibido. ¿Una iglesia sana? Recibida. ¿Maestros fieles? Recibidos. ¿Deseo de santidad? Recibido. Entonces no hay lugar para gloriarse como si no hubiéramos recibido.

John Newton, marcado por la conciencia de su pecado y de la gracia de Cristo, resumió la vida cristiana con una frase que atraviesa el orgullo:

“Soy un gran pecador, y Cristo es un gran Salvador.”

John Newton (1725–1807).

Ese es el tono que debe producir la depravación total. No una obsesión oscura con nosotros mismos, sino una conciencia humilde que engrandece al Salvador.

La elección incondicional y la muerte de la jactancia

La elección incondicional nos enseña que la salvación comenzó en Dios antes de que nosotros existiéramos. Esto tiene consecuencias profundas para la vida diaria. Si Dios me escogió sin mérito, entonces no tengo base para sentirme superior. Si Dios me amó en Cristo antes de que yo pudiera hacer bien o mal, entonces mi identidad descansa en su gracia, no en mi rendimiento. Si mi salvación nació en el propósito eterno de Dios, entonces mi vida no es un accidente espiritual.

Pablo escribe:

“según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él,” Efesios 1:4, Reina-Valera 1960.

Este texto no solo debe ser usado para defender la doctrina de la elección. Debe ser usado para vivir. Fuimos escogidos en Cristo para ser santos. La elección no es una sala de descanso para la carne; es un llamado eterno a la santidad. Dios no nos escogió porque éramos santos, sino para hacernos santos. Entonces, cuando el creyente pelea contra el pecado, no pelea para ganarse la elección; pelea porque fue escogido para vivir de una manera distinta.

La elección también da descanso al alma ansiosa. En una época donde muchos buscan identidad en logros, apariencia, éxito, redes sociales, aprobación humana o productividad, la elección nos lleva a un fundamento más profundo: fui amado antes de producir. Fui escogido antes de lograr. Fui recibido en Cristo antes de mostrar fruto. Esto no produce pereza; produce seguridad humilde.

La cultura dice: “Vales si rindes”. La gracia dice: “Fuiste amado en Cristo antes de rendir”. La cultura dice: “Demuéstrale al mundo que eres alguien”. La elección dice: “Dios te hizo suyo por misericordia”. La cultura dice:

“Construye tu identidad”. La elección dice: “Recibe la identidad que Dios te dio en Cristo”.

Pero esta seguridad debe cuidarse de un peligro: el orgullo doctrinal. Hay personas que descubren la elección y comienzan a hablar como si hubieran encontrado una credencial de superioridad. Eso es una contradicción. La elección incondicional dice precisamente que no había condición en nosotros que explicara la gracia. Entonces, usarla para sentirse superior es haber leído la doctrina al revés.

Los Cánones de Dort dicen que la seguridad de la elección da a los hijos de Dios motivo para humillarse ante Él, adorar la profundidad de su misericordia, purificarse y amar ardientemente a quien los amó primero.

Refuerzan los Cánones de Dort:

“Los hijos de Dios toman mayor motivo para humillarse ante Él.”

Cánones de Dort (1619).

Ese es el fruto correcto. La elección nos lleva al suelo, no al pedestal. Nos hace cantar, no presumir. Nos hace orar por otros, no despreciarlos. Nos enseña que la diferencia entre el creyente y el incrédulo no es la inteligencia del creyente, sino la misericordia de Dios.

La expiación definida y el amor concreto de Cristo

La expiación limitada o redención particular tiene una aplicación muy personal. Nos dice que Cristo no murió de manera vaga, impersonal o simplemente potencial. Murió por sus ovejas. Amó a la iglesia y se entregó por ella. Compró

con su sangre a un pueblo. Esto significa que el amor de Cristo no es una idea abstracta. Es un amor de pacto, determinado, eficaz, sacrificial.

Pablo escribe:

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella,” Efesios 5:25, Reina-Valera 1960.

Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella. Esa frase tiene implicaciones para la adoración, la seguridad y aun el matrimonio. Cristo no ama como nosotros amamos cuando somos débiles: con vacilación, egoísmo, cansancio o conveniencia. Cristo ama entregándose. Su amor no queda en palabras. Su amor sangra. Su amor compra. Su amor purifica. Su amor presenta a la iglesia gloriosa.

Para el creyente, esto produce descanso. No soy salvo por un amor general que quizás no logre salvarme. Soy salvo por el amor particular del Pastor que puso su vida por sus ovejas. No miro la cruz diciendo: “Cristo hizo algo que tal vez funcione si yo lo completo”. Miro la cruz diciendo: “Cristo pagó. Cristo compró. Cristo quitó mi culpa. Cristo me reconcilió con Dios”.

Esto también transforma nuestra relación con la iglesia. Si Cristo compró la iglesia con su sangre, entonces no puedo tratar la iglesia como un accesorio. No puedo decir que amo a Cristo y despreciar el pueblo que Él compró. No puedo ver la congregación solo como un lugar donde recibo servicios religiosos. La iglesia es el pueblo redimido por sangre. Con todos sus defectos, luchas y procesos, Cristo la ama.

Pablo dijo a los ancianos de Éfeso:

“Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia

del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.” Hechos 20:28, Reina-Valera 1960.

La sangre de Cristo dignifica al rebaño. Un pastor no debe tratar a la iglesia como propiedad personal. Un líder no debe manipular a aquellos por quienes Cristo murió. Un miembro no debe despreciar a los hermanos como si fueran consumidores molestos. Cristo compró la iglesia. Esa verdad debe producir reverencia en el liderazgo y amor en la membresía.

John Owen defendió con fuerza que la muerte de Cristo realmente salva a aquellos por quienes fue ofrecida. Su pensamiento nos empuja a mirar la cruz no como posibilidad débil, sino como obra consumada.

Refuerza John Owen:

“Cristo obtuvo por su muerte aquello para lo cual murió.”

John Owen (1616–1683).

Si Cristo murió para salvar a su pueblo, entonces su pueblo será salvo. Esta certeza no enfría la devoción; enciende gratitud. El Cordero no merece admiración distante. Merece nuestra vida.

La gracia irresistible y la oración esperanzada

La gracia irresistible cambia la forma en que oramos. Si creemos que el corazón humano está muerto y que solo Dios puede abrirlo, entonces la oración deja de ser un adorno y se vuelve una necesidad. Oramos porque sabemos que nuestras palabras no pueden dar vida. Oramos porque el predicador no

puede regenerar. Oramos porque los argumentos no pueden resucitar. Oramos porque solo Dios abre el corazón.

La conversión de Lidia lo muestra con sencillez:

“Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.” Hechos 16:14, Reina-Valera 1960.

Pablo habló. Lidia oyó. El Señor abrió. Este orden debe enseñar a toda iglesia a predicar y orar. Predicar sin oración puede revelar una confianza excesiva en la habilidad humana. Orar sin predicar puede revelar desobediencia al medio que Dios ordenó. Dios usa la Palabra y el Espíritu. El evangelio debe ser anunciado, y el corazón debe ser abierto.

Esta doctrina también cambia la manera en que miramos a los casos difíciles. Un hijo rebelde, un esposo incrédulo, un padre ateo, una amiga endurecida, un joven indiferente, una persona atrapada por adicciones o un familiar que se burla de la fe no están fuera del alcance de Dios. Si la salvación dependiera finalmente de una buena disposición natural, muchos estarían perdidos sin esperanza. Pero Dios resucita muertos.

Pablo instruye a corregir con mansedumbre:

“que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad,” 2 Timoteo 2:25, Reina-Valera 1960.

Dios da arrepentimiento. Esa frase convierte la oración por los perdidos en algo profundamente bíblico. No solo pedimos que “tengan una oportunidad”. Pedimos que Dios les conceda arrepentimiento. Pedimos que abra sus ojos. Pedimos que quite el corazón de piedra. Pedimos que haga nacer fe donde solo había incredulidad.

Una frase sostiene al creyente que ora durante años por alguien: ningún corazón está demasiado cerrado para el Dios que abre sepulcros.

La gracia irresistible también produce humildad evangelística. Si alguien se convierte después de una conversación conmigo, no puedo atribuirme la gloria. Fui instrumento, no fuente. Si alguien rechaza mi testimonio, no debo caer en desesperación absoluta ni manipular emocionalmente. Debo seguir amando, seguir hablando con sabiduría, seguir orando y seguir descansando en Dios.

Spurgeon predicaba con pasión, pero sabía que solo Dios podía dar vida.

Refuerza Charles Spurgeon:

*“Predica a Cristo al pecador, y deja el
resultado con Dios.”*

Charles Haddon Spurgeon (1834–1892).

La perseverancia de los santos y la lucha contra el pecado

La perseverancia de los santos tiene una aplicación urgente para la santidad. No es una doctrina para tranquilizar al que ama el pecado. Es una promesa para sostener al que lucha contra el pecado. La frase “salvos siempre salvos” puede ser usada de manera falsa, como excusa para una vida carnal. Eso debe rechazarse con fuerza. La seguridad bíblica no produce indiferencia moral. Produce gratitud, vigilancia y arrepentimiento.

Jesús dijo:

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen,” Juan 10:27, Reina-Valera 1960.

Y luego:

“y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.” Juan 10:28, Reina-Valera 1960.

El orden es importante. Las ovejas oyen y siguen. La promesa de seguridad es para ovejas reales, no para profesantes vacíos. Una persona que dice tener seguridad, pero no oye a Cristo, no lo sigue, no se duele por el pecado, no desea santidad y no persevera en la fe, no debe ser consolada con una seguridad barata. Debe ser llamada a examinarse.

Pablo escribe:

“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” 2 Corintios 13:5, Reina-Valera 1960.

El examen bíblico no busca destruir la seguridad verdadera. Busca destruir la falsa. Si hay fe verdadera, el examen nos lleva a Cristo con mayor gratitud. Si solo hay religión externa, el examen puede ser misericordia que nos despierta antes de que sea tarde.

Pero para el creyente quebrantado, la perseverancia es consuelo. Sus caídas no son más fuertes que la intercesión de Cristo. Sus luchas no son evidencia automática de condenación. Muchas veces son evidencia de vida. Un muerto no lucha contra la muerte. Un creyente puede sentirse miserable por su pecado precisamente porque el Espíritu lo está santificando.

Pablo clamó:

“¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?”²⁵ Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así

que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.” Romanos 7:24–25, Reina–Valera 1960.

La respuesta no es autosuficiencia. Es Jesucristo. Perseverar no es confiar en que nunca caeré. Es confiar en que Cristo me sostendrá, me corregirá, me restaurará y me llevará hasta el fin.

Richard Sibbes, puritano de tono profundamente consolador, escribió sobre Cristo y la caña cascada.

Refuerza Richard Sibbes:

“Cristo no quebrará la caña cascada.”

Richard Sibbes (1577–1635).

El creyente débil no debe correr lejos de Cristo por vergüenza. Debe correr hacia Cristo. Él disciplina, pero no destruye a los suyos. Él corrige, pero no abandona a sus ovejas.

Las doctrinas de la gracia y la adoración

Una de las señales más claras de que estas doctrinas han sido entendidas correctamente es que producen adoración. No una adoración superficial, centrada en la emoción del momento, sino una adoración profunda, reverente, agradecida y centrada en Dios. Cuando el creyente entiende que estaba muerto y fue vivificado, que fue escogido sin mérito, que Cristo murió eficazmente por él, que el Espíritu abrió su corazón y que Dios lo guardará hasta el final, entonces no puede cantar igual.

La adoración deja de ser una presentación humana y se vuelve respuesta a la misericordia. Deja de depender principalmente del ambiente y se sostiene en la verdad. Deja

de girar alrededor de cómo me siento y comienza a girar alrededor de quién es Dios y qué ha hecho en Cristo.

El salmista dice:

“No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, Sino a tu nombre da gloria, Por tu misericordia, por tu verdad. ” Salmo 115:1, Reina-Valera 1960.

Este texto resume el espíritu de las doctrinas de la gracia. No a nosotros. La repetición es necesaria porque el corazón insiste en querer un poco de gloria. No a nosotros por haber entendido. No a nosotros por haber decidido mejor. No a nosotros por pertenecer a una tradición más correcta. No a nosotros por tener una teología más precisa. A tu nombre da gloria.

La adoración reformada no debería ser fría. Debería ser incendiada por la gloria de Dios. Pero ese fuego debe estar gobernado por la Palabra. La emoción sin verdad se vuelve inestable. La verdad sin afecto se vuelve incompleta. Dios busca adoradores en espíritu y en verdad.

Jesús dijo:

“Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren. ” Juan 4:24, Reina-Valera 1960.

Las doctrinas de la gracia no nos llevan a adorar menos, sino a adorar mejor. Nos enseñan que Dios no fue un espectador de nuestra salvación. Fue autor, ejecutor y consumidor. La adoración se vuelve trinitaria: el Padre escogió, el Hijo redimió, el Espíritu vivificó y selló.

Jonathan Edwards, al hablar de la verdadera religión, no separó doctrina y afectos santos.

Refuerza Jonathan Edwards:

“La verdadera religión, en gran parte, consiste en afectos santos.”

Jonathan Edwards (1703–1758).

Afectos santos: no sentimentalismo sin verdad, sino corazón encendido por la belleza de Dios. Las doctrinas de la gracia deben producir eso.

Las doctrinas de la gracia y la predicación

Estas doctrinas también reforman la predicación. Un predicador que cree en la depravación total sabe que no puede entretener muertos para darles vida. Un predicador que cree en la elección sabe que Dios tiene pueblo y que la Palabra no volverá vacía. Un predicador que cree en la expiación definida sabe que anuncia una cruz que realmente salva. Un predicador que cree en el llamamiento eficaz sabe que el Espíritu debe abrir el corazón. Un predicador que cree en la perseverancia sabe que debe alimentar, advertir, consolar y formar a los santos hasta el final.

Pablo dijo:

“Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado.” 1 Corintios 2:2, Reina-Valera 1960.

La predicación cristiana debe estar centrada en Cristo. No basta predicar moralidad, familia, éxito, emociones, milagros, identidad o liderazgo. Todo eso puede tener lugar si está subordinado a Cristo, pero Cristo crucificado y resucitado debe ser el centro. La gracia soberana no produce predicación abstracta. Produce predicación de Cristo, porque todas las doctrinas de la gracia nos llevan a Él.

También dijo Pablo:

“a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre;” Colosenses 1:28, Reina-Valera 1960.

Predicar la gracia no significa dejar de amonestar. La misma gracia que salva enseña a renunciar a la impiedad. Una predicación reformada sana no solo explica elección; llama a arrepentimiento. No solo consuela; advierte. No solo enseña seguridad; llama a examinarse. No solo expone doctrina; muestra a Cristo.

La confianza del predicador no está en su oratoria. Está en Dios. Esto no justifica predicar mal, sin preparación, sin claridad o sin afecto. Al contrario, si Dios usa la Palabra, debemos tratarla con reverencia. Pero después de estudiar, preparar y predicar, el predicador debe bajar del púlpito sabiendo que solo Dios da crecimiento.

Pablo escribió:

“Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios.” 1 Corintios 3:6, Reina-Valera 1960.

Esa frase libra al predicador de dos monstruos: orgullo cuando hay fruto y desesperación cuando no lo ve. Plantamos. Regamos. Dios da crecimiento.

Las doctrinas de la gracia y el evangelismo

Algunos temen que estas doctrinas apaguen el evangelismo. En realidad, deberían encenderlo con esperanza. Si Dios salva soberanamente, ningún pecador está fuera del alcance de su poder. Si Cristo tiene ovejas, ellas oirán su voz. Si el Espíritu abre corazones, nuestros esfuerzos no dependen finalmente de la capacidad humana. Si la fe viene por el oír, debemos hablar.

Pablo dice:

*“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”
Romanos 10:17, Reina-Valera 1960.*

La elección no elimina el oír. La expiación definida no elimina la invitación. La gracia irresistible no elimina la predicación. La perseverancia no elimina el discipulado. Dios ordenó medios. Por eso evangelizamos.

El evangelismo reformado no debe sonar como un experimento doctrinal frío. Debe sonar como una súplica amorosa: ven a Cristo. Cree en el Señor Jesucristo. Arrepíentete. Mira al Cordero. Todo aquel que invoca el nombre del Señor será salvo. El que viene a Cristo no será echado fuera.

Jesús dijo:

“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera.” Juan 6:37, Reina-Valera 1960.

Este texto da seguridad al evangelista. El Padre da, los dados vienen, Cristo recibe. Entonces podemos llamar a todos sin miedo. No conocemos los decretos secretos. Conocemos el mandato revelado: predicar el evangelio a toda criatura.

Spurgeon sostenía con fuerza la elección y, al mismo tiempo, rogaba a los pecadores. Esa combinación debe ser recuperada. Una doctrina de la gracia sin lágrimas evangelísticas se volvió deformidad.

Refuerza Charles Spurgeon:

*“Ganad almas; id tras almas, y tras más
almas.”*

El creyente que entiende la gracia soberana debe evangelizar con humildad, no con indiferencia. No predicamos porque podamos dar vida. Predicamos porque Dios da vida por medio de la predicación.

Las doctrinas de la gracia y la oración

Estas doctrinas deben formar una iglesia de oración. Si creemos que Dios es soberano, oramos. Si creemos que el hombre está muerto, oramos. Si creemos que el Espíritu abre corazones, oramos. Si creemos que Dios guarda a sus santos, oramos. Si creemos que la santificación es obra de gracia, oramos.

Una iglesia que defiende la soberanía de Dios, pero no ora, todavía no entendió la soberanía. La oración no es un intento de torcer la voluntad de Dios. Es el medio por el cual Dios cumple sus propósitos y nos hace depender de Él. Dios decreta los fines y también los medios. La oración es uno de esos medios.

Pablo oraba por creyentes:

“para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él,” Efesios 1:17, Reina-Valera 1960.

Y también:

“para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu,” Efesios 3:16, Reina-Valera 1960.

Pablo era profundamente doctrinal y orante. No vio contradicción. Precisamente porque sabía que solo Dios podía

iluminar y fortalecer, oraba. La oración es doctrina arrodillada.

En la vida cotidiana, esto cambia nuestra manera de criar hijos, aconsejar hermanos, servir en la iglesia, predicar, evangelizar y luchar contra el pecado. No solo decimos: “Debes cambiar”. Oramos: “Señor, cambia el corazón”. No solo decimos: “Debo ser santo”. Oramos: “Señor, santifícame”. No solo decimos: “Mi hijo debe creer”. Oramos: “Señor, abre sus ojos”.

Agustín oraba:

“Da lo que mandas, y manda lo que quieras.”

Agustín de Hipona (354–430).

Esa oración resume la dependencia cristiana. Dios manda, y nosotros obedecemos; pero necesitamos que Dios dé lo que manda. La gracia soberana no nos hace orar menos. Nos enseña a orar de verdad.

Las doctrinas de la gracia y la familia

La gracia soberana también debe tocar el hogar. No basta defender estas doctrinas en conversaciones teológicas si luego tratamos a nuestra esposa, esposo, hijos o padres con dureza, orgullo o impaciencia. La doctrina debe bajar a la mesa, al dormitorio, a la crianza, a las conversaciones difíciles, a la manera en que pedimos perdón y a la forma en que ejercemos autoridad.

Si entiendo la depravación total, no me sorprende que en mi familia haya pecado. No idealizo mi hogar como si bastara una estructura correcta para producir corazones santos. Mis hijos necesitan más que reglas; necesitan evangelio. Mi

cónyuge necesita gracia, no solo corrección. Yo mismo necesito arrepentirme, no solo dirigir.

Si entiendo la elección, oro por mi familia con esperanza. No creo que mi crianza pueda regenerar, pero tampoco la descuido. Enseño, disciplino, oro, modelo arrepentimiento y descanso en Dios. Mis hijos no serán salvos por herencia biológica ni por pertenecer a una casa cristiana. Necesitan nacer de nuevo.

Jesús dijo:

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu,^[2] espíritu es.” Juan 3:6, Reina-Valera 1960.

Esto humilla a padres cristianos. Podemos instruir, amar, disciplinar, leer la Biblia, llevar a la iglesia, responder preguntas, cuidar amistades, pero no podemos producir el nuevo nacimiento. Esa verdad no nos lleva a pasividad; nos lleva a depender de Dios.

Si entiendo la expiación, aprendo a perdonar. Cristo me perdonó una deuda impagable. ¿Cómo podría vivir alimentando resentimiento como si yo fuera inocente absoluto? Si entiendo la gracia irresistible, sé que el cambio profundo del corazón no se logra con gritos o manipulación. Si entiendo la perseverancia, no me rindo fácilmente con mi familia. Dios sostiene procesos largos.

Pablo manda:

“Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.” Efesios 4:32, Reina-Valera 1960.

La doctrina de la gracia debe producir hogares donde se confiesa pecado, se pide perdón, se perdona de verdad y se habla de Cristo no solo como idea, sino como vida.

Las doctrinas de la gracia y el matrimonio

En el matrimonio, estas doctrinas destruyen tanto el orgullo como la desesperanza. Dos pecadores salvados por gracia conviven, se aman, se hieren, se perdonan, crecen y aprenden a morir a sí mismos. Si un esposo entiende que fue amado sin mérito, no puede tratar a su esposa solo según el mérito que cree ver en ella. Si una esposa entiende que Cristo la recibió con misericordia, no puede convertir cada falta del esposo en una sentencia final. La gracia recibida debe convertirse en gracia ofrecida.

Cristo es el modelo del amor matrimonial:

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella,” Efesios 5:25, Reina-Valera 1960.

El amor de Cristo es sacrificial, purificador, fiel y perseverante. Esto confronta al esposo que usa doctrina correcta para justificar liderazgo duro, distante o egoísta. La cabeza del hogar debe parecerse al Cristo que se entregó, no a un tirano religioso. Liderar no es exigir comodidad personal; es morir por el bien espiritual de la familia.

Pedro también exhorta:

“Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo.” 1 Pedro 3:7, Reina-Valera 1960.

“Heredera juntamente de la gracia de la vida”. Esa frase cambia el tono del matrimonio. El esposo no mira a su esposa como propiedad, inferioridad o carga, sino como coheredera de gracia. La doctrina de la gracia debería volver más tierno al esposo, más paciente, más responsable, más dispuesto a pedir perdón.

También confronta a la esposa, porque la gracia no justifica manipulación, amargura, desprecio, indiferencia o falta de respeto. Ambos están bajo Cristo. Ambos necesitan gracia. Ambos son llamados a reflejar el evangelio.

La elección incondicional destruye el orgullo matrimonial: no soy superior al otro. La expiación me enseña a sacrificarme. La gracia irresistible me enseña a orar por el cambio profundo. La perseverancia me enseña a no abandonar fácilmente los procesos de santificación. La depravación total me recuerda que el pecado del otro no debe sorprenderme más que el mío.

Una frase puede guardar muchas discusiones matrimoniales: no olvides que estás hablando con alguien por quien Cristo derramó su sangre.

Las doctrinas de la gracia y la crianza

En la crianza, las doctrinas de la gracia nos dan equilibrio. Por un lado, nos libran del control idolátrico. No podemos regenerar a nuestros hijos. No podemos salvarlos por método, colegio, devocional, disciplina o ambiente. Por otro lado, nos libran de la pasividad. Dios usa medios. Debemos enseñar la Palabra, orar, corregir, amar, modelar arrepentimiento, llevarlos a la iglesia y hablarles de Cristo.

Moisés mandó a Israel:

“Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; ⁷y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes.” Deuteronomio 6:6-7, Reina-Valera 1960.

La enseñanza debe ser cotidiana. En casa, en el camino, al acostarse, al levantarse. Pero debemos enseñar sabiendo que solo Dios da vida. Esto cambia el tono. No criamos como si todo dependiera de nuestra perfección, porque eso nos

destruiría. Tampoco criamos con indiferencia, porque Dios nos dio responsabilidad real.

Los padres reformados deberían ser padres de oración. Padres que enseñan doctrina, sí, pero también padres que muestran arrepentimiento. Nada daña más que una doctrina correcta en boca de un padre orgulloso, duro e incapaz de pedir perdón. Si enseñamos gracia, nuestros hijos deben ver gracia. Si hablamos de pecado, deben ver que confesamos el nuestro. Si hablamos de Cristo, deben ver que dependemos de Él.

Pablo dice:

“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.” Efesios 6:4, Reina-Valera 1960.

Disciplina y amonestación del Señor. No ira carnal. No control ansioso. No permisividad. No legalismo. Crianza bajo el Señor. Las doctrinas de la gracia nos enseñan a criar con convicción y dependencia, con autoridad y ternura, con verdad y paciencia.

Las doctrinas de la gracia y el sufrimiento

El sufrimiento revela qué creemos realmente. Es fácil afirmar la soberanía de Dios en un estudio bíblico. Es más difícil descansar en ella cuando llega una enfermedad, una pérdida, una traición, una crisis económica, un hijo rebelde, una depresión, una injusticia o una temporada larga de silencio. Allí las doctrinas de la gracia dejan de ser teoría.

Pablo escribe:

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.” Romanos 8:28, Reina-Valera 1960.

Todas las cosas. No solo las agradables. No solo las comprensibles. No solo las que elegimos. Dios gobierna incluso lo que duele. Esto no significa que el mal sea bueno en sí mismo. Significa que Dios es tan soberano que puede ordenar incluso el dolor para el bien final de los suyos: conformarlos a Cristo.

El versículo siguiente lo explica:

“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.” Romanos 8:29, Reina-Valera 1960.

El bien último no es comodidad. Es conformidad a Cristo. Dios puede usar sufrimiento para arrancar ídolos, profundizar dependencia, purificar fe, enseñarnos compasión, humillar orgullo y hacernos esperar la gloria. Esto no hace que el dolor deje de doler. Pero impide que sea absurdo.

La elección nos dice que el sufrimiento no nos separa del propósito eterno. La expiación nos dice que Cristo ya sufrió por nuestro pecado y conoce el dolor. La gracia irresistible nos dice que Dios puede sostener el corazón cuando no tenemos fuerzas. La perseverancia nos dice que el sufrimiento no tendrá la última palabra.

Pedro escribió:

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca.” 1 Pedro 5:10, Reina-Valera 1960.

Un poco de tiempo padecido. Gloria eterna. Dios mismo perfecciona, afirma, fortalece y establece. Esa es la esperanza del creyente sufriente.

Horatius Bonar escribió una frase que acompaña bien esta verdad:

“La paz no viene de lo que somos, sino de lo que Cristo es.”

Horatius Bonar (1808–1889).

En el sufrimiento, no encontramos paz mirándonos demasiado. La encontramos mirando a Cristo.

Las doctrinas de la gracia y la vida de iglesia

Una iglesia que cree las doctrinas de la gracia debe ser una iglesia profundamente humilde. No debería ser una iglesia elitista, fría o cerrada. Si de verdad cree que todos fueron salvados por misericordia, debe ser paciente con débiles, acogedora con quebrantados, seria con el pecado, fiel en la doctrina y cálida en el trato.

La depravación total nos recuerda que la iglesia está compuesta por pecadores redimidos, no por personas naturalmente superiores. La elección nos recuerda que nadie está allí por mérito. La expiación nos recuerda que cada hermano fue comprado por sangre. La gracia irresistible nos recuerda que Dios abre corazones en su tiempo. La perseverancia nos recuerda que debemos exhortarnos unos a otros hasta el fin.

El autor de hebreos dice:

“antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado.” Hebreos 3:13, Reina-Valera 1960.

La iglesia es un medio de perseverancia. No somos llamados a caminar solos. Necesitamos exhortación, consuelo,

corrección, oración, comunión y disciplina. Una persona que dice amar la soberanía de Dios, pero desprecia la iglesia local, no ha entendido que Dios preserva a sus santos por medios concretos.

También se nos manda:

“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; ²⁵ no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.” Hebreos 10:24–25, Reina-Valera 1960.

La iglesia no salva como mediadora final, pero sí es un medio precioso de gracia. Allí se predica la Palabra, se oran unos por otros, se administra disciplina, se forman familias, se cuida a los débiles, se corrige al rebelde, se consuela al abatido y se proclama a Cristo.

Una iglesia reformada sana no debe ser solo precisa. Debe ser pastoreable, reverente, amorosa, confesional, misionera y paciente. Debe poder decir la verdad con firmeza sin aplastar cañas cascadas.

Las doctrinas de la gracia y la seguridad del creyente

La seguridad cristiana no descansa en mirar nuestra vida como si fuera perfecta. Tampoco descansa en una decisión pasada aislada de fruto presente. Descansa en Cristo, y se confirma por los frutos de la gracia. Las doctrinas de la gracia dan una seguridad profunda porque ubican la salvación en Dios de principio a fin.

Pablo dice:

“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo;” Filipenses 1:6, Reina-Valera 1960.

El que comenzó, perfeccionará. Esta promesa sostiene al creyente débil. Cuando mira su pecado, puede desesperarse si mira solo a sí mismo. Pero si mira a Cristo, encuentra esperanza. Dios no abandona la obra que comenzó.

La seguridad debe distinguirse de la presunción. La seguridad dice: “Cristo me sostiene y por eso sigo luchando”. La presunción dice: “Hice algo en el pasado y puedo vivir como quiera”. La seguridad produce santidad. La presunción produce descuido. La seguridad se alimenta de la Palabra. La presunción se alimenta de excusas. La seguridad mira a Cristo. La presunción mira una experiencia pasada sin fruto presente.

Juan escribe:

“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios.” 1 Juan 5:13, Reina-Valera 1960.

Dios quiere que los creyentes sepan que tienen vida eterna. Pero Juan escribe toda una carta llena de pruebas: fe en Cristo, obediencia, amor a los hermanos, rechazo del mundo, confesión del Hijo, práctica de justicia. No para que ganemos vida eterna por obras, sino para que veamos evidencias de la vida que Dios da.

La gracia soberana no debe producir creyentes inseguros por sistema. Debe producir creyentes humildemente seguros en Cristo, vigilantes contra el pecado y agradecidos por la fidelidad de Dios.

Las doctrinas de la gracia y el trabajo cotidiano

La gracia soberana también alcanza el trabajo. Si todo es de Dios, por Dios y para Dios, entonces nuestro trabajo no es un espacio neutral. El creyente no trabaja solo para ganar

dinero, obtener reconocimiento o sobrevivir. Trabaja delante de Dios. La doctrina de la gracia nos enseña que todo lo recibido es don, y todo debe volver a Dios en gloria.

Pablo escribe:

“Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres;” Colosenses 3:23, Reina-Valera 1960.

Esto cambia la oficina, el taller, el campo, la empresa, la sala de clases, el negocio y el hogar. El creyente trabaja para el Señor. No necesita convertir su trabajo en ídolo, porque su identidad no depende del rendimiento. Pero tampoco puede ser negligente, porque sirve a Cristo.

La depravación total nos recuerda que podemos convertir el trabajo en orgullo, avaricia o control. La elección nos recuerda que somos amados antes de producir. La expiación nos recuerda que fuimos comprados y ya no somos nuestros. La gracia irresistible nos recuerda que necesitamos poder de Dios para trabajar con integridad. La perseverancia nos llama a ser fieles en lo ordinario hasta el final.

El trabajo cristiano debe ser honesto, diligente, justo, generoso y humilde. Si somos empleadores, debemos tratar a otros con justicia. Si somos trabajadores, debemos servir con fidelidad. Si somos emprendedores, debemos recordar que la ganancia no justifica la codicia. Si somos estudiantes, debemos estudiar como mayordomos.

La gloria de Dios no se limita al templo.

“Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios.” 1 Corintios 10:31, Reina-Valera 1960.

Todo. Incluso lo ordinario. La gracia soberana convierte toda la vida en escenario de adoración.

Las doctrinas de la gracia y el trato con otros creyentes

Una de las pruebas más reales de nuestra teología es cómo tratamos a quienes no están de acuerdo con nosotros. Si las doctrinas de la gracia nos vuelven impacientes, burlones o crueles, las estamos usando contra su propósito. La gracia recibida debe producir gracia en el trato.

Pablo instruye:

“que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad,” 2 Timoteo 2:25, Reina-Valera 1960.

Mansedumbre y corrección. No una mansedumbre que calla todo error. No una corrección que aplasta al hermano. Ambas juntas. La razón es teológica: quizá Dios les dé arrepentimiento. Si Dios es quien da entendimiento, no necesito actuar como si yo pudiera abrir los ojos mediante agresividad. Hablo con verdad y oro.

Esto aplica especialmente al trato con hermanos arminianos, pentecostales, carismáticos o bautistas generales. Debemos distinguir entre error doctrinal y enemistad contra Cristo. Hay hermanos que aman al Señor, predicán el evangelio, oran, sirven y sin embargo no han entendido bien estas doctrinas. Debemos ser claros, pero también pacientes.

No todos están en el mismo punto del camino. Algunos tienen heridas por haber conocido calvinistas arrogantes. Otros tienen temor por familiares incrédulos. Otros vienen de iglesias donde se enseñó por décadas que estas doctrinas son peligrosas. Otros simplemente nunca las estudiaron. No necesitamos bajar la doctrina para acompañarlos. Necesitamos subir el amor al nivel de la doctrina.

Pedro manda:

“sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y

reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros;" 1 Pedro 3:15, Reina-Valera 1960.

Mansedumbre y reverencia. Esa debe ser la forma de defender verdades altas.

Las doctrinas de la gracia y la esperanza futura

Las doctrinas de la gracia no terminan en el presente. Nos empujan hacia la gloria. La elección apunta a ser conformados a Cristo. La expiación asegura una redención completa. El llamamiento eficaz nos sacó de tinieblas hacia una luz que culminará en la presencia de Dios. La perseverancia nos asegura que llegaremos. Toda la salvación apunta hacia la gloria de Dios y el gozo eterno del creyente en Él.

Juan escribe:

"Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es." 1 Juan 3:2, Reina-Valera 1960.

Seremos semejantes a Él. Esa es la meta. No solo escapar del infierno. No solo recibir beneficios. No solo tener una vida moral más ordenada. Ser conformados a Cristo. Verlo como Él es. Ser libres finalmente del pecado. Amar sin mezcla de egoísmo. Adorar sin distracción. Servir sin cansancio pecaminoso. Gozar de Dios sin fin.

La esperanza futura cambia el presente. Si seré semejante a Cristo, entonces hoy quiero parecerme más a Él. Si veré su rostro, quiero vivir con pureza. Si la gloria viene, puedo soportar aflicciones temporales. Si Dios terminará la obra, puedo caminar con paciencia.

Pablo dice:

“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.” Romanos 8:18, Reina-Valera 1960.

La gracia que comenzó antes de los tiempos terminará en gloria después del sufrimiento. El creyente no camina hacia incertidumbre. Camina hacia Cristo.

Conclusión: doctrina que se vuelve vida

Las doctrinas de la gracia no fueron dadas para formar cristianos orgullosos, fríos o polémicos. Fueron dadas para mostrarnos la gloria de Dios en la salvación y para formar una vida rendida. Si las entendemos bien, deben producir humildad, adoración, oración, evangelismo, santidad, amor por la iglesia, paciencia con otros, firmeza doctrinal, ternura y esperanza en el sufrimiento.

La depravación total nos enseña a no confiar en nosotros mismos.

La elección incondicional nos enseña a no jactarnos.

La expiación definida nos enseña a descansar en la cruz que realmente salva.

La gracia irresistible nos enseña a orar por corazones cerrados.

La perseverancia de los santos nos enseña a luchar con esperanza, sabiendo que Dios guarda a los suyos.

Si estas doctrinas solo aumentan nuestro vocabulario, algo falta. Si solo nos dan identidad de grupo, algo se deformó. Si solo nos ayudan a corregir a otros, pero no a examinarnos a nosotros mismos, no las hemos entendido. La gracia soberana debe hacer al creyente más bajo ante Dios y más útil para otros.

Pablo escribió:

“Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo.” 1 Corintios 15:10, Reina-Valera 1960.

Esa debe ser nuestra confesión. Por la gracia de Dios soy lo que soy. No por mi inteligencia. No por mi tradición. No por mi decisión autónoma. No por mi fuerza. No por mi perseverancia independiente. Por la gracia de Dios.

Y si su gracia no ha sido en vano, entonces debe verse. En la casa. En la iglesia. En el trabajo. En la predicación. En la oración. En el matrimonio. En la crianza. En el sufrimiento. En la manera de hablar. En la forma de corregir. En la paciencia con los débiles. En el celo por evangelizar. En la lucha contra el pecado.

La doctrina baja del púlpito al corazón cuando dejamos de usarla como arma para engrandecernos y comenzamos a recibirla como luz para adorar.

La gracia que nos escogió debe humillarnos.

La gracia que nos compró debe santificarnos.

La gracia que nos llamó debe hacernos orar.

La gracia que nos guarda debe darnos esperanza.

Y la gracia que nos llevará a casa debe llenarnos de alabanza.

“No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, Sino a tu nombre da gloria, Por tu misericordia, por tu verdad.” Salmo 115:1, Reina-Valera 1960.

Citas y fuentes para este capítulo

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960.
- Tesis final, José Luis Calixto Avendaño Méndez, especialmente sus énfasis en la exaltación de Dios, la humillación del hombre, la centralidad de Cristo, la imposibilidad humana y la advertencia contra distorsiones como “salvos siempre salvos”.
- *Cánones de Dort*, especialmente su énfasis en que estas doctrinas deben dirigirse a la gloria de Dios, la santidad de vida y el consuelo de los abatidos.
- Confesión de Fe de Westminster.
- Confesión Bautista de Londres de 1689.
- Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*.
- John Owen, escritos sobre la muerte de Cristo, la mortificación del pecado y la perseverancia.
- Charles Haddon Spurgeon, sermones y escritos sobre gracia soberana, evangelismo y vida cristiana.
- Jonathan Edwards, *Religious Affections* y escritos sobre la gloria de Dios.
- John Newton, cartas e himnos sobre gracia, humildad y vida cristiana.
- Thomas Watson, escritos puritanos sobre santificación, arrepentimiento y vida piadosa.
- Richard Sibbes, *The Bruised Reed*.
- Horatius Bonar, escritos pastorales sobre paz, seguridad y mirada a Cristo.
- John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*.

- Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*.
- Louis Berkhof, *Systematic Theology*.
- R. C. Sproul, enseñanzas sobre soberanía de Dios, santidad y vida cristiana.
- John MacArthur, enseñanzas sobre elección, llamamiento eficaz, seguridad y santificación.

Capítulo 14: Recursos para estudiar

Compilado de citas bíblicas por tema

1. Sola Escritura

2 Timoteo 3:15–17

Juan 17:17

Salmo 119:105

Isaías 8:20

Mateo 4:4

hebreos 4:12

2 Pedro 1:20–21

Salmo 19:7–11

Salmo 119

Lucas 24:25–27

Juan 5:39

Romanos 15:4

1 Corintios 2:12–13

Gálatas 1:8–9

1 Tesalonicenses 2:13

2. Sola Gracia

Efesios 2:8–10

Efesios 2:4–5

Romanos 11:6

Tito 3:5

2 Timoteo 1:9

1 Corintios 15:10

Éxodo 33:19

Salmo 103:8–14

Juan 1:12–13

Hechos 15:11

Romanos 3:23–24

Romanos 5:15–21

1 Pedro 1:3–5

3. Sola Fe

Romanos 3:28
Romanos 5:1
Romanos 4:5
Gálatas 2:16
Gálatas 3:26
Hechos 16:30–31
Génesis 15:6
Habacuc 2:4
Juan 3:16
Juan 5:24
Romanos 1:16–17
Romanos 10:9–13
Filipenses 3:8–9

4. Solo Cristo

Juan 14:6
Hechos 4:12
1 Timoteo 2:5
2 Corintios 5:21
Gálatas 3:13
hebreos 7:25
Isaías 53
Mateo 1:21
Juan 1:29
Juan 10:11–18
Romanos 8:34
Colosenses 1:15–23
hebreos 9:11–15
hebreos 10:10–14

5. Solo a Dios la Gloria

Romanos 11:36
Salmo 115:1

1 Corintios 10:31
Salmo 145:3
Efesios 1:6
Efesios 3:21
Salmo 19:1
Isaías 42:8
Isaías 48:11
Juan 8:50
Romanos 3:27
1 Corintios 1:29–31
Apocalipsis 4:11
Apocalipsis 5:12–13

6. Depravación Total

Efesios 2:1
Romanos 3:10–11
Jeremías 17:9
Juan 5:40
Juan 6:44
1 Corintios 2:14
Juan 8:34
Génesis 6:5
Génesis 8:21
Salmo 51:5
Isaías 64:6
Marcos 7:21–23
Romanos 5:12–19
Romanos 8:7–8
2 Corintios 4:4
Tito 3:3

7. Elección Incondicional

Efesios 1:4
Efesios 1:5
Efesios 1:11

Romanos 9:11
Romanos 9:13
Romanos 9:14–16
Romanos 9:19–24
Hechos 13:48
Juan 15:16
Deuteronomio 7:6–8
Jeremías 31:3
Mateo 11:25–27
Juan 6:37–40
Juan 10:26–29
Romanos 8:28–30
Romanos 11:5–7
1 Tesalonicenses 1:4
2 Tesalonicenses 2:13
2 Timoteo 1:9
1 Pedro 1:1–2

8. Expiación Limitada / Redención Particular

Juan 10:11
Juan 10:15
Mateo 1:21
Hechos 20:28
Efesios 5:25
hebreos 10:14
Isaías 53:10–11
Apocalipsis 5:9
Levítico 1:3–4
Levítico 4:20
Levítico 16
Éxodo 25:22
Juan 1:29
Juan 17:9
Romanos 3:25–26
Romanos 5:8–10
Gálatas 3:13
Colosenses 1:13–14

1 Pedro 1:18–19

1 Juan 2:2

9. Gracia Irresistible / Llamamiento Eficaz

Romanos 8:30

Hechos 16:14

Ezequiel 36:26

Ezequiel 36:27

Juan 6:37

Juan 6:44

Juan 6:65

2 Timoteo 2:25

Filipenses 1:29

Jeremías 31:18

Juan 3:3–8

Juan 5:25

Juan 10:27

Juan 14:17

Hechos 2:37–39

Hechos 9:1–19

1 Corintios 1:9

1 Corintios 1:18

1 Corintios 2:14

2 Tesalonicenses 2:14

1 Pedro 2:9

1 Pedro 5:10

10. Perseverancia de los Santos

Juan 10:28–29

Filipenses 1:6

1 Pedro 1:5

Efesios 4:30

Romanos 8:38–39

1 Tesalonicenses 5:24

Judas 24

Juan 6:39–40
Juan 17:11–15
Lucas 22:31–32
Romanos 8:31–34
1 Corintios 1:8–9
2 Tesalonicenses 3:3
2 Timoteo 4:18
hebreos 7:25
hebreos 10:14
1 Juan 2:19
1 Juan 5:13

11. Llamado universal al evangelio

Marcos 1:15
Romanos 10:13
Apocalipsis 22:17
Marcos 16:15
2 Corintios 5:20
Juan 6:37
Isaías 55:1–7
Mateo 11:28–30
Lucas 24:46–47
Juan 3:16
Juan 7:37
Hechos 2:38–39
Hechos 17:30–31
Romanos 10:14–17

12. Responsabilidad humana

Juan 5:40
Juan 3:19
hebreos 3:7–8
Hechos 7:51
Zacarías 7:11
Romanos 1:20

Deuteronomio 30:19
Josué 24:15
Proverbios 1:24–31
Mateo 23:37
Romanos 2:4–5
2 Tesalonicenses 1:7–10
hebreos 2:3

13. Seguridad, examen y fruto verdadero

2 corintios 13:5
Mateo 7:16
Mateo 7:21
Mateo 7:23
1 Juan 5:13
1 Juan 2:19
Mateo 13:1–23
Juan 15:1–8
Romanos 6:1–14
Gálatas 5:22–24
hebreos 3:12–14
hebreos 6:9–12
Santiago 2:14–26
1 Juan 2:3–6
1 Juan 3:9–10

14. Oración, evangelismo y misión

Romanos 10:14
Romanos 10:17
2 Timoteo 2:10
Hechos 18:9–10
Mateo 24:14
Salmo 96:2–3
Mateo 28:18–20
Lucas 10:2
Juan 17:20

Hechos 1:8
Hechos 4:29–31
Colosenses 4:2–4
1 Timoteo 2:1–4

15. Santificación y vida cristiana

Efesios 1:4
Efesios 2:10
Filipenses 2:13
1 Juan 3:3
Romanos 6:22
hebreos 12:14
Ezequiel 36:27
Juan 15:5
Romanos 8:13
Romanos 12:1–2
Gálatas 5:16–25
Tito 2:11–14
1 Pedro 1:15–16
2 Pedro 1:3–10

16. Consuelo en el sufrimiento

Romanos 8:28
Romanos 8:18
1 Pedro 5:10
Salmo 34:19
2 Corintios 12:9
1 Pedro 1:6
Génesis 50:20
Job 1:20–22
Salmo 23
Salmo 46
Isaías 43:1–3
Juan 16:33

2 Corintios 4:16–18

Santiago 1:2–4

17. Objeciones comunes

Sobre la libertad humana

Juan 8:34

Juan 8:36

Romanos 6:16–18

Romanos 8:7–8

1 Corintios 2:14

Sobre la justicia de Dios en la elección

Romanos 9:14–16

Romanos 9:19–21

Romanos 3:23

Romanos 6:23

Éxodo 33:19

Sobre evangelismo y elección

Romanos 10:13–17

2 Timoteo 2:10

Hechos 18:9–10

Mateo 28:18–20

Sobre el amor de Dios y la expiación

Juan 3:16

1 Juan 2:2

1 Timoteo 2:4–6

Juan 10:11

Juan 10:15

Efesios 5:25

Hechos 20:28

Apocalipsis 5:9

Sobre gracia irresistible y voluntad humana

Ezequiel 36:26–27

Juan 6:37

Juan 6:44

Juan 6:65

Hechos 16:14

Juan 8:36

Sobre seguridad eterna y santidad

Juan 10:27–29

Filipenses 1:6

Efesios 4:30

1 Juan 3:3

1 Juan 3:9–10

2 Corintios 13:5

Sobre apostasía y fe temporal

Mateo 13:20–21

hebreos 6:4–9

hebreos 10:26–29

1 Juan 2:19

Juan 15:1–8

Sobre misterios no revelados

Deuteronomio 29:29

Romanos 11:33–36

Génesis 18:25

Isaías 55:8–9

18. Plan de estudio bíblico de cuatro semanas

Semana 1: Las cinco solas

Día 1: 2 Timoteo 3:15–17; Juan 17:17; Salmo 119:105

Día 2: Efesios 2:1–10; Tito 3:3–7

Día 3: Romanos 3:21–28; Romanos 4:1–8

Día 4: Juan 14:6; Hechos 4:12; 1 Timoteo 2:5

Día 5: Romanos 11:33–36; Salmo 115:1; 1 Corintios 10:31

Día 6: Repaso: Efesios 1:3–14

Día 7: Repaso general

Semana 2: Condición humana y elección divina

Día 8: Efesios 2:1–5; Romanos 3:10–18

Día 9: Juan 6:44; 1 Corintios 2:14; Juan 5:40

Día 10: Efesios 1:3–14

Día 11: Romanos 9:6–24

Día 12: Romanos 8:28–30; 1 Pedro 1:1–2

Día 13: Juan 6:37–40; Juan 10:26–29

Día 14: Repaso general

Semana 3: La cruz y el llamamiento eficaz

Día 15: Juan 10:11–30

Día 16: Hechos 20:28; Efesios 5:25–27

Día 17: Isaías 53

Día 18: Romanos 8:30; Hechos 16:14

Día 19: Ezequiel 36:25–27; Jeremías 31:18

Día 20: 2 Timoteo 2:25; Filipenses 1:29

Día 21: Repaso general

Semana 4: Perseverancia, santificación y misión

Día 22: Juan 10:27–29; Romanos 8:31–39

Día 23: Efesios 1:13–14; Efesios 4:30

Día 24: Mateo 7:16–23; 2 Corintios 13:5; 1 Juan 5:13

Día 25: Romanos 6; Filipenses 2:12–13

Día 26: Romanos 10:13–17; 2 Timoteo 2:10; Hechos 18:9–10

Día 27: Romanos 8:18–30; 1 Pedro 5:10

Día 28: Romanos 11:33–36; Salmo 115:1

